
3 1761 07591336 8


UNIV.OF
TORONTO
LIBRARY



REPUBLICA DE COLOMBIA

TRADUCCIONES POETICAS

POR

RAFAEL POMBO

Edición oficial hecha bajo la dirección
de don Antonio Gómez Restrepo

BOGOTA
IMPRENTA NACIONAL
1917

REPUBLICA DE COLOMBIA

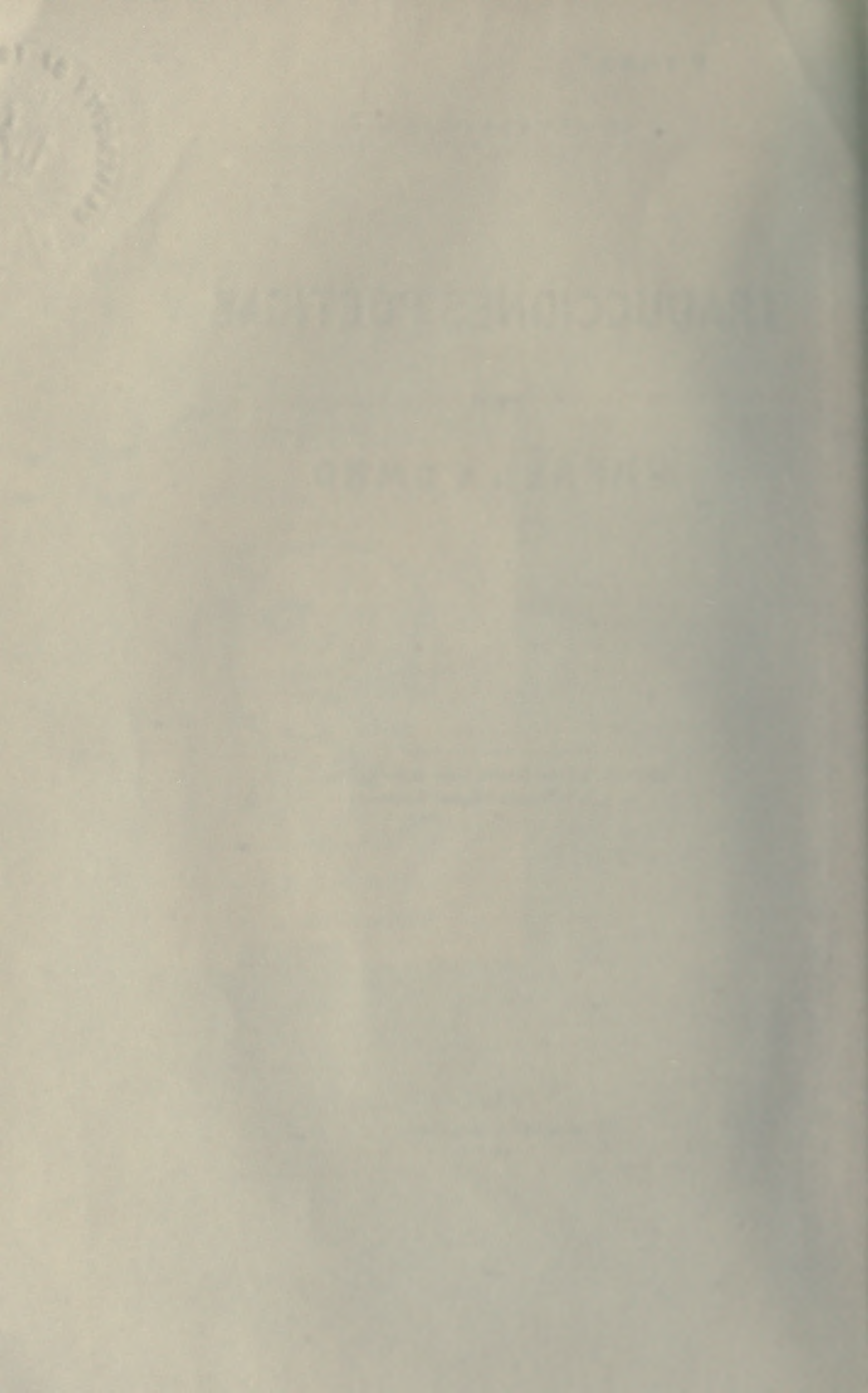
TRADUCCIONES POETICAS

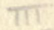
POR

RAFAEL POMBO

Edición oficial hecha bajo la dirección
de don Antonio Gómez Restrepo

BOGOTA
IMPRENTA NACIONAL
1917







ELOGIO

de don Rafael de Pombo leído por el académico señor don Lorenzo Marroquín en la sesión solemne de la Academia Colombiana el 6 de agosto de 1912.

Una apiñada muchedumbre, en que se confundían las clases sociales y se borraban los lindes políticos, acompañó a Rafael de Pombo a su última morada. La capital de la República quiso manifestar, con inusitada pompa fúnebre, que tributa un homenaje más unánime y espontáneo al arte y la poesía, a la sensibilidad y al pensamiento, que al brillo del oro, al centelleo de la espada, a la lumbrarada política. Y al honrar así de modo tan espléndido y fastuoso a su poeta, refrendó Bogotá en ese día su título de Atenas suramericana.

En el cementerio, ilustres literatos, oradores eminentes, alzaron a Pombo un túmulo de exquisita gallardía con macizos bloques de ideas, con las filigranas del estilo: Diego Uribe rompió el vaso de alabastro de su inspiración y ungió el cadáver para la sepultura; Gómez Restrepo, con el buril de Benvenuto y el audaz cincel de Miguel Angel, talló en el mármol nuevo de la tumba, guardando el sueño del pontífice del arte, un león apocalíptico.

Las campanadas que anunciaron su muerte se fueron extendiendo, dilatándose en ondas de tristeza hasta los rincones más apartados, y desde ese momento, en un solo arranque, de las ciudades y de las aldeas se puso en marcha interminable peregrinación de suspiros y pesadumbres, invisible procesión de recuerdos y cariños, a visitar la tumba de Pombo, y llenarla de flores. Su ciudad natal confundió en una sola fiesta dos recuerdos, dos solemnidades, dos pompas : la una de gloria, la otra de luto : el nacimiento de Colombia y la muerte de su hijo predilecto.

Pombo legó a su patria la corona que la admiración popular puso sobre su frente; y en esa noche memorable, la oratoria, la poesía y la música, en trinidad simbólica, recogieron la herencia y llevaron en triunfo la corona, a la cuna de la República.

Fue una trinidad simbólica acompañada de damas, que asistieron a la solemnidad, de oficio, ya como organizadoras de la fiesta, ya como representantes de la dama desconocida, de la mujer ideal, de la divina Beatriz, inspiración y guía a quien ha levantado el poeta laureado, cantos de pureza virginal y de infinita dulzura.

¡Oh Beatrice dolce guida e cara!

Para honrar a Pombo se han unido las ciudades y las aldeas, se han confundido los sexos y las edades, se han enlazado los tiempos; el pasado le decretó laureles y la posteridad ratificó el fallo, dictó la ardua sentencia.

Porque Pombo es el poeta eminente nacional, amigo, compañero y confidente de cada uno de los colombianos, que golpeó a todas las puertas, entró a todas las mansiones, y tuvo su puesto favorito en todos los hogares; para tomar asiento, no en el mullido sillón o en el humilde entarimado, sino en el alma misma de los dueños de casa; e instalado allí, fue intérprete de sus sentimientos, vocero del corazón, pregonero del alma. Con mano diestra y segura desenmarañó la intrincada madeja de nuestros anhelos, encontró la expresión por que luchábamos en vano; descifró el enigma de nuestros pensamientos; con palabra precisa y neta sacó a luz el sentimiento misterioso que llevábamos escondido en el hondo del pecho, en las entretelas del corazón, en lo profundo de las entrañas.

Fue intermediario de enamorados, y mensajero de amantes, completó la palabra trunca y el balbuciente cuchicheo; tomó del brazo a las falaces neoyorquinas, cerró los ojos de la pobre despechada, bailó con las ñapangas, lloró con la viuda, veló el cadáver de la virgen, enjugó en la frente del herrero el sudor, y en sus ojos la lágrima furtiva, cantó los héroes, retozó con los niños, confortó a los viejos mostrándoles el cielo.

Penetró en el alma de los hombres y en el alma de las cosas. Pudo escuchar el concierto inmortal del silencio, los preludios de la primavera, sorprendió el guiño cariñoso de los luceros, el triscar de auras y céfiros, los coqueteos de la luz; encontró flores en las ruinas y oro en el cieno; comprendió el sentido de las fragancias y de los acordes; encontró el símbolo de las noches estrelladas; supo lo que dice el estrépito del mar, el gorjeo de las aves, el mugir del Cauca, el trueno del Niágara; reclinado en el corazón de la naturaleza, oyó sus palpitaciones y la naturaleza le contó sus secretos.

Y para componer el néctar con que nos paladea, para hacer el almíbar con que regala el gusto, toma la miel de sus estrofas, de la vegetación de todos los campos y del cáliz de todas las flores: del valle de Arcadia y de la campiña

romana de Mantua y de Venosa, de las riberas del Cauca, y de las márgenes del Funza; de los invernaderos y de los bosques, de la presuntuosa azalea y de la campánula salvaje, del cactus, de las rocas y de las azucenas de los jardines.

Porque Pombo extrajo lo mejor del verso y lo mejor de la prosa, bebió en el cáliz del lenguaje libre, y en el cáliz de la poesía chupó los clásicos panales; de la flor del realismo y de la flor del romanticismo sacó mieles.

Exige el verso un lenguaje de selección, aristocrático y distinguido; magnífico y soberbio; que inflame, que incendie, que arrebate. Dicción poética de virtud fascinante que domine y venza al primer ímpetu; que levante el alma de la tierra y la mantenga en las alturas sin vacilar y sin caer. Un carro de Elías flotante entre el cielo y el abismo a que el poeta pueda confiar sin temor su espíritu. Alas de mariposa que rasando la tierra no dejen manchar con el lodo de la palabra el armiño del pensamiento; idioma inmaterial que lo lleve y transmita de mente a mente, de corazón a corazón, sin dejarle perder nada de su prístina frescura. Algo como la elocuencia de la naturaleza, que habla con el espectáculo, domina con el gesto, fascina con el ademán, subyuga con el ceño; y que va vistiendo el alma humana de sus coloraciones, reflejando en ella la alegría de los cielos, la sonrisa del campo, el espanto del mar. Algo como la frase de la música, que enlaza las almas estrechamente, que las hace vibrar al unísono, que despierta y comunica la emoción, viva, palpitante, poderosa con sus delicadezas impalpables, sus espléndidas grandezas, sin que sufra en el viaje deformación ni apocamiento.

Por eso el poeta va siempre subiendo, trepando una cuesta, escalando una altura; y su paso, atajado por obstáculos y dificultades, es corto, vacilante, inseguro. Se detiene, reposa, vuelve a emprender la trabajosa marcha. ¡ Cuánta diferencia entre lo que se siente y lo que se dice! ¡ Qué abismo entre la expresión y el pensamiento! Al darle claridad se achica, al esfumar sus contornos se desvanece, al encerrarlo en un mínimum de palabras, se hace el verso duro y rastrero. El aire libre ha rajado la campana que con tanta claridad repicaba en la fantasía, la inspiración al salir del nido se ha desplomado con las alas rotas.

Se notan en la composición los tropiezos de la marcha, la brevedad del paso, el jadeo de la ascensión, las pausas del descanso.

La prosa corre por la llanura acarreando la idea, el razonamiento, la reflexión, sin escarpas ni escalones, su paso tiene que ser desembarazado y suelto, se adelanta y se mueve, sin las ligaduras de la cadencia, ni las cadenas de la rima. No se le piden ni la nobleza y exquisiteces de la dicción, ni vapores de ensueño, ni el vuelo en el espacio, ni de-

licadas melodías. Pero en cambio se le exigen torrentes de luz, la seguridad y la firmeza, una música viril, grandes masas armónicas. Debe tener la fluidez del agua, la claridad del sol, la solidez de las montañas. Pombo hace la eterna ascensión al Parnaso, con el andar amplio, firme y rápido de la llanura, con la majestad y sosiego del Magdalena; de su fantasía tienden el vuelo enjambres de águilas y de condores, abarcando en cada aletazo los continentes, devorando el espacio, llevando como peso ligero la reflexión y la imaginación, la razón y el apasionamiento.

Pone en sus estrofas la dulzura de la rima y del número, y la energía de la prosa; une, como Verdi, la melodía sencilla a grandiosas armonías; sus versos tienen diafanidad de cristal y bullente color de flores, la vaguedad del ensueño y la claridad del sol, lo vaporoso del éter y la solidez de las montañas.

Sus composiciones son palacios de granito, montados sobre el arco iris, catedrales con encajes de piedra, columnas de luz y pavimento de jardines.

Para dar al estilo originalidad y relieve, enlaza Pombo el lenguaje de alta alcurnia con el humilde y popular, hace codear el frac con la chaqueta; al ramillete de invernáculo enreda bellísima, jazmín de malabar, florecillas de poleo, y encanta con la rareza del conjunto, embriaga con la intensidad de fragancias nuevas, extrañas, desconocidas. Y de esta suerte es dado a Pombo usar del inmenso vocabulario de nuestra lengua, así de la palabra que se oxida entre pergaminos, como de la que vive en los labios; gastar el tesoro entero del idioma, empleando sus expresiones y recursos, sin excepción alguna.

La herencia lexicográfica que recibió de sus abuelos en literatura, el talento que le entregó el padre de familias, no lo soterró para que se anticuara o perdiera su brillo con el manoseo, sino antes bien, hizo con él fructuosas especulaciones, y devuelve un vocabulario poético, capaz de contener y expresar las grandezas de la idea, el vigor de las emociones y las ternuras y delicadezas del sentimiento. En la orquesta de Pombo no falta una nota, ni en sus huertos una aroma, ni en sus jardines una flor, ni en su aljaba una saeta.

Y ese desenfado de estilo, la audacia de la expresión, ese mezclar lo grande a lo pequeño, lo raro con lo común, constituye un aspecto de la originalidad de Pombo, el sello profundo, personal, inconfundible, que imprime a sus obras. Por eso es el poeta favorito de todas las clases sociales y de todas las edades. Por eso le es dado acercarse a las almas, volverlas de estopa y encenderlas con la llamarada de sus estrofas.

A poder de esa labor incendiaria, con el esfuerzo de co-

municación y de avasallamiento, el poeta verdadero y genial como Pombo, transmite a la lengua algo de su sér y de su existencia, le da la inmortalidad, le presta felicidades y condiciones de perpetua renovación, de fecundidad y de embellecimiento.

Según Max Müller, las lenguas clásicas y literarias compran esplendor y dominio a precio de ruina inevitable : tarde o temprano el lenguaje popular las sustituye. Compara las lenguas clásicas a la superficie helada de un río, tersa e inmóvil, bajo la cual corre ocultamente la corriente dialecta, el idioma vulgar que en día próximo o lejano arrastrará fatalmente en sus ondas los témpanos del idioma clásico.

Schleicher dice, a su turno, que las lenguas, obedeciendo a leyes determinables, nacen, crecen, se desarrollan, envejecen y mueren.

Y antes que los dos lingüistas, lo había dicho ya Horacio por medio de una imagen.

A ejemplo de las hojas, pompa del bosque, que a medida que va declinando el año van arrastrando las más jóvenes a las más viejas, las palabras llegan a la caducidad unas en pos de otras ; tienen su juventud, su edad madura y mueren a su turno.

Ut silvae foliis pronos mutantur in annos,
Prima cadunt: ita verborum vetus interit aetas
Et iuvenum ritu florent modo nata vigentque.

¿Cómo evitar o alejar la muerte de los idiomas clásicos?

Pues no dejándolos congelar, tomando lo viejo y usando lo nuevo, sacando a la superficie la oculta corriente que ha de consumirlos ; mezclando el hielo a las aguas vivas ; apoderándose del lenguaje popular y mezclándolo con el lenguaje clásico y literario ; ennobleciéndolo, dándole entrada en la poesía. Así, así como lo ha hecho Pombo. Juntando la aristocracia con la democracia de la lengua, vivirán ambas largo tiempo, en amor y compaña, sin temor de superposición, sin sacudimientos ni revoluciones.

Dando entrada a la cámara de los lores a cuanto en el pueblo es digno de atención y encumbramiento, ha conservado la aristocracia inglesa la primacía, sostenido la paz y apartado la revolución ; pero es sólo el monarca de Inglaterra o del idioma el que tiene facultad para ennoblecer, por razones de mérito y valía, a Beaconsfield e Irving, o a dar entrada a la democracia en la cámara alta del lenguaje. Así lo practicó Pombo con el tacto fino y pronunciado sentido estético que rige sus composiciones.

Su afición a la originalidad sencilla, a las cosas de su tierra y al estudio del lenguaje en todas sus fuentes y manifestaciones, despertaron en él admiración y gusto por la

poesía popular; género literario a que dedica puesto de honor en sus informes anuales como Secretario de la Academia, llenos de atinados conceptos y competentes juicios críticos de arte y literatura. Muchas sentidas coplas populares, según él, tienen mejor título al nombre de *clásicas*, que otras composiciones que llevan el pomposo distintivo sin merecerlo.

«La poesía popular—dice Pombo—es no sólo tesoro de verdadera, infalsificable poesía, flores silvestres de sentimiento riquísimo, de frescura y de aroma, sino también el mejor depósito de la gramática, de la pasión y de la necesidad; genial, práctico y suficiente en su concisión, en su osadía y en sus formas, aparentemente irregulares, gramática que los gramáticos suelen no tomar en cuenta cual debieran, para la simplificación y vigorización del idioma.» «Os confesaré lo que tal vez parecerá un capricho—continúa Pombo:—que esta clase de poesía encierra para mí en sus varias fases el complemento de Horacio, una arte poética no menos provechosa que la suya, y que hay versos populares que valen según mi gusto un poema completo; tan admirables por lo que dicen como por lo que callan, y muy superiores a innumerables poemas de grandes pretensiones. Este por ejemplo:

Yerbecita de mi puerta,
¡Qué verdecita que estás!
Ya se fue quien te pisaba....
¡Qué hacés que no te secás!

«Ahí están, sin expresarlo—concluye,—los dos amantes, sus entrevistas, el abandono, la soledad, el celoso despecho, y todo en una sola imagen, originalísima y tan exacta como poética. ¿No es ésta la poesía, el puro sentimiento, cogido en el árbol sin olor del libro?»

Esta exposición encierra un sistema estético, una doctrina poética, expuesta con claridad y practicada con honradez e inspiración inimitables.

Ni investigó ni supó Pombo el origen de cada palabra, como si dijéramos su primitiva aparición; y los lingüistas más notables, los investigadores más eruditos y perspicaces no lo saben tampoco. Pero apreció y dio merecida importancia a la poesía popular como elemento de vida en el lenguaje. Esa importancia no es precisamente de la poesía popular; es de toda poesía, o mejor dicho, de todo verdadero poeta; porque no puede suponerse una inspiración colectiva, porque son los poetas los que presiden al desarrollo de un idioma, a su perfección y pleno desenvolvimiento.

Y así es, y no dejará de serlo aunque proteste y salte Federico Schlégel, con toda la escuela que sostiene que el idioma es como un vegetal—una vegetación interior—que

lleva en sí el germen de su vida y de su muerte ; que obedece a leyes fatales, inexorables, sobre las cuales nada puede hacer el hombre. Algo así como un cuarto reino de la naturaleza.

Teoría que desbarata Max Müller demostrando que sobre raíces remotísimas, sembradas, como si dijéramos en las entrañas de la tierra, en el principio, surge y retoña el árbol de la lengua y se cubre de tallos, hojas y flores ; de una vegetación espléndida o raquítica, según los cuidados del jardinero, de acuerdo con la voluntad, o mejor dicho, la inteligencia o la fantasía de los hombres. Por la ramazón se llega a la radical.

Este es el sistema lingüístico, la teoría filológica que sostiene con Max Müller, Pombo cuando dice :

«Por mucho que se revise, altere y remiende, siempre quedan en las poesías, sus impulsos generadores, sus *radicales*, como en las lenguas y dialectos a pesar de las adherencias accidentales y de las superposiciones y compenetraciones de otros dialectos o lenguas.»

Y no os admire, señores académicos, que Pombo tercie en una discusión tan ajena en apariencia a sus gustos y estudios; que en materia de lengua no hubo esfuerzo que él no hiciera ni exploración que no intentara.

A esta misma escuela pertenece Darmestèter, cuando diserta sobre la riqueza con que la imaginación de los poetas dota a su lengua por medio de imágenes y metáforas que son como floraciones y bifurcaciones de la palabra. Breal, Humboldt, cuando declara el último que entre el alma de un pueblo y su idioma hay identidad completa; por último los Hermanos Grimm y Brunètiere.

Al frente de su Diccionario pusieron ellos una sentencia que es una definición.

«En el principio era el verbo.» A mí la que más me gusta es la definición de Brunetière: un idioma es una obra de arte.

¡Una obra de arte, sí! porque todas las lenguas literarias y clásicas son hijas de un esfuerzo estético, se han amamantado en la inspiración y tenido a la poesía por nodriza.

Las primeras apariciones de nuestra lengua son inspiraciones poéticas de la piedad o del entusiasmo patriótico: *Los Reyes Magos*, *Santa María Egipciaca;* canciones de gesta para las hazañas de Bernardo del Carpio, Fernán González, los Infantes de Lara o Rodrigo de Vivar.

Cantares adivinados los de Bernardo y los Infantes por el erudito Menéndez Pidal, en *La Crónica General de España;* poemas escritos los otros; uno de cuyos mamotretos originales, el del poema del Cid, he tenido en mis manos, facilitado por su dueño mi ilustre amigo el Marqués de Pidal.

Todos ellos compuestos por trovadores, autores originales, y difundidos por los juglares de péñola o de boca, a manera de los rapsodas primitivos; o al modo de Wagner, que hacía él mismo la letra y la música de sus composiciones. Esos cantares que arrullaron la cuna del castellano, son esfuerzo artístico, trabajo de poetas, por hacer la lengua maleable y sonora. En la fragua del estro, en un yunque de perfección procuraban hacer de lingotes de hierro desunidos, ásperos, duros y sordos, cadenas articuladas, espadas flexibles que llegaban al alma, joyas de orfebrería, campanas sonoras.

Y es curioso observar esa labor de herrería, adelantada por los poetas al través de los siglos en nuestra literatura. Permitidme un solo ejemplo, señores académicos, sobre un mismo lingote; un mismo pensamiento, expresado primero en el poema del Cid, luégo—doscientos años más tarde—en una quintilla del siglo xv.

El pensamiento es éste, en prosa ramplona moderna, la que estáis oyendo con benevolencia extremada. «No parece estar bien que un hijo dé consejos a su padre.»

Poema del Cid: Magüer sodes mío padre, quiero vos yo consejar:

Leyenda del siglo xv:

Ser fijo o consejador
Si al través vos pareciere,
Mirad primero, señor,
Que aquel os sirve mejor
Que mejor consejo os diere.

Ese idioma a que tántos esplendores habéis dado vosotros, señores académicos, fue hierro y también barro tosco, descolorido e informe, a que imprimieron el sello de su inspiración, cantores populares, que modelaron y pintaron ellos como verdaderos artistas, en el ahinco supremo de encarnar los brotes de su numen.

¿Cómo expresarme?

Modela el pensamiento en la arcilla de la palabra, su morada, que el horno de la pasión endurece, que la llama del entusiasmo pinta: son fuertes torres o alcázares afiligranados en donde repica la alegría o doblan las pesadumbres. En ese barro manda el Señor a Ezequiel que diga de la hermosura de la Jerusalén celestial, de las embestidas del combate, de la tristeza y desolación de las ruinas.

En ese barro impreso con la originalidad de Pombo —unificación de los encantos de la prosa y del verso,—con esos ladrillos endurecidos y pintados en la llama de su estilo poético y familiar, grandilocuente y sencillo, ayuda a dar al sólido monumento de la literatura patria, arte y altura tan extremadas que alcanza a divisarse de España y del

mundo latinoamericano; dondequiera que se estimen los artífices y trabajadores de una lengua.

Una divergencia más honda y más ruidosa que la que ha separado a los filólogos y gramáticos respecto a la definición de idioma, ha suscitado en el mundo literario, entre críticos y poetas, la selección o discernimiento sobre las mejores fuentes de inspiración; porque tal distingo señala épocas, sistemas y doctrinas literarias. Tal es la pugna entre clásicos, románticos, realistas; sea libertad o anonadamiento del individualismo.

El arte griego, padre de todo clasicismo, y que según Saint Victor es base de toda cultura humana y de toda belleza, no es otra cosa que la religión de la forma, la imitación de la naturaleza, el culto del realismo.

La armonía de las proporciones, la exhibición estética de la musculatura del cuerpo humano, resalta en la estatuaria. El Discóbolo de Mirón, por ejemplo, se encorva, afirma la pierna, adelanta el brazo para ofrecer a la contemplación un estudio completo de anatomía; los músculos, los tendones, la osamenta se palpan o se adivinan bajo la piel movible. El Efebo griego se ha desarrollado en ejercicios atléticos, en juegos de gimnasia, ha tomado agilidad y soltura en las danzas religiosas, parece que los griegos no recibieran educación, sino para servir de modelos.

El artista, para hacer doble ostentación de habilidad, empapa la tela que cubre las desnudeces del modelo, a fin de reproducir con mayor primor y nimiedad los detalles de la forma humana y los innumerables pliegues del manto. Pero bajo la piedra o el bronce, bajo ese pecho de modelación perfecta, no se sospechan ni adivinan las palpitaciones del corazón; ni un gesto, ni un movimiento, ni una sola expresión, reveladores del sentimiento. Los dioses y diosas que se pasean por los frisos y frontones del Partenón son tan impasibles como los centauros que se encabritan y corren por las metopas. Niobe, representación del dolor supremo, es una hermosa cariátide, un adorno arquitectónico; el Toro Farnesio no revela mayores sentimientos que el joven a quien arrastra; Laoconte tiene un corazón tan sensible como la serpiente que lo envuelve y estrangula.

El poeta trata la poesía a modo de escultor o pintor, reproduce maravillosamente la forma y el color, domina la naturaleza, pero sin contarnos nada de su alma; sin que trascienda una partícula de su sér: son mudos, impasibles como los modelos que copian.

La manifestación de un ideal debe encontrarse ante todo en la crítica literaria, porque representa el gusto reinante en cada época; porque estudia, abarca y juzga todos los poetas, señalando la vía de perfección y la fuente de belleza.

Longino, aquel retor griego, que tánto entusiasmó a Boileau, declara que el más vivo manantial de lo sublime está en la forma; es decir, «en la composición y *arreglo de las palabras* en toda su magnificencia y dignidad,» y añade que «la imitación de la naturaleza es cuanto hay de más necesario para alcanzar lo grande.»

Horacio, que representa como crítico el ideal latino, señala la misma fuente de inspiración que el retor griego. Imitar—dice—imitar a Grecia, de día y de noche.

Vos exemplaria Graeca nocturna versate manu, versate diurna.

Nó, no era por cierto el paganismo el maestro más apropiado para disciplinar el espíritu y doctrinar la mente en la contemplación; para enseñar al poeta a meditar, a volver los ojos de fuéra hacia dentro, del mundo exterior al universo interior, para buscar inspiración en el fondo del alma, libertar el yo, y desplegar el individualismo.

El triunfo cristiano abre anchuroso cauce a la concepción artística, lanza la poesía por otras sendas, rompe fuentes de inspiración nuevas e inagotables, señala a la literatura dilatados horizontes.

El ideal estético ha cambiado; el artista buscará dentro de su sér la expresión de la belleza, reflejará sobre sus creaciones la luz que de su pensamiento emana.

Pero la nueva orientación no dará abundante cosecha de frutos en la poesía, porque las lenguas en formación se prestan mal a la plena y perfecta expresión del sentimiento. Existe, sin embargo, una excepción, obra de meditación profunda y de contemplación interior, manifestación espléndida y triunfante de la fe y de los nuevos ideales: la *Divina Comedia.*

No encuentra el sentimiento religioso forma adecuada de expresión en la palabra, y la busca con ímpetu en el mármol y en la piedra, le da expansión y desahogo en la arquitectura; levanta catedrales, crea el orden gótico; arte nuevo, extraño al ideal clásico, emanado de emociones muy hondas y de sentimientos muy vivos.

A la dureza de las líneas rectas, a la cruda iluminación interior, al derroche de luz que disipa y dispersa, a la decoración sensual o muda, se ha sustituído el eterno crepúsculo de la nave, la elocuencia de la ornamentación de tumbas del pavimento, los haces de columnas, las nervaduras de la techumbre, las curvas que en perpetua fuga se persiguen y se cortan en la bóveda altísima; las agujas y aristas que por dondequiera campean, como continua llamada a lo infinito. Se ha apagado la luz exterior para encender un nuevo sol; para procurar al hombre en la meditación y el recogimiento una explosión de luz que le mostrará a Dios en el fondo de la conciencia, como también un nuevo concepto de la vida y del arte.

La alternabilidad de ideales continúa, sin embargo. Roma y Grecia vencidas, triunfan en una victoria de ultratumba, y por varios siglos entronizan en la poesía los viejos ideales clásicos.

Pero ese triunfo ha de ser también derrota; de la penumbra de las catedrales góticas resucita y se levanta la escuela romántica, la manifestación de la personalidad interior del poeta, el imperio del individualismo, en pleno esplendor y desenvolvimiento.

El romanticismo revive y retoca todas las artes, e inspira y fecunda los genios más poderosos del pasado siglo: Chateaubriand, Lamartine, Víctor Hugo en Francia, y en España, Espronceda, a quien por el estro y la inspiración poética no reputa Valera inferior a los anteriores, y Zorrilla, entre los principales.

El romanticismo llega a nuestra patria con síntomas de decadencia prematura; la exuberancia de vida, el exceso de agitación y de sentimentalismo han agotado sus fuerzas y anticipado el amaneramiento, la vejez, y es así como se presenta entre nosotros.

El *Zorrillismo*, que así llama Pombo con gráfica expresión la nueva escuela, es un sistema en que la poesía no puede navegar sino en mares de lágrimas, empujada por huracanes de suspiros, ni moverse sino en las contorsiones de la desesperación.

La necesidad de una renovación artística se hace sentir, un freno a la exageración, un anhelo de verdad y de equilibrio, y a mediados del siglo, en el punto y hora en que Pombo abre los ojos a la vida literaria, como en palenque cerrado, se encuentran los dos sistemas, las dos escuelas, los dos ideales que se han dividido el mundo de la poesía: realismo y romanticismo.

¡Ideales, sistemas, corrientes encontradas! ¡Nó! no lo son, no deben serlo, dice Bergson, pensador original que aplica a las cuestiones estéticas lógica inexorable y método de investigación riguroso. Las dos fuentes de inspiración corren por un mismo cauce; no hay dualidad sino unidad. Para el común de los mortales una espesa bruma, un denso velo oculta a un mismo tiempo el contorno de las cosas y las vibraciones del alma, el fondo de la naturaleza y el fondo de la conciencia, así el mundo exterior como el mundo interior, el individualismo de los seres y hasta el propio individualismo.

Pero el poeta es un vidente, dotado de doble vista, de penetración excepcional, capaz de vislumbrar, de percibir y recoger los movimientos del mundo que se ofrece a sus ojos, y del mundo que se agita dentro de su propia existencia; con su fina percepción cuenta las pulsaciones de su vida y de la vida de cuanto le circunda; siente las palpitaciones

del corazón de las cosas con la misma precisión que las del suyo; el poeta conoce su yo propio y el yo del mundo exterior; puede contemplar el desarrollo de su individualismo y del individualismo de la naturaleza. El poeta es poeta porque le es dado rasgar el velo que oculta a los demás hombres los abismos del alma y el fondo de los seres materiales; porque es capaz de disipar la bruma que envuelve lo mismo el mundo perecedero que el mundo inmortal; porque con la chispa de la inspiración puede prender la luz que le pone de manifiesto la vida dondequiera que esté, en todos sus repliegues y escondrijos; porque tiene entre el cielo y la tierra la misteriosa escala de Jacob que comunica dos mundos.

¡Y entran en comunión de simpatía
Nuestro mundo interior y el mundo externo!

Dijo Pombo.

El poeta es poeta porque para él brilla nuestro sol con claridad extraordinaria, invisible para los demás, y que le permite contemplar la creación entera: el sol del idealismo.

Y así como no hay más que un sol, no hay más que una fuente de inspiración: el idealismo, y sólo por el luminoso camino del ideal se llega a la realidad.

«El realismo—dice Bergson—está en la obra, cuando el idealismo está en el alma; y sólo a fuerza de idealidad, toma el poeta contacto con la realidad.»

Teoría es ésta, nueva, original, y esencialmente filosófica, ¿no es cierto, señores académicos?

Pues esa misma teoría, expuesta por un profesor del Colegio de Francia en 1910, había sido preconizada en Colombia veinticinco años antes, de manera muy sencilla, clara y precisa, en tal día como hoy en que la Academia celebra su cumpleaños.

«*El dón de crear es hacer naturaleza idealizada, es velo ideal en lo real*,» había dicho Pombo en uno de sus in formes.

Y él sentó la doctrina y cumplió el precepto.

Por eso he dicho que Pombo es a un mismo tiempo romántico y realista; él, con su poderoso sentido estético, une dos corrientes al parecer contrarias y bebe inspiración en el ingente caudal de sus aguas; sopla y disipa las brumas del alma: bajo el velo nupcial que cubre el ramo de novia, preconiza el símbolo de las flores, alcanza a divisar el aperlado de los botones y percibe la fragancia de los azahares.

Con el espíritu de transacción, de paz y equilibrio, que constituían el fondo de su carácter, gritó Pombo al romanticismo y al realismo que iban a librar decisiva batalla por el imperio poético: ¡Sus! ¡Teneos! Peleáis por un mal entendido; mezclad vuestros ejércitos y luchad unidos, concurrid ambos al reinado de la verdad y de la belleza.

Pombo, que nunca gustó de la política, logró un triunfo que no han alcanzado los políticos más hábiles y diestros: unificar y confundir en cordial abrazo, para concurrir a un mismo fin, la tradición y la revolución, la autoridad y la democracia, la libertad y el orden en la república de las letras.

De ahí la profundidad del pensamiento y la precisión de sus manifestaciones, la intensidad en el sentir y la exactitud de expresar, lo grandioso de las ideas y la concisión de la frase.

Las doctrinas estéticas de Pombo se encierran y compendian en las siguientes textuales palabras suyas, que comprueban la exactitud de mi tesis:

«La función del poeta es demostrar con imágenes, no con razonamientos, lo que siente; las estrofas hacen demostraciones con la divina álgebra del arte.»

La poesía perfecta sería para él «una poesía primitiva, cristiana, sin ídolos ni monstruos, hipérboles ni redundancias de epítetos y exclamaciones—es decir, primitiva y clásica a un tiempo,—de sobriedad, como de espejo de la naturaleza, poesía *ideal al par que realista y matemática* . . .» «Poesía que transforma en música del alma, la cuotidiana prosa que nos rodea.»

Y toda la prosa que rodea a Pombo, el universo entero lo atrae al remolino de la inspiración, lo arrastra, lo sumerge, lo hunde en las profundidades de su sér, lo empapa en los mares del alma, y lo vuelve idealizado y tinto en las coloraciones de su pensamiento, marcado con su sello, rejuvenecido y retocado.

A un poeta que queda retratado en cada una de sus estrofas, no se le pueden señalar filiaciones y modelos, compañeros ni similitudes; pero cuando leo sus versos no puedo dejar de recordar a dos poetas: Lamartine, el Lamartine de la juventud, el de las primeras meditaciones poéticas, y Campoamor. Se me vienen a las mientes esas meditaciones, esas poesías filosóficas y descriptivas, tan profundas, tan sencillas y personales, en que el pensamiento y la expresión van corriendo, se van deslizando con la facilidad de los arroyos por las llanadas; en que parece que las estrofas se van formando por sí solas, como las aglomeraciones de flores y espumas que se juntan y se combinan en los remansos; como esas rinconadas de la sabana, con rocas barbudas y follajes, que irradian en el crepúsculo claridades de rosa y ámbar, y de donde brotan con aromas selváticos, trinos de pájaros invisibles y efluvios de paz, de blandura, de dulce melancolía.

Y de Campoamor, por el empeño de introducir el lenguaje de la prosa en el verso, o de juntar las excelencias y

las exquisiteces de ambos en la poesía, persiguiendo claridad, espontaneidad y sencillez. De Campoamor dice Valera:

«Es Campoamor acérrimo enemigo de la llamada dicción poética, de giros, frases y vocablos que no se emplean, en prosa; pero Campoamor, aunque peca a menudo de prosaico, cuida muchísimo de la forma.»

Sin duda podrían buscarse a Pombo, con mayor acierto, otras afinidades, aproximaciones e influencias; no hay poeta ni artista que no las haya tenido; sólo de Miguel Angel dijo Vassari, su historiador, en un rapto de entusiasmo, que había llegado al mundo del arte sin antecesores ni progenitores: *filio sine matre creatum*. Acaso podía acercarse Pombo a los poetas ingleses o norteamericanos, con quienes estuvo en contacto personal o literario en su larga ausencia del país; pero esto nada vale, porque los poetas a lo Pombo son inclasificables, representan una clase y una familia, son un alma en un libro, y realizan el ideal poético que señala Faguet como conquista singular indisputable del siglo XIX, «que creó la poesía personal en que se expanden y derraman los sentimientos íntimos del corazón y en que es el alma humana la que vibra.»

Con estas condiciones, con sentimiento tan hondo, con fuerza imaginativa y reveladora tan poderosa, con el dón de la vida, nostalgia de juventud y la religión de los recuerdos, todo tema que pasaba por el filtro de su corazón y por los talleres de su numen, llevaba su sello; todo lo que tocaba era como creación propia. De su personalidad poética emanaba una virtud milagrosa que hacía andar a los paralíticos y resucitaba muertos.

—¿Qué le pasa a usted hoy? preguntó una dama a Chateaubriand, viéndole demudado y acontecido.

—Me pasa, señora, que hoy he cumplido cincuenta años.

Goethe apostrofa la hora dichosa y fugitiva:

No corras, no escapes, no vueles: detente, así eres perfecta. ¡Detente!

Líbrase en el invisible escenario del alma una trágica lucha con el Tiempo: quisiéramos fijarlo, detenerlo en las horas felices, vivir en una juventud perpetua, y el Tiempo, con paso igual, inexorable, todo se lo lleva, todo lo desvanece, nos va matando un poco día por día, pone en la cabeza nieve y fatiga, frío en el corazón, desencanto en el alma.

De ese drama desgarrador, sobre el cual dejamos caer el telón de la indiferencia o la sonrisa, hay escenas sueltas, emocionantes, en muchas de las composiciones de Pombo; fue argumento que se sentó en el fondo de su inspiración y le dictó dos de sus mejores composiciones: *Siempre* y *Decíamos ayer*. En ellas canta la eterna juventud del cariño, y da al Tiempo por desarzonado y vencido.

¿Qué es un pétalo marchito en el fondo de un armario o en la página de un libro? Un átomo, un poco de basura. Y se guarda y conserva como un tesoro, como el mejor diamante, porque reconstruye la dicha, embalsama el recuerdo de una época feliz; en la batalla con el Tiempo queremos fijar en un átomo las muertas alegrías. Lamartine cantó la rosa marchita evocadora del *sueño que no muere*.

Pero no tienen las estrofas del gran poeta francés el poder de evocación, la fuerza dramática de las de Pombo. El levanta el telón:

Vuelvo hacia atrás pisada por pisada
Recogiendo el rumor de nuestros pies,
Repensando un silencio, una mirada,
Un toque, un gesto, tanto que fue nada
Y que un diamante hoy es.

Cantar las aves no es en verdad cosa nueva, es tema que de muy atrás debió presentarse al poeta, porque representan y figuran lo que se eleva, lo que vuela y canta; porque son la gracia y la alegría de la creación, la sonrisa del espacio, porque llevan en sus plumajes los colores del iris y condujeron en el pico el primer emblema de paz, y como representación del amor divino, tienden las alas sobre los altares.

Ya Aristófanes escribe una comedia en que los actores son los pájaros, y parece haber agotado el tema.

Y sin embargo, las avecillas que empollaron en la cabeza de Pombo tienden al viento las alas con gracia nueva; sus colores son más encendidos, más airosos sus movimientos, más delicada y sonora la música de sus gargantas; después de mecerse en el espacio y de bañarse en luz, bajan a la ventana del poeta, cariñosas y familiares como viejas amigas, se sientan en su mesa y enseñan a Pombo, a cambio de pan, agasajos y caricias, la naturalidad de sus trinos, lo fácil de sus melodías, la espontaneidad de sus gorjeos.

Mas yo tengo algo de cantor: me impulsa
Espíritu de gremio en vuestro amparo
Y cierto acatamiento misterioso
Como aquel del discípulo al maestro,
Pues en verdad declaro
Que prefiero a mi canto el canto vuéstro.

Y no sólo saca Pombo agua de la cisterna seca, sino que cambia y transfigura las composiciones ajenas, que dejan de ser ajenas para pasar, por derecho de hermosura, a la exclusiva propiedad suya, como obras originales de su fantasía.

Para traducir es preciso conocer dos lenguas, con intimidad absoluta, distinguir en ambas la esencia de su sér,

la expresión de sus gestos, los rasgos fugitivos e impalpables que constituyen un carácter, lo definitivo de una fisonomía.

Porque traducir composiciones poéticas no es trabajo de carreteros que llevan un fardo sin saber lo que contiene, no es tampoco labor fotográfica en que una plancha inconsciente sirve para muchas copias. Traducir es obra de arte. El traductor recibe impresiones, como si las tomara de la naturaleza misma, y las vuelve con la frescura y vigor de lo vivido. Es obra de fundición y de escultura, de forja y de orfebrería.

Al copiar la estatua no se toma el molde en yeso; ¡nó! La estatua se rompe, se pulveriza y se refunde. Humea el carbón, brillan las brasas, soplan los fuelles y parece verse chorrear el bronce derretido sobre el molde de una inspiración nueva. Contemplamos luégo el chisporrotear del yunque, sentimos el golpeteo de mazos y martillos, el chirriar y gemir de limas y escofinas.

Entre el compositor original y el traductor trábase a veces lucha descomunal; el uno hurta el cuerpo, escapa, se defiende, cierra la entrada de su obra al traductor, que pugna por asir lo impalpable, por tomar el pensamiento, doblegarlo, someterlo a su voluntad y a su dominio. Es la clásica lucha de gladiadores: defendido el uno por la coraza y la espada, armado el otro de inmensa red en cuyas mallas ha de envolver el atleta acorazado. Triunfa el reciario, cuando el traductor es Pombo, y el autor original desaparece; el traductor, con aplauso del anfiteatro, impone a la composición el sello de una segunda creación, el sello de su personalidad.

Y con justicia, porque Pombo agranda y enriquece los pensamientos, multiplica los símbolos y las imágenes, les pone sus vestiduras, les da relieve con el claroscuro de su paleta y color con los ricos tintes de sus florestas. A la verdad no ha recibido sino un tema, una inspiración, un impulso inicial, y él rompe la jaula de la primitiva composición, se remonta, vuela con alas propias, se lanza por espacios inexplorados.

En todo grande artista hay un anhelo de prolongar las vibraciones del golpe que dieron otros, de traducir y mejorar las obras de arte, cualquiera que sea su género y su especie.

Traduce el Dominiquino una composición de Aníbal Caraccio, apenas conocida, en tanto que la traducción, la Comunión de San Jerónimo, se enfrenta en los salones del Vaticano, a la Transfiguración de Rafael.

Ante la cúpula de Santa María dei Fiori ronda Miguel Angel como león hambriento; esa cúpula es su delicia y su martirio, quiere traducirla, llevarla a otra parte, pero me-

jorándola. *Come te non voglio, meglio di te non posso.* Es decir, quiero traducir, no copiar. Y la tradujo y la puso sobre la Catedral de San Pedro, en donde alumbrada por el sol del genio, resplandece sobre todas las cúpulas, sobre todas las catedrales y sobre todas las alturas.

¿Quién reconoce la huella de Horacio en una de las composiciones, más genuinamente castellanas y de fisonomía personal más pronunciada?

¿Qué descansada vida
La del que huye el mundanal ruïdo?

De unas pocas estrofas de Ella Wheeller, breves como un apuntamiento de cartera, de una semilla insignificante surgió al fíat de Pombo, un bosque sagrado que resuena con orquestación divina, en que las estrofas pasan cantando, como en procesión mística, el salmo de la juventud inmortal, el himno triunfal de los amores. De la primitiva semilla no hay nada; en cambio, queda la selva de propiedad del poeta colombiano

Reunidos llamó Ella Wheeller su composición, y nuestro poeta, con un rasgo genial, da cuerpo y figura al nombre vago y común, le comunica sabor netamente castellano, hace la composición suya desde el nombre hasta la última línea.

Decíamos ayer....

A ella introduce Pombo esas descripciones en que habla con el pincel y pinta con la pluma; y arrancando el velo que cubre el corazón de la naturaleza y el suyo propio, muestra paisajes del alma de las cosas y retazos de cielo, escapes de arbolado, trozos de su sér.

Aún veo sobre el carbón de tus pupilas
El arrebol fascinador de ocaso,
Veo la vacada, escucho las esquilas;
Va entrando en el redil paso entre paso.
Escucha, recelosa de la sombra,
La blanda codorniz que al nido llama,
Y al sentirnos, parece que te nombra
Y que por verte se empinó en la rama.

Al hombrearse Pombo con los grandes poetas nos da la medida de su tamaño. A muchos tradujo y no resultó inferior a ninguno, superior sí repetidas ocasiones. Entre los mantenedores busca a Hood, uno de los poetas más populares de Inglaterra, y parece decirle lo que Longfellow—a quien también tradujo—a Alfredo Tennyson:

Vengo a tocar tu lanza con la mía.

Había cantado Pombo la buena, la hermosa muerte, la muerte entre sonrisas y flores; el desposorio místico de una virgen con el ángel; el viaje a la eternidad, en medio de esplendores y claridades.

Pero quiere también derramar una lágrima sobre el cadáver de la pobre despechada que no tuvo más compañeros en su agonía que la desesperación, el frío y la oscuridad de las ondas; cerrarle los ojos, darle paz y sepultura.

Todo el triste drama se adivina y se reconstruye; el despertar del amor, las esperanzas de venturas fantásticas, relampagueos de oropeles y brillo de joyas falsas, la sorpresa del desengaño, las largas expectativas, las primeras lágrimas, el hastío, la fatiga, la desesperanza definitiva, la angustia, el abandono, la soledad y luégo la miseria con su séquito de afrenta y depravaciones; el hambre, el frío, las sedas convertidas en andrajos, las caricias en ultrajes, el almíbar del amor en hiel, en espuma horrorosa y amarga.

Por el llanto que nos toca
Enjugad en esa boca
Las espumas del naufragio,
Trago acerbo, pero el último,
Que el amor le presentó.

Se entrevé la espantosa vacilación entre dos abismos: el horror de la vida y el horror de la muerte.... la resolución súbita, en una noche de invierno en que lloraba el niño; el recorrer las callejuelas solitarias tropezando con trasnochadores alegres, la llegada al río, al puente donde se atropella la vida, la riqueza, el negro Támesis que refleja las luces de habitaciones en donde reina la dicha; y vacila....

Desde aquí tal vez la mísera
Al nocturno cierzo impío
Recorría tantas lámparas
Que refleja el ancho río
Y la tibia luz de innúmeras
Galerías y ventanas
Que pintaban en su espíritu
Tras de velos y persianas,
Cada cual la paz y el júbilo
De un amor y de un hogar;
Mientras ella enferma y mísera
No tenía más que lágrimas
Y ni a dónde ir a llorar.

El valor súbito, el arranque supremo; la sensación del abismo, el hielo del agua, la hondura, lo que oprime, lo que asfixia, el anhelo de vivir, el arrepentimiento tardío, el espectáculo de la existencia en un relámpago, los ojos cariñosos de la madre, retozos fraternales, el niño, el niño abandonado, tendiendo las manitas amoratadas por el frío....

¿Quién sus padres nos diría?
¿Tuvo hermana, tuvo hermano
O uno acaso más cercano
Y más caro todavía?
¡Recoged sus miembros frígidos
Con anhelo casto y pulcro
Antes, antes de que rígidos
Se rebelen al sepulcro;
Y que al menos en su fosa
Paz y abrigo se le dé!

¡Cuán hondas disparidades entre Pombo y Blanco White, y qué raras coincidencias! Blanco, el tipo del heterodoxo español, ardiente y arrebatado, que sacrificó en todos los altares y rindió culto a todas las divinidades, que fue místico y ateo, aventurero de la filosofía y renegado de su fe, de su patria, hasta de su lengua. Pombo, el hombre de una sola fe y de un solo entusiasmo, amante fiel de su lengua y apóstol de ella, sin más cultos que los de la patria y la belleza. Pero ambos, el poeta renegado y el poeta fiel, aficionados a volar por los espacios del espíritu. Ambos con la tendencia a mezclar en la obra literaria la ingenuidad popular y la delicadeza aristocrática, cualidades que con palabra textual asigna a Blanco White el insigne Menéndez y Pelayo. Ambos de origen irlandés, pertenecientes a esa vieja raza celta, que aún tiene genuinos representantes en Irlanda, y en las costas del mar cantábrico; raza que sorprendió a César en la conquista por su militarismo y facilidad de expresión ; *rem militarem, et argute loqui*, dijo por eso Catón. El irlandés lleva el grano de locura en el cerebro, la chispa de inspiración en las pupilas, el sentido de la poesía en la masa de la sangre, la vívida expresión en los labios.

Y no debo proseguir sin recordar un gran poeta colombiano, por ser de sangre irlandesa también, y que figura en un cuarteto de Pombo, como esos personajes que pasan en la *Divina Comedia* y que coloca Dante en el cielo, y los señala a la inmortalidad nimbados de resplandores.

Vedi oltre fiammeggiar l'ardente spiro
D'Isidoro, di Beda, e di Riccardo.

Y el pasaje de Pombo:

Y es ya la excelsa Juno, alma Lucina
La tutelar del casto amor fecundo
De quien el cielo a Fallon predestina
Por Pontífice y vate sin segundo.

Es tal el dominio de la poesía y la fuerza expansiva de la literatura, que no es conocido Blanco por sus errores y sus apostasías sino por un soneto, *El despertar de Adán*—sus demás composiciones no valen nada,—reputado por Coleridge como una de las cosas más delicadas que hay en lengua inglesa, y que consideran otros como el mejor soneto inglés.

El mismo Pombo analiza la composición. «La idea del soneto—dice—da golpe, es poética y una palma del numen religioso contra el profano.» Su numen religioso se enciende, lo arrastra el pensamiento de hacer el cántico de la esperanza cristiana, que resultó una de las mejores piezas literarias de nuestra lengua. Y la causa de la superioridad

de la traducción o imitación es obvia, debe haber una emoción más honda y más sincera en el poeta colombiano, de inconmovible fe, que en aquel que, según palabras de Menéndez y Pelayo, «fue el renegado de todas las sectas, el leproso de todos los partidos y que caminó al sepulcro sin fe ni aun en su misma duda.»

El mejor soneto inglés, hecho por un español, lo reconquista para la lengua castellana, y para gloria nuéstra un colombiano; la composición de un ateo esperaba al poeta que sólo en Dios tuvo su esperanza, al traductor que la hiciera suya por la fuerza del numen, por lo viril del estilo y por la sinceridad del sentimiento.

De las regiones etéreas, donde batalla con águilas o se acompaña con ellas, de la montaña de lo sublime, desciende Pombo a la llanura, para ejercer allí una misión educadora y docente, baja del Sinaí con los mandamientos del sentido común y las tablas de la experiencia; abate el vuelo para predicar la ley natural que ha de servir al viajero desde su primer paso en su jornada por la tierra.

Ese es el Pombo fabulista.

En ese género, da suelta a ese amor a los niños manifestado en un arranque de ternura y despecho, en que dice a las aves:

No temáis que algún niño ... ¡ah! bien querría
Que pudierais temer tan dulce cosa
Como hallarme de un hijo en compañía,
Rico presente de una casta esposa;
Pero ¡ay! si los tuviera—tánto, tánto
Amáralos tal vez que, fuéra de ellos,
Ni a vosotros a dar alcanzaría
Una migaja de mi amor, ni un canto.

Y amó a todos los niños como a hijos suyos, los amó con ternura, con íntimo apasionamiento; y como prenda de cariño creó para ellos un género especial de poesía, para coger la primicia de sus emociones.

Taine hace notar la falta del niño en la literatura francesa, y señala como un acontecimiento literario su introducción por Dickens en la novela inglesa.

Pombo no sólo introduce el niño en las letras colombianas, sino que fabrica para ellos juguetes maravillosos, llenos de sorpresas y encantos, con que los entretiene y divierte, y también los enseña y los instruye.

En ese ramo de literatura tan singular y tan de su gusto introduce sin escrúpulo y a todas sus anchuras giros, frases y construcciones, de sabor a tierra natal pronunciadísimo, y que me atrevería a llamar provincialismos o bogotanismos, si no fueran gramaticalmente correctos y comprensibles dondequiera que se hable castellano.

Corre allí por ancho cauce ese naturalismo de expresión artístico y campechano, en que el lenguaje poético y el de la prosa se confunden y se abrazan, en que el idioma literario y el familiar se dan la mano, en que la palabra escrita cede el campo a la palabra hablada. Estilo de conversación, de sencillez y claridad de nodriza, para inteligencias en que empiezan a balbucear las ideas, en que el pensamiento apenas gatea.

En las cabecitas infantiles no caben sino cuentos e historietas en que figure, no el hombre con la ardentía de sus pasiones y la complejidad de sus sentimientos, sino seres movidos por instintos primitivos; los animales, reconciliados por el fabulista con el niño.

La fábula es un drama con acción y movimiento; diálogo vivo, animado y verdadero entre personajes irracionales; el desenlace debe dejar la impresión de un buen consejo, de una lección, de una enseñanza inolvidable. El ejemplo vivo del castigo o del premio.

Fábulas útiles son, aunque no tengan moraleja expresa, los cuentos para niños, porque aprenden en ellos a fijar la atención, a ejercitar la memoria. Y tanto en éstos como en los demás, ningún fabulista igualó a Pombo en el relieve y pintura de un carácter, ya sea gatuno o ratonil; renacuajil o zorruno; en la adaptación de la forma dramática; en la rapidez del movimiento escénico; en la agrupación de incidentes; en la propiedad y ligereza del diálogo; en la intensidad de la crisis, en el interés del desenlace.

La fábula esopista y la numerosa prole que a través de los siglos ha engendrado, lleva plomo en las alas, adolece de aridez y torpeza de movimiento—que el mismo Brunetière señala—y que la hacen como despegadiza y paralítica. Pombo ha puesto a las suyas esos tentáculos y estambres de los bejucos y enredaderas, para trepar, para fijarse en parajes donde ninguna otra planta se sostiene; nuestro fabulista ha logrado impresionar memorias y entendimientos donde no arraigan las emociones, donde la palabra se desliza, donde la lección se desprende, donde todo es pasajero y fugitivo.

Para atraer y encantar deja Pombo la musa meditativa, solemne, melancólica, y recurre a otra retozona y sandunguera, que tiene a veces vaporosos cendales, castañuelas y aleteos de mariposa.

En el agua clara del arroyo hay también espumas, también arrastra flores la diáfana corriente.

Mariposa
Vagarosa
Rica en tintes y en donaire,
¿Qué haces tú, de rosa en rosa?
¿De qué vives en el aire?
¿Yo? de olores
Y de flores
Y de espumas de la fuente

Y del sol resplandeciente
Que me viste de colores.
Me regalas
Tus dos alas,
Son tan lindas, te las pido,
Déja que orne mi vestido
Con la pompa de tus galas.

El amor a los niños hace a Pombo dramaturgo en miniatura y fabulista; el gigante se hace enano, ofrece a los pequeñuelos juguetes y lecciones, los enseña riendo.

A él aplico lo que para otro dijo:

Tú, que haciéndote niño con el niño,
Ciencia y virtud jugando insinüabas.

Pero en el extenso encordado de su alma, todo lo bello y lo bueno arrancaba sonoridades y resonancias; música melódica y dulce, apagada con la sordina de la melancolía, estruendosa, fuerte, rimbombante, como marcha militar, como salva de artillería o trueno de catarata.

La más alta manifestación estética es el amor a la patria, y Pombo la amó en los modismos de su lenguaje, en sus cantos populares, en su naturaleza, en su epopeya y en sus próceres.

La ausencia acendra ese amor, lo condensa y lo aviva; toda tierra que no sea la suya es cárcel helada y triste:

Al ensayar mi vuelo el primer día
Vine a caer inerte y desalado
En extranjera jaula triste y fría.
....
Luz de otro sol y flores de otra tierra
No tienen fuego, aroma ni calor.

¡Cuánta emoción, cuán hondo acento de orgullo y ufanía despierta sólo la palabra *patria* en los labios de Pombo!:

Era una noche de aquellas
Noches de la patria mía,
Que bien pudieran ser día
Donde no hay noches como ellas.

El *Bambuco* es una explosión de patriotismo, la dignificación y ennoblecimiento de la música popular colombiana, la sinfonía compuesta con los rumores del viento, el cantar de los cantares, el himno nacional de las selvas.

Una tras otra las redondillas van lanzando sus notas, juntando sus voces, mezclando suspiros; ya el coro está en marcha, ya crece, ya resuena; llegan y llegan estrofas, más cantores, barítonos y sopranos, bajos y contraltos. Acelera el canto su ritmo, acompañado por el bronco mugir del Cauca, el hervor de la selva, el bordón de las guitarras, el

sollozo de tiples, el trinar de las bandolas; y solicitadas por la melodía incitante, acuden a la cita las ñapangas, cruzan como luciérnagas el rústico salón, y bordan, en el terciopelo de la noche, el complicado dibujo de la danza.

Baten los incensarios de las flores, y al par que de los flecos de la techumbre, de los cortinajes, de la alfombra de hojarasca, de la cuenca del río y de los encordados y gargantas estallan orquestas de susurros y coros de armonías, las redondillas, en un arrebato de entusiasmo, se yerguen, se lanzan, se hunden en el torbellino del baile, saltan y giran, resbalan y voltean; enlazadas con los bailarines, ondulan en rueda colosal, o en cordón interminable desenvuelven por la explanada, entre un concierto de músicas y fragancias, los arabescos de la danza, las roscas de fantástica serpiente.

Se confunde la plenitud de la sonoridad con la plenitud de movimientos, y fragancias, y se dilata y se encumbra, despertando los ecos dormidos de los bosques, el himno triunfal, la apoteosis del *Bambuco*.

Y aspiraba esos olores
Mezclados a esos sonidos
Y ese aire que los vestidos
Les salpicaba de flores.
Y todo en mi derredor,
Desde el silencioso cielo
Hasta la grama del suelo
Y el bambuco seductor,
Formaba tal armonía
Que todo a un golpe creado
Y uno para otro inventado
Por el Señor parecía.
Allí el poder peregrino
Del bambuco percibí,
Jamás desde que nací
Me sentí más granadino.

Tánto y acaso más lo fue, más granadino y colombiano por el sentimiento vivo de la epopeya nacional, en que la historia se confunde con la leyenda, no por la lejanía sino por la grandeza. Si fue un apasionado del arte, fue también, y en mayor grado, un enamorado de los próceres; su vida, sus descomunales aventuras, sus hazañas y sus martirios lo fascinan y lo inflaman: en los altares de su corazón sólo a esos hombres quemó incienso.

Los griegos no creyeron a los mortales dignos de la estatua, y únicamente cincelaron los dioses. Pombo fue clásico a la manera de esos artistas, y nunca doblegó el bronce en la curvatura de la genuflexión, ni manchó el mármol con la lisonja, ni envileció la pluma con adulaciones.

Pero se arrodilla ante la cuna de la patria, le trae el homenaje de los tesoros de Oriente, rinde a los pies de Co-

lombia recién nacida, el oro, el incienso y la mirra de la poesía heroica.

¡Cómo nó, si por sus venas corre y mueve su corazón esa sangre rica y potente de aquellos hombres que lo fueron todo: sabios, tribunos, guerreros y apóstoles, estadistas y diplomáticos, volcadores de tronos, artífices de la Libertad, arquitectos de la República! ¡Cómo nó, si su padre don Lino de Pombo y O'Donell defendió las murallas de Cartagena, y tuvo entonces por compañero y amigo aquel joven taciturno, que años después salió de Bogotá para encontrar muerte traidora en el camino, y resucitó en bronce el 21 de julio de 1912, para no volver a salir nunca y recibir en su pedestal las bendiciones y la gratitud de los colombianos: Sucre!

En su herencia de gloria encontró el hijo del defensor de Cartagena una lira de bronce, ornada de laureles, en donde vibraban todavía los fragores de la pelea y las aclamaciones de victoria; lira que resonó también, en épocas aciagas, con dolientes quejas y fúnebres lamentos en las miserias patrias:

> Caracas, Cumaná, Valencia, el Llano,
> Campos do fue vulgar la maravilla,
> ¿Quién a su historia no se siente enano,
> Quién a su vista no hinca la rodilla?
> Besara yo ese polvo, y como el perro
> De aquellos dioses persiguiera el rastro,
> Prófugo de esta edad del vil Becerro
> Do la nostalgia de lo grande arrastro,
> Porque pasó la fiebre de la gloria
> Y quedó en esqueleto el egoísmo
> Parodiando raquítica la historia
> Y hambriento devorándose a sí mismo.

Vuelve el cantor a sus grandezas, desaparece el llanto, huye el lamento de las cuerdas de acero, porque torna a rozarlas el ala de la gloria. Ricaurte es bogotano por el origen y la sangre; conterráneo de Pombo, imagen de una ciudad que sacude los yugos y rompe las cadenas, representante de una vieja raza que ha grabado muchas veces su nombre en los fastos de la libertad y en los anales inéditos de la virtud y del trabajo ; la hazaña de San Mateo es ingeniosa y sencilla, realizada sin alarde, en la soledad y el silencio; es ciertamente hazaña digna de un genuino bogotano. Pero ese silencio pide estruendo; la sencillez una trama de rayos, la modestia arranques soberbios, estremecimientos de volcanes.

Y Pombo permanece extático ; pavor de entusiasmo lo domina, el pasmo de la admiración lo calla; su lira no tiene acentos que traspasen como la hoja de una espada, notas de vibraciones interminables, acordes que revuelvan las entrañas de la tierra y se remonten luego al infinito; queda

en un silencio solemne, sagrado y trágico, como los silencios de Esquilo; pende la lira del brazo inerte a lo largo del cuerpo estremecido.

De pronto, del fondo del alma dirige a los elementos una plegaria ardiente, invoca al espíritu de los vientos y al espíritu de las aguas, y los vientos y el mar, obedeciendo al conjuro, entonan al héroe el hosanna inmortal, le tributan honores fúnebres en inacabable cañoneo, le rinden un trueno de aplausos, duradero, como el mundo.

El decano peñón do reverente
Rinde su eterna salva el oceano!

Su arrebatado anhelo de idealismo, su peregrinación a través de los espacios de su pensamiento, en busca de perpetua hermosura, su sed de luz, llevan a Pombo por todos los caminos al germen de la luz, al origen de todo idealismo, al *manantial de las bellezas.*

Del Niágara dice:

Insigne muestra
Del manantial de las bellezas, ara
De la perpetua admiración del hombre.

Porque el poeta idealista, el infatigable perseguidor de la hermosura que no fatiga ni sacia, es el poeta cristiano; el poeta creyente, que encuentra en todas las obras de la naturaleza la revelación del Creador a quien bendice en sus obras y en el fondo de su sér ama y adora.

Continúa Pombo:

La belleza activa,
No puede fatigar....
Hija perfecta del excelso fíat,
Esta hermosura es creación constante
Y original donde trasciende el soplo
De su Autor soberano. Algo nos dice
Que allí está Dios; el néctar de embeleso
Y de reparación que a un tiempo mana.

En la portada de la obra monumental de Pombo podría grabarse el terceto con que abre Dante el *Paraíso:*

«Gloria al que todo lo mueve, al que penetra en el universo»:

La gloria di colui che tutto move
per l'universo penetra e risplende.

En alas de su fe, remonta también a la revolución original, al principio de la lucha que se libra en el corazón del hombre, entre el bien y el mal, a la culpa primera que degradó y trastornó el universo:

Hay lucha eterna entre el excelso instinto
De bondad suma, de inmortal belleza,
Y esta perdida y vil naturaleza
Que todo lo degrada criminal.

El cristiano se humilla, se postra, se somete con alegría a la voluntad de Dios, se inclina ante la unificación insondable de la justicia y la misericordia:

Todo acabó, perfectamente todo
Como el Señor lo quiso....

Y la resignación es bálsamo, el dolor tesoro, y los sufrimientos alas para volar donde no hay dolor ni sufrimiento; la vida, dón inestimable y apetecible, porque en ella se conquista la verdadera patria, porque el mundo es hermoso, porque Dios es bueno.

Una arbolada cumbre deslizante
Sobre algún valle agreste y silencioso,
Desde donde cantar en dueto amante
Un Dios tan bueno, un mundo tan hermoso.

Parecen escucharse los encendidos concentos del místico que entra en arrobamiento con cada una de las obras de la naturaleza, porque ve en ellas un agasajo de Dios, una prenda de su amor, la ternura extremada del Creador para la criatura.

De aquel hervor de luz está manando
El rocío del alma. Ebrio de amor
Y de delicia tiembla el firmamento,
Inunda el Creador la Creación.

Y al mirar al cielo, nos recuerda Pombo que esa es nuestra patria, que el mal pasajero puede ser bien eterno, que Dios saca la aurora de la noche y hace su néctar celestial de las hieles de la tierra, que para una lágrima fugitiva tiene una eternidad de alegrías, que el hombre es el pasajero de la vida, el eterno desterrado a quien Dios llama, tendiéndole los brazos:

La soledad con Dios, sacra antesala
Preparación a la jornada eterna,
¡Feliz quien liba tu maná escondido
Quien el dolor en tu crisol acendra!
De ti la Imitación; vista del mundo
Desde el observatorio de la celda,
Rica en miel de Jesús, en luz de vida,
En esencial definitiva ciencia.

Allí está Él, el que si el mal permite
Del mismo mal la Némesis subleva
De la noche la aurora, del más acre
Cáliz de hiel, su inacedable néctar.

....Dios, Padre amante que reclama
El eterno extranjero de la tierra.

En el éxtasis lanza suspiros de mística nostalgia:

¡Cuándo estaremos todos a tu lado,
Donde todo es amor, donde no hay muerte!
Y muero por que no muero....

¿Quién habla? ¿Los Luises, los Juanes...., Santa Teresa?....

En la dilatada paz del alma, como en la tersura de un lago, reflejó Pombo la pompa de la naturaleza, la sumisión al Creador: el nombre de Dios está en todas sus composiciones; todo es armonía, amor, luz.... nube pasajera, vela el sol, amotina las transparentes ondas ; por años y años de claridades hay un minuto de tinieblas: instante que el mismo Pombo condena, rechaza e imprueba con el nombre con que al nacer lo bautiza, nombre de execración; no lo llamó hora de luz y de verdad, sino de mentira y de tinieblas.

Obra inconclusa, parte de un todo en que había un juego trágico de sombra y luz, y en que no aparece sino la sombra....

Y aun así pasaban sobre el lago tenebroso haces de luz, flechas de amor encendido.

¡Ah! ¡qué no puede el Señor!
Nunca agotarán sus manos,
Sus océanos de océanos
De felicidad y amor;
Venid, dijo el Creador,
Que a mi banquete os convida
Mi largueza; estremecida
Natura hirviente brotó,
El hombre nació, y nació
Llorando el mal de la vida.

Llorando el mal de la vida ...

Precisamente el tema, la tesis de Calderón de la Barca, en otras décimas inferiores a las de Pombo pero progenitoras suyas por el argumento y por la estructura, y que sin duda quiso imitar:

Apurar cielos pretendo,
Ya que me tratáis así,
¿Qué delito cometí
Contra vosotros naciendo?
Pero si nací, ya entiendo
Qué delito he cometido,
Bastante causa ha tenido
Vuestra justicia y rigor,
Pues el delito mayor
Del hombre es haber nacido.

A las lamentaciones del clásico español podría buscarse remotísimo abolengo en el libro de Job. Mas no hay para qué ir hasta Idumea al rastrear el origen, el ambiente lite-

rario en que el reloj de la inspiración dio la *Hora de Tinieblas*. *Tinieblas* precisamente había llamado ya Byron una composición que tradujo Martí-Miquel, y que forma parte de la titulada escuela satánica; género excesivo y trágico, a veces impío, que resuena con suspiros fingidos y desesperación teatral; y en que sin embargo han caído los poetas más sinceros y mejor equilibrados: Tennyson, Lamartine, Pombo.....

—Huíd, huíd como del peor enemigo de vuestra gloria, de la poesía byroniana, dijo Pombo a los poetas principiantes; y no obstante esa poesía lo arrastra y sugestiona, la *Hora de Tinieblas* toma la forma del monólogo de Segismundo, el satanismo trágico de Byron y el pensamiento directo de la *Desesperación* de Lamartine.

Casualidad o imitación, encuentro allí la idea madre, que desarrolló Pombo en décimas calderonianas y que se salen del tono moderado, sereno y sobrio de sus demás composiciones.

La primera estrofa de Lamartine encierra todo el tema de Pombo:

> Lors que du créateur la parole féconde
> Dans une heure fatale eut enfanté le monde
> De son œuvre imparfaite il détourna sa face
>
> Fue un edén su pensamiento,
> Un infierno resultó.
>
> Quel crimen avons-nous fait pour meriter de naitre?

Ahí está el

> ¿Qué delito cometí—contra vosotros naciendo?

de Calderón, y el

> Porqué vine yo a nacer

que propone en su primera décima como tesis de la composición.

Aunque la *Hora de Tinieblas* se publicó tal como está, contra la voluntad de su autor, según lo manifestó él en repetidas ocasiones, de ella ha pretendido hacerse como testamento filosófico y síntesis de opiniones religiosas. ¡Nó! ¡Nó! Las composiciones de Pombo cantan la bondad divina; de su conjunto, poniendo en fuga la tiniebla, irradia claridad indeficiente, luz inmortal y triunfante. Pero qué vale mi voz ante la palabra viva del autor; porque él habló, estuvo un instante aquí, señores académicos, ocupando su puesto entre vosotros; hizo solemne protestación de fe y formal repudio de la *Hora de Tinieblas*, demostrando con palabras precisas y terminantes la falsedad del error que la engendró; refutando anticipadamente, en detalle, la composición,

palabra por palabra, concepto por concepto y pensamiento por pensamiento.

Contra la *Hora de Tinieblas*, como credo, se subleva no sólo la obra poética de Pombo, sino toda su sangre, toda su prosapia; ser hijodalgo y caballero español fue por muchos siglos ser cristiano español; los sentimientos de Dios y Patria se confundieron en España en un sentimiento único, el rechazo de la invasión extranjera fue la expulsión de Mahoma, las conquistas de la fe eran conquistas de territorio,

Y aunque Pombo nunca alardeó de blasonado y linajudo y fue igualitario y demócrata sincero, llevaba por razón atávica, en el corazón, y en la mente, la inspiración que arrojó la invasión africana, que conquistó a Granada, descubrió la América y civilizó estos reinos, en donde respetando la tradición de sus abuelos y realizando altos hechos de inteligencia, habría de reinar luégo Pombo no por la espada sino por la pluma, como poeta cristiano, inspirado por el Dios de sus mayores.

Pudiera justificar Pombo con las gallardas expresiones de Zorrilla, la corona que el presente, anticipándose a la posteridad, puso sobre la frente de ambos poetas, por ser espejos fieles de la inspiración nacional y genuinos representantes del alma patria.

Cristiano y caballero como español sin tacha,
Canté la fe y las glorias que en mi nación hallé,
Pasé del torbellino del mundo en una racha,
De mucho que di a muchos no guardo ni una hilacha,
Yo no he vendido nunca mi pluma ni mi fe.

Presintiendo la hora de perpetua luz que había de reunirlo, donde todo es amor, donde no hay muerte, con los caballeros sin miedo y sin tacha, entona el himno del sepulcro; magníficat y miserere; síntesis de su fe y explosión de su esperanza, triste como un adiós supremo, solemne como las plegarias de los agonizantes, canto de resignación y de sometimiento, alumbrado por los últimos rayos del ocaso y los primeros resplandores de la aurora.

El soneto *De Noche*, *La despedida a las Musas*, son el *requiem* compuesto en vida por dos poetas para sus propios funerales; estatuas tumbales esculpidas por Moratín y Pombo, en que legaron al mármol intangible la esencia de su sér, los rasgos distintivos de su fisonomía. Son dos despedidas que tienen la sinceridad de los adioses, en que ambos poetas nos dicen su pensamiento íntimo, su última voluntad y su oración postrera

Esta corona, adorno de mi frente,
Esta sonante lira y flautas de oro,
Y máscaras alegres que algún día
Me disteis, sacras musas, de mis manos

Trémulas recibid, y el canto acabe.
....
Tronó la tempestad: bramó iracundo
El huracán, y arrebató a los campos
Sus frutos, su matiz, la rica pompa
Destrozó de los árboles sombríos;
Todas huyeron, tímidas las aves
Del blando nido, en el espanto mudas,
No más trinos de amor. Así agitaron
Los tardos años mi existencia....
Breve será, que ya la tumba aguarda
Y sus mármoles abre a recibirme,
Yo los voy a ocupar.... si no es eterno
El rigor de los hados y reservan
A mi patria infeliz mayor ventura,
Dénsela pronto y mi postrer suspiro
Será por ella.

También Pombo, al sentir que se desprende para siempre de la tierra el bajel que se lo lleva a mares insondables y oscuros, en un arranque de dolor nombra lo que fue objeto y encanto de su existencia. Arte, familia, patria, por cuya ventura rendiría al igual de Moratín el último suspiro. Y luégo serenado, en medio de esa hora de tinieblas, alza la mirada y busca en el cielo la estrella de esperanza.

....Las quejas, el reproche
Son ceguedad; dichoso el que consulta
Oráculos más altos que su duelo.

Acompañado por don Arturo Malo—que rinde ferviente culto al gran poeta—y después de larga ausencia, fui a visitarlo a su retiro, a ese lecho de reclusión donde una enfermedad misteriosa iba minando lentamente su vida. En un salón, rico mueblaje, miniaturas, retratos, cuadros que recordaban el hogar disperso y traían a la mente la historia de la familia de Pombo, unida y enlazada con la historia de su patria, que representaba él como heredero de los guerreros que, cual Belalcázar, la descubrieron y conquistaron; de los varones ilustres que le dieron civilización y enseñanza, de los próceres que la libertaron, dirigiéndola luégo por los caminos de su grandeza. Patria sobre la cual refleja Pombo—continuando la obra de sus mayores—los esplendores de su gloria.

En otro aposento, contando la ausencia y postración de su dueño, confundidos y aglomerados, en los muros, por el suelo, sobre las mesas, objetos de arte, pinturas, bosquejos, lienzos grandes y chicos, antiguos y modernos, paisajes y figuras humanas, que revueltos en un solo olvido y en un solo naufragio, en una sola confusión de líneas, colores y actitudes, relatan la existencia de un artista, vida toda de nobleza y generosidad, consagrada únicamente al culto de lo grande, a los ritos del arte, a la religión de lo bello. Vida

de cariño y abnegación ilimitada, para sus compañeros, sus amigos, sus hermanos en el arte.

En alto, colgando del esqueleto de una corona, asomaban los colores vivos de una cinta tricolor en que parecía flotar, sobre el universal naufragio, la imagen de aquella que llamó siempre Pombo mi adorada patria. Y toda esa confusión de recuerdos, de grandezas idas, y de glorias y dichas muertas, proclamaban el adiós al mundo, la mortaja en que su dueño se había cubierto y sepultado.

En la penumbra de la alcoba tendido, inmóvil en su lecho, destacándose sobre la blancura de las sábanas como sobre un mármol sepulcral, semejaba aquellos caballeros que, armados de todas armas, y después de pelear como buenos y como leales la batalla de la vida esperan la resurrección sobre las tumbas góticas.

Me alargó la mano descarnada y huesosa, ligeramente, trémula, de donde emanaba siempre el calor del cariño invariable, el efluvio de la amistad de Pombo, tan sincera y tan marcada. Y oí resonar, como viniendo de muy lejos, aquella voz amiga, de timbre suave, que no vibró jamás en los destemplados tonos del mando, del sarcasmo o de la cólera. Se incorporó; ¡qué flaco! ¡qué delgado! ¡el cuerpo de un niño! Cómo aparecía, y se acentuaba ese contraste que hubo siempre entre una armazón tan delicada y un espíritu tan poderoso y tan fuerte, entre la apariencia raquítica y la gigante realidad, entre un cuerpo débil y una alma tan grande. ¿Buscaba algo debajo del colchón, en la cabecera, entre las almohadas, una cartera, un rollo de papeles, acaso borradores? Por fin encontró, se incorporó más; con el esfuerzo, un arrebol de sangre había acudido a las mejillas de cera; quería leer, pero las sombras de la tarde habían invadido el aposento, y la visera con que defendía a los cansados ojos impedía a la luz vacilante alumbrar la página borrajeada. Corrí al balcón, abrí de par en par los postigos; bajo un nimbo de rayos que abarcaban todo el poniente, agonizaba el sol sobre uno de los picachos de la cordillera. El rodar de carruajes, la algazara del camellón, la alegría de las voces apagadas por la distancia llegaban al aposento silencioso, como rumores tristes y lejanos.

Al volverme, en plena luz, vi en las manos trémulas los preciosos borradores, la cabeza de Pombo que se inclinaba, se inclinaba como desfallecida sobre ellos, y encima resplandecientes, con la gloria del crepúsculo, los brazos abiertos de Jesús Crucificado.

En el tono frío de siempre, con que en vano procuraba cubrir el fuego del alma, me leyó su última composición; al terminar, respetando su fatiga y su emoción profunda, me retiré en silencio: con el soneto *De Noche*, resonó la

voz de Pombo por última vez en mis oídos, era su adiós postrero:

No ya mi corazón desasosiegan
Las inflamadas brisas de otros días....
¡Oh patria! ¡oh casa! ¡oh sacras musas mías!
.... ¡Silencio! unas no son, otras me niegan.

Los gajos del pomar ya no doblegan
Para mí sus purpúreas ambrosías;
Y del rumor de ajenas alegrías
Sólo ecos melancólicos me llegan.

Dios lo hizo así. Las quejas, el reproche
Son ceguedad. Dichoso el que consulta
Oráculos más altos que su duelo.

Es la vejez, viajera de la noche;
Y al paso que la tierra se le oculta,
Abrese amigo a sumirada el cielo.

TRADUCCIONES POETICAS

POESIA INGLESA



NAUFRAGIO

(Del *Eelectic Médicale Journal*).

Nadie sabe qué hará, do el rumbo guíe
La osada aventurera juventud;
Dónde tropiece, dónde se desvíe
Persiguiendo caprichos su inquietud.

El placer al timón se le coloca
Y de la vida desafiando el mar
Ni el banco ve, ni la erizada roca
Donde pueda su nave zozobrar.

Con la belleza fascinante a prora
Y durmiendo su canto la razón
Vela ese imán la nube amagadora,
Cubre la risa de su alerta el són.

Rompe en toda su furia la tormenta
E inermes a merced del huracán
Placer, belleza y cuanto el hombre alienta
Al silencioso abismo juntos van.

Marzo 10: 1892.



EL SOLILOQUIO DE HAMLET

SOBRE LA VIDA Y LA MUERTE

(Shakespeare).

¡Ser, o no ser, es la cuestión !— ¿ Qué debe
Más dignamente optar el alma noble
Entre sufrir de la fortuna impía
El porfiado rigor, o rebelarse
Contra un mar de desdichas, y afrontándolo
Desparecer con ellas ?

Morir, dormir, no despertar más nunca,
Poder decir *todo acabó;* en un sueño
Sepultar para siempre los dolores
Del corazón, los mil y mil quebrantos

Que heredó nuestra carne, ¡ quién nos ansiara
Concluír así !

¡ Morir.... quedar dormidos....
Dormir.... tal vez soñar !—¡ ay ! allí hay *algo*
Que detiene al mejor. Cuando del mundo
No percibamos ni un rumor, ¡qué sueños
Vendrán en ese sueño de la muerte !
Eso es, eso es lo que hace el infortunio
Planta de larga vida. ¿Quién querría
Sufrir del tiempo el implacable azote,
Del fuerte la injusticia, del soberbio
El áspero desdén, las amarguras
Del amor despreciado, las demoras
De la ley, del empleado la insolencia,
La hostilidad que los mezquinos juran
Al mérito pacífico,—pudiendo
De tánto mal librarse él mismo, alzando
Una punta de acero? ¿quién querría
Seguir cargando en la cansada vida
Su fardo abrumador ?....

Pero hay espanto
¡Allá, del otro lado de la tumba !
La muerte, aquel país que todavía
Está por descubrirse,
País de cuya lóbrega frontera
Ningún viajero regresó,—perturba
La voluntad, y a todos nos decide
A soportar los males que sabemos
Más bien que ir a buscar los que ignoramos.
Así, ¡ oh conciencia ! de nosotros todos
Haces unos cobardes, y la ardiente
Resolución original decae
Al pálido mirar del pensamiento.
Así también enérgicas empresas,
De trascendencia inmensa, a esa mirada
Torcieron rumbo, y sin acción murieron.

Nueva York, septiembre 4: 1864.

ROMEO Y JULIETA

(La escena del jardín).

ROMEO. ¡ Dulce hora de los felices
Tiende sobre mi deseo
Tus negras alas !

MERCUTIO. ¡Romeo !

ROMEO. ¡ Bufón ! no me intranquilices
Mofa de las cicatrices
Quien no las probó jamás.
¡ Llaga de amor te amo más
Mientras más me martirices !

¡ Mas, silencio ! ¿qué arrebol
Bañó en fulgor de repente
Esa ventana ?—Es mi oriente,
Y mi Julieta es el sol.
Aquí está tu girasol
Ansiando tu lumbre bella.
Sal pronto a dar muerte a aquella
Luna envidiosa de ti,
Porque su devota hurí
Vale por ciento como ella.

¡ Hela allí!.... ¡cielo ! ....allí está
Vestida de blanco asoma
Como un alma de paloma;
Y al viento el cabello da.
Ya reclina el cuerpo; ya
Alza a Dios los dulces ojos
¡ Oh santo ! heme aquí de hinojos
Enviándote mi oración.
¡ Perdón, mil veces perdón
Si vengo a darte sonrojos !

¡ Ve, y no sabe quién la ve !
¡ Mira y no sabe a quién mira !
Parece hablar, y suspira,
¡ O habla con Dios no sé qué !
Cuán pensativa !.... el que esté
¡Morando en su pensamiento
En tan sublime momento,
Puede exclamar: ¡Desde aquí
Huésped de arcángeles fui,
Y el cielo mi alojamiento !

JULIETA. ¡Ay de mí!

ROMEO. ¡Y habla, y se queja!
¿Cómo no? Se quejará
Del triste mundo en que está
Al recordar el que deja.

¡Habla más! Y si te aqueja
Tan doloroso contraste
A compensártelo baste
Recordar cuando estés triste
Que el cielo que me trajiste
Es para mí el que dejaste.

SONETO II

(de Shakespeare).

Cuando sitien tu sien cuarenta inviernos
Y aren sus fosos tu gentil fachada,
Tu juvenil librea, hoy tan mirada,
Será un girón que no valdrá tres cuernos.

Y al preguntarte: ¿En dónde hechizo tánto?
De tu áureo abril en dónde los despojos?
¿Decir: «Entre estos ya enterrados ojos,»
Fuera en ti mengua, y del que te oiga espanto.

¡Cuánta más prez merecerá el buen uso
De tánto dón diciendo: «Este hijo bello
«Salda mi cuenta: con su haber me excuso;

«Y abono en él mi propiedad, mi sello»!
Así viérate nuevo, aun ya canando,
Y hervir tu sangre aun en tu invierno amando

SONETO XI

(de Shakespeare).

Al mismo paso que en menguante vayas
Podrás, en un retoño ir en creciente,
Y así la fresca sangre de tu oriente
De tu occidente alegrará las playas.

Esto fuera buen juicio, auge fecundo;
Lo otro, loca vejez, glacial ruina.
Bajo la misogámica doctrina
En sesenta años se acababa el mundo.

Muera solo, en su yermo, el rudo, informe,
Que Dios no crió para modelo humano;
Pero a ti, al darte un patrimonio enorme

Te impuso el darlo y no tenerlo en vano.
Natura te brotó robusto y bello
Para que estampes más y siga el sello.

Noviembre 26: 93.



SONETO XIII

(Shakespeare).

¡Oh! si tú fueras tuyo! Pero, amado,
Sólo has de serlo en tanto que aquí vivas,
Para lo cual bueno es que te apercibas
Dando a otro tu beldad, y adelantado.

Si el Señor te la dio, fue de prestado,
Mas, con mi aviso, el devolverla esquivas,
Y aun place a Dios que en *otro tú* la exhibas
Años después de muerto y sepultado.

¿Quién dejará que su mansión sucumba
Pudiendo hacer que incólume resista
A cuanto cierzo y granizal la embista
Y al infinito hielo de la tumba?

Dios Padre y tu papá te hicieron hombre:
Haz que haya quien te dé tan dulce nombre.



AMOR DE MORIBUNDO

(Soneto LXXIII, de Shakespeare).

Ves en mí el tiempo en que unas mustias hojas
Cuelgan de pobres ramas tiritantes,
Coros ya en ruina y sin cantor, donde antes
Concertaron las aves sus congojas.

Ves en mí el triste albor que del profundo
Exhala el sol su póstumo destello,
Cuando empuñando de la muerte el sello
La negra noche paraliza el mundo.

Ves en mí el fuego pálido que yace
Sobre mi juventud hecha ceniza,
Que ansía morir al mismo sol do nace,
Al amado calor de su nodriza.

Y esto que hoy ves te apiada más del hombre
Que en breve es sólo una memoria, un nombre.

Octubre: 93.

LAS NOCHES DE SHAKESPEARE

(Su soneto XXVII).

Cuando harto del viajar y afán del día
Al lecho, ansioso de descanso, llego,
Descansa el cuerpo, pero no hay sosiego:
La que viaja es entonce el alma mía.

A ti, mi santa, en larga romería
Voy con mi cera, un corazón de fuego,
Y abriendo bien los ojos, como el ciego
Que busca el sol con su órbita vacía.

Pero suele mi vista delirante
Colmar contigo aquel negror profundo;
Brotas de mí, cual globo deslumbrante
Que en la noche espectral encanta al mundo.

Tal, de día y de noche, en cuerpo o alma
Por mí, por ti, no encuentro paz ni calma.

Marzo 24: 1897.

VENUS Y ADONIS

Shakespeare.

(Traducción libre).

Sentada a par de Adonis hechicero
Píntale Venus en valientes trazos
(Omitiendo sus púdicos rechazos),
Cómo el dios Marte la rindió primero.

«Así, dijo ella, me abrazó el guerrero.»
Y al lindo joven estrechó en sus brazos ;
«Así soltó de mi cendal los lazos.»
Y acarició en el pecho al prisionero.

«Así después besóme.» y, sin empacho,
Su boca de la dél prendió al momento ;
Mas, dando ella un respiro, huyó el muchacho,

Creyendo acaso terminado el cuento.
¡ Ah ! que mi Venus otro tanto hiciera,
Abrazarme y besarme hasta que huyera !

Setiembre 1 : 1893.

SONETO XCV

(De Shakespeare).

¡ Qué amable y dulce el vilipendio vuelves
Que, como el cancro en la fragante rosa,
Lacra en botón tu crédito de hermosa !
Y ¡ oh ! ¿en qué dulzuras tu pecado envuelves ?

La misma lengua que tus fastos dice,
Comentando solaz tu alegre juego
Siempre un grano de incienso echa en tu fuego
Y al desgarrar tu nombre lo bendice.

¡Oh ! qué regia mansión obtuvo el vicio
Que erigió tu hermosura por morada !
Cada mancha es joyel bajo su auspicio,

Y un primor cuanto alcanza la mirada.
¡ Cuánto corazoncillo que al mal uso
El acero mejor, ríndese obtuso !

SONETO CXLVII

(De Shakespeare).

Mi amor es una fiebre que incesante
Ansía lo que su virus alimenta,
Porque en mi mal mi gusto se apacienta
Y es por sí enfermo el apetito amante.

Ya, viendo mi doctor (la vigilante
Razón) que no hago dél caso ni cuenta,
Me abandonó y el ánima sedienta
Corre a su abismo, aunque lo ve adelante.

Salvación para mí, ni la hay ni la quiero:
Todo yo soy locura, inquietud, ira;
Loco en cuanto imagino y vocifero,
Y víctima infeliz de una mentira
Te juré honrada y franca; y mi amor tierno
¿Qué halló en ti? noche oscura, negro infierno.

FRAGMENTO

(Shakespeare).

¡Qué! ¿sucumbió Enrique el temido monarca,
Amparo de los hombres, al golpe de la Parca?
Y ver su fin la vista que sus proezas vio?
¿Qué hoy a su nombre el llanto, no el júbilo responda,
¿Y que tan poca tierra hoy en su seno esconda
Al que de toda ella ser dueño mereció!

Depués de haber cerrado del semidiós los ojos
Desdeñan en los vuéstros, de acerbo llanto rojos,
Poner las hilanderas su dedo apagador.
Atropos de su víctima hoy con razón se ufana
Y torna en lauro el negro cofre que le engalana,
Vencedor impertérrito del siempre vencedor!

ZELICA

(Del *Lalla Rook* de Th. Moore).

—¡Ah! ¡no, no me maldigas! clamó entonces
La mísera Zelica,
Mientras crispadas con furor salvaje
Alzaba Azim las manos a los cielos
Cual desafiando a Dios. ¡No me maldigas!
Perdida estoy, perdida para siempre,
Réproba frente a ti; mas no imagines
Que de mi falsedad esta es la obra.
¡Ah, no!—el pesar profundo, ardiente, agudo,

Me despechó, me enloqueció, y el resto
Hízolo mi locura.—Ve mis ojos,
Mi mustia faz, y ¿dudarás? ¡Oh! dime
Fueras tú tan cruel!—Oye: aunque hubiera
Todo tu amor cambiádose en desprecio,
Aunque me odiaras...como me odias...siempre,
Tuviera que extinguirse mi alma toda,
Tuviera que volar mi última chispa
Antes que yo dejase de ser tuya.
En mis labios tu nombre, y en mi mente
Tu cara imagen si cesar vivían:
«Ha muerto Azim» un día me dijeron,
Y, por lo mismo que te amaba tanto,
Crueles, *ha muerto Azim* me repetían.
¡Ah! porqué no morimos, justo cielo,
¡Al decirnos adiós!

¡Si tú supieras,
Si imaginaras tú con qué profunda
Devoción de dolor lloré tu ausencia!
Vuelta a ti mi memoria desolada,
Siempre pensando en ti, tú a cada instante,
Tú sin descanso y por doquier presente,
Sin ti yo agonizaba. Al fin, ya débil,
Cedió al dolor mi espíritu angustiado.

Como una gota sin cesar filtrando
Y a compás triste sin cesar cayendo,
De noche y día, fúnebre y helada,
Así con tu recuerdo, la memoria
Mi pobre corazón fue consumiendo;
Si al menos tú supieras
Que en los umbrales del hogar mil veces,
Pálida y sin aliento me doblaba
Vueltos siempre los ojos al camino
Por do a mis brazos retornar debías:
Y así me hallaba la funesta noche
Allí sobre mi sien lentas giraban
Sus negras horas, sus eternas horas
De ansia y delirio, de esperanza y miedo.

—Ya escuchaba tu voz, y la buscaba
Para llorar mi engaño. Ya sentía
El ruido de tus pasos, daba un grito,
Y en la abismosa noche solitaria
Mi grito y mi ilusión juntos morían.

Si hubieras tú sentido
Eso que yo sentía, ¡cielo santo!

¿Admiraras que al fin cuando de un golpe
Todas mis esperanzas fenecieron
Cuando a mi voz consuelos demandando
«Ha muerto Azim» tan solo respondías?—

Admiraras que entonces
Mi razón delirante, enferma, frágil,
¿Hubiera sucumbido?

¡Ah! yo fui entonces
Mísero resto de mortal naufragio,
De airado mar a la merced flotando.

¡En tinieblas el alma,
El cielo entre tinieblas!....

¡Ruina viviente, enteramente muerta
Para su salvación, mientras por dentro
Loco amor me abrasaba, y a mi lado
Llamas de infierno pérfidas y diestras
A acariciarme con *tu amor* venían!
¡Ah, tú me compadeces!--tú quisieras
Cual yo, que el Cielo, ni un instante solo
Cubriése a un sér tan mísero y odioso.

El monstruo que me trajo..... mas, ¡silencio!
¡Oh! tú también, si él oye, eres perdido....
Acércate y escúchame:—ese monstruo
Con astucia satánica, que hubiera
Endemoniado el corazón de un ángel,
Me dijo tales cosas de ti mismo
Y de una esfera de perenne lumbre
Donde (con tal que en vida
Sirviera a él sólo, a él sólo obedeciera)
Bebiendo el embeleso de tus ojos,

¡Bendita para siempre
Y amada para siempre viviría!

¡Oh, Azim! ¡hasta qué punto
Llegaba mi demencia, hasta qué punto
Mi desesperación: creer que el crimen
A Dios o a ti pudiera conducirme!
¿Lloras por mí?—sí, llora: ¡ah, si yo osara
Enjugar con un ósculo ese llanto!
¡Mas no! ¡jamás!—mi boca está maldita.
Mis besos envenenan! con mi aliento
Difundo execración!—¡Pobre Zelica!
¡Ya tienes demasiado!.... ¡Un dulce acento
De su labio escuchaste,
Y en sus divinos brazos un momento,
Santo momento de perdón, gozaste!

Ese instante bendito
Es la última reliquia de alegría
Que deberé a la tierra; última gota
Que en este inmenso yermo de infortunio
Del raudal del cariño
Atesoró mi corazón marchito,
Porque anime y refresque
La aridez funeral que le consume.
Ese instante, abrazado a mi memoria
Como la yedra en torno a la ruina
Perenne hasta mi tumba irá conmigo.

El será en mi sepulcro
Como el rayo del sol que penetrando
Bajo la losa pisoteada y rota,
Entre horror y gusanos
Brilla tan manso y puro
Como en los ojos vírgenes de un niño.

Mas tú, Azim, húye, escápa
De este lugar que para ti no ha sido.
¡Ah! tú no sabes dónde estás: escúcha,
Por poco que mis labios te dijeran,
Torturado tu cérebro ardería,
Y tu alma, y otra vez el alma mía,
De furia enloquecieran!

¿Qué más quieres saber?—¡Que estos Palacios
Tienen por rey el crimen,
Que mil desamparados corazones,
Buenos y generosos algún día,
Hoy infectos, sin vida, hechos pedazos
Sirven a su verdugo de alimento!

¡Que Zelica no existe,
Que Azim no es para ella, que en la vida
Ya el adiós de la muerte se dijeron!
Que el torrente furioso
De un hado irrevocable
Ha divorciado mi alma de tu alma,
Y este espantoso abismo,
Insalvable a las alas del que muera,
Nos hará distar siempre tánto, tánto,
¡Cual dista el cielo del infierno mismo!
¡La Eternidad entera!

«¡Zelica!—rompió el joven,
«Con voz convulsa en que a la vez vibraban
«Ira y ternura, súplica y demencia;—
«¡Zelica! por el Cielo que te escucha,

«Dónde, si es que algo vale la plegaria,
«Tú alcanzarás perdón, sí, cual lo alcanzas
«Aquí en lo más profundo
«De mi ultrajado corazón sangriento!

«Porque así, degradada,
«Réproba cual te ves ¡yo te perdono!
«¡Por la memoria santa
«De nuestro amor de niños,
«Puro como amor de ángeles un día!

«¡Sí! por esa memoria
«Que, cual la sacra luz de un cementerio,
«De nuestro corazón sobre la tumba
«Arde desde los cielos todavía,
«Y ni el crimen en ti, ni en mí el despecho,
«Podrán nunca extinguirla.—Yo te ordeno,
«Te conjuro a partir, sí, en este instante,
«Si es que aún te queda un rastro de inocencia
«¡Húye de aquí! ¡conmigo!....»

«¿Contigo?—¡oh bendición!—Siglos eternos
«De angustia, vale oír esa palabra.
«¡ Qué! ¡ tornar tú a la réproba contigo!
«Dejarla que a tu lado
«Cuente sus pasos por tus mismos pasos,
«Cuente sus horas por tus mismas horas;
«Como en aquellos días,
«En largos años de dolor llorados,
«Cuando en vínculo santo
«De inocencia y cariño, yo en tus brazos
«Era digna de ti, como tú pura,
«¡Ambos amantes, venturosos ambos!
«¡Cielos, será posible!
«¿Tánta felicidad no será un sueño?
«¡Ah, si existe en el mundo
«Remedio y salvación para un perdido
«Aniquilado corazón, es éste!
«Ser yo tu amiga, yo tu compañera,
«Yo quien riegue de flores
«El paso triunfador de tu destino;
«Ser mis propios oídos los primeros
«Que escuchen tus palabras, ser mis ojos
«Los que tu pena o júbilo adivinen.
«¡Mis labios los que aspiren
«El aura generosa de tu aliento!
«Feliz más que las reinas de la tierra,
«En ser tu esclava humilde,
«Preparar con mis manos
«El pan para tu boca,

«Y al resplandor de tu mirar divino
«Irme purificando en el silencio
«Cual la manchada toca
«Que del sol a los rayos emblanquece....

«A la hora del crepúsculo
«Solemne y misteriosa,
«Cuando en plegaria unánime
«Natura se reposa;

«Y con sus garras ásperas
«Cruel remordimiento
«Se ceba en los apóstatas
«Que sienten lo que siento,
«Y fueron lo que fui.

«Al lado tuyo réproba
«Me humillaré de hinojos,
«Y tú a los cielos cándido
«Elevarás tus ojos;

«Y cual memento fúnebre
«De la que amaste tánto,
«Con una muda lágrima,
«Al Dios benigno y santo,
«Suplicarás por mí,
«Tú que me amaste tánto
«¿No rogarás por mí?

«Hasta que al fin tus súplicas
«Trocando en paz sus iras,
«Puedan mis ojos áridos
«Mirar donde tú miras,

«Puedan mis secos párpados
«Llorar como tú lloras,
«Y osen mis labios trémulos
«Orar como tu oras
«Al Dios que *yo* irrité.

«Y viéndome sus ángeles,
«Sombra de Azim viviente,
«Cual expiatoria lámpara
«Secándome doliente,

«Al fin darán benévolos
«Término a mi castigo,
«Y tu Zelica mísera
«Podrá volar contigo
«Donde tu Dios esté;

«¡Azim, parto contigo,
«Por ti me salvaré!»

«¡Tu juramento!» —interrumpió una ronca
Voz como vomitada de una tumba
Que, al alto umbral estremeciendo bronca,
Bóveda tras de bóveda retumba;

¡Miserable mujer, «Tu juramento!»
«Tu juramento» repitió agitado
Quién sino el genio mismo del tormento
Al cazar otra vez al condenado.

Peor que la lucha de éste hay una lucha,
Un mal que al mismo Satanás se enconde:
—Cuando al pedir perdón el hombre escucha
La maldición de Dios que le responde.

Luzbel no ha orado: del soberbio Arcángel
Fue la eterna soberbia el patrimonio:
A él no dijo Dios: «vuélve a ser ángel,
Para aprender mejor a ser demonio.»

De los brazos de su ángel compañero
No fue Luzbel arrebatado un día
Para tornarle a ver su Edén primero
Y del umbral volverle, a su agonía.

El no ha visto un relámpago alumbrarle
Como alba del perdón, y al punto mismo
Disiparse, y más lóbregas dejarle
Las tinieblas quemantes de su abismo.

Pero tal, tan atroz, ser parecía
De Zelica la réproba el destino:
Verse en brazos de Azim por ironía,
Y, como fiera indómita y bravía,
Remachada de nuevo a su asesino.

Llegar al labio el néctar inefable
De la misericordia y la esperanza,
Por si no le era ya bien detestable
La babaza que sorbe abominable
En la boca de un monstruo de venganza.

Náufraga en mar de crímenes profundo,
No bien asió con brazo moribundo
La rama salvadora en la ribera,
Caerá de más alto al iracundo
Vórtex regurgitante que la espera.

Cuando muere el malvado y comparece
Satanás por la presa apetecida,

El rígido cadáver se estremece,
Y en sus torcidos ojos resplandece
Un lampo aterrador de la otra vida.

Mas ¡ay! que si es cruel, horrenda, odiosa,
La póstuma agonía del malvado,
La muda apostasía dolorosa
De la última virtud del desgraciado,

Esa, del alma anticipada muerte,
La mísera Zelica siente ahora:
Como Azim aterrada, muda, inerte,
Sólo en su risa irónica se advierte
La íntima tempestad que la devora.

Oye: a su rededor, por todos lados,
De la hueca techumbre al pavimento,
Acósanla los ecos encontrados,
Ecos por el terror centuplicados
De esa tremenda voz: «¡Tu juramento!»

Y ¡ay! que salvando la empinada ojiva
Descubren sus miradas divagantes
Los verdes campos que envidió cautiva,
Bañados por la luna compasiva,
Y serenos y hermosos como antes.

No pudo más: del corazón, profundo,
Desgarró entonces un mortal gemido,
Sordo cual un reclamo de otro mundo;
Y así con cierto timbre tremebundo
Murmuró de su amante en el oído:

¿Oyes?—¡Mi juramento!—¡Es cierto, es cierto...!
¡Los cielos me prohiben el salvarme,
Soy su esposa, huye al punto, o eres muerto!
Con esa voz que fúnebre retumba
Me reclama el infierno: soy su esposa....

¡Adiós, vuelvo a mi tumba!
¡Recuérdame, aunque sea para execrarme!

Y a los abrazos trémulos de su amador atónito
Violenta se arrancó,
Con esa fuerza eléctrica que a veces a los débiles
Da el despecho feroz;

Y cual nocturno pájaro de agüero melancólico
Rastreando huye ante el sol,
De sala en sala espléndida despareciendo rápida
La mísera Zelica
Para su Azim murió.

Washington: 1858

SHE WALKS IN BEAUTY

(de Byron).

Acércase radiante de belleza
Cual las noches de amor del oriental,
Cuanto sombras y luz mejor encierran
Reúnese en sus ojos y en su faz;
Y el esplendor suavísimo le presta
Que nunca el sol al firmamento da.

¡Esa gracia inefable ajado hubiera
Un rayo menos, una sombra más!
Ved sus trenzas de ébano, que sueltas
Encanto sin igual la saben dar.
¡Cuán puros son los pensamientos de ella!
En su serena faz escrito está.

¡Ved esa frente, que en su calma expresa
Lo puro del espíritu inmortal:
Ved en esa mejilla, en esa boca,
Dominadora y tímida a la par,
Esa sonrisa, angélica elocuencia
De una vida de luz y sin afán,
De una alma en santa paz con tierra y cielo,
De un corazón que no ha exhalado un ay!

Bogotá: 1852.



WHEN WE TWO PARTED

(Byron).

Cuando *sin voz y con lágrimas*
        Nos separamos los dos
Y destrozado de angustia
        Sentimos el corazón,
Pálida vi tu mejilla,
        Tu ósculo helaba el dolor:
¡Triste hora! de esta hora triste
        ¡Fatídica predicción!

De la mañana el rocío
        Helado en mi sien cayó,
Como presagio funesto
        De lo que sintiendo estoy.
Violaste tus juramentos
        Desatendiste tu honor,
Y mi nombre, de tu nombre
        Divide el negro borrón.

Hoy ese nombre en mi oído
Es de un doble el triste són:
¡Ay! ¿porqué me fue tan caro
Para hoy helarme de horror?
Ignoran fuese tu amigo
Quien tánto te idolatró:
Y ¡oh! no sabes cuánto excitas
Mi profunda compasión.

En secreto nos veíamos,
Y lloro en secreto yo
Que hubiera en tu alma perfidia
Y olvido en tu corazón;
Y hoy si volviera a encontrarte
Después de tan largo adiós
Tal vez te saludaría
Con lágrimas y sin voz.

Bogotá, febrero 6: 1853.



A M. S. G.

(Byron).

Si sueño que me quieres no dudo me perdones,
Y que no harás tu cólera hasta mis sueños ir,
Pues, ¡ay! tu amor tan sólo existirá en visiones.
Y al despertar no encuentro qué hacer sino gemir.

Ven pues, ¡oh sueño! al labio que tu opio saborea;
Ven, vierte compasivo tu languidez en mí;
¡Haz que mi sueño dulce como el de anoche sea,
Y celestiales éxtasis disfrutaré por ti!

Nos dicen que tú eres hermano de la muerte
Y que su emblema fúnebre en tu reposo está.
¡Mi postrimer instante retárdelo la suerte
Si nuncio eres del néctar que el Paraíso da!

No irrites, mansa virgen, el apacible ceño,
Y déjame siquiera ser venturoso así.
Si es, ¡ay! mi sueño un crimen, bien pago lo que sueño,
Pues sólo a un bién *soñado* predestinado fui

Y aunque soñando goce tal vez de tu sonrisa,
No pienses que el castigo no sigue a mi soñar,
Pues si mis dulces sueños tu imagen diviniza,
¿Qué más suplicio quieres que luégo despertar?

Bogotá, febrero 10: 1853.

A MARIA CHAWORTH

(Byron).

No me recuerdes, ¡ ay !, no me recuerdes,
Tú que mis horas tan amargas haces,
Esas horas dulcísimas, fugaces
¡ Cuando mi alma era toda para ti !

¡ Yo las recuerdo bien....! Hasta que deje
El soplo de los años extinguida
La última luz del astro de mi vida,
Estará vivo ese recuerdo en mí :

¡ Cómo olvidar cuando, enredando inquieto
Tus rizos de oro, entre ellos te veía,
Y agitado latiendo sorprendía
De súbito tu virgen corazón !

¡ Ah ! te veo todavía : veo esos ojos
De una apacible languidez colmados,
Aquel seno, esos labios aromados
Que mudos respiraban la pasión.

¿Una vez, no recuerdas? reclinada
Sobre mi ardiente seno, de repente
Volviste a mí los ojos dulcemente
Cual reprendiendo sin negar tu amor,

Mas tan tierna, atractiva simpatía
Esa mirada tuya regalaba
Que reprendía y más enajenaba ;
Y encendió más mi devorante ardor ;

Y más nos acercamos : nuestras bocas
Trémulas, abrasadas se buscaron,
Cuando labio con labio se encontraron
Ibamos en un ósculo a morir....

Bajáronse tus ojos pensativos,
Y tus pestañas de azabache en breve
Cual plumaje de cuervo sobre nieve
Velaron su purísimo zafir.

¡ Ay ! anoche soñé, ¡ sueño dichoso !
Que tú, amada, me amabas todavía ;
Y era más dulce esa ilusión, María,
Que cualquier realidad de otra mujer :

Porque no hay corazón que me compense
Tu corazón para mi mal perdido,
Porque sólo tus ojos han podido
Tan caro sueño realizarme ayer.

No me recuerdes hoy; no me recuerdes,
Tú que mis horas tan amargas haces,
Esas horas santísimas, fugaces
Que hoy me devuelve un sueño criminal.

¡Olvídalas, por Dios! Entre ambos haya
No más que olvido, indiferencia eterna,
Y esa memoria idolatrada y tierna
Sea cual la flor de un nicho sepulcral.

Bogotá, abril 27 : 1852

¡ FAREWELL !

(Byron).

¡ Adiós ! si alguna vez súplica tierna
Acogió grata la bondad eterna
Por cuanto es más querido al corazón :

¡Oh! no la mía se perderá en el viento :
Tu nombre más allá del firmamento
En alas llegará de mi oración.

¡Hay que partir! y lentamente expiro;
En vano son el llanto y el suspiro;
Inútil es la suplicante voz.

Del réprobo la lágrima sangrienta
Vertida en la agonía última, lenta,
Menos dirá que esta palabra—¡ Adiós!

Me enmudeció la angustia que me agita ;
La fuente de las lágrimas bendita
Seca y ardiente como el fuego está :

Pero un profundo, un íntimo tormento
Vela en mi corazón; y un pensamiento
Que nada, nunca, adormecer podrá.

Mi alma no ha de quejarse.... no se atreve
Ni se digna : este amargo cáliz bebe
Resistiendo una lucha inmensa, atroz,

Y es todo lo que sé que ¡ Cielo santo !
¡ En vano, en vano nos amamos tánto !
Y es todo lo que sé....que.... *¡ Adiós, Adiós !*

Bogotá, abril 13 : 1852.

A MARIA CHAWORTH

(Byron).

¡ Quién feliz cual tu esposo se llamara !
¡ Es su felicidad mi maldición !
....Pero ¿ qué importo yo ?....Si él no te amara
Cuánto le odiara, sí, mi corazón !

Al ver tu hijo, esa flor de tu existencia,
«Vas a estallar, ! oh corazón !» pensé,
Mas viome sonriendo de inocencia,
Y....al punto....por su madre lo besé.

Lo besé, sofocando mi agonía,
Cuando a su padre en él reconocí....
Pero le hallé los ojos de *María*,
Y eso era demasiado para mí.. .

¡ ....Adiós ! es necesario abandonarte.
Mientras vivas feliz yo callaré :
! Jamás los dos en una misma parte !
¡ No vuelva la cadena que arrojé !

Yo creí que los años que han pasado,
Yo creí que mi orgullo, mi virtud,
Por fin, por fin hubieran apagado
La hoguera de mi ardiente juventud.

¡ Me engañé.... no advertí.... necia confianza !
Hasta volver a tu presencia yo
Que hoy es el mismo ...excepto en la esperanza....
El corazón que ayer te idolatró.

Tus miradas lo hubieran destrozado
En otro tiempo—hoy no—ni me turbé ;
Temblar hoy fuera un crimen—te he mirado,
Y en cadáver al hombre trasformé.

Tu vista se clavó sobre la mía ;
Nada pudiste leer....ni la verdad :
Esta calma tristísima y sombría
De desesperación, de tempestad.

¡Adiós!.... Proscrito sea mi desvarío
De la memoria para siempre. ¡Adiós!
....¡Oh ¿dónde, olvido, encontraré tu río?....
....¡Cálma o muére, insensato corazón!....

Bogotá, abril 25 : 1852.

MI ALMA ESTA TRISTE

(De Byron, My soul is dark).

Mi alma está triste, tu laúd despierta
Que me es dado escucharle todavía,
Y haz que tu mano cariñosa vierta
En mis oídos blanda melodía;

Si en este pecho una esperanza duerme
A tanta seducción despertará;
Si una lágrima guardo, quieta, inerme (1),
Dejará de quemarme, rodará.

Pero sea tristísimo tu canto,
No vayas a ensayar festivo són:
Ya te lo he dicho: necesito llanto
O estallará repleto el corazón.

Harto tiempo ha nutrido su tormento,
Velando en el silencio harto sufrió:
La hora de estallar de sufrimiento
O ceder a tu cítara, llegó.

Bogotá: 1852.

FARE THEE WELL!

(Byron).

Revisados, noviembre 5: 1864

¡Adiós! y si este adiós es para siempre,
Bien, será para siempre, adiós! ¡adios!
En vano eres cruel, núnca rebelde
Clamará contra tí mi corazón.

---

(1) Dice Zorrilla (tomo 10, página 118):

Ríe y canta mientra inerme
En la paz del tiempo duerme
Encerrado el aquilón.

¡Oh! que no pueda yo rasgarme el seno
Do veces mil tu sien vino a posar
En ese sueño plácido y sereno
¡Que nunca volverás a disfrutar!

¡Que no pueda rasgármelo, y que vieras
Lo más íntimo y hondo que hay allí!
¡Al fin, al fin entonces descubrieras
Cuánto fue injusto rechazarlo así!

¡Aunque te aplauda el mundo! ¡aunque en el potro
Del mártir contemplándome sonría
Tu gloria es.... el infortunio de otro,
Y esa risa ofenderte debería!

Mil faltas cometí; mas ¿no era dado
Otra mano fatídica escoger
Para lanzarme el dardo emponzoñado?
¿La que estrechaba amante hubo de ser?

No te engañes tú misma: lentamente
Podrá extinguirse una pasión vulgar;
Pero así, sólo un golpe, ¡de repente!
¡Nó! no logra dos almas separar.

Tu corazón no ha muerto....aunque sangriento
Dejaste el mío, también latiendo está;
Y es su eterno, acosante pensamiento
¡Ay! ¡que otra vez no hemos de vernos ya!

¡Fúnebre voz! más honda de agonía
Que las de en torno al muerto en el hogar.
¡Vivir! sí; ¡todos dos! y cada día,
¡Viudo y solitario despertar!

Endulzará tu cáliz nuestra hijita
¿Con sus primeras sílabas de miel?
¡Padre! la enseñarás a que repita
A *ella*, que habrá de renunciar a *él?*

¡Cuando te abrace, arcángel infelice!
Cuando te bese ajena a tu dolor,
¡Piénsa en aquel que orando te bendice!
¡Piénsa en aquel que hizo feliz tu amor!

Tal vez algo en su faz te represente
Otra faz ya eclipsada para ti.
Y temblará tu seno dulcemente,
¡Y, fiel a mi, palpitará por mí!

Sabrás mi culpa, sí; mas nadie alcanza
Mi horrorosa expiación a comprender

Tus pasos van matando mi esperanza
Y ella tenaz te sigue por doquier.

Me habían herido *en todo*: y tú destronas
Mi orgullo, el solo bien que a su pesar
No abatió el mundo. Tú, tú me abandonas,
Y hora hasta el alma me abandona ya.

¡Mas.... hecho está! ¡y es vano todo acento
Y es más que vano cuanto diga yo!
Rompió el freno impetuoso el pensamiento
Y en su insensato ardor me arrebató.

¡Adiós! ¡último adiós! *Así* arrancado
A cuanto amaba, anonadado *así*,
Me consumo proscrito y desolado
¡Y hasta la misma muerte huye de mí!

Bogotá, febrero 8: 1853



LA ORACION DE LA NATURALEZA

(Byron).

¡ Dios de la luz ! ¡ Señor de mis abuelos!
¿ Llegan nuestros clamores a los cielos
O muere nuestra voz en la extensión ?

¿ Hay piedad para el hijo de la tierra?
¿Ante él la puerta del perdón se cierra?
¿Es justo el criminal con la oración ?

¡ A ti clamo, Gran Dios! en mi congoja;
¡Tú que ves la caída de la hoja,
Tú a quien nada se oculta, heme ante ti!

Líbrame de la muerte del pecado;
Aparta de mi espíritu obcecado
¡Tánta tiniebla—Acuérdate de mí !

Lejos de mí las sectas y los nombres;
Yo me dirijo a *ti*, callen los hombres:
Llévame a la verdad y a la virtud.

Confieso tu tremenda omnipotencia;
Hiéreme,—mas perdona en tu clemencia
Los yerros de mi loca juventud.

Alce allá sus basílicas oscuras
La devoción, humildes las criaturas
Hínquense ante sus puertas al pasar;

Yo no te busco allí; te ha puesto precio
El hombre, y tu poder pretende ¡necio!
Entre un montón de piedras encerrar.

La faz del claro día, ese es tu templo;
Es allí donde absorto te contemplo;
Es allí do te rindo adoración.

La tierra, el firmamento, el oceano,
Hé aquí tu altar augusto, soberano;—
Tu trono sin lindel—la creación....!

¿ Es dado al hombre condenar al hombre
Siempre que de rodillas no se asombre
Ante la vana pompa que inventó ?

¿ La humanidad, forzada en su camino,
Toda envuelta en un mismo torbellino,
Debe morir por uno que pecó ?

¿ Puede el hermano al escalar el cielo
Sentenciar al hermano a eterno duelo
Si nació de otro símbolo al favor ?

¿ El, del Edén las puertas abre y cierra ?
¿ Reptiles que se arrastran por la tierra
Entran en los consejos del Criador ?

Esos hombres del mal que al bien oprimen,
Y cuyos días va contando el crimen,
Y cuya vida es toda para sí—

¿Están a salvo con la fe que tienen
Con tener fe, misericordia obtienen,
Hallan eternidad, salen de aquí ?

¡Gran Padre universal, Rey de los reyes!
Yo no quiero buscar tus santas leyes
Del profeta en la santa inspiración:

Yo las leo en tus obras; me confieso
Débil y corrompido, y es por eso
Que óro, ¡ Señor;—escucha mi oración!

Tú, cuya voz de polo a polo impera ;
Tú que das rumbo al astro en su carrera ;
Tú que duermes el mar en su furor;

Tú a quien plugo en el mundo colocarme ;
Tú que puedes del mundo arrebatarme,—
—¡ Mientra esté aquí, protégeme, Señor !

A ti clamo, mi Dios, sea cual fuere
La dicha o infortunio que me espere
En tu alta, inescrutable voluntad;

Es por ella que gozo y que padezco;
Es por ella que caigo y me enaltezco,
Y mi única confianza es tu bondad.

Si cuando torne al polvo el polvo mío
Mi alma en alas de luz hiende el vacío
Loca de amor en busca de su Dios:

¡Qué dulces himnos de supremo encanto
Inspirará tu nombre sacrosanto
A esta mortal, desfallecida voz !

Mas si debe este sér activo, ardiente,
Que hay en mí, dividir eternamente
Con mi polvo el reposo sepulcral:

Mientras mi corazón guarde un latido,
Yo alzaré a ti mi voz y mi gemido,
Renázca o nó, después, libre, inmortal....

Hacia *ti* va mi humilde poesía,
Llena de gratitud el alma mía
Por todas tus mercedes para mí;

Y es toda la esperanza que me asiste,
Que después de esta vida errante y triste
Iré, buen Dios, a refugiarme en *Ti*
!

Bogotá : 1853.



A M. S. G.

(Byron).

Cuando veo esos labios ... ¡ay! yo temo,
Mi ósculo abrasador siento llamar;
Pero renuncio ese placer supremo,
Y ¡oh! fuera criminal no renunciar.

Cuando tu seno ideal me represento
¡ Oh, si anidara allí mi ardida sien !
Mas.... húye, temerario pensamiento!
Fuera matar tu paz, tu mejor bien.

De esos tus ojos una flecha lánguida
Puede ahogar de esperanza o de temor;
Mas no quiero costarte ni una lágrima,
Duerma más bien incógnito mi amor.

Siempre te lo he callado, y tu ojo advierte
Que me va consumiendo esta pasión;
Mas ¡cuándo hablarte de ella! cuándo hacerte
De un Edén un infierno el corazón.

¡Oh, jamás!—Y pues nunca serás mía
Por la voz del ministro en el altar....
¿De otro modo?—¡ más bien me mataría!
¡ Nunca, pues, tu señor me has de llamar!

Devóreme este cáncer invisible.
Muera yo en él, mas no lo sepas tú:
Más bien corro a mi pérdida infalible
Que a brindarte una dicha sin virtud.

No he de robar a mi alma su agonía
Robándote la paz, ¡ pobre de ti!
¡Muére y no luches, esperanza impía,
Que el dardo cruel no ha de pasar de aquí!

De un beso tuyo por beber la esencia
¡ Qué no hubiera arrostrado, santo Dios!
Pero es fuerza salvar nuestra conciencia,
Y es este adiós, mi postrimer adiós.

Duerma otro en tu regazo—a mí me toca
En vez de ósculos, lágrimas no más.
¿Qué no hubiera retado mi alma loca
Por ti?—hasta el mal... ¿Pero tu mal? ¡jamás!

No te han de echar al rostro tu vergüenza,
Desgraciada serás, infame, nó:
¡ Y qué importa mi amor sin recompensa
Como tú no seas mártir del amor!

Popayán, septiembre 22: 1853

A FLORENCIA

(Escritos por Byron el 14 noviembre de 1809, atravesando el golfo de Ambracia.

I

El disco de la luna plateado
Reinando en medio a un cielo despejado
Ilumina esa costa que se ve:

Es Accium.—Aquí entono mis cantares,
Do ganado y perdido en estos mares
Por la reina de Egipto el mundo fue.

II

Yo los contemplo.... A infinidad de hermanos,
Lavando así sus fratricidas manos,
Una tumba vinieron a ofrecer.

Y a un cetro incierto, aquí, por vez primera,
Renunció la ambición áspera y fiera,
Por seguirle la planta.... a una mujer!

III

Tú que me inspiras un amor tan tierno
Cual, desde Orfeo que registró el infierno,
Nunca en prosa ni en verso se explicó;

Tú, mi Florencia, linda cuanto amable,
Que amaré con constancia inalterable
Mientras seas tú linda y joven yo;

IV

¡Ay! Florencia, ¡qué lástima de aquellos
Tiempos do en contra de unos ojos bellos
Se jugaban imperios y poder!

Tú, si imperios tuvieran los poetas
A su disposición, como cuartetas,
Nuevos Antonios, mil, harías nacer.

V

Todo (es lo triste) lo cambió el destino;
Mas, juro yo por tu mirar divino,
Por los rizos que ondulan en tu sien,

Que si no puedo, aunque poder quisiera,
Por ti un mundo perder, no te perdiera
¡Qué por un mundo!.... ¡ni por un Edén!

Bogotá, abril 26: 1852.

DE BYRON EN UN ALBUM

(Fragmento).

Cual sobre un sepulcro frío
Detiene por un instante
El ojo del caminante
Un nombre de oscuridad:

Pueda detener el mío
Tu pensativa mirada
Cuando esta página aislada
Abras por casualidad.

Tal vez dentro algunos años
Leas este nombre olvidado:
Recuerda al que lo ha trazado
Como a los que ya no son;

Pero cree que embalsamado
Dejó aquí su corazón...... .....!

Bogotá, abril 19: 1852.

EL ULTIMO CANTO DE BYRON

HOY CUMPLO TREINTA Y SEIS AÑOS

Missolonghi, enero 22: 1824.

Pues de hacer latir otros, ha cesado
Mi pobre corazón, ya llegó el día
De cesar de latir. No soy amado,
¡Ah, si al menos amara todavía!

Mi vida está marchita; ya pasaron
Las flores y los frutos del amor,
Sólo el roedor gusano me dejaron;
El cáncer, vivo el inmortal dolor.

Mustio volcán en isla solitaria,
Es hoy mi solitario corazón.
A nadie quema, hoguera funeraria
Do me consumo únicamente yo.

Ya cerré del amor la rica historia:
Ya no comparto su temor, su afán,
Su dulce infierno, su poder, su gloria....
Me dejó sus cadenas, aquí están.

Mas no es así, ni *aquí*, ni *ahora*, ¡oh alma!
Que han de venir a hacerte estremecer.
Cuando el ciprés o la triunfante palma,
La gloria al adalid viene a ofrecer.

Ve: el pabellón, la espada, el campo fiero,
La gloria, Grecia a su renombre fiel;
No fue más libre el espartano austero,
Cadáver sobre su áspero broquel.

¡Despiérta! (no hablo a ti, Grecia valiente,
Que ya estás bien despierta); alma inmortal
¡Despiérta tú! recuérda de qué fuente
Viene esta sangre, y a probarlo audaz,

¡Virilidad indigna! pisotea
Esta que atenta hoy a renacer,
Pasión es de cobarde! igual te sea
La sonrisa o desdén de la mujer.

¿Lloras la juventud? ¿Porqué no mueres?
Para qué vivir más: muerte de honor
Brinda esta tierra. ¡Al campo! ¡sé quien eres!
¡Lánzate, exhala el último dolor!

Busca tú lo que tántos han hallado,
Mas buscan rara vez, no hay para ti
Tumba mejor: ¡la tumba del soldado!
Escóge tu lugar: descánsa aquí....!

Bogotá, noviembre 7: 1851.



A INES

Traducción de Byron.

No rías, ¡ay! ante mi frente adusta,
Que esa sonrisa devolver no puedo;
Mas no llores, Inés, y nunca en vano
Deje correr tus lágrimas el cielo.

¿Qué tormento, preguntas, emponzoña
Mi juventud, mis goces en secreto?
¡Ay! si no has de poder dulcificarlo
Di, ¿para qué tratar de conocerlo?

No es odio, no es amor, no son perdidos
De rastrera ambición honores necios,
Lo que hace que maldiga mi destino
Y huya de todo lo que amaba, lejos;

En este amargo tedio que me brinda
Cuanto aspiro y escucho, y toco, y veo;
Contemplo indiferente la hermosura;
Helado estoy ante tus ojos negros.

Es esa sombra eterna, infatigable
Que en pos llevaba el fabuloso hebreo:
Más allá de mi tumba ver no oso,
Y antes de ella descansar no espero.

¿Puede huír de sí mismo el desterrado?
Las zonas más lejanas atravieso,
Y aún me sigue este azote de mi vida,
Este tenaz demonio—el pensamiento.

Al rapto del placer se entreguen otros;
Sáciense en paz con todo cuanto dejo;
Gocen, sueñen sin fin, y cual yo, un día
No vuelvan, nó, de su encantado sueño.

Errante voy, a errar me condenaron
Con esta execración de mis recuerdos:
Hiérame cualquier golpe; ya he sufrido
De todos el mayor, y es mi consuelo.

¿Que golpe? ¡Ah, por piedad! no lo preguntes:
Sigue Inés, apacible sonriendo;
No alces el velo al corazón del hombre,
Que acaso encontrarías EL INFIERNO.

Bogotá, diciembre 9: 1851.

CANCION

TRADUCCIÓN DE BYRON

There's not a joy the world can give like that it takes away......

¿Con qué reemplaza el mundo lo que nos quita el mundo?
¿Qué puede compensarnos el malogrado bien,
Cuando apagado yace con hielo prematuro
El fuego de otros años de seducción y fe?

No sólo las mejillas de juventud risueñas
Sus rosas día tras día desvaneciendo van:
También antes de tiempo el corazón cual ellas
Se encuentra en primavera, sin una rosa ya.

Entonces los malditos que despechados flotan
Sobre sus dichas náufragas y destrozada fe
Contra escollos de crímenes arrebatados tocan,
O del vicio parásito en la mullida red.

Perdida está la brújula, mentor de su carrera,
O en vano el ancho puerto señalará el imán,
Tendido hacia una plácida, fatídica ribera
Que el destrozado barco no tocará jamás.

Abruma el alma entonces el frío de la muerte,
No siente el mal ajeno ni ve su propio mal,
La fuente de las lágrimas helada se detiene
Y un brillo turbio y lánguido nuestras pupilas dan.

Aunque una chanza escape de los pasmados labios
O una alegría excéntrica distraiga el corazón
En esas noches ímprobas en que se aguarda en vano,
Que halle tregua en el sueño la desesperación:

Todo eso es cual la hiedra que de guirnaldas ciñe
De un torreón vetusto la ennegrecida sien.
Por fuera todo es verde, y fresco, y apacible;
Por dentro todo es polvo, ruina, lobreguez.

¡Ay, ay, si yo pudiera sentir, como sentía,
Llorar, como lloraba, ser otra vez cual fui,
Como esas fuentes ácidas que en el desierto alivian,
Así fueran mis lágrimas bien dulces para mí!

Popayán, septiembre 22: 1853.

CHILDE HAROLD

CANTO III

En ti veo a tu madre, Ada, hija mía,
¡Unica de mi amor y de mi nombre!....
Al abrazarte yo la vez postrera
Tu ojo azul inocente sonreía....
Hoy otra vez te dice *adiós* tu padre....
Triste y cruel más que el *adiós* de entonces,
Que entonces. ¡ay! ¡una esperanza había! ....
.... Súbitas despertando
Oigo en redor las aguas suspirando
Al arrancar la nave voladora.
Alzan su voz los vientos, y yo parto.
Y no sé a dónde voy....Sólo que ahora
Ya no de Albión las plácidas orillas
Pueden bañar en llanto
De pesar y contento mis mejillas.

¡Otra vez en el mar! Sus crespas ondas
Saltan bajo de mí como el brioso
Corcel que a su jinete reconoce.
¡Oh mar! ¡oh fiel amigo! ¡te saludo!
¡Olas, bramad! y rápidas llevadme
¡Doquiera que vayáis! aunque forzado
Pronto a romperse, el mástil se estremezca
Cual débil caña al ímpetu del viento;
Aunque empapada flote en mil jirones
La lona a la merced de la borrasca....
¡Aquí debo ir, e iré! ¡que esta es mi suerte!
¡Yo soy el alga inútil
Que arrancó del peñón el oceano
Para llevarla entre su espuma hirviente
Doquier que la ola vuele arrebatada
Del rudo temporal al soplo ardiente!

Allá de juventud en el estío
A aquél canté que iba rebelde huyendo
De su propio pensar hondo y sombrío.
Seguir mi tema emprendo
Llevándome conmigo al héroe mío
Como a la nube el viento impetuoso.
Doliente mi memoria
Encuentra en esa historia
Profundísimos surcos que trazaron
Improbos pensamientos, y las huellas
Que, al secarse las lágrimas, dejaron.
Huellas áridas, tristes....

¡Hoy ni una sola flor descubro en ellas!
                Desde esos breves días
                De ardientes alegrías
                Y ansias abrasadoras,
Mi arpa y mi corazón habrán perdido
Una cuerda tal vez; tal vez discordes
Ambos resonarán; tal vez en vano
Ensayaré cantar como he cantado.
                ¡Qué importa! por odioso
Que el triste tema de mis cantos sea,
                Si sus tonos salvajes
Disipan este mi abrumante sueño
De goces y tormentos egoístas;
                Si al resonar en torno
De un círculo de olvido me rodean:
                Para mí serán gratos,
¡Aunque *tan solo para mí* lo sean!

Aquel que ya se siente envejecido,
                Por hechos, no por años;
                Que sondeó atrevido
De la existencia los abismos todos,
Y ya no hay maravilla que le aguarde,
Ni amor, ni gloria, ni ambición, ni luchas
Que en el suplicio ardiente del silencio
Su corazón hipócritas corroan:
                Ese es quien decir puede
                Porqué ama el pensamiento
Buscar refugio en grutas solitarias.
                Para él aquellas grutas
Imágenes aéreas atesoran.
                Y formas hechiceras
Que el tiempo no profana, y que del alma
En el santuario predilecto moran.

Para crear, para vivir más vida
Con la existencia de eso que creemos,
Sombras de sueños que soñar queremos
Con forma, lengua y corazón dotamos.
                Y con ellos sufrimos,
                Y con ellas gozamos,
Y por nosotros y ellas existimos....
Aun *yo* en *esas* que crío. ¿Qué soy? nada.
Pero tú no eres nada, oh ser, oh alma
                ¡Del pensamiento mío!
                Contigo cruzo el mundo;
Transportado en tus alas invisibles,
Invisible cual tú, todo lo veo;
Y asociando mi espíritu a tu espíritu,

Mi origen a tu origen,
Un corazón te he dado
Con el cual arde y *siente* todavía
Mi árido corazón despedazado.

Mas, no desvariaré. ¡Tánto he pensado,
Tan tristes, tan sombríos pensamientos
Mi cerebro agitaron,
Que exhausto al fin, rendido,
Sus inflamadas olas lo incendiaron
E hicieron de él un remolino hirviente
De delirios y llamas. Yo era joven,
Y no aprendí con tiempo a poner freno
A mi rebelde corazón, y pronto
Las fuentes de mi vida eran veneno!
¡Hoy ya es tarde, muy tarde!
Harto he cambiado, sí, mas todavía
Tengo fuerza bastante
Para sufrir lo que ni el tiempo mismo
Consiguió aniquilar;—de amargos frutos
Aún puedo alimentar el alma mía
Sin que contra el destino un *ay* levante.

Es demasiado. Basta.
Cierre el hechizo el sello del silencio.
Harold, ha tiempo ausente, reaparece.
Heridas que ni matan
Ni cicatrizan nunca, han desgarrado
Todo tu corazón .... ¡ ah ! bien quisiera
Que insensible y helado
Como la losa del sepulcro fuera !
Y sin embargo, el tiempo, cuyas alas
Todo lo descoloran y demudan
Lo ha cambiado también:—no sólo en años,
En facciones, en alma. El tiempo roba
Su ágil vigor a los robustos miembros,
Y al varonil espíritu su llama
Generosa y fecunda.

—De la existencia la encantada copa,
Do hirvieron centellantes
Los dulces juveniles desvaríos,
Ya sólo mece entre sus bordes fríos
Fébrida llamarada moribunda.

Libó Harold la suya
Con demasiado afán, y al fondo oscuro
Halló las heces como ajenjo amargas.
A más sagrado campo voló entonces
A rellenarla de un raudal más puro:

Y ya pensó que inagotable fuese.
¡ Vana esperanza !—Nada eterno había
Para él,—sólo la fatal cadena
Que, invisible y callada,
Cíñelo abrumadora todavía.

Lacerado al tormento
Fue, de escena en escena,
Sin alzar un lamento,
Huyendo desalado, cual tratando
De sacudir los eslabones rudos;
Y a cada paso que sus plantas daban,
Más crueles, más agudos
La medula del alma penetraban.

Fuerte en su indiferencia, vuelto había
A asociarse a los hombres, y seguro
Entre ellos se creía,
De su alma invulnerable el férreo muro
Ya ningún blando rayo de alegría
Habría de penetrar, pero tampoco
El dardo ardiente del afán;—y al cabo,
Uno entre tántos, a su vez podría
Ignorado, tranquilo y solitario
Buscar entre el tumulto objetos dignos
A su meditación, cual otro tiempo
De extraña tierra en el confín lejano
Hallara, en esas obras de natura
Muestra orgullosa del Criador la mano.

Mas ¿quién al ver la sazonada rosa
No ansió cogerla?—¿Quién cuando a sus ojos,
De la beldad purpúrea resplandece
La mejilla suavísima, no siente
Que entero el corazón nunca envejece?
¿Quién de la Gloria al contemplar la estrella
Fascinadora remontar su oriente
Sobre un abismo de ásperos abrojos,
No saltó en él para volar tras ella?
Harold, de nuevo al verse
Dentro el vertiginoso torbellino,
Dejóse arrebatar indiferente
Con la aturdida multitud, y al tiempo
Le declaró la guerra;—pero ahora
Con más noble destino
Que cuando en flor de vida y esperanza
Preludiaba el cantar del peregrino.

Mas llegó pronto a conocerse: él no era
Para vivir con los demás, nacido;
Con ellos poco de común le cupo.

Aunque su alma altanera
Con su propio pensar subyugar supo
Desde temprana edad, nunca lograra
Audaz domarla el pensamiento ajeno.
Seres que él despreciaba, no nacieron
Para ponerle freno,
A un espíritu libre, que orgulloso
Hasta en desolación, bien se sentía
Capaz de vivir solo, entre sí mismo;
Y aún sin los hombres respirar sabía.

Doquiera se alzan empinados montes
Allí encontraba amigos;—dondequiera
Que tumba el mar sus olas, allí había
Un hogar para Harold.—Incesante,
Irresistible anhelo le impelía
A ir a buscar un cielo azul ceñido
De anchos, esplendorosos horizontes.
El solemne desierto, el agrio bosque,
Los bárbaros senderos,
El escollo espumante,
Eran para él queridos compañeros.
Ellos le hablaban: él les respondía
Y aquel lenguaje era para él más claro
Que el del texto natal, que tántas veces
Abandonaba, en delicioso halago;
Por las páginas bellas de natura
Que el sol retrata en el dormido lago.



FRAGMENTOS DE CHILD HAROLD

CANTOS III Y IV—CASCADA DEL VELINO, ETC.

¡Bella, horriblemente bella! Mas no bien la limpia mañana
Descoge resplandeciente su magnífico manto,
Ved al iris sentarse sobre las férvidas ondas
Cual la esperanza fiel sobre el lecho fatal del que muere.
Todo en su derredor desgárranlo furiosas las aguas,
Mas él guarda sereno, pulcro, intacto, su arco luciente
Y nada empañará el cristal de sus fúlgidas tintas;
Semejando, en las torturas del espectáculo horrendo,
Al cariñoso Amor con la Demencia tranquilo velando.

¡Hay placer en esos bosques sin senderos ni rastros humanos!
¡Hay encanto en esas playas dilatadas y solas!
¡Hay sociedad allí, sociedad que ninguno importuna,
Do embiste el mar y rugiendo me arrulla con música blanda!

Desde que abrimos los dos estas entrevistas tan gratas
En que olvido cuanto soy, cuanto puedo ser, cuanto he sido,
Y confundiéndome extático con el portentoso Universo,
Siento lo que ni sé expresar ni ocultar por entero en el alma.

Si yo pudiese encarnar lo que hay en mí más íntimo y hondo;
Expresarlo; descargar, de un golpe, en *una* palabra,
Mente, alma, corazón, sentimientos, grandezas, miserias,
Y tánto que ansío y sufro y sé y siento sin morir al sentirlo....
¡Rayo fuera aquella voz, y yo *entonces* hablara!
Mas ¡ay! no es dado, nó; y vivo y muero sin que nadie me escuche,
Repleto de una idea muda como de una espada envainada.

1866.

A ISABEL

(Byron).

Hay una vida cuyo estambre místico
Se unió tan fuertemente al de la mía
Que del destino la guadaña impía
Al cortar uno cortará los dos.

Hay una forma en que mis ojos suelen
Embelesarse con deleite santo:
De día ella es su luz, ella su encanto;
De noche, vuelve de mi sueño en pos.

Hay una voz que modulando vibra
Raptos de gloria al pecho estremecido.
Faltando ella, mi Dios, yo no te pido
Ni el coro de tus ángeles oír.

Hay una faz que cuenta en sus rubores
De nuestro dulce amor la historia nuéstra,
Y en sus adioses pálidos me muestra
Amor cuanto no cabe en el decir.

Hay una boca que oprimió ardorosa
Mi boca, y que otra boca no ha tocado;
Juró hacerme feliz, y enamorado
Cada vez más feliz la oprimo yo.

¡Hay un *seno!* ese seno es todo mío,
Almohada de mi cérebro doliente;
¡Una *sonrisa!* mía únicamente;
Un *llanto*, que a mi llanto se mezcló.

Dos *corazones* hay que unidos laten
En tan dulce, estrechísimo concierto,
Que cuando el uno muere el otro ha muerto
Al golpe de la misma pulsación.

Y van con soplo tan igual dos *almas*
Sobre ondas ¡ ay ! tan plácidas, tan bellas,
Que al separarse....¡separarse ellas !
¡ Oh, nunca ! ! esas *dos almas una* son!

Enero : 1854.



WRITTEN AT ATHENS

(Byron).

(Traducidos por insinuación del señor don Joaquín Mosquera, que hoy recordó el original y lo dictó de memoria).

¡ Rompióse el talismán, voló el encanto !
Desgracia bien frecuente en esta corta
Intermitente fiebre de la vida.

Como unos insensatos sonreímos
Cuando tan sólo sollozar debemos ;
Y si algún dulce engaño concebimos
Al salir del delirio lo perdemos.

Cada intervalo lúcido del alma
Las crueles condiciones nos recuerda
Del fatal privilegio de Natura;
Y al que obra como el sabio, le es forzoso
Vivir cual muere el santo, en la tortura.

Nueva York, agosto 4 : 1864.



DE BYRON

¿ Que cuando yo no exista me llorarán tus ojos ?
Dulce señora, dígnate volvérmelo a decir.
¡ Mas no ! que el repetirlo tal vez le causa enojos
Al corazón que menos quisiera yo afligir.

Mi alma está triste : huyóse toda esperanza mía.
La sangre entre mi seno no lucha hirviente ya ;
Y cuando al fin sucumba, sobre mi losa fría
Si por mí no suspiras nadie suspirará.

IMPROVISADOS

(por Lord Byron en respuesta a un amigo).

Cuando el pesar que entre mi seno habita
Su triste sombra por mi faz derrama,
Y oscurece mi frente ya marchita
Y llanto acerbo a mis pupilas llama,

Descuida: pronto me verás sereno;
Cuando estos pensamientos tormentosos
Abandonan el fondo de mi seno
Pronto vuelven a hundirse silenciosos.

1852.



EPITAFIO DE UN PERRO

(Traducción de Lord Byron).

Cuando retorna al polvo un engreído
Hijo del hombre, incógnito a la gloria
Y sin otra virtud que su apellido,
Ni más valer que aquel con que nació,

Agota en él su pompa la escultura,
Poética inscripción su nombre canta,
Y vemos en su regia sepultura
No lo que fue, mas lo que ser debió.

Mas muere el pobre perro, el que es en vida
Más firme amigo y fiel guardián del hombre,
Siempre el primero en dar la bienvenida
Y en defender a su señor también;

El todo suyo, el que trabaja y lucha
Y vive y se desvive en su servicio,
Muere, y nadie sus méritos escucha,
Ni para su alma noble hay un edén.

El hombre, vano insecto, le rehusa
El cielo donde él solo entrar pretende,
El, que al poder y a Satanás se vende,
Y vive únicamente para sí.

Tú que esta losa ves, pasa adelante.
No te interesará, no habla contigo,
Yo conocí en la tierra un solo amigo,
El único que tuve, y yace aquí.

IN THE SHADOW

(LONGFELLOW)

(Traducción improvisada).

Poco a poco las tinieblas
Ennegreciéndose van,
Y los vientos de la noche
Oigo tenues modular,

Y bajan a la memoria
Como una sombra inmortal
Las horas de aquel pasado
Que no se puede olvidar.

Entonces de entre los pliegues
De mística oscuridad,
Entre mi duda y mi sueño,
De luz orlada la faz,

Dulce visión se aparece,
Se abre el cielo par en par,
Y oigo el canto de una virgen
Para mí perdida ya.

¡Santa y cándida doncella
Que en la tierra no eres más,
Ya en el cielo de mis sueños
Sólo te vuelvo a encontrar!

. . . .

¡Ah! cuando era ella mi amiga
Vi los árboles en flor,
Y al confesarme su afecto
Vi que el cielo la besó.

Tras del mar se reclinaba
Rojo y fascinante el sol,
Y blanda niebla argentina
Posábase en derredor.

Y seguíamos diciéndonos
Esa historia de los dos,
Y ella en mí soñando estaba,
Y soñando en ella yo.

Mas ya borró la hosca noche
Del verano el esplendor,
Y yacen bajo la nieve
Las flores que pintó el sol,

Y hoy recuerdo en amargura
Aquel *mañana* sin *hoy*
En que oímos de los ángeles
Resonar la santa voz,

Cuando ¡hermana ! la llamaron
Desde el trono de su Dios
Y tomándola en sus brazos
La dieron beso de amor.

Tales memorias me acosan,
Tales sueños sueño yo,
Pero a veces en mi sueño
Me obsequia *nuestra canción*

Enero : 1865.



SANTA FILOMENA

(Longfellow).

Siempre que un acto noble se ejecuta,
Siempre que un noble pensamiento se oye,
En alegre sorpresa se levantan
A más alto nivel los corazones;

Una marea de almas escogidas
Invade a fondo nuestro sér; y entonces
Quedamos, sin sentido, emancipados
De tánta pequeñez que nos carcome.

Honor a los que así, con dichos o hechos,
Nuestro diario menester socorren,
Y al inundar con su alma nuestras almas
A lo mezquino y vil nos sobreponen.

Tal pensé leyendo anoche
De grandes huestes ya muertas,
Y húmedos fosos, y campos
Do el hielo y el hambre imperan;

¡Y esos cúmulos de heridos
Que en los hospitales penan,
Y esos corredores lúgubres,
Y aquellos suelos de piedra....!

Mas ¡ ah ! de pronto una dama,
Lámpara en mano atraviesa
De cuarto en cuarto; y alumbra
Con su amor tántas miserias.

Y un mudo paciente, acaso
Soñando el cielo en la tierra,
Se vuelve al muro y la sombra
Del fugitivo ángel besa.

Y luz y visión pasaron......
Y vuelven...... y tal semejan
La puerta del Paraíso
Que rápida se abre y cierra.

Y esa luz, mientras existan
Tu habla y tu canto, Inglaterra,
Alumbrará tus anales
Desde centurias ya muertas.

Una dama con su lámpara,
Será en tu historia opulenta
El tipo de la bondad
Y heroísmo de tus bellas.

Ni allí faltan palma y lanza
Y azucena de inocencia,
Símbolos que desde antiguo
Llevó Santa Filomena.



EL HERRERO DEL PUEBLO

(Longfellow).

Bajo un castaño extendido
La fragua enseñan del pueblo;
Y es el herrero un hombrón
De unas manos que dan miedo,
Anchos brazos, musculados
Como con zunchos de acero,
Negro el cabello y greñudo
Rostro, de curtido, prieto;
Ganando bien cuanto cae,
Sudando como un caldero,
Mira a todos a la cara
Porque a nadie debe medio.

De seis a seis, día tras día,
Sus fuelles oirás rugiendo
Y del pesado martillo
El golpe igual, firme y recio
Como aquellos con que anuncia
La oración el campanero.

Cuando de la escuela salen
Páranse allí los chicuelos
Por ver la flamante fragua
Y oír el soplar violento,
Y atajar el vivo chorro
De chispas que lanza el hierro.

Seguro el domingo en misa,
Sus hijos siéntanlo en medio,
Y oye al Cura predicar,
Y acompáñalo en su rezo,
Y al cantar su hija en el coro
Brilla en su rostro el contento.
¡La misma voz de la madre!
Imagina estarla oyendo,
Cantando en el Paraíso,
A donde ya tendió el vuelo....
Y su áspera mano enjuga
Sus ojos a este recuerdo.

Así avanza en su ardua vida,
—Marcha de afán, gusto y duelo,—
Cada sol empezando algo,
Cada tarde cocluyéndolo,
Ganando así cada día
De su noche el pan y el sueño.

¡Gracias, respetable amigo,
Por la lección que te debo!
Tál, de la vida en la fragua,
Forjar nuestro bién debemos,
Labrando al fuego en su yunque
Cada idea y cada hecho.

Mayo 24: 1880.

LA FLECHA Y LA CANCION

(Longfellow).

Disparé al aire una flecha;
Cayó a tierra, mas no supe
Do cayó;

Pues, al fin con alas hecha,
Fue tan veloz, que mi vista
La perdió.

Mi voz soltó al aire un canto,
Cayó a tierra, mas no supe
Do cayó:

Porque ¿quién pudo ver tánto?
¿Quién seguir de un canto el vuelo
Consiguió?

Vi mi flecha, años después,
Clavada en un roble, entera
Y a su abrigo;

Y encontré tal como él es,
Mi canto, en el corazón
De un amigo.

Bogotá, mayo 23: 1880.

A MISTER LONGFELLOW

No una canción, sino mil
Tu voz, como flecha de oro,
Soltó al viento:

Y no fue nieve de abril
Ninguna, ni meteoro
De un momento

De tal vuelo y tal madera
Cada flecha de tu alma
Ha sido hecha,

Que aún en esta cordillera
Clavaste en más de una palma
Una flecha.

Y mágicos, largo hermano,
Son tus dardos: quedan fijos
Y al par siguen;

Cual las ramas del banano,
Que se entierran, plantan hijos
Y prosiguen.

Feliz aquel cuyo aliento
Ya es atmósfera de encanto
De las almas,

Y su mente un firmamento
Que flecha luz sobre tánto
Roble y palmas.

Bogotá, junio 7: 1880.

EXCELSIOR

(Longfellow).

Cuando ya el nocturno manto
Desplegábase veloz,
Entre hielo y nieve un joven
Un pueblo alpino cruzó
Empuñando una bandera
Con esta extraña inscripción:
¡ Excelsior !

Su ceño triste; sus ojos
Despedían un fulgor
De alfanje al desenvainarlo;
Y en tanto en vibrante són,
Iba cual clarín de plata
Dando esa incógnita voz:
¡ Excelsior !

Luces de hogares dichosos,
Fuego de blando calor,
Vio abajo, mientras que arriba
El ventisquero feroz
Espectral lo amenazaba;
Pero él tenaz murmuró:
¡ Excelsior !

« ¡ Deténte ! » gritóle un viejo,
« ¡ Deténte ! que un nubarrón
Armó tormenta en la cumbre,
Y el torrente bramador
Niega el paso,»—pero firme
La voz del clarín volvió:
¡ Excelsior !

« ¡ Quédate aquí ! » la doncella
Le dijo: «en mi corazón
Posarás la sien rendida,»
Y una lágrima brilló
En su ojo azul. La respuesta
Fue un suspiro y una voz:
¡ Excelsior !

« ¡ Cuidado que hay ramas secas
En verde pino traidor,
Y cuidado con el lurte! »

Así, diciéndole adiós,
Le gritaba el campesino,
Mas, ya en alto, a oír tornó:
¡ Excelsior

A el alba, cuando subían
La cuesta, y el alma a Dios,
Los buenos monjes Bernardos
En su temprana oración,
Por los atónitos aires
Oyeron la extraña voz:
¡ Excelsior !

Medio sepulto en la nieve
Su perro fiel descubrió
A un viajero cuya mano
Yerta del hielo al rigor
Aún asía una bandera
Con esta rara inscripción:
¡ Excelsior !

Allí, al crepúsculo vago,
Inerte ya y sin calor
Pero hermoso todavía,
Yacía el héroe; y una voz
Del sereno firmamento
Como una estrella cayó:
¡ Excelsior !

Bogotá, mayo 24: 1880.

CANSANCIO

(De Longfellow).

¡ Oh breves pies, que tántos largos años
Por senda de esperanzas y temores
Tendréis que andar, cogiendo desengaños,
Brotando sangre al peso de una carga
De afanes y dolores !
Yo, más que vos cercano a la posada,
Fin del afán y do el descanso empieza,
Me abismo de tristeza
Pensando en vuestra ímproba jornada.

¡ Oh diminutas manos
Que, débiles o fuertes, Dios condena,
Por término tan largo todavía

A servir o a regir a otros hermanos;
Manos que en tanto venidero día
Tendréis que dar o que pedir, me abruma,
Ya que a mi turno fui, con libro y pluma,
Perseverante labrador, la idea
De lo que os falta de ímproba tarea!

¡ Oh corazones cándidos, que al fuego
De febril impaciencia, en temerario
Anhelar sin medida y sin sosiego
Ya veo arder !—si acaso tributario
Fue a las pasiones largo tiempo el mío,
Hoy en vez de pasión sólo hay ceniza,
O encubre el hondo fuego helado hastío.

¡ Oh blancas almas, puras, cristalinas,
Rayos directos de la luz del cielo
Vuestra divina fuente !
Hoy, al través del nebuloso velo
Da tántos años—polvo de ruinas—
¡Qué tristemente rojo
Refractado se ve mi sol poniente !
¡Qué lívida mi alma indiferente !



EL ARSENAL DE SPRINGFIELD

(De Longfellow).

¡Rico arsenal ! Del suelo al techo suben,
Organo enorme, las bruñidas armas,
Pero sus mudos tubos hoy no brotan
La música fatal, terror de pueblos.

¡ Qué estruendo harán cuando esas blandas teclas
El experto ángel de la muerte toque !
¡ Qué alta lamentación, qué miserere
Completará su horrenda sinfonía !

Aún escucho el feroz coro infinito,
Los hondos ayes y estertor de muerte
Que, siglos de distancia atravesando,
En prolongado retiñir nos llegan.

Oigo el martillo del sajón rompiendo
Yelmos y arneses ; bate el cimbrio bosque
La normanda canción ; y un mundo clama
Del gongo de los tártaros al eco.

Su campana de guerra al florentino
Desde el palacio revolviendo escucho;
Y oigo el tambor de cuero de serpiente
Del sacerdote azteca en su teocali;

Y el caos de terror de tánto pueblo
Entrado a saco y a tizón; los hurras
Que a cada tierna súplica responden;
La orgía de soldadesca entre el pillaje,

Los ayes de hambre y sed de gente en sitio,
La preñada explosión, la rota puerta,
El plomo que granea, hojas que chocan,
Broncos cañones que a intervalos truenan....

¿Y así, con tales discordantes ruidos
E instrumentos malditos, osa el hombre
Ahogar las dulces voces de Natura
E interrumpir celestes armonías?

Si del poder que al orbe de horror llena,
Si del oro vertido en cortes y armas ...,
La mitad sólo, a redimir se diese
De error la humanidad, ni un fuerte habría

Ni un arsenal; odiárase hasta el nombre
De guerreador; y al levantarse un brazo
Contra un hermano, universal y eterno,
El rayo de Caín lo fulminara.

Del porvenir abajo, y de una en otra
Generación, los resonantes ecos
Oigo....van apagándose....al fin mueren;
Y como una campana, con solemne

Y dulce vibración, a escuchar torno
La voz de «Paz!» que Jesucristo intima:
¡Paz! y ya nunca con sus negras bocas
El órgano de guerra insulta al Cielo;

Y bellas, como cantos de inmortales,
Suben de amor benditas melodías.

Bogotá, mayo 27: 1880.

LA VENTANA ABIERTA

(Longfellow).

Callada al pie de sus tilos
La vieja casa encontramos,
Y en la encascajada senda
La sombra y la luz jugando.

Abierta de par en par
Vi las ventanas del cuarto
De los niños, mas en ellas
Ni una cara.... ¡oh Dios! volaron.

A la puerta el terranova
Buscaba en pie y azorado
A sus consocios de juego,
Y aguardábalos en vano.

Ya no andaban por los tilos
Ni corrían por el campo ;
Pesaban sombra y silencio
En todo aquel triste cuadro.

Lo mismo que antes se oían
Pajarillos gorjeando
Pero ya, tan sólo en sueños,
Otro gorjeo más grato.

Y un niño que iba conmigo
No entendió porqué yo en tanto
Apretaba con la mía
Más y más su blanda mano.

Bogotá, junio 16: 1880



EVANGELINA

(Longfellow).

En esta tierra plácida que baña
El Delawer, y que a la dulce sombra
De alta floresta y pastoral cabaña
A Penn, su apóstol, reverente nombra :
Allí de la fructífera campaña
Sobre la igual, terciopelada alfombra,
La ciudad que él fundó marca su huella
Y del río a las márgenes descuella.

Sus calles repercuten todavía
Los nombres de sus árboles frondosos
Como ansiando aplacar con su armonía
Las dríadas y silfos nemorosos
Que vieron con enojo el hacha impía
Invadir sus retretes misteriosos;
Y allí el aura es fragancia, y la hermosura
En el pérsico ve su imagen pura.

Arrojó en esa playa el oceano
A Evangelina, huérfana y proscrita,
Y si patria y hogar le hurtó el tirano,
Aquí otra patria con amor la invita.
René Leblanc, el venerable anciano,
Reposó aquí su dilatada cuita,
Y de cien descendientes, uno apenas
Vio en torno suyo al rematar sus penas.

Para su amiga en Filadelfia había
Algo que hablaba al corazón siquiera,
Algo que murmurarle parecía:
«Entre nosotros no eres extranjera.»
Y el cuácaro tutear que en torno oía
Le recordaba aquella paz primera,
Aquel edén de iguales y de hermanos,
Arcadia realizada entre cristianos.

Así, cuando por fin cesó en el mundo
Esa persecución que nunca alcanza
Su objeto; aquel afán ciego, infecundo;
Ese loco esperar sin esperanza:
Entonces, sofocando en lo profundo
Del corazón la impía desconfianza,
Volvióse aquí, como hacia el sol las hojas,
Aquella alma en tinieblas y congojas.

Igual se ve desde eminente cumbre
Plegarse y disiparse el cortinaje
De niebla matinal, y entre áurea lumbre
Ir surgiendo el magnífico paisaje:
Roja ciudad de innúmera techumbre,
Quintas y aldeas como suelto encaje,
Y entrelazando hogares y plantíos,
Caminos de oro y plateados ríos.

Así también se disipó en su mente
La neblina falaz que la distrajo
Y hoy al sol del amor resplandeciente
Ve el mundo inmenso dilatarse abajo.

El sendero asperísimo y pendiente
Que entre angustias y lágrimas la trajo,
Perdió con la distancia sus fragores,
Y es ya una calle de arbolado y flores.

Gabriel no ha muerto, vive en su alma: en ella
Su imagen brilla sin cesar, vestida
De amor y juventud: dos veces bella,
En flor de corazón y en flor de vida:
Cual lo vio última vez la fiel doncella
Extático en ardiente despedida,
Y más perfecto aún; que hoy lo acrisola
De eterna ausencia fúnebre aureola.

El tiempo no entra en su memoria: en vano
Los años, aunque lentos, se suceden:
No han de cambiarlo en su tesón profano;
Transfigurarlo solamente pueden.
Para Gabriel no existe aquel tirano
De quien olvido y desamor proceden.
El ya no es un ausente: es como un muerto
Que al fin la mar depositó en su puerto.

Dulce paciencia, abnegación constante,
Consagración activa al bien ajeno,
Hé aquí lo que esa mártir anhelante
Leyó escrito en las llagas de su seno.
Así va a difundirse en adelante
Aquel amor de que rebosa lleno,
Cual rica especia embalsamando el viento
Sin perder su fragancia al dar su aliento

Roto de la esperanza el frágil vaso,
Y todo anhelo terrenal proscrito,
Sólo ansia ya con reverente paso
Seguir las huellas de Jesús bendito;
Reanima el cuerpo quebrantado y laso
Templándolo en el piélago infinito
De la divina caridad, y ufana
Ciñe el cordón humilde de la Hermana.

Meses y años enteros se deslizan
Viéndola infatigable en su tarea;
¡Cuánta llaga esas manos cicatrizan!
¡Cuánta miseria incógnita rastrea!
Por callejuelas que a hombres horrorizan
De puerta en puerta sin temor golpea,
Y para cada mal lleva consigo
Pan, luz, remedio, estímulo y abrigo.

Noche tras noche, cuando duerme el mundo
Y ruedan por las calles desoladas
Entre ráfagas de aire gemebundo
Las voces del sereno acostumbradas
A tiempo que él anuncia aquel profundo
Sueño, y la paz y la quietud guardadas,
Tal vez divisa en mísera buhardilla
Velando algún dolor su lamparilla.

Y día tras día el alemán labriego,
Al entrar paso a paso con la aurora
Rodando el carretón aldeaniego
Colmado en frutos de Pomona y Flora;
Cuando sus gritos turban el sosiego
Del arrabal que aún duerme en esa hora,
Ve que a su claustro vuelve entonces ella,
Pálida de velar, mas siempre bella.



LOS NIÑOS

(Longfellow).

Venid a mí, niños queridos,
Que ahí estáis; oí vuestro juego
Y volaron desvanecidos
Mi tedio, mi desasosiego.

Vosotros abrís la ventana
Por do mira mi alma al Oriente
Y las aves de la mañana
Cruzan cantando por la mente:

En vuestros pechos no hay vacío,
Todo es sol, y aves, y aura leve;
Viento de otoño hay en el mío,
Y cayó la primera nieve.

¡Ah! ¡nunca hay niños por demás!
¿Sin ellos el mundo qué fuera?
Temámos el desierto de atrás.
Más que la noche venidera.

Lo que es a la selva el follaje
Que nutren la luz y el ambiente,
Antes que el dulce humor cuaje
En rígido astil resistente.

Tal son los niños para el mundo;
Le dan a gustar la bonanza
De un clima radiante y jocundo
Que abajo a los troncos no alcanza,

Venid, decidme, prendas suaves,
Aquí, al oído, cierta cosa,
Eso que os cantan vientos y aves
En vuestro cielo de oro y rosa.

¿Qué son nuestras gracias ficticias,
Qué de nuestros libros la ciencia,
Pesados con vuestras caricias,
Y alegre mirar de inocencia?

Eclipsáis cuantas fantasías
Se han dicho o cantado jamás,
Porque sois vivas poesías
Y muertas todas las demás.



EL AMANECER

(De Longfellow).

De la mar vino un viento
Que andando, andando
Dijo a las nieblas: «¡Nieblas!
¡Abridme campo!»

Y saludó a los barcos
Con altas voces:
«Marineros, afuera,
¡Que huyó la noche!»

Y subió costa arriba
Muy tierra adentro
Gritando: «¡Abrid los ojos!
¡Con el sol vengo!»

Y dijo al bosque: «¡Suelta
Tus mil murmurios!
¡Cuélga tus mil banderas
¡A mis arrullos!»

Y al pájaro del bosque
Sopló en las alas
Diciéndole. «Avecilla,
¡Despiérta y cánta!»

Y al gallo del granjero
Luégo susurra:
«Víbra el clarín sonoro
¡Y al sol anúncia!»

Y a los maizales de oro
Rápido manda:
«Haced la venia, espigas,
¡A la mañana!»

Y en cada campanario
Clamando asoma:
«Oh campana, despiérta,
¡Suéna la hora!»....

Mas cruzó el campo santo
Con un suspiro
Murmurando: «Aún no es tiempo;
¡Dormid tranquilos!»

EL SALMO DE LA VIDA

(De Longfellow).

No me digas, oh Salmista, en tus melancólicos versos
«La vida es un sueño, una ilusión.»
Para el alma inmortal no es el vivo, es el muerto el que sueña;
Las cosas cual parecen no son.

¡No, la vida es real! no es juego, una frívola chanza,
Ni es la tumba su fin postrimer.
No fue el alma a quien dijo la palabra de Dios: «tú eres polvo,
«Y tú al polvo tendrás que volver.»

Yo no he venido al mundo a llorar, ni a reír he venido,
¡Que es más digno el destino en que voy!
A trabajar llegamos, a que cada mañana el mañana
Nos encuentre más lejos que el hoy.

Es larga la tarea, y es fugaz, volocísimo el tiempo;
Y aunque en eco de orgullo retumba,
Va siempre el corazón como un sordo tambor redoblando
Nuestra fúnebre marcha a la tumba.

En este de batalla ancho campo que te abre la vida,
Magnífico vivac de la tierra,
No seas tú como el mudo vil ganado que a látigo avanza,
Sé un héroe en tu trance de guerra.

El pasado murió: déja al muerto enterrar a sus muertos;
No fíes del porvenir, que él no existe.
Sólo existe el presente: obra en él, obra ya, no lo pierdas;
Si hay en ti corazón, Dios te asiste.

Las vidas de los grandes nos recuerdan que hacer bien podemos
Insignes nuestras vidas cual ellas,
Y dejar al partir en la arena del tiempo estampadas
En pos de nuestros pies nuestras huellas.

Y más tarde tal vez algún náufrago mísero hermano,
Ya rendido abatiéndose inerte,
Observe por azar esas huellas, y el remo levante
Y el débil corazón sienta fuerte.

¡En pie pues, y al trabajo!—Sobrevenga cualquiera fortuna
Corazón para todos tengamos.
Principiemos, y sigamos, y al dar fin nuevamente empecemos
Que con trabajo y fe nos bastamos.

Nueva York, octubre 24: 1864.



GASPAR BECERRA

(Longfellow).

Ya en la alta noche, con su lumbre enfrente,
De honda vergüenza a solas se roía,
Y chasqueado y exhausto aún meditaba,
Y deliraba en gloria todavía.

Fue en una imagen de la Virgen donde
Su ahínco todo y su destreza puso;
Mas ¡ay! que su ideal siempre entrevisto,
Siempre al cuchillo fiel burló confuso.

De isla remota del Oriente el trozo
De madera exquisita se le trajo,
Y día y noche acérrimo el maestro
Bregaba infatigable en su trabajo.

Hasta que al fin desperanzado, inerte,
Cayó en su asiento; oscuridad profunda
Veló su triste humillación; y el sueño
De olvido bienhechor su mente inunda.

Allí una voz gritóle de improviso:
«Levántate escultor, y en un quemante
«Tizón que hay en tu hogar, el pensamiento
«Que arde dentro de ti, tálla al instante.»

Despertando de un salto hurgó el rescoldo
Y halló el tizón, y más que nunca lleno
De alto ideal, lo ejecutó allí mismo
Y sonriendo feliz *vio que era bueno.*

¡Oh, tú, escultor! ¡oh, tu, pintor, ¡oh bardo!
Nunca de tu alma esta lección se aparte.
Nada es mejor que lo que está más cerca;
De allí modelarás tu obra de arte.

Nueva York, febrero 15: 1871.



LOS OBREROS

(De Longfellow).

Todos son arquitectos del destino
Que del tiempo en la fábrica trabajan,
Unos en obras sólidas, grandiosas,
Otros con rima de ornamento y gracia.

Nada hay vil, nada inútil; cada cosa
Es la mejor cúando en su puesto se halla,
Y lo que ociosa ostentación parece
Refuerza a los demás y los resguarda.

Materiales de sobra aporta el tiempo
Para la obra que el mortal levanta:
Los *hoys* y los *ayeres* son las piedras
Que su mano obsequiosa le regala.

El hombre las modela.... Entre una y otra
No deje espacios tu indolencia incauta;
Y aunque no haya ojos para ti, no pienses
Que tales cosas a la vista escapan.

Del arte humano en los tempranos días
Con infinito esmero se labraba
Aun lo oculto y pequeño; que los dioses
Doquiera están, y la verdad no calla.

Toda y *bien hecha*, hagamos nuestra obra,
La oculta y la visible; y formen ambas
La casa en que morar los dioses puedan:
Casa completa, hermosa, y limpia, y clara.

Si no en la vasta fábrica del tiempo
Verán tu vida extravagante y manca,
Como rota escalera donde siempre
Al ascender el pie tropieza y falla.

Haz pues, y desde hoy fuerte y segura
Tu construcción con base firme y amplia;
Suba fila por fila, día por día,
Y airosa luzca en su lugar mañana.

Sólo así llegó el hombre a esas erguidas
Torres donde se tiende a su mirada
Como una gran llanura el universo,
Y un cielo inmenso a su alto fin lo llama.

1876.



LA VIDA FUTURA

The future life, de Bryant; traducción libre, para canto.

¿Cómo podrán mis ojos, amor mío,
En la esfera inmortal reconocerte,
Cuando desmoronada en polvo frío
Tu hermosura visible duerma inerte?

¡Ay de mí si a mi lado no te veo,
Angel que aquí calmaste mis enojos,
Ni oigo tu cara voz, ni otra vez leo
Tu alma sensible en tus serenos ojos!

Fiel corazón que a mí te diste entero,
¿No sabrás preguntar por el que amaste?
¿No dirás aquel nombre compañero
Que nunca en tus plegarias olvidaste?

Cuando libre volando en lo infinito
Ciñas de los felices la aureola,
¿Olvidarás aquel amor bendito
Que hizo de nuestras almas una sola?

Dime, este amor que atravesó triunfante
Las borrascosas ondas del pasado,
Más tierno, más profundo cada instante,
¿Quedará en una tumba sepultado?

Lote mejor, más refulgente y bello
Te aguarda allá: que alegre tú supiste
Al querer del Señor doblar el cuello;
Y bien por mal llena de amor volviste.

Mas yo, en sórdido afán luchando eterno,
Repudié el corazón, odié la calma,
Y el rencor, ese fuego del infierno,
Su horrible cicatriz dejó en mi alma.

¿No guardarás tu nombre cuando el manto
Del serafín glorioso te circuya?
¿Ni esa mirada, irresistible encanto,
Más dulce entonces pero siempre tuya?

Allá me enseñarás, amada mía,
A amarte bien, como debí en la tierra ;
Hasta ser yo tu digna compañía
Donde la eterna beatitud se encierra.

EL SOL DE MAYO

« THE MAY SUN SHEDS AN AMBER LIGHT »

(de Bryant).

De mayo el sol luz ambarina efunde
Sobre el lozano bosque y verde grama ;
¡ .... Pero *una* ay ! de sonrisa aun más fulgente,
Que del verdor la vuelta celebraba
Se esconde, vida mía,
En una tumba fría.

Al lado del camino en grupos cuelgan
Las campesinas flores, lindas, blancas ;
Pero *una*, aquella flor tan buena y dócil
Que con mano aun más linda las cortaba
Se esconde, vida mía,
En una tumba fría.

Las avecillas sus mezcladas notas
Del monte al aire matinal desatan ;
Pero *una*, cuya voz más dulce que esas,
Alegre convidábame a escucharlas
Se esconde, vida mía,
En una tumba fría.

Trae a mis ojos lágrimas de angustia
Esta del año música temprana.
Me parte el corazón ver esas flores
Que siempre, siempre a mi memoria llaman
Aquella vida mía
Que está en su tumba fría.

PAISAJE DE INVIERNO

A WINTER PIECE

(de Bryant).

Ya no es el tiempo en que vagar solía
Por este mi poético desierto
Tan salvaje y tan bello. Cuando el alma
De la mundana hiel se resentía
Y el corazón sin calma
Con extraño temblor pulsaba incierto,
Yo en busca de aire y de árboles salía.

El sol de mi camino era un amigo
Que me iba acompañando. Las colinas,
Las hondonadas que entre loma y loma
Se alejan suavemente, convidando
Con su tranquilidad y blanca sombra
A explorar sus revueltas, apacible
Sociedad me eran, que conmigo hablaban
Y aliviaban mi tedio. Y luégo el canto
De las sencillas aves, el concierto
De los arroyos, las caricias gratas
Del fresco aire silvestre, despedían
Los pensamientos que mi paz turbaran;
A orillas de la fuente
Iba cogiendo plantas,
Y en sueños de despierto me perdía.

Mientras me hallaba solo, en el regazo
De la Naturaleza, estaba entonces
Con una amiga con la cual de niño
Me familiaricé; que bondadosa
Ni una vez sola me miró ceñuda,
Y cuya voz jamás me ha reprendido
Por horas que, por platicar con ella,
Robaba a objetos para mi alma odiosos
Pero que estima altísimos el mundo.

Al silbar de noviembre el cierzo frío,
Cuando hiriendo de muerte el bosque umbroso
Dejaba en mustia desnudez los campos
Y roto el cortinaje de frescura
Que encima del raudal se entrelazaba,
Yo a buscarlos volvía
Cual viejos compañeros en desgracia,
Y amándonos como antes todavía.

¡ Mas aun entonces, qué de encantos nuevos!
El arroyo, en sus márgenes bordado
Con filigrana de fulgente escarcha,
Tan galán, tan alegre parecía
Cual con su franja de estivales flores.
Y en lontananza el pueblo con las flechas
De sus modestas torres, y los valles
Y riachuelos cuyo rumbo un día
El follaje interpuesto me ocultaba,
Y ora al través de los desnudos troncos
Puede seguir hasta ofuscarse al lejos;
Todo, hasta mis rincones favoritos,
Era a mi vista interesante y nuevo.

Ni repugné volver cuando las nubes
De sus dormidas faldas sacudieron
Sobre la tierra su plumón nevado,
Y todo quedó blanco. No alentaba
El afilado ambiente los aromas
De la grama campés, ni conducía
Los reclamos del ave enamorada
Ni de la abeja el susurrar gozoso;
Mas no era aire de muerte.

Iban trepando
Brillantes musgos los pintados troncos;
Y el cerrado botón, de vida henchido
Y aguardando paciente el dulce soplo
Primaveral, desde su gajo altivo
El norte agudo impávido sufría.
Burlaba el juguetón aguzanieve
En la rama del haya; y muelle asilo
Dio el acebuche a la perdiz, doblando
So el níveo peso los fornidos gajos
Y debajo guardándole en la tierra
Un seco redondel de hojas marchitas.

De la nieve al través vi el conejillo
Saltar y huír, y allí también estaban,
Cruzándose los dos, el rastro leve
Del zorro, y el del *coati* ancho camino.
Las descubiertas, encumbradas nueces
Rudo empellón pedirle parecían
Al cierzo audaz, para esconderse abajo
En la hojarasca;—y la traviesa ardilla
Ibalas rebuscando presurosa.
Pero el creciente invierno reservaba
Escenas más brillantes: él ostenta
Pompas que ignora el opulento estío

Y otoño con sus frutos y sus bosques
De innúmeros matices sonrojado.
¡Ven a admirarlo cuando ya las lluvias
Han vidriado la nieve y revestido
Los árboles de hielo; cuando el sesgo
Sol de febrero en sus glorietas lanza
Un diluvio de luz. Llégate ahora!

Esa incrustada superficie sabe
Tus pasos resistir; y ese grandioso
Pórtico de la espléndida arboleda,
De arco en arco te da la bienvenida.
Mira en cristal purísimo engastados
Los corpulentos troncos; y de fiesta,
Campanillando al hálito del cielo,
Cada vástago leve, tachonado
De tembladoras gotas que vislumbran
Amatistina luz; mientras en torno
Del vástago mayor las luengas ramas
En cerco fulgentísimo se inclinan
Y el cristalino pavimento esconden.

¿No estoy, dirás, en la espaciosa cueva
De alguna virgen mina, en las entrañas
De la tierra profunda, donde crecen
Las codiciadas piedras; y el diamante
Al amatista y al topacio unido
Cuaja en mazorcas y en manojos brota?
Antro ideal que regiamente alumbra
La riquísima luz de mil colores
Que de sus mismos huéspedes irradia.

¿O acaso dí con la invisible puerta
De un palacio de hadas que a la noche
Intacto sobrevive, y ni el sol mismo
Con su alma gloria eclipsa y desvanece?

Aquí columnas de cristal despiden
Mil delgadas cañuelas, mil airosos
Arcos que otros mil arcos entrecruzan;
Y cien naves fantásticas voltean
Deslumbrando los ojos, y entre enjambres
De pilastras de luz van a perderse.

¡Alza la vista!, no hallarás el techo
De labrada caverna, ni la bóveda
De un palacio imperial: algo más grande
Asoma allí: la alabastrina nube
O el firmamento azul, limpio y sereno
Y otra vez sueña el exaltado espíritu

Viendo orientales surtidores fúlgidos
De súbito en su salto congelados,
Cerrado el manantial, y al viento fija
La centellante ramazón vistosa.
Todo aquí es luz, y luz sin sombra; empero
Vendrá otro sol, y todo se disipa.

De innumerables troncos ponderosos
Suéltase el hielo, al estallar crujiendo
Como un distante estrepitoso río;
Y expira el sol sobre la parda selva
Como antes de que el hielo la encantara.
Y así que los torrentes clamorosos
Rompen su dique y libres se desatan;
Cuando soles más tibios han fundido
La pantanosa nieve, no dejando
Sino algún firme trozo en la honda quiebra
O al pie del denso pabellón de pinos,—
¡Cuán grato es ver esas guirnaldas de humo
Que de la falda hacia la cumbre ascienden
Desde los duros arces donde agudas
Hirvientes vibran juveniles voces,
Ecos aún más agudos despertando!

Aquellos son los vítores que aplauden
La linfa pura que en lumbrosas gotas
Al dorado esplendor de la mañana
Cayendo va del generoso tronco
En rebosantes cubos.—¡Cuántas veces
Cuando un brazo potente el hacha empuña,
Repica resonante el bosque entero!

Al par del aire manso entonces vienen
Y plácidas flotando se retiran
Livianas nubecillas, como aquellas
Que alegran el verano; y tenue el viento
Conmueve apenas las lustrosas ramas.
Sola, hospedada en bonancible grieta
Favorita del sol y al cierzo oculta,
La diminuta anémona florece;
Y su ojo azul, recién abierto, imagen
De ese cielo de abril que está mirando,
Sorprende a aquel que entre el desnudo bosque
Con ella da,—tardando tánto el día
De verdes hojas y pintadas flores.

Y antes de que ese tiempo alegre al mundo
Aun veces cien los encontrados vientos
Apurarán su rabia, y foscas nubes
Esconderán el cielo; y a la helada

Tierra saltando lanzarán sobre ella
Su lluvia de metralla, ora en redondos
Recios granizos, ora en blanca nieve;
Y volverá insolente el norte impío
A embestirle al cadáver de la selva.

VIENTO DE VERANO

(Summer wind, de Bryant).

¡Atroz bochorno!—el sol bebió el rocío
Sobre la yerba matinal depuesto.
Y no alienta un murmullo el olmo enhiesto
Rico dosel de mi mansión de estío,
Ni su follaje umbrío
Me alcanza a refrescar. Todo está mudo,
Salvo el zumbido intermitente y débil
De la dorada abeja
Que en la lánguida flor posa un momento
Y rápida se aleja.

Las mismas plantas sienten lo excesivo
De esta pujanza férvida. Aquí enrolla
El esbelto maíz sus largas hojas;
Allí el follaje tierno desfallece
Del aromoso trébol, y sus flores
Desmadejadas la corola inclinan.

Pero entretanto al fiero sol se encumbran
Los remotos collados, ostentando
La frescura y el brío
De su callada nemorosa pompa,
Cual si el calor bravío
Y la cegante luz, tan solo fuesen
El amado elemento que acostumbran.
Blancas nubes, inmóviles pilares
De esa candente cúpula de bronce,
Con su basa en los montes, y bañando
En el éter sublime
El rebruñido capitel fulgente,
Con reflecto esplendor el aire inflaman;
Y el ojo que las ve tórnase al punto.

Yo aquí estoy a la sombra, destroncado
Del olmo al pie lánguidamente echado,
Do el césped más espeso,
Virgen del sol al resecante beso,
Algo de su frescura me ha guardado.

Y mi voz clama importunando al viento
Hoy roncero en venir.—¿Porqué tan lento,
Espíritu del aire,
Tú que ágil y travieso gustas tánto
De darnos zumba y guerra?

¡Ven! te daremos hoy la bienvenida.
Ven, ¡ay! y exhala refrigerio y vida
Sobre la exhausta, desmayada tierra.

¡Del antro que lo encierra
Me escuchó por ventura!
¡Ved! En aquella embosquecida altura
La frente encorvan los soberbios pinos;
Y ya en los arbolados más vecinos
El castaño y el roble
Sacuden sus penachos de verdura.

¡Viene, hélo allí: por el herboso prado
Corre en alegres ondas. El profundo
Silencio acongojante de la escena
Rompe en orquesta amena
De innúmeros sonidos,
Y en movimiento de alborozo el mundo.

¡Acércate! en su vuelo
De los arbustos juguetón derrama
Una lluvia de flores,
Y con sus tintas matizando el suelo
Recoge al paso su botín de olores.

Y trae canto de aves, y murmullo
De tiernos ramos, y el vibrar sonoro
De árboles que los brazos le tendieron.
Y el compasado arrullo
De cascada remota
Cuyas perlas tal vez le humedecieron.

Cada yerba a su aliento se alborota;
Mil y mil florecillas
Al lado del camino, a las orillas
De la mermada fuente,
Parecen saludarse alegremente.

Las charoladas hojas, al reflejo
Del vivo sol, relumbran, cual bañadas
Con el lloro del alba todavía;
Y de las aguas el dormido espejo
Se riza en breves argentinas olas
Chispeantes de alegría
Al sentir su gratísimo festejo....
¡Llegaste al fin! ¡bendigo al que te envía!

EL REDOBLE DE LA GALLINA DE MONTE

(Traducción de William C. Bryant),

Vagando yo por bosques y colinas
De mi suelo natal, una mañana
De mayo deliciosa, oí el redoble
Con que llama a su amante compañero
La gallinácea que perdiz nombramos
Acá en el Norte, y que faisán bautiza
Del Delawer la campesina gente.

La vi: negra aspereza circundaba
Su abigarrado cuello, y producía
Ese curioso estruendo, golpeando
Los rayados costados con sus alas
Salpicadas de pintas.—Un remoto
Trueno remeda, con marcados golpes
Muy lentos al principio, y gradualmente
Rápidos más y más hasta que juntos
En sordo murmurar tenues expiran.

¿La oyes? me dijo un venerable anciano
Que estaba al lado mío: hé ahí la imagen
Del humano vivir. ¡Qué lentos corren
De la niñez los mal preciados días!
¡Cómo se alargan de la luz las horas
Antes de transcurrir la meridiana!
¡Cuál se aceleran luégo y se deslizan
En la virilidad; y cómo vuelan
Desde el umbral de la vejez! Ya entonces
Días y meses y estaciones llegan
Y pasan ante el alma cual los leves
Copos de nieve en tempestad de invierno:
Mirados en montón, no distinguidos.
¡Ah! yo me siento ya como enclavado
En ruin desamparado barquichuelo
Que va por un raudal arrebatándome
A un abismo fatal. Por las orillas
Verdes recodos, áridos peñascos,
Sotos, jardines, quintas pintorescas
Presentándose van uno en pos de otro;
Y ya una fresca islita, ya un remanso,
Ya un remolino túmido amenazan
El curso del torrente; pero el bote
Resbala tan veloz que sus imágenes
No alcanzan a estamparse en la memoria,
O en turbia confusión giran y cruzan,
Y yo paso adelante, y cada objeto

Más y más pronto escápase a mi vista,
Y más cercano cada instante ruge
El abismo voraz.

Oye, hijo: ahora
Que aún son largos tus días, y que en lento
Grato girar las estaciones marchan,
Recóge y atesóra cuanto rinden
De bueno y duradero, cuanto enseñan
De sólida virtud, de afectos nobles,
De pensamientos dignos y elevados;
De reverencia por el Dios tu padre,
De amor por tus hermanos;—de manera
Que al llegar a este yermo de la vida,
A estos años de angustia, no te encuentres
Desprovisto el espíritu, y ya helado
Marchito el corazón.

Mucho há que duerme
Aquel anciano el sueño de la tumba,
Mas nunca yo de la montés gallina,
Oigo el són singular, sin que al instante
Su augusta sombra se me siente al lado
Y vibre su palabra en mis oídos.



CANCION DE LA AMAZONA GRIEGA

(Song of the Greek Amazon, de Bryant).

Negra pistola y ancha cimitarra
A la virgen cintura me ceñí,
Y vine en flor de juventud bizarra
El belicoso afán a compartir.

Ahí está mi corcel, que hinca la tierra
Y bufa de impaciente intrepidez,
Mi árabe fiel, noble botín de guerra,
Que a su jinete indigno arrebaté.

Mi espejo es el raudal de la montaña,
Do la enredada crencha uso asentar;
Y allí del polvo y sangre que lo empaña
Lavo mi reluciente yatagán.

El viento, el sol devorador consume
La nacarada rosa de mi tez;
¡Mas qué me importa, todo su perfume
Era para *uno*.... y ya no existe *él!*

Pero no han muerto, nó, los que le odiaron;
Cobardes héroes de emboscada vil,
Que a los buitres después le abandonaron,
No han muerto, nó, mas tienen que morir.

El murió, mas yo vivo: y esta vida
«¡Grecia y venganza!» os pertenece ya,
Y más de una otomana en duelo hundida
El voto de la griega llorará.

Pulsé la guzla en tiempos más ufanos
Y en danza ardiente me embarqué feliz.
¡Danzad los que podéis con vuestras manos
Otra mano carísima oprimir!

La danza que hoy enciende mis sentidos
Es de la lid la ciega confusión;
Y no es tan dulce el arpa a mis oídos
Como el hurra feroz del vencedor.



¡OH HIJA DEL CAMPO! ....

(¡Oh fairest of the rural maids!, de Bryant).

!Oh hija del campo, linda
Como ninguna!
Dí si un nido entre el bosque
No fue tu cuna.
Tus dos ojuelos
Sólo vieron entonces
Ramos y cielos.

Tus juegos cuando niña,
Tus travesuras
¿Quién las vio?—de la selva
Las espesuras.
Todo lo bueno
De ellas, quedó en tu rostro,
Quedó en tu seno.

La media luz de aquellos
Nichos de roca
Debajo de tus rizos
A entrar provoca.
Tu andar tan blando
Es viento que entre flores
Pasa jugando.

Tus ojos, manantiales
De almo consuelo
En cuyas limpias aguas
Se mira el cielo.
Las espadañas
Asomadas al borde
Son tus pestañas.

Las honduras del bosque
Jamás tocadas
No son como tu seno
De inmaculadas.
La paz bendita
De aquellas soledades
En tu alma habita.

LA JORNADA DE LA VIDA

(The journey of life, de Bryant).

De la menguante luna al rayo frío
Cuando de noche en las afueras ando,
Pienso en la humana vida. En torno mío

Sólo bultos inciertos voy hallando
Que me burlan la vista, hoyos traidores
Que están entre las sombras acechando;

Y aquí y allí cortados resplandores
De luz que el aire a calentar no alcanza
Ni a dar color de vida a los colores.

Bajo mis pies la tierra un eco lanza
Cóncavo y pavoroso, cual si fuere
Sobre tumbas andando—En lontananza

Alguna que otra luz mis ojos hiere,
Me habla de un dulce hogar, y a otro momento,
Cual la esperanza entre desdichas muere.

Cruza y recruza congojoso el viento
Este paisaje lúgubre, y suspiros
Pueblan el desolado firmamento.

Yo sigo: en mis jornadas no hay respiros;
Y estrella por estrella, hora por hora,
Contando voy en sus cadentes giros.

Los pies ya empiezan a flaquearme ahora,
Pero no me detengo mientras dura
La débil luz que hallé por conductora.

Hasta que rompa en la gloriosa altura,
Cual vida nueva, el resplandor del día,
Y la verdad suceda a la impostura,
Y la luz a esta noche triste y fría.

LAS PAMPAS DEL NORTE

(The Prairies, de Bryant).

Jardines del desierto, pradería
Sin límites, tan fértil como hermosa,
Que la hoz no conoces todavía,
Y en la lengua de Albión no tienes nombre:
¡Pampas! primera vez mi planta os huella,
Y al soltar la mirada vagabunda
Por esta inmensidad que me circunda,
Siento ensancharse el corazón como ella.

Allá vais dilatándoos en aérea
Mórbida ondulación, cual si de pronto
En su más blando arrullo el oceano
Con sus olas inmóviles quedara.

¿Inmóviles? ¡ah! nó: la oculta mano
Que las encadenara
Soltólas otra vez. Las altas nubes
Corren su sombra encima, y a los ojos
Rueda y fluctúa la amplia superficie
Cuyos fingidos cóncavos umbrosos
Van como resbalando y persiguiendo
Los surcos luminosos.

¡Brisas del Sur! vosotras que barriendo
Tímidas florecillas, respetasteis
Al fiero halcón que sin salir de un punto
Bate una que otra vez las anchas alas
Y en su trono de azul se balancea;
Vosotras que venís de las palmeras
De la opulenta Méjico a embriagaros
En las tejanas viñas, y el aliento
Refrescáis luégo en los arroyos limpios
Que al pacífico mar Sonora envía:
¡Brisas! decid si en toda vuestra amena
Excursión, abrazasteis algún día
Otra más bella y majestuosa escena.

Nada hizo el hombre aquí. La misma mano
Que colgó el firmamento
Alzó esas verdes, tímidas colinas,
Sembró sus faldas de olorosa grama,
Y cual islas-vergeles peregrinas
Las plantó de arbolado, y de alta selva
Las cercó en torno: pavimento digno
De este templo magnífico del cielo,
En flores rico, innumerables, bellas,
Emulas de las cándidas estrellas.

Nunca, oriental América, tus lomas
Ha cubierto otra bóveda como ésta,
De un azul tan suave, y que del mundo
Parece más vecina.
El firmamento extático se inclina
A enamorar la deleitosa tierra.

Abriéndome camino, al raudo trote
De mi corcel, por entre el mar de pasto
Que los ijares híspidos le azota,
El hueco resonar de sus pisadas
Me parece sacrílego, y mi mente
Piensa en aquellos cuyo polvo ofendo.
¿Yacen aquí los muertos de otros días?
El polvo de tan gratas soledades
¿Fue vida, fue hombres....?

¡Túmulos augustos
Que domináis los silenciosos ríos
O de vetustos robles coronados
Entre la selva os levantáis sombríos!
—¿Vuestras fúnebres voces me responden?

Obra sois de unos hombres, que del mundo
Tiempo há desparecieron;
Raza disciplinada y populosa
Que en largo afán la tierra amontonaba
Mientras que el griego en armoniosas formas
Tallaba su pentélico, y con ellas
El Partenón resplandeciente alzaba.

Entonces estos campos dar sabían
Grano al hogar y pasto a los rebaños,
Quizá entretanto que el bisonte airoso
En vastas cuadras férvido mugía
Y entregaba obediente
Al duro yugo los crinados hombros.

Este desierto, hoy mudo, todo el día
Oíase resonar con sus faenas

Hasta que del crepúsculo al sonrojo
Las parejas amantes
Por aquí, por allí lentas vagando
Se iban jurando en ya olvidada lengua;
O su acento de amor dando a los vientos
En dulces viejos tonos, modulados
Por hoy desconocidos instrumentos.

Llegó el piel roja, en vagabundas tribus
Cazadoras, feroces; y a su vista
Aquellas mansas gentes se borraron.

Vino a su vez la soledad: sentóse
Do unos y otros pasaron;
Y aquí vengo a encontrarla todavía.
Donde cazaba el hombre hoy caza el lobo,
Cuya reciente cueva aullar escucho
En pos de mi caballo; y donde hirvieron
Ciudades populosas
Mina hoy el sueldo el *gófer* incansable.

Nada del hombre queda: únicamente
Los montecillos que sus huesos guarda;
Esos terrados en que a ignotos dioses
Dieron adoración; y las barreras
Con afán levantadas
Para hacer pecho al ímpetu enemigo.

¡Vano recurso! el sitiador salvaje
Las rompió audaz; uno por uno fueron
Cayendo esos baluartes, y al fin todos
Colmados de cadáveres quedaron:
Sepulcros descubiertos, do en bandadas
Pronto acudieron los hambrientos buitres,
Y en paz que ningún ojo interrumpía
Sentáronse al banquete silencioso.

Tal vez un solitario fugitivo
De pantano en pantano,
De bosque en bosque anduvo: hasta que hallando
Más que la muerte, amargos, insufribles
La soledad y el sobresalto, él mismo
Vino a darse al suplicio.

Acaso entonces
Triunfó en el bruto la porción del ángel:
Un indolente generoso acento
Salvó al cautivo; entre sus propios jefes
Los rudos vencedores lo sentaron;
Gallarda, fresca una amorosa novia
Escogió entre sus vírgenes; y al cabo

El feliz prisionero parecía
Ya ni memoria conservar de aquello
Que el corazón llevó, siempre indeleble:
La mujer que amó niño, sus infaustos
Frutos de amor, sus gritos cuando fueron
Con toda su nación despedazados.

Cambian así las sombras de la vida.
Así razas enteras, rozagantes
De orgullo y de vigor, se alzan o mueren
Según que Dios les lanza o les retira
Su hálito creador.

Los pieles rojas,
Un campo más agreste a buscar fueron
Para su caza, próximo a las frías
Rocallosas montañas. Los castores
Ya cabe estos arroyos no edifican
Sino sobre aguas que en su limpio espejo
Nunca el rostro del blanco reflejaron.
Allá, muy lejos, do escondidas corren
Del Oregón y el Misurí las fuentes,
Su Venecia lindísima construyen.

No ya el bisonte pasta en estos llanos,
Aunque sus viejas huellas reconozco
En torno a cada ciénaga estampadas.
Cuarenta leguas más allá del último
Humo del cazador, libre campea
El majestuoso bruto, en formidables
Hordas que hacen la tierra
Temblar con sus pisadas atronantes.

Y hoy mismo, sin embargo, todo es vida
En esta soledad: bullendo veo
Insectos mil, brillantes cual las flores
Que hacen temblar; reptiles que me asombran
Con su primor; y mansas bestias, y aves,
Que casi ni a temerme han aprendido.
El elegante ciervo listo brinca
Al bosque en acercándome.

La abeja,
Intrépido colono, más que el hombre
Con quien vino de allende el oceano,
Puebla con sus murmullos el desierto
Y en las bodegas de la encina esconde
Como en los tiempos de oro sus panales.

Deténgome a escuchar, embelesado
Con su casero susurrar sabroso;
Y pienso percibir el gran bullicio

De la avanzante multitud que pronto
Colmará este vacío..... ....
Ya oigo el triscar de los alegres niños,
Ya la argentina voz de las doncellas,
Ya el himno del domingo, que se encumbra
Dulce y solemne al cielo. Sus mugidos
Mezcla el ganado al rumoroso chorro
Del grano de la siembra........

De repente
Corta mi grato sueño un viento frío;
Y me hallo solo, en el desierto inmenso.

LA MUERTE DE LAS FLORES

(The death of flowers, de Bryant).

Llegaron los momentos,
Los funerales lúgubres del año,
Con sus flébiles vientos,
Desnudos bosques y marchitos prados,

De otoño el atavío
Roto, arrumbado en las honduras yace,
Crujiendo al cierzo impío
O del conejo al paso recelante.

Huyeron a otro clima
El reyezuelo, el petirrojo, el rayo;
Y hoy desde su alta cima
Grazna sin descansar el cuervo ingrato.

¿En dónde están aquellas
Flores que ayer brotaron rozagantes,
Coro de hermanas bellas
Hijas ¡ay! de otra luz y de otros aires?

No en tálamo de amores
Sino en humilde tumba solitaria,
Con tántas otras flores
¡Lindas y buenas....que también nos faltan!

En vano el inclemente
Noviembre llora en su sepulcro: es tarde.
No hará que nuevamente
De la lóbrega tierra se levanten.

Tiempo há sobre su fosa
La anémona y violeta se doblaron ;
Y orquídea y zarzarrosa
En su ancha hoguera consumió el verano.

Mas cual dorada ondina
Junto al torrente el girasol brillaba,
Y la áurea en su colina,
Y entre el bosque de otoño la estelaria.

Hasta un hermoso día
En que, cual plaga que a los hombres barre,
Mató la helada impía
La postrera sonrisa de los valles.

Ora aunque el sol se aleja
Aún lucen días de expansión, de calma,
Y la ardilla, la abeja
Dejan su hogar de invierno y se solazan.

Entonces oigo al suelo
Caer las nueces sin moverse un árbol,
Y veo al riachuelo
Entre luz calinosa relumbrando.

Inquieto el austro gira
En busca de sus flores aromadas,
Y con dolor suspira
En la selva, en la fuente, al no encontrarlas.

Yo también pienso en una,
Flor de gracia y blandura, que a mi lado
Creció desde la cuna
Y en su virgen frescor murió en mis brazos.

De la hoja a la caída
La depusimos en su angosta cárcel,
¡ Llorando ay ! que la vida
De tan preciosa flor fuese un instante.

Mas tal era la estrella
De esa criatura inofensiva y casta,
Entre las flores bella
Y a morir con las flores destinada.

EL FIRMAMENTO

(The firmament, de Bryan).

Ahí estás tú, redondo firmamento,
Sin límites, soberbio, glorioso,
Que así encumbrado sobre tierra y viento,
Y corvo el horizonte, y siempre hermoso,
Con tu espléndida cúpula
Y muros de zafir, de un solo abrazo
Ciñes y arropas todo en tu regazo.

Aquí abajo, a tus pies, se empina el suelo
En largas sierras de alto bosque ornadas;
En moles de arte; en cumbres mil de hielo
Nunca por nuestra huella profanadas.
Trepa ardorosa el águila
Hasta rodar devanecida y ciega:
¿Mas, donde alcanzas tú, qué águila llega?

Tienes iras también. En tu hondo seno
Montó la tempestad su hórrida fragua;
Tras de ese velo azul blando y sereno
Su arsenal puso de granizo y agua.
De allí brota el eléctrico
Rayo consumidor; allí revienta
El huracán, bridón de la tormenta.

¡Pero cuánto eres pródigo en sonrisas
Y cuánto exceden ellas tus agravios!
Oye en retorno, en alas de las brisas,
Vítores mil de innumerables labios.
Tu mensaje munífico
De amor y gloria, al universo inunda
En alborozo, en gratitud profunda.

Tuyo es el regio sol, tuya la inmensa
Pompa con que abre y cierra el claro día,
Y el cortejo de nubes que le inciensa,
Y el aire que refresca su áurea vía.
Coros de estrellas vírgenes
De allí nos ven; y en horas de reposo
Surca la luna el aire silencioso.

Ensalce Italia, hija del Sol, las gayas
Tintas que allá te esmaltan y decoran;
También en torno de las griegas playas
Dicen que tus celajes enamoran.
Mi cielo es el de América:
Sólo sé cuán magnífica rotunda
Mi patria queridísima circunda.

Y ¡oh firmamento! un embeleso brindas
Que no alcanzó la presuntuosa tierra,
Con cuanto aroma y tinte y formas lindas
En su más dulce nido ufana encierra.
Al contemplarte, el ánima
Lee en esa esfera sosegada y pura
Promesas de algún bien que siempre dura.

¡Oh! cuando en medio del tropel del mundo
Hueco alborozo al corazón hastía,
Cuán voluntario el ojo sitibundo
Se aparta de esta tierra oscura y fría
Como a buscar solícito
En tu regazo luminoso y manso
Un hogar de inocencia y de descanso.

EL PUENTE DE LOS SUSPIROS

(Hood).

¡Otra, otra infortunada
Ya cansada de vivir!
Importuna despechada
Que por fin logró morir.

Recogedla con blandura,
Con gentil solicitud.
¡Cuán delgada! Su figura
Cuenta aún su desventura,
Su belleza y juventud.

Como al niño los pañales,
Como lienzos funerales
Se le adhiere el casto traje,
Do aun gotea el oleaje
Del naufragio del dolor.
¡Recogedla sin ultraje!
¡Recogedla con amor!

¡Ni una burla ni un agravio
Le hagan mente, o tacto, o labio!
Pensad de ella como hermanos,
Como débiles humanos;
Pensad sólo en sus angustias
Y sus manchas olvidad.
¿Qué hay en esas formas mustias
Que no implore caridad?

No hagáis honda, cruel pesquisa
Del conflicto que insumisa
La encontró con el deber;
Ya la muerte en su torrente
Llevó el fango, y solamente
Queda el oro de su sér.

Sus errores, sus deslices
¡Son de tántas infelices
Hijas de Eva!.... Su contagio
Desvalida la encontró.
Por la herencia que nos toca
Enjugad en esa boca
Las espumas del naufragio....
Trago acerbo, pero el último
Que el amor le presentó.

¡Ricos eran sus cabellos!
Componedlos cual solía
Cuando, mísera esperaba
Y creía en el amor.
¡Ah! decidnos, gajos bellos,
¿Dó está el peine que os peinaba?
¿Dó el humilde tocador?

¿Quién sus padres nos diría?
¿Tuvo hermana, tuvo hermano?
¿O uno acaso más cercano
Y más caro todavía?

¡Ah, en el mundo cuánto es rara
La cristiana caridad!
¡Oh gran lástima! ¡Oh avara
Inhumana humanidad!
¡Que a una víctima indefensa
Falte hogar en esta inmensa
Babilónica ciudad!

¿Ya no hay padres, no hay hermanos?
¿Ya no hay vínculos humanos?
¿Reina, pues, la indiferencia
Y el amor se desterró?
¿Y aun la santa Providencia
A su grey desamparó?

Desde aquí tal vez la mísera
Al nocturno cierzo impío,
Recorría tántas lámparas
Que refleja el ancho río,

Y la tibia luz de innúmeras
Galerías y ventanas
Que pintaban en su espíritu,
Tras de velos y persianas,
Cada cual la paz y el júbilo,
De un amor y de un hogar ;
¡ Mientras ella, aislada y huérfana,
No tenía más que lágrimas
Y ni dónde ir a llorar !

Y la endeble criatura
Tiritaba de hambre y frío,
No de histérica pavura,
Al mirar de tánta altura
Relumbrar siniestro el río.

Ya palpaba los dolores,
No sus duendes y terrores ;
Ya sabía el cuento serio
Que la vida le enseñó ;
Y tentábala el misterio
Que la fácil muerte esconde ;
El transporte de lanzarse,
De exhalarse en un segundo
Para ir . . ¿qué importa dónde?
¡ Fuéra, fuéra de este mundo !
Y esa idea devolvió
A su labio la sonrisa ;
Diose prisa y se lanzó.

—

Ven, alegre libertino,
A mirarte en esta escena
Que ameniza tu camino
Por el Támesis o el Sena.

Ven, recóge tus laureles,
Y regálate cual sueles
En el baño y el festín.
¡ Brínda, y bébe sin espanto
De esa espuma y sangre y llanto
Con que riegas tu jardín !

Recogedla con blandura,
Con gentil solicitud.
¡ Cuán delgada ! Su figura
Cuenta aún su desventura,
Su belleza y juventud.

Componed sus miembros frígidos
Con esmero casto y pulcro
Antes, antes de que rígidos
Se rebelen al sepulcro,
Y que al menos en su fosa
Paz y abrigo se les dé.
Y cerradle luégo, luégo,
Esos ojos ya sin juego,
Que parecen los de un ciego
Que nos mira y no nos ve;
Porque allí quedó clavada
Sólo esa última mirada
Con que ansiosa y acosada
A abrazar la muerte fue.

¡ Triste fin de una existencia
Aún más triste ! En su demencia
La empujaron al abismo
La crueldad del egoísmo
Y la afrenta de su error.
Débil fue, más no inocente:
Cruzad, pues, humildemente
Sus dos manos sobre el pecho
Cual si orara sin despecho
Silenciosa y reverente ;
¡ Y delito y delincuente
Dejad ambos al Señor !



I REMEMBER, I REMEMBER

(Hood).

I

Bien recuerdo la casita,
La casita en que nací,
Con aquella ventanita
En que cada mañanita
Se asomaba el sol por mí.

Nunca vino tan temprano
Que me hiciese largo el día ;
Pero ahora bien quisiera
Que la noche no se fuera
Sin llevarse en su carrera
Esta inútil vida mía.

II

Bien recuerdo aquellas rosas
De hojas nieve y rosicler;
Y esas violas aromosas,
Y esos lirios, esas cosas
Que de luz parecen ser.

Esas lilas do el pardillo
Su casita y nido hacía;
Do en sus días fue mi hermano,
Y un citiso plantó ufano,
Y aquel árbol de su mano
Vive y crece todavía.

III

Bien recuerdo aquel paraje
Do me usaba columpiar,
Y pensaba en cada viaje
En el júbilo salvaje
De las aves al volar.
Mi alma entonces era un pájaro,
Y volaba así también;
Ya está lerda e impotente,
Y no hay viento ni torrente
Que refresquen la tremente
Calentura de mi sien.

IV

Bien recuerdo los abetos
Que sombreaban el solar;
Cuyos troncos siempre quietos,
Puntiagudos, altos, prietos,
Hasta el cielo iban a dar.

Tal pensaba el niño cándido
En su tonta sencillez;
Pero ahora, roto el velo,
Sé que estoy, ¡ triste consuelo!
Más distante ya del cielo
Que en mi cándida niñez.

LA NOCHE ENGAÑOSA

(Traducción de Blanco White).

Al ver la noche Adán por vez primera
Que iba borrando y apagando el mundo,
Creyó que al par del astro moribundo
La creación agonizaba entera.

Mas luégo al ver lumbrera tras lumbrera
Dulce brotar, y hervir allá un segundo
Universo sin fin.... vuelto en profundo
Pasmo de gratitud, ora y espera.

Un sol velaba mil; fue un nuevo oriente
Su ocaso; y pronto aquella luz dormida
Despertó al mismo Adán pura y fulgente.

¿.... Porqué la muerte al ánimo intimida?
Si así engaña la luz tan dulcemente,
¿Porqué no ha de engañar también la vida?



DIAS QUE FUERON

(De *La Princesa*, de Tennyson).

Suelen algunas lágrimas ociosas,
Cifras cuyo sentido yo no sé,
Subir del corazón a las pupilas
Cual de un abismo celestial de hiel,
Al contemplar el apacible otoño,
Sus campos ricos de ondulante mies,
Y tornar en espíritu a otros días
Que ya no son ni volverán a ser.

Fresco como el primer destello blanco
Del barco que nos trae al que se fue;
Tristes como el postrero del que se hunde
En lontananza. y nuestro amor con él;
Tanto así son de frescos para el alma,
Y así de melancólicos también
Esos días inútiles que fueron,
Que ya no son ni volverán a ser.

Raros como al oído del que muere
Aquel registro. armónico belén
Que a medio despertar trinan las aves
Del alba entre el dudoso rosicler,
Y como esas vislumbres que en el techo
Irse alargando y aclarando ve
Su ojo expirante—así son esos días
Que ya no son, ni volverán a ser.

Caros como los besos del amado
Que ya no existe, y dulces a la vez
Cual los ansiados besos imposibles
De labios que a otros brindarán su miel:
Como el primer amor tiernos y puros,
Y acerbos como el llanto en la viudez,
¡Muertes en vida... ! tales sois, oh días,
Que ya no sois, ni volveréis a ser.

LA DIVINA TRAGEDIA

INTROITO

El Angel llevando al Profeta Habacuc por el aire.

El Pıofeta.

¿Porqué, oh ángel del Señor,
Me arrebatas en tu vuelo
Por el aire, por el cielo,
Como a tórtola el azor?
Sobre ruinas y dominios,
Nubecilla de occidente,
Voy cruzando blandamente
Por tu diestra sostenido,
Arropado en tu vestido
Transparente de candor.

El Angel.

De pasada en mi camino
Yo te he visto voluntario
Del humilde tributario
Aliviando el triste sino.
Yo te he visto en tu cestilla (Daniel 14, 32).
Por el campo de la trilla

Un potaje y frescos panes
Conduciendo a los gañanes
Que de hambre perecían.
Vi un rebaño sin guardianes
Que tus manos mantenían.
Las gavillas de aquel trigo
Daban hálito fragante
Que ascendía hasta el semblante
Invisible del testigo.

Muy fragante y grato al cielo
Era el hálito del grano
Que dejaba por el suelo
Esparcido el segador,
Para henchir después la mano
Del activo espigador.
Pero aún más dulce y grato
Lo que hiciste;—fiel retrato
Del solícito, el modesto
Y suave servidor.

El Profeta.

¡Te oigo extático, Angel fuerte!
No está en mí contradecirte.
Sólo puedo obedecerte.

El Angel.

Bella fue para el señor
(Porque no hay acción secreta)
Esa mano del Profeta
Sustentando al labrador.
Mas no sólo al segador
Corresponde aquel sustento
Que otra vez está a tormento
El Profeta de Sión
En la cueva del león.
Y como el león hambriento
Cuando un Profeta está en prueba
Es justo que a otro le deba
El pan de la voluntad;
Y por esto de un cabello
Te alcé de la coronilla
Y vas con tu canastilla
Cual nube que el aire lleva
Por la ignota inmensidad.

DIVINA TRAGEDIA

PRIMERA PASCUA

Vox clamantis. Juan Bautista.

¡Haced penitencia !—¡haced penitencia !
Que está el reino de Dios al llegar,
Y su ciencia, la única ciencia,
Va toda la tierra a inundar
Como cubren las aguas el mar
Y rodean su circunferencia !

¡Haced penitencia !—¡haced penitencia!
Que la hora de atrás fijada
De la tierra en los prístinos días;
La anunciada por tantos Profetas
Del adviento feliz del Mesías
Del Paráclito ansiado del mundo —
Esa hora aproxímase ya !

No se oirá por las plazas su acento
Que EL no viene a luchar turbulento
Ni a quebrar una caña cascada
Ni apagar la torcida que humea.

POESIA FRANCESA

LA INMACULADA CONCEPCION

(Traducidos de Pedro Corneille).

Hombre, quienquier tú seas, ve a Eva y a María,
Y al comparar tu madre con la del Salvador,
Dí cuál por más amada del hijo se gloría,
Y cuál del Padre Eterno obtuvo más favor.

Eva, no bien respira, en rebelión se inflama;
María, en obediencia es sin comparación:
Por la una nos destierran, por la otra se nos llama;
La una el mal nos trajo, la otra la curación.

Noche y borrascas Eva descarga en nuestra frente,
María nos devuelve la claridad, la paz;
Si aquélla cede, la otra quebranta a la serpierte
Y vuelca sus a'tares y su poder falaz.

Eva su raza entera tiene al demonio uncida;
María rompe el yugo en que gemir la vio;
De aquélla viene muerte, de ésta sólo vida;
La una, el infierno, la otra, el Paraíso abrió.

Y sin embargo, aquella que a innumerables seres
Impone el fuego eterno, nació sin corrupción;
Y ¿cómo la Bendita de todas las mujeres,
Pudiera menos pura ser en su Concepción?

Nó, sean cuales fueren sectas, partidos, nombres,
Tan degradante absurdo neguemos a una voz:
Lo que de Dios obtuvo la madre de los hombres
No osen rehusar los hombres a la Madre de Dios.



LA CARIDAD

(Traducido de Juan Racine).

Dado que ya tú hablases la lengua de los ángeles;
Que con tu voz pudieses contarnos lo futuro,
Y que rasgando al cielo su velo más oscuro
Ya vieses los sublimes misterios del Señor;

Que por tu fe te hicieses de los demonios árbitro,
Y transportar los montes con esa fe lograses;
Y que tus bienes todos magníficos donases,
Y el cuerpo a los tormentos del fuego probador:

Vana es tal opulencia de gracia y santidad
Si entre tesoros tántos faltó la caridad.

EL ARROYO

(De Antonio Louis Lebrun).

En aguas pobre, en planes opulento
Un arroyuelo vil,
Iba formando en charla de contento
Proyectos mil y mil.

Yo seré río; puentes y canales
Y vapores tendré;
Cruzaré reinos, cortes imperiales
Soberbio arrullaré.

¡Qué de combates legaré a la historia,
Teñido en sangre audaz!
¡Qué de poetas cantarán mi gloria
En la guerra y la paz!

¡Cuántas beldades me darán su abrazo
En retozo infantil,
Y dejarán que pula en mi regazo
Su túrgido marfil!

¡Cómo me envidiarán el Tíber vano
El Rin, el Tajo, el Po!
¡Qué grande va a sentirse el Oceano
Al presentarme yo!

Así dijo el arroyo.... Pronto vino
Canícula fatal,
Y de su orgullo y su agua y su destino
No quedó ni señal.

No ambicionemos mucho, que en la suerte
No manda el hombre aquí,
Y oyendo tántos planes, se divierte
En burlarlos así.

El mucho *imaginar* nada aprovecha,
Lo que importa es *hacer ;*
¡ Resolución, confianza, y a la brecha !
La acción es el poder.

La suerte burla al que proyecta y sueña,
Y olvida el verbo *hacer*.
Fe, decisión y acción : hé aquí su enseña.
La acción es el poder.

EL PRIMER DESEO

(Dovalle).

¡Una mujer.... ! mi frente no ha sentido
De una mujer el perfumado aliento,
Ni mi labio sediento ha recibido
De una mujer un ósculo de amor!

De la pasión en el febril desmayo
Nunca vinieron a cerrar mis ojos
De una dulce mujer los labios rojos,
Cual una gota de opio embriagador.

¡Nunca un desnudo tembloroso brazo
Y dos manos en torno entrelazadas
Me han conducido en cariñoso abrazo
A un tentador desconocido edén!

De una mujer la extática mirada
No ha respondido a la anhelante mía,
¡Ni absorta en celestial melancolía
Pensando en mí desfalleció la sien!

¡Una mujer.. .! ¿quién, ¡ay! podrá decirme
Si alguna vez enamorada hermosa
Ha de venir celeste a sonreírme
Como el ángel custodio de mi sér?

¿Quién me dirá si de placer colmado,
De gratitud y de esperanza lleno,
Alguna vez palpitará mi seno
Contra el seno gentil de una mujer?

¿Si al escuchar mi acento, en mudo pacto,
Cual eco fiel, responderá su acento;
Si de mi mano al abrasado tacto
Su mano con amor la estrechará?

¿Si en mi ventura incomparable amante,
Y en mi desgracia incomparable amiga,
Será el dón con que el cielo me bendiga,
Que me hará bueno, y que feliz me hará?

¡Joven y ardiente y entusiasta soy,
Y para mí no existe la alegría,
Y tristemente consumiendo voy
Del corazón el generoso abril!

Y para mí las horas de la noche
En vela, y solo, y en silencio pasan,
Y allí la frente sin cesar me abrasan
Ansias horrendas y delicias mil.

¡ Tal vez mi aliento ahogado se suspende,
Y delirante y trémulo pronuncio,
Con una voz que el corazón no entiende,
Un nombre.... que no puedo comprender!

¡ Y miro acaso aparición bendita!
Sobre mi lecho lánguida inclinada,
Voluptuosa, linda, enamorada,
¡ Una sombra,....una forma,....una mujer!

Y !oh! porqué cuando tiendo convulsivo
Mis brazos suplicantes hacia ella,
Sólo encuentro un fantasma fugitivo,
Y abrazo el aire, y la mujer voló?

La sigo en mi delirio, y grito ansioso
¿A quién? Ni el aire que mi cuerpo hiela,
Ni el silencio fatal que me desvela,
¡ Ni la profunda oscuridad me oyó!

!Una mujer....! ¡y nadie me responde!
¡Una mujer!.... ¡y nadie me rodea!
Y me incorporo, y me pregunto en dónde
Del sueño hermoso de mi amor volví.

¡Toco mi lecho abandonado, y palpo
Todo el pesar que el desengaño encierra!
Y me hallo so'o, ¡ ay Dios, sobre la tierra!
¡ Solo y tengo veinte años!.... ¡ ay de mí!

¡ Solo y tengo veinte años! ¡ y es de fuego
La hirviente sangre que mis venas colma!
¡ Y el corazón se quema, y sin sosiego
Busco y no encuentro el anhelado bien!

....Tú, soñada mujer que tántas veces
De entre mis propios brazos he perdido,
No vienes, ¡ ay! ¿no escuchas mi gemido?
Ven, mi adorada, que te aguardo.... ¡ ven!

Bogotá, enero 11: 1851.

HIMNO AL CRISTO

(De Lamartine).

Verbo increado ! piélago fecundo
De justicia, de amor, de libertad !
¡ Santa palabra que salvaste el mundo
Colmándole de Luz y de Verdad !

¿ Es cierto que tu voz, cual un lejano
Clamor que nace y muere en la extensión,
Es un murmullo agonizante y vano
Que alcanza débilmente al corazón ?

¿ Y que existe una voz más elocuente,
Que sofoca los ecos de tu voz,
La voz del hombre, sabia, independiente
Y que mejor que tú nos lleva en pos?

Mas ¿ quién es la Razón ? ¿no eres tú misma?
Y antes de ti ¿qué era la Razón ?
Duda, sistema, oscuridad, sofisma,
Lúgubre antorcha, mentiroso prisma
Que hacía para errar la presunción.

El mundo era tinieblas—se chocaban
Como del mar las irritadas ondas
Cien doctrinas sin fe. Ya deslumbrado,
Ya libre de un pérfida lumbrera,
Moribundo el espíritu del hombre
Flotaba sobre el caos. La esperanza
Y el dolor, a merced de sus caprichos
Alternativamente iban poblando
Y arrasando los cielos : la artería
Con la caliente sangre de las víctimas
Ufana se cebaba, y una turba
De indignas y ridículas deidades
Probaba la ignorancia de los dioses.

1854.

A ELVIRA

(De Lamartine).

Del Anio a las orillas va suspirando el aura
Tu dulce nombre, ¡oh Cintia! que tu amador cantó ;
¡Valclusa! nunca olvidas a tu querida Laura ;
¡Ferrara! tu Leonora ya te inmortalizó.

¡ Dichosa entre las bellas la bella del poeta!
¡Afortunado el nombre que vibra en su laud!
—¡ Oh tú a quien él consagra su adoración secreta!
¡Mujer feliz! eterna es ya tu juventud.

Tú sí, morir bien puedes: que el Rey del canto lega
A su ídolo la vida de la posteridad ;
Y al par de su adorado la enamorada llega
Hasta el sublime trono de la inmortalidad.

¡ Ah si mi frágil nave que bajo airado signo
Combaten enemigas las cóleras del mar,
Al fin lograse, al soplo de viento más benigno,
En el ansiado puerto de salvación tocar!

¡ Ah! si movida a lástima mi despiadada suerte
Al ver tu llanto, ¡oh ángel guardián del infeliz!
Borrase de mi frente las sombras de la muerte,
Y más hermosos días luciesen para mí!

Tal vez entonce osara.... ¡perdone Dios mi acento!....
Cifrando en ti mi audacia, mi orgullo, mi ambición,
Con inmortales cantos alzarte un monumento,
Hacerte ídolo eterno de todo corazón.

Así cuando el viajero de la desierta pampa
Un nido umbroso y fresco do solazarse ve,
Con gratitud su nombre en la corteza estampa
Del árbol que custodio de su descanso fue.

—

¿No ves cual muere o cambia Naturaleza entera?
—Sus frutos pierde el campo, y el bosque su verdor;
Desaparece el río donde la mar le espera,
Y agosta el prado un soplo del cierzo matador.

Como un gigante armado de inevitable acero,
Que cierra contra todos y en toda parte da,
Aliado con la Muerte, el Tiempo huye ligero
Yrenovando el mundo en su carrera va.

Todo al olvido cae bajo su golpe bruto;
Como a la ruda cesta del jardinero fue
La verde orla de Flora; cual su amarillo fruto
El pámpano en los carros de la vendimia ve.

Así caeréis vosotras, ¡ oh Flores de la Vida,
Amor, juventud, glorias de esta bendita edad!
Y tú también, Belleza, para morir nacida
Si no te salva el genio con su inmortalidad.

¿Qué inspira sino lástima la juventud radiante
Que sólo sabe, estúpida, saciarse de placer?
¡Ay de ella! en apurando su cáliz embriagante
¿Qué restará?—el recuerdo desolador de ayer.

¡La tumba que la aguarda va a devorarla entera,
Y en pos de sus amores silencio eterno habrá!
Mas tú, ¡mi Elvira!.... el tiempo cansará su carrera
Sobre tu sacro polvo, y eterna vivirás.

Septiembre 26: 1863.



EL OTOÑO

(Lamartine).

¡Salud, selvas ornadas de un resto de belleza,
Que vais, hoja por hoja, palideciendo ya!
¡Adiós, hermosos días!—que ya Naturaleza
Vistiéndose de duelo, como mi frente, va.

Siguiendo distraído mi senda solitaria,
Una vez más ¡ay! última.... mis ojos ven el sol:
Ambos nos apagamos .... ¡su hoguera funeraria
Apenas tiene un rayo para decirme adiós!

¡Velado sol de otoño!—en mi ánima indecisa
No sé qué encanto vierte tu pálido esplendor:
¡Es un adiós de amigo!—¡es la última sonrisa
Que en labios adorados la muerte nos guardó!....

Así, pronto a ausentarme del campo de la vida,
Llorando, ¡ay! esperanzas que no han de volver más,
¡Aún torno una mirada de cariñosa envidia
A tántos bellos dones que no gocé jamás!

¡Oh sol, oh tierra, oh valles, oh gran Naturaleza!
Al borde de la tumba mis lágrimas os doy.
¡Qué aroma tiene el aire! ¡la luz, cuánta pureza!
¡Y el sol! ... ¡eres tan bello para el que muere, oh Sol!

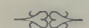
¡Mi labio hasta las heces libará todavía
Este revuelto cáliz de néctar y de hiel.... !
¡Tal vez como un celeste regalo de agonía,
Guardábame una gota de embalsamada miel!

Tal vez piadoso el tiempo guardábame escondido
Un bien cuya esperanza perdida consentí;
¡Tal vez entre la tumba me hubiera comprendido
Un alma hermana mía que yo desconocí!

¡Felicidad perdida .... felicidad llorada!....
¡Tal vez si yo viviere volvieras para mí!
¡Tal vez una alma hermana, proscrita, desolada,
Me hubiera comprendido ...! ¡Ya es tarde! ¡la perdí!

Cuando la flor sucumbe da al céfiro su aliento,
Y es su mejor perfume su cariñoso adiós.
Yo también muero; y mi alma exhálase en el viento
Como un melodiosísimo quejido de dolor.

Nueva York, octubre 3: 1856.



INVOCACION

(De Lamartine).

¡Oh, tú, que este desierto cruzando pasajera,
Del cielo habitadora, te apareciste a mí!
Y en esta noche lóbrega, benigna mensajera,
Alba de amor piadosa me has hecho presentir.
A mis absortos ojos muéstrate toda entera.
¿Cuál es tu ayer? ¿tu nombre? ¿tu suerte? ¿tu país?

¿Meció tu cuna el aire de este mundo en que estás?
¿O eres de Dios un soplo
Que en este instante llegas y ya pasando vas?

Dime si hoy mismo tornas a ver tu sol divino;
O cual proscrita ¿sigues el terrenal camino,
Camino de miserias, tinieblas y dolor?
¡Ah! sean cuales fueren tu patria y tu destino,
Permíte, mujer o ángel, a un pobre peregrino,
Que ofrezca al ángel culto o a la mujer.... amor.

Y si uno y otro ¡míseros! vagamos desterrados,
¡Por Dios no me abandones, mi ángel de guarda sé!
Y déja que siguiendo tus pasos adorados
Besen mis labios tímidos el polvo de tus pies.

Mas, ¡ay! tal vez mañana te vuelves a tu cielo,
Te vuelves a tus ángeles, y yo te pierdo aquí.
¡Amame aquí un momento antes de alzar el vuelo!
¡Y acuérdate en el Cielo, acuérdate de mí!

Costa Rica, junio 2: 1856.

EL OCCIDENTE

(De Lamartine).

....Y el mar iba cediendo, cual la ánfora espumante
Que baja en aplacándose las brasas del hogar;
Del borde ola por ola retrocedía humeante
Hacia su lecho inmenso, como a dormir en paz.

El sol de nube en nube magnífico caía,
Y ya colgaba limpio sobre la mar azul;
Luégo el sangriento espectro línea por línea hundía,
Cual un gran buque en llamas que medio flota aún.

Y la mitad del cielo palideció, y el viento
Entre las velas mudo desfalleció también,
Y rápida corría la sombra el firmamento,
Y todo en cielo y agua borrábase a la vez.

Y en mi alma esos ruidos que el mundo nos murmura
Iban al par muriendo como la luz del día;
Y algo entre mí, lo mismo que en toda la Natura
Ya oraba.... ya lloraba.... ya humilde bendecía.

Solo al Ocaso un pórtico quedaba deslumbrante
Dejando en ondas de oro la luz reverberar;
Brasero enorme ardiendo so un pabellón flotante
Que el vívido reflejo ya parecía incendiar.

Y sombras, vientos, ondas, todo en la vasta tierra
Correr hacia esa hoguera de todas partes vi,
Cual si Natura y todo lo que su aliento encierra,
Muerta la luz, temblase de miedo de morir.

Allá volaba la hoja del árbol solitaria,
Y el polvo del camino y la ola de la mar;
Mi vista iba siguiéndolos errante, involuntaria;
Tal vez húmeda en llanto, no sé si de pesar....

Ya no vi nada; y mi alma vacía, triste, ciega,
Presa en aquel gran círculo de oscuridad quedó;
Cuando una idea—súbito—sus alas me despliega,
Pirámide que en medio del arenal surgió.

¿A dónde ¡oh luz! has ido? ¿dónde te hundiste, oh días?
Sol, nubes, vientos, ondas decidme ¿a dó corréis?
¡Noche, universo entero, ojos míos, alma mía,
¿A dónde vamos todos? ¡oídme, responded!

A ti, gran Todo, hoguera de que es chispa el sol mismo.
Flujo y reflujo eterno de vida universal.
Océano de océanos, maravilloso abismo
De donde todo viene y adonde todo va.

Nueva York, diciembre 26: 1865.



EL LAGO (1)

(Traducción de Lamartine, en homenaje a mi querido amigo L. M. Gottschalk).

Así sin descansar, empujados a incógnita orilla,
A una noche sin fin de que nadie ha logrado volver,
Nunca podremos ¡ay! detener nuestra pobre barquilla,
¿Repetir un *adiós?* ¿repasar un momento de ayer?

¡Oh lago encantador! tú que ayer tan dichoso me viste
Héme hoy volviendo a ti sin aquella que tánto te amó;
Enfermo el corazón, viuda el alma, héme aquí solo y triste
En el mismo lugar do sentada la vimos tú y yo.

Así bramabas tú bajo de esos peñascos profundos,
Y con rudo furor sus costados golpeabas así,
Y este viento también, con acentos de amor gemebundos,
Sus adorados pies salpicaba de espumas aquí.

Una noche feliz ella y yo silenciosos bogando,
Sobre tu espejo azul era paz por doquier la extensión;
Sólo el golpe a compás de los remos tus aguas cortando
Se dejaba escuchar con dulcísimo, armónico són.

De súbito una voz nunca oída otra vez bajo el cielo,
Con timbre de un dulzor desgarrante los ecos hirió;
Enmudeciste tú, quedó extático el aire en su vuelo,
Y *Ella*, esa cara voz, estas notas pausada entonó:

---

(1) El traductor reflexionó largamente qué metro produciría en español el raro efecto del original, ese contraste o armonía dramática entre la cumplida felicidad que anhela reposarse y se resiste a que la fatal ley del tiempo corra para ella; y el Tiempo, que como un doble de acompañamiento sordo y monótono, imperioso y rápido, va devorando a la felicidad que en vano le clama *¡deténte!* Se prefirió esta combinación métrica, que remeda el hexámetro latino en una forma regular española; observando sin embargo que en tal elección el Tiempo se lleva la mejor parte y su espuela deja raras notas de reposo a la pobre Felicidad. A este famoso *Lac*, como felizmente observó Vinet, vino a hacer *pendant* la admirable *Tristesse d'Olimpio* de Víctor Hugo, sobre el mismo tema.

«¡Oh tiempo, no andes más! ¡horas santas, celestes primicias
«Un instante, un instante parad!
«¡Dejadnos saborear estas puras, fugaces delicias,
«Que jamás, que jamás volverán!

«¡Cuánto mísero habrá que en tortura gimiendo os implora
Que corráis, que voléis, que deis fin!
«¡Descargadle su cruz, enjugadle su llanto al que llora,
«Y olvidad, olvidad al feliz!

«Para llegar aquí ¡cuántos años desiertos perdidos!
«¿Y después? ¡Cuántos más de pesar!
«Aguardad, aguardad oh adioses, recuerdos, gemidos,
«Siempre, siempre vendréis, aguardad.

«¡Pero en vano pedí una hora, un minuto, un instante !
Burla el tiempo mi amante inquietud.
«¡Córre menos veloz! imploré de la Noche, "deténte!"
Y ya rompe en oriente la luz!

«¡Ah! ¡ no perdamos, nó, la única hora que próspera brilla,
¡Nuestra única gota de miel!
«El Tiempo es otro mar, mar sin fondo, ni puerto, ni orilla,
¡Ay ! ¡él pasa, y nosotros con él!»

¡Tiempo celoso y cruel! cómo es ¡ay! que esos dulces momentos
En que llega el amor, y su arrullo y su néctar nos da,
Huyan con tánto afán cual las horas de horror y tormentos,
Y no vuelvan jamás, ¡como vuelve el dolor que se va!

¡Y qué ! ¿jamás, jamás fijaremos su huella bendita?
Y para siempre ya, ¿para siempre quedaron atrás?
Si el Tiempo es quien los da, si es el Tiempo el que cruel nos los quita,
¡Cómo no ha de poder devolverlos el Tiempo jamás!

¡Pasado! ¡Eternidad! Nada! ¡abismos tremendos y oscuros!
¿Qué hacéis, decid qué hacéis de las horas que sordos tragáis?
¿Nunca nos volveréis esos éxtasis íntimos, puros
Que con ansia fatal, sin piedad, sin perdón, nos robáis?

¡Oh lago siempre azul! grutas, rocas, umbrosa espesura
Que el Tiempo ajó tal vez, mas han vuelto a su verde esplendor!
Tú, más feliz que yo, guárdame ¡ay! venturosa Natura,
Un recuerdo siquier deesa noche de vida y amor!

Lago, ya manso estés, ya revuelto en gloriosa borrasca ;
Riberas de verdor que en su espejo temblante os miráis ;
Y abetos que sobre él sacudís vuestra negra hojarasca ;
Y áspero peñascal que silbando sus ondas cortáis ;

Y céfiro montés que al pasar acaríciaslo blando;
Y estruendos mil que vais de peñón en peñón a morir;
Y astro de blanca luz que su terso cristal argentando
Como una amiga fiel en la noche lo escuchas gemir;

Y viento zumbador, y ágil caña do el aura suspira,
Y flores que incensáis con virgíneas fragancias a Dios,
Y cuanto aquí se ve, cuanto se oye y se palpa y se aspira
Que todo, sin cesar, aquí diga: «¡Se amaron los dos!»

1855.

EL POETA MORIBUNDO

(De Lamartine).

La copa de mis días rompióse aún rebosando;
La vida en cada aliento váseme ya escapando;
Ni besos ni suspiros su fuga detendrán;
Cimbrando el hueco bronce que fúnebre me llora
Ya el ala de la muerte da en él mi última hora;
¿Qué harás, alma mía, gemir o cantar?

¡Cantemos! que aún la mano rige la ardiente lira,
¡Cantemos! que hoy la muerte, como al cisne, me inspira
A orillas de otro mundo un ¡ay! arrobador,
¡Presagio venturoso que al bardo el genio envía!
Si mi alma toda es hecha de amor y melodía,
Sea su adiós un canto divino de amor.

La cítara al romperse da el acorde sublime,
La lámpara no muere sin que antes se reanime,
Y más que nunca vívida fulgure al expirar;
El cisne mira el cielo en su hora de agonías,
Y sólo el hombre cuenta con lágrimas sus días
Mustio hacia el pasado tornando a mirar.

¿Valen, ¡ay! nuestros días el llanto que los llora?
¿Qué son? Un sol tras otro, una hora en pos de una hora,
La hora que viene idéntica a la que huyendo va;
Lo que una trae, roba otra: de nada el hombre es dueño;
Labor, reposo, angustia, de vez en cuando un sueño:
Hé aquí el día, y luégo la noche vendrá.

¡Ah! llore aquel que asiéndose cual hiedra a los despojos
De los vencidos años, ve con febriles ojos
Ir su esperanza hundiéndose con el mañana infiel.
Yo que no eché raíces sobre la tierra, en breve
La dejo, y sin esfuerzo como la rama leve
Que un soplo de brisa llevóse con él.

¡Pobre poeta! tú eres el ave pasajera
Que no dejó ni un nido labrado en la ribera,
Ni se posó en el árbol, ni el mástil coronó:
Meciéndose indolente al són del mar profundo,
La oyó pasar cantando, lejos de tierra, el mundo,
Y de ella tan sólo la voz conoció.

Jamás en sus confianzas con el laúd hermano
Guió mano de maestro esta novicia mano:
Lo que Dios mismo inspira, no lo enseña el mortal.
No aprende a rodar su agua la resbalada fuente,
Ni a destilar su almíbar la abeja diligente,
Ni a encumbrarse excelsa el águila real.

La alta campana, hiriendo los aires agitados
A turnos canta o llora por los recién casados,
Por los que al mundo llegan, por los que parten de él.
Yo era cual ese bronce que ha depurado el fuego;
Golpeando contra mi alma cada pasión, bien luego
Un sublime acorde resonaba fiel.

Así en la hermosa noche, pulsada por las brisas,
Tal vez junta sus quejas aéreas, indecisas,
Un arpa eolia al ruido del zarceador raudal;
Sorprendido el viajero curioso se detiene,
Escucha, y en su asombro no sabe de dó viene
Esa de suspiros trova celestial.

El arpa muchas veces mojé con llanto mío,
Que éste es para nosotros el celestial rocío,
Y el corazón sin llanto nunca madurará.
Rota la copa, el néctar fluye a torrentes de ella
Y el misterioso bálsamo que nuestra planta huella
Su mejor perfume generoso da.

De un hálito quemante Dios hizo el alma mía;
Cuanto a ella se acercaba, cual ella se encendía;
Y ¡ay! amé demasiado, y muero porque amé!
¡Cuanto mi ardiente mano tocó, polvo se hizo!
Así el fuego del cielo que cae sobre el pajizo
Muere cuando todo consumido fue.

Pero, ¿y el tiempo? Es ido. ¿La gloria, pues? ¿Qué importa
Ese eco aislado y vano que siglo a siglo aporta?
¡Un nombre! ¡ruin juguete de la posteridad!
Aquel que a un nombre el reino del porvenir prometa
Oiga el són que le guarda la lira del poeta....
¡Ah! la primer brisa llevóselo ya!

Nó, no deis a la muerte tan frívola esperanza.
El eco de esa nota, que huyó, que nadie alcanza,

¿En torno de una tumba eternizar queréis?
Ese de un moribundo postrer aliento ¿es gloria?
Vosotros que los tiempos brindáis a su memoria
Mortales, ¿dos días siquiera poseéis?

Jamás, sábelo el Cielo, sin sonreírse helada
Articuló mi boca esa elocuente nada,
Voz que inventó en un sueño la vanidad pueril.
Buscando su sentido halléla siempre hueca
Y la arrojé, cual una corteza árida y seca
Que en vano exprimimos con ansia febril.

En su esperanza estéril de un logro incierto el hombre
A paso de viajero lanza al torrente un nombre
Que cada vez más débil sobrenadando va;
Juega el raudal del tiempo con la reliquia vaga,
Flota uno, dos, tres siglos.... ¿y al fin? Al fin naufraga
Do el eterno abismo del olvido está.

Un nombre más yo arrojo a esa onda sin ribera;
Llévenlo cielo y vientos donde la suerte quiera
¡Húndase o triunfe! Un nombre no me engrandece, nó.
El cisne al remontarse, de los ángeles huésped,
¿Acaso a mirar torna si en el hollado césped
De sus raudas alas la sombra quedó?

«Pero ¿porqué cantabas?» Al ruiseñor pregunta
Porqué su dulce cántiga allá en las noches junta
A los murmullos de aguas que bajo sombras van.
Amigos, yo cantaba como el mortal respira,
Cual se lamenta el pajaro o el céfiro suspira,
Cual rodando el agua murmura su afán.

Amor, plegaria y canto: hé aquí toda mi vida.
Mi hora de los adioses llegó; y en la partida
Ninguno perder siento de tánto hermoso dón;
Sólo el suspiro férvido que se remonta alado
Y el éxtasis del numen y el silencio encantado
De un seno que oprime con mi corazón.

Sentir so el arpa tímida temblar su planta bella,
Ver cuál de nota en nota, de nuestro seno al de ella
El armonioso vértigo comunicado va;
Hacer que lluevan lágrimas ojos que amamos tánto,
Como del viento al ósculo suelta la flor el llanto
De que el virgen cáliz rebosando está:

Ver de la mujer-ángel la mirada inocente
Alzarse triste y húmeda al cielo transparente,
Cual en pos de un suspiro para volar con él;
Y a nosotros bajándose, tan casta como amante

Ver bajo sus pestañas arder su alma temblante,
Cual faro que ansioso columbra el bajel:

Ver por su frente en sombra pasar su pensamiento,
Quedarse sin palabras su labio temulento,
Y al fin tras el silencio oír mágica estallar
Aquella que los cielos repiten y el abismo
Palabra de los ángeles, palabra de Dios mismo.
¡Yo te amo....! ¡Eso vale un suspiro, un pesar!

¡Un pesar, un suspiro! Vana expresión de duelo.
En alas de la muerte se escapa mi alma al cielo.
¡Parto! do va el deseo tras la instintiva fe;
Do ven brillar los ojos la luz de la esperanza,
Do cada amante sílaba de mi laúd se lanza,
Do cada suspiro de mis ansias fue.

Cual ave que no ciegan de oscuridad las nieblas,
La fe, ojo del alma, rasgando mis tinieblas
Con su instinto profético mi suerte me anunció.
Mi espíritu mil veces sorprendiendo en su vuelo,
Tras los inmensos campos del porvenir, el Cielo
A la muerte misma muy atrás dejó.

No señaléis mi osario con fúnebre memento;
No fatiguéis mi sombra con grave monumento,
Que ¡ay! de un puño de arena celoso nunca fui;
Dejad bastante espacio, únicamente os pido,
Para que cuando pase por mi rincón de olvido
El desventurado pueda hincarse allí.

En esa de las sombras posada solitaria
Suele de un césped fúnebre alzarse una plegaria
Y muerte y esperanza reinar al par las dos.
Desde una fosa, al mundo la planta no se aferra;
El horizonte ensánchase más allá de la tierra
Y a menos esfuerzo va el alma hasta Dios.

¡Ven, aquilón furioso! y a la borrasca inquieta
Llévale en mil pedazos la lira del poeta.
¡Adiós, la de los ángeles lo está esperando ya!
Viviendo a la par de ellos en inmortal delirio,
En inmortal transporte de numen sin martirio,
Cielos resonando con su voz oirá.

Bien pronto.... Mas la muerte con silenciosa mano
Tocó el dorado alambre, que al estallar profano
Da un són doliente y dulce cual amoroso adiós.
¡Calla mi plectro helado! Pulsad el vuéstro ahora,
¡Oh amigos! y a sus himnos mi alma soñadora
Parta de este mundo, de otro mundo en pos.

PASANDO LISTA

(De Lamartine).

Al delicioso autor de *Las especies extinguidas.*

Así vamos muriendo, hoja por hoja.
Marcan la ruta escombros de ilusión.
¿Cuál de nosotros sobrevive entero
Cuando le llegue el turno de la hoz?

¡Almas contemporáneas de las nuéstras!
¡Brazos que nuestro brazo entrelazó!
¡Amigos, camaradas, dulces ojos,
A medio andar nos vais diciendo adiós!

En este alegre coro del camino,
Tan lleno y vivo al ascendente sol,
Ya cada vez que lo escuchamos, falta
Una voz más de tánta cara voz.

Y recomienza el himno cada día,
Y es más delgado y lastimero el són.
¡Ay! Paró a cada trecho un compañero,
Un corazón de palpitar dejó.

¡Hermanos de colegio y de campaña
Que vais fallando al matutino rol!
¡Quietos dormid! Ya es sacro vuestro sueño;
Ya no irá nadie a despertaros, nó.

Así en el bosque al viejo hogar vecino,
Donde íbamos en grupo juguetón
A levantar con gritos infantiles
De los dormidos ecos el rumor,

Si entra con su hacha el rústico, envidioso
De aquel ondeante inmenso parasol,
A cada encina que avariento postra
Una lengua del coro enmudeció.

Y volvemos acaso al que fue bosque
Cuando en pie queda algún gigante o dos,
A ver si la reliquia veneranda
Responde aún doblando nuestra voz.

Pero diezmado el eco árbol por árbol
Ya sólo un ¡ay! nos vuelve en su dolor,
Y el gañán, de alma como su hacha dura
Corta con ella el moribundo són.

¡Adiós, coro de amor de nuestra infancia!
¡Pláticas sabrosísimas, adiós!
¿Qué es ya la vida?—Un fúnebre silencio
Do en balde llama y llama el corazón.

Bogotá, febrero 4: 1888.

LA NOVIA DEL TIMBALERO

(Balada de Víctor Hugo. Traducción arbitraria).

«De la pampa a la montaña
«Corren trompas y voceros;
«Voz del Duque de Bretaña
«Que llama urgente a campaña
«Su reserva de guerreros.

«Sus barones cuyas armas
«Bordan torres, puertas, muros;
«Héroes viejos en alarmas;
«Escuderos, hombres de armas
«Y uno de ellos mi futuro.

«Fue de simple timbalero;
«Pero más de un figonero
«Lo tomó por capitán
«Al ver su aire grande y fiero
«Y ascuas de oro en su dormán.

«¡Santa Brígida! (a mi santa
«Ruego sin fin) ¡no lo dejes!
«¡Lejos dél la muerte espanta,
«Y ni un punto de su planta
«A su ángel custodio alejes!

«Al buen cura he suplicado
«Que por todo fiel soldado
«Ore y ore sin cesar;
«Y a San Gildas, mi abogado,
«Tres cirios quemo en su altar.

«Hoy no pueden tiernos gajes
«Consolar mi afán cruel;
«Ni hay quien lleve mis mensajes
«Que vasallos no usan pajes
«Ni los súbditos doncel.

«Mas llegó la vuelta ansiada,
«Vuelve hoy ya con su señor;
«Y no es vulgo el camarada
«Que mi orgullo es ser su amada
«Y soy reina con su amor.

«Torna el Duque a su castillo
«Nuestro vengado estandarte;
«Venid todos al rastrillo,
«Y veréis a un musiquillo
«Que más parece un dios Marte.

«Lo veréis en tren de fiesta,
«En corcel de frente enhiesta
«Y gentil caparazón,
«Que va ondeando su alta cresta
«De plumaje bermellón.

«Y a los flancos del corcel
«Esos timbales fulgentes
«Que sacudidos por él,
«En plaza, campo o cuartel,
«Inflaman a los oyentes.

«Cuando timbal y timbal
«Repica en dulce pendencia,
«Son la pareja nupcial
«En su diálogo triunfal
«Tras largo enojo y ausencia.

«Vedlo a él mismo, con la capa
«Que yo le bordé y quizá
Más de un roto al pobre tapa;
«Y el gran casco que le irá
«Como su corona al Papa.

«Y él viene a casarse así,
«Conmigo, en su ajuar de gloria,
«¡Oh cielo, te gozo aquí!
«No es del Duque esta victoria
«Cuando es mía y para mí.

«Al rededor del hogar
«Qué de aventuras extrañas
«Vamos a oírle contar
«Al grato escaramuzar
«De tizones y castañas.

«¡Cuánto afán, cuánta querella
«Que por mis preces acaso
«No consiguió hacerle mella!
«Tan oficiosa doncella
«De que por mi no hizo caso....

«Ayer la gitana impía
«Frunciendo el torvo entrecejo
«Me anunció que faltaría
«Un timbalero este día
«En la banda del cortejo.

«Mas nó: mi oración no es vana,
«Ni a mí me asusta un conjuro,
«Aunque gruñó la gitana
« Mostrándome su antro oscuro:
« A otro así vendrás mañana.

«Suenan ya los atambores,
«Volemos...... Hé allí a las damas
«Con su provisión de flores,
«Qué de tiendas, arcos, famas
«Y músicas y esplendores.

«Ya van belleza y valor
«A encontrarse. Con qué ardor
«Se anhelan y se reclaman.
«¡Qué bello es el vencedor
«Para los ojos que lo aman!

«¡Asoman ya en dos hileras!
«Los piqueros adelante,
«Y atrás, bajo sus cimeras
«Y flotadoras banderas,
«Tánto barón arrogante.

«Heraldos, prestes, prelados,
«En su bridón cada cual,
«Con sus escudos pintados,
«Prez de sus antepasados,
«En sus pechos de metal.

«Templarios, segur cristiana,
«Que en faz persa al diablo embiste,
«Y al pie de su parte sana
«Los arqueros de Lausana
«Que el tosco búfalo viste....

«¡El Duque ya! Sus pendones
«Marcan a sus caballeros....
«Cautivos en pelotones
«Esquivando a los mirones;
«Y por fin los timbaleros.»

—Dijo. Su ávida mirada
Hombre por hombre escrutó,
Y entre la turba innotada,
Cayó exánime y helada....
Todos pasaron y él nó.

CUANDO YO DUERMA

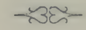
(Víctor Hugo).

Cuando yo duerma, idolatrada mía,
Sé Laura tú, que a su Petrarca va.
Llegue a mi faz tu aliento de ambrosía....
Mi boca entonces
Se entreabrirá.

Sobre mi frente, cuando acaso en ella
Negro delirio combatiendo está,
Sea tu mirada bendecida estrella....
¡Mi sueño entonces
Se alumbrará!

Entre mis labios amorosa llama
Verás entonces revolar quizá....
¡....Bésame! y, de ángel, sé mujer que ama!
¡Mi alma al instante
Despertará!

Julio 2: 1856.



LA TUMBA Y LA ROSA

(De Víctor Hugo).

La tumba dijo a la rosa:
—¿Dime qué haces, flor preciosa,
Lo que llora el alba en ti?

La rosa dijo a la tumba:
—De cuanto en ti se derrumba,
Sima horrenda, ¿qué haces, dí?

Y la rosa:—¡Tumba oscura
De cada lágrima pura
Yo un perfume hago veloz.

Y la tumba:—¡Rosa ciega !
De cada alma que me llega
Yo hago un ángel para Dios.

Costa Rica, junio 2: 1856.

A UNA JOVEN

(De Víctor Hugo).

Espejo de agua es amor
Do se asoma la coqueta
Para deslumbrarse inquieta
Con su propio resplandor.

Al verse en él la virtud
Se pule más y embellece,
Borrando cuanto envilece
Su angélica pulcritud.

Mas.... desciende un poco el pie,
¡Se resbala!—¡Era un abismo!
¡Quebró el espejo uno mismo
Y del agua al fondo fue !

Amiga, mi voz no aboga
Por el amor: es un río
Do el niño llega con brío,
Se ve, se mete y se ahoga.

Costa Rica, junio 2: 1856.



CONSEJO

(De Víctor Hugo).

¡No insulten vuestros labios a la mujer caída !
¡Quién sabe a qué arduo peso sucumbió desvalida!
¡Quién sabe cuántos días el hambre combatió!

Y todos hemos visto de esas desventuradas
Asirse heroicamente, con manos extenuadas,
De su virtud que un ábrego maléfico asaltó.

Tal mírase al extremo de la temblante rama
Posar la limpia gota que el céfiro embalsama
Y do amoroso el cielo a reflejarse va.

Mas sacudid el árbol : la rama se alborota,
Y tiembla y lucha en vano la cristalina gota....
Perla antes de caída, tan sólo fango ya.

La culpa es nuéstra: es tuya, ¡oh rico ! que cobarde
En la hora de la angustia, con insolente alarde
Robas, ¡ay! lo que tu oro no pagaría jamás.

Mas ¡ay! agua bien pura encierra todavía
El turbio fango ; aún puede la virgen luz del día
Brillar en esa gota que hollamos hoy quizás.

¡Oh regeneración ! ¡de Dios mimado arcángel !
Tú sabes devolvernos en todo su esplendor
Perla otra vez la gota, la hermosa otra vez ángel,
De luz con sólo un rayo, con un rayo de amor.

Nueva York, octubre: 1860.



15 DE FEBRERO DE 1843

(Víctor Hugo).

¡Adiós ! —Ama al que te ama, y sé por él dichosa;
Nuestro tesoro has sido, sé el suyo : hazlo feliz.
Vé, hija mía bendita, del un hogar al otro.
Llévate allá el contento, y déja el tedio aquí.

Aquí por ti sollozan, allá por ti suspiran,
Que aquí das pesadumbre, y allá esperanza das.
Niña, ángel, hija, esposa, has tu deber, hoy doble
Sales de aquí llorando, entra sonriendo allá.



LA TRISTEZA DE OLIMPIO

(Víctor Hugo).

¡Aquí otra vez!.... Me trajo mi acongojado pecho
A ver si algo del néctar el cáliz le guardó.
¡Oh valle que saludo con lágrimas! ¿qué has hecho
De tánto que en tu seno mi corazón dejó?

¡Qué poco tiempo basta para mudarlo todo!
Natura indiferente, ¡qué pronto olvidas tú!
¿Porqué cortar los hilos que en misterioso modo
Te unen a nuestra dicha y a nuestra gratitud?

¿Hemos ya muerto acaso? ¿Ya hubimos nuestra hora,
Y nunca, nunca vuelve la que una vez partió?
.... Alegre el viento ríe mientras Olimpio llora,
Y nuestra casa al verme ni sabe quién soy yo.

Hoy ya pasarán otros por donde ayer pasamos;
Ayer fue nuestro turno, su turno llegará;
Y aquel paisaje hermoso que alegres bosquejamos,
Ellos van a seguirlo, y no lo concluirán.

Que aquí nadie termina lo que soñó halagüeño;
Y el más afortunado, como el más infeliz,
Todos al mismo punto despiertan de su sueño:
Vemos aquí el principio, ¡quién sabe dónde el fin! ...

Vendrá otro par, iguales en candor y en pureza,
A este remanso rústico de arrobamiento y paz,
A saborear el néctar de la Naturaleza,
El amor con su magia, con su solemnidad.

Nuestras queridas sendas, revueltas y sombrosas,
Tu bosque amada mía, extraños ojos ven;
¡Otras mujeres vienen a divertirse ociosas
En revolver las aguas que han tocado tus pies!

¿Fue tánta dicha un sueño? ¿fue tánto amor mentira?
¿No queda de nosotros ni un eco blando y fiel
Aquí, Naturaleza, donde en tu inmensa pira
Con llamas y con lágrimas fundimos nuestro ser?

Decidme, ¡oh verdes copas de nidos y de arrullos!
¡Suspiradores céfiros, arroyo gemidor!
¿Murmuraréis para otros vuestros dulces murmullos?
¿Concertaréis para otros vuestra canción de amor?

¿Seréis tan insensibles que cuando ya nosotros
Durmamos el gran sueño de tántos sueños fin,
En apacible fiesta continuaréis vosotros
Así sonriendo siempre, cantando siempre así?

Al verme aquí vagando con plantas silenciosas
Como una sombra de alguien que os visitaba ayer,
¿No me diréis alguna de aquellas dulces cosas
Que oye un amigo viejo que al fin se vuelve a ver?

Dios un momento préstanos sus verdes pabellones,
Sus murmurantes aguas, su firmamento azul
Para poner en ellos con nuestros corazones
La fiesta de delicia de nuestra juventud ;

Y luégo nos los quita.—Sopla la antorcha bella,
Y la encantada gruta sólo es tinieblas ya,
Y dice al blando césped : desvaneced su huella ;
Y dice al eco amigo : sus nombres olvidad.

¡Bien ! olvidadnos, ¡oh árboles, oh lagos transparentes !
Cundid, yerbas, abrojos, do nuestros pasos van.... !
¡Cantad parleras aves ; reíd, alegres fuentes !....
¡Esos que ya olvidasteis nunca os olvidarán !

¡Jamás ! que sois la sombra del ángel que lloramos ;
Oasis que en su Sahara el mísero encontró ;
¡Rincón de los adioses, que ayer santificamos
Gimiendo, y apretándonos las manos, ella y yo !

....

Bien sé que con los años nos huyen las pasiones,
Y cada cual su máscara se lleva o su puñal,
Como un revuelto enjambre de errantes histriones
Que al transmontar la cumbre despareciendo van.

Mas tú, ¡oh Amor ! no mueres. Fiel, indeleble, santo,
Tu imperio—tea o antorcha—no reconoce fin ;
Tuya es nuestra ventura ; más tuyo nuestro llanto ;
Y si una vez te odiamos, te bendecimos mil.

Cuando abrumado al tedio la frente el hombre inclina
Y la hostigosa nada de su existencia ve—
Perdida,—sin objeto ; sarcófago en ruina
De disipados sueños y acribillada fe ;

Desciende el alma al fondo del corazón, y lo halla
De hielo y de tinieblas amortajado ya,
Y allí, cual los cadáveres de un campo de batalla,
Sus muertas ilusiones reconociendo va ;

Prosigue ; y do no alcanza la duda, la ironía,
En un recodo lóbrego, so un velo de dolor,
Encuentra un algo que arde, que late todavía,
Y eso eres tú, ¡sagrada memoria del amor !

EL MONTE ATLAS Y LAS COLINAS

(Víctor Hugo).

Al Atlas venerable las vecinas
Envidiosas colinas :
«Bája un instante, ¡oh monstruo! ese ojo indiferente
«Y míra nuestros prados radiantes de frescura
«Donde retoza y canta la joven inocente
«Y sueña el primer sueño de angélica ternura.

«Ve nuestros pies desnudos, que cual domada fiera
«Nos besa y acaricia el férvido Oceano ;
«Ve nuestra frente, espejo galán de primavera,
«Do el alba, nuestra púdica graciosa jardinera,
«Viene a regar las flores que la ciñó el verano,

«¿No envidias, oh coloso, nuestro feliz destino?
«¿Dinos porqué entretanto revuelan de contino
Sobre tu calva frente
«¿Aguilas de mirada encapotada y torva?
«¿Porqué cual débil rama do el ave a posar vino
«Tu espalda de granito decrépita se encorva?

«¿Porqué un abismo lóbrego en torno te rodea?
«¿Qué tempestad sin término en ti relampaguea?
«¿Quién te surcó de arrugas? ¿Quién te cargó de hielo?
«¿Porque tu sien gotea,
«Y en vez de gayas flores ciñes crespón de duelo?»

Y el Atlas respondióles con ronco són profundo :
—¡Yo os traigo a mis espaldas; yo voy cargando el mundo!

PASEO POR LAS ROCAS

(Víctor Hugo).

¡Cuánto hermosean los montes sus ráfagas sombrías!
¡Qué diáfano está el cielo, qué embelesante el mar!
¡Ah! ¡qué me importa el número de mis fugaces días
Si palpo el infinito, si veo la eternidad!

¡Silencio aquí, borrascas de efímeros enojos!
Jamás llegó tan cerca de Dios mi corazón.
Ocaso está mirándome con fulgurantes ojos,
Y me habla el mar, y siéntome como sagrado yo.

¡Bendito aquel que me odia, y bendito el que me ama!
Al alma, al amor démosle cuanto ora Dios nos da.
¡Loco el que sonda enigmas y el que codicia fama!
Mi tiempo es, ¡ ay, tan breve ! yo sólo quiero amar.

Cuando naufraga el día surge del mar la estrella,
El nido canta, endulzan las ondas su fragor,
Y el sol su pompa mágica con lene faz destella
Como abrazando al mundo diciéndonos adiós.

¿Porqué tánta hermosura, magnificencia tánta?
¿Si esto es palacio, hay reyes, ¡ oh cielo ! frente a ti?....
Es templo. Aquí el humilde orando se levanta
¡Qué grande es el espíritu! y el hombre, ¡qué ruin!

Pero aves, ondas, montes, los astros uno a uno,
No saben sino a medias el nombre del Señor.
Lanzan sonidos vagos que sólo yo reúno ;
Cada uno habla su sílaba, mas la palabra yo.

Va cual la tuya, a lo alto, mi voz, ¡ oh abismo inmenso !
Oro a par vuéstra, ¡ oh montes !Sueño contigo, ¡oh mar!
Natura es el perenne e innagotable incienso,
Yo el frágil incensario del culto universal.

LOS COMODOS

(Víctor Hugo).

Cuando derecho a la cara
nos miran el Bien y el Mal,
Abel y Caín perpetuos,
doble, antinómico imán
mostrándonos dos caminos
de elección discrecional,
uno que a la cumbre lleva,
y otro que al abismo va,
¡ baldón al vil que no escoge
uno u otro ! al que a la faz
de Dios y el mundo, pretenda,
coloso de indignidad,
rasando inmune ambas costas
sobre las dos descansar.

¡ Baldón al cobarde que usa
de su excelsa libertad
mutilándose, abdicando

del derecho de lidiar;
viendo su deber y huyéndolo,
en vez de cerrarse audaz
la puerta negra, y lanzarse
por la de honra y claridad!

Trae quizá desastre inmenso
el que vuelve un paso atrás;
y de grandes y pequeños,
sólo Dios sabe juzgar
dó empieza, la fuerza, y dónde
la flaqueza acabará.
Cuando un poderoso monte
bambolea el huracán,
si puede un grano de arena
la catástrofe evitar,
ese grano es responsable
de cuanto crimen fatal
perpetre precipitándose
el granítico jayán.

Del malvado que se encumbra
el débil es pedestal,
crían las ovejas el tigre,
los tímidos al audaz.
Tal es del cuchillo el forro
blando cómplice y guardián,
y nodriza el agua quieta
del monstruo pestilencial.
No digas nunca: «Esto es pésimo,
mas ¿qué hacer?» o, en puridad,

«Tengo miedo; mi resguardo
«cueva y silencio serán.
«¡ Muére víctima indefensa!
«¡ Verdugo, asésina en paz!
«Ya cerré mi puerta al crimen;
«! remordimientos, atrás!
«¿ Acaso este duelo es mío?
«¿será mía esa maldad?
«¿ quién me ha visto abrir la fosa?
«¿ cuándo he aguzado el puñal,
«ni cuándo del delincuente
«aplaudí la impunidad?»

¡ Nó! ¡silencio! el que hacer deja
es el primer criminal.
La indiferencia es estímulo;
la abstención complicidad.
Surge de un átomo un mundo,

por un ojo rompe un mar,
y quizá execra un delito
su ministro principal.

El fondo de una vasija
do en siniestra oscuridad
un magistrado cobarde
sus manos lavando está,
puede ofrecer a la vista
—¡ visión sobrenatural
a que el Océano inmenso
marco insuficiente hará !—
un monte, dos sendas ásperas,
tres palos ; colgado un par
de ladrones que entre cuerdas
retuércense con afán;
el cielo encima entreabriéndose
como abismo de piedad
a recibir tánta afrenta;
y sobre la cruz central
en una noche sin luna,
misteriosa, singular,
un inocente, de inmóvil
forma noble y mansa faz.

¡ Hélo allí ! Lo han coronado
de espinas, y cada cual
rasgó en su frente una estrella
de Justicia y Caridad.

PATI

(Víctor Hugo).

. . . .

Sí, Catón hizo mal ; y como él Bruto.
Mal salió el sabio, mal murió el valiente.
Suicidio es fuga ; y Dios—el poder solo
que de apagar la antorcha de la vida
derecho tiene, al asaltar su tumba
esos insignes prófugos, airado
«¡ Atrás ! les dijo. Es demasiado pronto.»

Afrontar y apurar la suerte indigna :
hé aquí el honor. Hay fuerza en la esperanza,
y el grande sufridor es el grande hombre.
Aguárda ¡ oh sabio ! a que en su verde nicho
la cicuta éntre en flor ; ¡ oh justo ! déja
crecer y erguirse el árbol del Calvario.

¡Sócrates y no Bruto! ¡Jesucristo
y no Catón! Si hay que morir, si nada
es más seguro aquí, ¿por qué tal prisa?
¿Y porqué no sufrir y enseñar algo?
¿porqué, alma noble, alado centinela,
desamparar tu puesto antes que asomen
la helada, el cielo nuevo; antes que partan
tras de su amado sol las golondrinas?

¿Temes quizá, violento pasajero,
quedarte aquí olvidado? ¿que no acierte
con tu morada el viento de la noche
cuando a barrer la incómoda hojarasca
llegue, y del viejo mundo el seco polvo?
¡Ah! con él volarás, descánsa en ello.
Oirás tu hora sonar, cual todos la oyen,
Y majado será con su inmundicia
Y amasado en la nada tu cadáver,
pues a nadie desaira, y para todos
anda el molino entero de la muerte.

Si eres viviente anónimo, actor mudo,
dí, ¿qué puede añadirte un breve nombre,
lucecilla que un viento enciende y mata?
Siempre callada fue la paz bendita;
la sombra misma es libertad y holgura.
Vive, y cual todos llora, y en silencio
desciende a tu destino, que envidiara
más de un soberbio: y no un odioso crimen
sea, por un instante de la tierra,
la única de tus pies huella sonora.

¿Contra ti alzó tu brazo el amor propio?
¡Monstruoso error! ¡El transitorio daño,
que se vence a sí mismo, evadir ciego,
y abrazarte al seguro, al invencible
y eterno mal! Dejar el yunque honroso,
el martillo viril ¡y al horno ardiente
precipitarte!—Es una piedra negra
lo que señala el hoyo del suicida
al locuaz cavilar de cuantos pasan,
y un centellar siniestro, que oprobiosos
dramas le forja y crímenes horrendos,
probada ya, por sí, del no cumplido
vital deber la infame cobardía.

Si ha hecho de ti tu siglo alto testigo,
acépta proscripción, hierros, hoguera,
y ser de útil ejemplo esclavo augusto.

La piedra del cadalso, cuando el Cielo
fue aquí su imán, subiendo punto a punto,
Será el frontón del fulgoroso templo.

No con mísera muerte te sustraigas
a uno siquiera de los lentos giros
del torcedor, del prensador tormento
inevitable siempre en las alturas.
La prueba es ésa : hay que aceptarla entera.
Envejéce, agoníza sin que te oigan
decir: Estoy cansado.—Hízose el llanto
para caer gota por gota ; el hombre
para vivir muriendo hora por hora.

La vida es el esfuerzo, y nunca inútil
la adversidad. No rompas, bébe, apúra
el vaso que te dio la Providencia.

Déja blanquear, como el oriente oscuro,
el alma en su sazón, y a la par muéstra
el sonreír del resignado arcángel
y del titán la frente, alta y severa.

Tarde o temprano, en medio de la noche,
¿verá el género humano en esas cumbres
nuevo día alborear? Duerme la aurora
Tras la neblina fúnebre. Un abismo
es la misma creación, de donde surge
el rayo luminoso que, dorando
sombras y muerte, alborozado vuela.

¿Y en pos de quién ?—del que, pudiendo todo
hacer o deshacer, descender quiso
a escarnio y tropezón del monstruo humano,
y cual vaso sin fondo abrió su pecho
a siglos mil de culpas y dolores.
Del que por puerta el firmamento entero
franco teniendo a su evasión, la estrecha
prefirió de la Cruz, que ordenó el Padre.
¿Y este Padre, y ese Hijo, abrirán gratos
la gloria de su abrazo al que del mundo
con llave falsa huyó, como el bandido?

EL MATRIMONIO DE ORLANDO

(Víctor Hugo).

¡Lance igual, y furibundo!
Cuerpo a cuerpo están trabados,
y, si el uno aprieta firme,
no afloja un punto el contrario.
Tiempo há rodaron por tierra
cadáveres sus caballos,
y allí, en isleta que forma
el turbio Ródano raudo,
no hay más almas que estas dos,
en desalmarse empeñados.
Solos, sí, que aun los remeros
que allí los desembarcaron
volviéronse pronto, y tiemblan
desde lejos espiándolos.
Su razón tienen, que, a fe,
choque más extraordinario....
¡ni San Miguel con Apolo,
ni Lucifer con Santiago!
Estruendoso arrastra el río
su amarilla cauda en tanto,
Y en sus márgenes el viento
bátele palmas bramando;
mas no apagan vientos ni ondas
con su clamoroso escándalo
el redoblar de estos héroes,
mudos pero encarnizados.

Desde antes que el alba abriese
ya estaban dándose tajos,
a oscuras, como dos sombras
que armó el espíritu malo,
cual dos espectros de bronce
o enmascarados del Tártaro
que por los dos huecos ojos
se devoran a relámpagos.
Y ¡ah! ¡quién los hubiese visto
anoche, antes del fracaso,
antes de que la visera
la faz confundiese de ambos!
¿qué pajes más áurea blonda
en torno al cuello ostentaron?
¿qué niña rosas más frescas
difusas en mármol pario?
Ayer, de sus madres ídolos,
les sonreían seráficos;

hoy a sangre y muerte juegan
como furias, como diablos.
Y que excuse entrometérseles
cualquier curioso, es bien claro
si oyó el nombre de *Oliveros*
Y el de su antípoda, *Orlando;*
mas no por sus bocas dichos,
que, en conflicto ya tan largo,
ni escamparon los mandobles,
Ni se han movido los labios.

Señor de Viena, *Oliveros*
y Conde allí soberano,
tiene a Garín por abuelo,
por genitor a Gerardo.
Su padre mismo vistiólo
para este encuentro. El dios Baco,
esculpido está en su escudo
invadiendo a los normandos;
y allí embriagado Rollón,
y Ruán en babel y espanto,
mientras el dios bebe-vino
vuela en tigres, no en caballos,
cazando alegre a esa chusma
que con sidra empina el jarro.

Viste *Oliveros* la cota
del rey Salomón; su casco
las alas de una hidra esconden;
guiña en su tajante el diablo.
Ahí su nombre inscribir hizo
por si hay quien ose olvidarlo;
y su cimera de príncipe
bendijo en Viena el Prelado
al despedirlo anheloso
de medirse con *Orlando.*

Este, con Durinda al cinto,
su férreo vestido trajo:
y harto ya su ínclita gloria
hizo al mundo su retrato.

Y es, entre un par tan parejo,
tan recio el tope y cerrado,
que empaña las armaduras
su alentar rugiente y cálido.
Pie a pie resístense; tiembla
la isla entera a cada salto;
muérdense fierro y acero;

loriga y yelmo, a chispazos,
sin que uno ni otro lo advierta
zumban por todos los ámbitos;
sangre pura en largos hilos
fránjales los guardabrazos,
fluyendo de ambas cabezas
y orillándoles los párpados.

Súbitamente *Oliveros*
hállase desviserado
a un gran fendiente, y ve juntos
rodar su espada y su casco.
Testuz al sol, mano escueta,
ojos fulmíneos mirándolo
¿qué puede hacer este niño? ...
Piensa en Dios: no hay otro amparo.
Ya sobre su frente brilla
Durinda: ¡sólo un milagro
podrá ¡oh padres infelices,
vuestro embeleso salvaros!

—¡Bah! dice *Orlando*. Es mi tío
el rey de Francia, y por tanto,
como sobrino del rey
me portaré a toda mano.
Cuando tengo a mi enemigo
inerme a mi frente, paro.
Véte, pues, pronto, a buscar
otro acero, mas te encargo
que esta vez sea de buen temple,
y no un espetón bellaco.
Y otra cosa: haz como dicen,
una vía y dos mandados;
tengo sed, trae de beber.
—Gracias, chico—el adversario
respondióle.—Y apresúrate,
Orlando añadió, te aguardo.
Llamó al instante *Oliveros*,
grito y acción combinando,
a un jayán mal escondido
tras de un pilastrón sagrado.

—Córre a la ciudad, le dijo,
y di a mi padre que mando
por otro acero, que a uno
de los dos es necesario.
Y que nos hace calor....
El sabrá. No hay más recado.

Sentados en la maleza
nuestros héroes entretanto
ayúdanse a desguarnirse
de sus capuchos mallados.
Lávanse el rostro y conversan....
Mas no duró mucho el diálogo,
pues el jayán mensajero,
cumpliendo a plazo de galgo,
vio al viejo Conde, y de vuelta
ambos artículos trajo:
vino, del que al gran Pompeyo
endulzaba en sus amargos,
y que Tournón prensa hoy mismo
de su viejo monte al flanco ;
y en cuanto a espada, la ilustre
Closamonte, harta de aplausos,
y que Alta-Clara apellidan
varios cronistas y bardos.

Huyó el portador. Los héroes
dieron punto sin enfado
a lo que hablaban; el cielo
abrió espléndido en lo alto:
e hinchendo *Oliveros* mismo
de su antagonista el vaso,
plantáronse, y como nuevo
recomenzó el zafarrancho.

Este, con su propio filtro,
fue poco a poco embriagándolos;
esclavizó sus espíritus
aquel dios negro, incendiario
que empeña a dos combatientes
en ser vencedores ambos;
y a cada sonoro golpe
cada acerado crustáceo
mezclando fue de armas y ojos,
rayos de furia y relámpagos.
Lidian, y sangre a torrentes
vierten los dos; ya en su carro
abísmase el sol, la noche
suelta su lóbrego manto.

—Camarada, *Orlando* dice,
no sé que siento, algo raro;
veo moscas, oigo zumbidos,
tiemblo, dejémoslo un rato.

—¿Porqué nó? repuso el otro
con la sonrisa en los labios.
Lo que pretendo es vencerte,
si está de Dios y es su agrado,
mas sólo a punta de acero,
no de vahidos y pasmos.
Reclínate, amigo, y duérme
sobre el césped limpio y blando;
yo te haré fresco abanico
batiéndote mi penacho.
Sueña con tu amor.—¿ Con cuál ?
Que me placerá el hallazgo.

—¡ Cómo enamorado insigne !
—Quien muchas ama, está franco.
¿ Cuándo pudo el huracán
tornar a ver su hondo rastro ?
¿Cuándo el turbión regó flores,
o blanda luz prendió el rayo ?
—Mejor dormirás.— ¡ Qué fresca
tienes el alma, ¡ oh vasallo!
dice *Orlando*. Apenas quise
tentar el vado a tu garbo;
y estaba entre mí riéndome
de tu trato amable y cándido.
No me conoces. Podría
lidiar aún, sin descanso,
Cuatro días con sus noches.
—¡ A tu orden, pues ! — ¡ A tu mano !

—

Sigue el duelo. Como a fiesta
repican su propio estrago
Durindana y Closamonte,
y ríe la muerte en lo alto.
A golpes tan repetidos
brotan chispas a puñados
y tiñen la sombra en torno
tristes, fatídicos lampos.
Siguen. La bruma del río
humea y sube entretanto
estrechando silenciosa
aquél lastimero patio;
y al frente, acá, los viajeros
piensan ver, con sobresalto,
a unos leñadores duendes
haciendo a oscuras su abasto.

Sale el sol y está en su punto
el diálogo a cuchillazos;
vuelve la noche, y prosiguen
en sus trece nuestros gallos:
y torna el alba, y no cejan
en su rabioso altercado,
y, antes que ellos, las estrellas
y aurora y sol se cansaron.

Tregua breve al tercer día.
Juntos al pie de un castaño
sentáronse a departir
del poniente al fresco plácido;
y viendo a dos pardos buitres
que husmeaban revolando
de los que fueron bridones
el banquete funerario.
—Contigo se chasquearán,
Orlando dijo, me encargo
De ti--Y *Oliveros*:—¡ qué !
¿ Seré yo menos cristiano ? —

Mas, fastidiados del ocio,
Volvieron con entusiasmo
al grano ya oscureciendo;
y amaneció.

El buen Gerardo
a los tres días de espera
juzgó a *Olivero* en retraso,
y observar desde alta torre
a su astrólogo ordenando
no demoró el sabio escucha
en informar a su amo:
—Mi señor, lidian aún;
deben estar vivos ambos. —

Transcurridos cuatro días
del singular pugilato,
de amagos y de embestidas,
de pasos y contrapasos,
como el sol primero, al quinto
cierran a tajo y destajo
Orlando con *Oliveros*,
Oliveros con *Orlando*.
Tíranse a degüello, al sesgo,
a abrirse en dos, de alto abajo,
punta al pecho, punta al ojo,
corte al hombro, corte al brazo;

a concluír, no importa cómo,
un carpinteo tan largo,
a rematarse uno u otro,
o si ambos lo aciertan, ambos.
Locos furiosos dijéramos,
pero no dan golpe en vano,
luego ven, cuando debieran
de estar ciegos, cojos, mancos.
Ya son sus espadas sierras,
sus armaduras harapos,
sus cuerpos un par de Cristos
de pintorrón sanguinario;
y nada, excepto las lenguas,
habrá en ellos bueno y sano,
pues ni el aire les ha oído
un *Jesús* ni un dicharacho.
y ¡adelante!....

¡Acabó todo!
Trinca *Oliveros* a *Orlando*
y, de un revés, hasta el río
pegó Durindana un salto.
- Hé aquí mi turno *Oliveros*
(gritó alegre). Al punto mando
a Viena, para ofrecerte
un competente reemplazo.
El sable de Sinagóg
allá está, como guardado
para ti desque mi viejo
tendió al temible hombronazo.
Y ya sin Durinda ¿ qué otro?
Acéptame este agasajo.
Lo verás. Acaso hoy mismo
me lo agradezcas ufano,
que como atún párte el fierro,
cabezas como duraznos.

Orlando se sonrió.
—¡Tente! que yo así me basto,
repuso, y de un arrancón
se irguió de una encina armado.
Botó su espada *Oliveros*,
armóse a su vez de un álamo,
y *Orlando* cerró con él,
pero esta ocasión picado;
pues nunca llevó en paciencia,
tras de un generoso rasgo,
que saliese en favor suyo
copiándolo el adversario.

No empero de lengua, de obra
buscó el despique, y a palos,
a troncos, como dos Hércules,
el combate continuaron,
las dos diestras sin acero,
los dos testuces sin casco,
más que antes duro y atroz,
peor que homérico, de bárbaros.

Quinta vez tendió la noche
su melancólico palio
al trágico són del duelo
y el Ródano tumultuario;
y a cada porrazo el bosque
retumba como indignado
de servir de majador
de un par de Adonis hidalgos,
que en afán de más provecho,
la sierra, el remo, el arado
pudieran gastar sus músculos,
el sol de su abril magnánimo.

De pronto *Oliveros*, águila
de ojos de tórtola mansos,
paró diciendo:—¡Esto es burla!
no acabará nunca, *Orlando*.

Mientras un trozo, una astilla
puedan asir nuestras manos
cual leones y panteras
seguiremos.... bataneándonos.

¿Dime, no será mejor
que, volviéndonos hermanos,
dé al interminable encuentro
dulce término un abrazo?

Alda, la hermosa doncella,
la de brazos de alabastro,
es mi hermana, sea tu esposa,
que tú con ella, no el rayo
serás, sino el jardinero
idólatra y adorado.

No el turbión, sino el rocío,
fiel cristal de su recato;
el céfiro arrullador
de la azucena del lago.

¡Pardiez! ¡que me place! (el otro
respondió), y ahora bebamos,
que el lance ha estado caliente....
Selló la palabra el jarro;
y así con su Alda la bella
Fénix de esposos fue *Orlando.*

¡RAPPELLE TOI!

(De Alfredo de Musset).

Acuérdate de mí cuando la aurora
Abra del sol el mágico palacio,
Cuando meditabunda, soñadora
Cruce la noche el silencioso espacio,
Cuando al placer tu corazón palpite,
Cuando la tarde a delirar te invite,
Oye una voz que se dirige a ti
Diciéndote al través del Oceano:
¡Acuérdate de mí!

Acuérdate de mí cuando el destino
Te haya por siempre para mí eclipsado,
Cuando ya sienta el pobre peregrino
Marchito el corazón desesperado,
Piénsa en mi amor, en nuestro adiós supremo
Que yo sé amar, y serte infiel no temo,
Y el pecho que una vez latió por ti
Mientras palpite clamará doliente:
¡Acuérdate de mí¡

Acuérdate de mí ya cuando inerte
Mi destrozado corazón sucumba,
Cuando la flor piadosa de la muerte
Sonría sobre el mármol de mi tumba,
¡Ay! ¡ya no te veré! pero mi alma
De la alta noche en la solemne calma
Como una hermana fiel volverá a ti
Y oirás que te murmura dulcemente:
¡Acuérdate de mí!

Nueva York, septiembre 24: 1863.

SOUVENIR

(De Alfredo de Musset).

¡Oh tumba de un recuerdo, de todos ignorada
Pero la más querida, sagrada para mí!
Hoy al volver a verte, ya yo me presagiaba
Llorar, y estoy llorando.... pero también sufrir,
....

¡Bondad consoladora! mi seno te bendice.
¡Nunca pensé que tánto pudiese atormentar
Herida semejante, ni que un alma infelice
Su cicatriz hallase tan dulce de llevar!

¡Lejos, vanas palabras, frívolos pensamientos!
De vulgares dolores mortaja teatral,
Que sobre los caprichos de sus alegres tiempos
Suelen tender los hombres que no amaron jamás.
....

Cierto es que todo muere, y es un gran sueño el mundo,
Y ese poco de dicha que hallamos por azar
Apenas nuestras manos estréchanlo un segundo
El viento que lo atrajo nos lo quitó fugaz.

Yo he visto al sol del cielo caer mil otras cosas
Que verdes hojas de árbol y espuma de raudal.
Ni sólo cantos de aves y perfumes de rosas
Vi pasar, no dejando memoria ni señal.

Mis ojos han mirado más fúnebres objetos
Que Julieta en su tumba hecha cadáver ya;
Y oyeron mis oídos más fúnebres secretos
Que el brindis de Romeo al Príncipe infernal.

Vi a mi amiga, a la única, la eternamente amada;
Y en «sepulcro blanqueado» cambiada la encontré;
Tumba suntuosa y viva, llevando sosegada
El polvo de aquel *muerto* que tan querido fue.

De aquel tierno cariño, que entrambos corazones
Acordes arrullábamos tan dulcemente aquí....
¡Ay! No sólo una vida, de canto, de ilusiones;
Fue un mundo, un mundo entero lo que en cenizas vi.

La vi.... cual era entonces.... y más entonces bella;
La vi, y esos dos ojos brillaban como ayer;
Y medio abrió la boca.... y vi sonrisa en ella,
¡Y era sonrisa!.... hablóme.... y esa era voz también!

Mas no ese hablar dulcísimo, ni aquella voz temblante,
Ni esa mirada extática de reciprocidad.
Mi alma, aún llena de *ella*, vagaba en su semblante,
Y en vano iba buscándola : ¡ no la encontraba ya !

Bien pude abalanzármele, y asiendo entre mis brazos
Aquel seno vacío, más yerto que cruel,
Haber gritado : ¿dime qué has hecho nuestros lazos,
Qué has hecho del pasado, y de ti misma, infiel?

Mas nó : pensé que alguna, que no conozco, había
Tomado por acaso sus ojos y su voz ;
Y viendo sin turbarme aquella estatua fría
Dejéla que pasara, y alcé la vista a Dios.

Es cierto : fue una angustia, una mortal tristeza
Aquel adiós risueño que de un muerto escuché ;
Pero aún así, ¡qué importa ! ¡ oh leal Naturaleza !
¡ Oh madre ! ¿es menos cierto que yo la idolatré ?

¡ Ahora sí, que rompa sobre mi frente el rayo !
Aquel recuerdo.... nadie lo arrancará de mí ;
Y si éste es mi naufragio, en mi fatal desmayo
Aquél será el madero que abrazaré al morir.

No me contéis si el campo de flores se engalana,
Ni de la humana farsa quiero saber ya más,
Ni si ese firmamento alumbrará mañana
De este sepulcro inmenso la silenciosa faz.

Ni hablar ni pensar quiero, sinó, que en *esta* hora
¡ Y en este mismo sitio me amaron cuanto amé !
¡ Oh recuerdo ! ¡ oh tesoro ! mi alma inmortal te adora ;
¡ Y sólo a Dios, a El sólo, se lo devolveré !

Nueva York, enero 16 : 1867.



MI ENTIERRO

(De Beranger, enterrado en 1830, muerto en 1857).

Ce matin, je ne sais comment,
Je vois d'Amours ma chambre pleine

I

Esta mañana, yo no sé cómo,
Vi de amorcillos mi alcoba llena
Y hasta mi cama llegó el tropel ;

Inerte hallándome, como de plomo,
«¡ Muerto ! » esclamaron, « ¡ Enhorabuena !
¡ Al cementerio ! ¡ Vamos con él ! »

No gusté mucho de estos cariños,
Renegué un tanto ; pero añadí :
Si hablan de veras los crueles niños,
Lloradme, amigos. Ya me morí.

II

Hacen piquitos con mi botella,
Y travesean con mi doncella
Y aún oigo arpegios en mi laúd.

Uno un responso con voz gangosa
Aplícame ; otro quiere a mi fosa
Ir de faetonte de mi ataúd.

Un serio, de aire de sacrismoche,
Flautas y pértigas buscando está....
Listos. Partamos, me aguarda el coche;
Lloradme amigos, me llevan ya.

III

Charlando, riendo, jugando a muerto
Van los cupidos al triste puerto
En dos hileras en procesión;

Y sobre el paño que al bardo arropa
Campan las flores, la arpa y la copa,
Que de mis órdenes insignia son.

Más de un viandante, sombrero en mano,
Dice : «Aquí pára todo entremés.»
El cementerio ya está cercano.
Llegué al sepulcro, lloradme pues.

IV

En vez de *réquiems*, mi tren doliente
Canta mis trovas de adolescente,
Y por esfuerzo del escultor,

Hará mis restos inflar de orgullo
Corona cándida, fragante arrullo,
Dulce almohada para el cantor.

Oigo mi gloria, viva y activa,
Pero el cortejo pronto se irá.
Un dios ¡oh amigos! creyéndome iba,
¡Y no hay tal ganga, me entierran ya!

V

Mas quiso el hado, como por chiste,
Que allí, alcanzándonos mi novia triste
Hiciera un rapto violento en mí.

Y al lado suyo sentí enseguida,
Yo no sé cómo, volver la vida
A este difunto que fue o que fui.

¡Oh maldicientes a todo trance,
Que nada vivo dejáis en pie!
Contra vosotros tornó el percance,
Lloradme a cántaros: resucité.



AFINIDADES SECRETAS

(MADRIGAL DE TEOFILO GAUTIER)

(Al señor don Luciano N. B. Wyse. Retorno afectuoso del traductor).

Al sol de Atenas dos mármoles
De augusto frontón modelo
Sueñan, por años tres mil
Sobre el azul de aquel cielo
Un sueño blanco, un perfil.

Dos perlas en regio tálamo,
Llanto que por su hija diosa
Vertió en una concha el mar,
Llevan en su hondura umbrosa
Misterioso platicar.

Boabdil en su edén fantástico
Vio abrir dos rosas amantes
Bajo un llorón surtidor,
Y ¡ah! ¡qué cariños fragantes
Cruzaban de flor a flor!

De Venecia en áurea cúpula
Posó una tarde de abril
Un par de palomos tierno,
Como a labrar nido eterno
En sobrehumano pensil.

Mármol, perla, rosa y pájaro,
En pasar todo es igual.

La perla el tiempo diluye,
Cae la piedra, el ave huye,
Muda rosas el rosal.

Cada escapada partícula
Cae al crisol fundidor,
Vuelve a la cósmica masa
Que sin fin labra y amasa
El soberano Escultor.

Por metamorfosis cíclicas
Refúndense, en cuerpos varios,
Las rosas en labios rosa,
Y en carne blanca y lumbrosa
Los blancos mármoles parios.

Y otra vez se arrullan cándidas,
Dentro de dos corazones,
Las dos palomas ausentes,
Y en las perlas hechas dientes,
Sonríen las ilusiones.

De aquí esas dulces, despóticas
Simpatías por las cuales
Se reconocen doquier
Mellizas inmemoriales
Almas extrañas ayer.

Dócil al reclamo tácito
De un aroma que se anhela
O un color o hebra solar,
Atomo al átomo vuela
Como abeja a su manjar.

Recuerdan sus sueños clásicos
De albo frontón al sopor,
Sus mimos de siglos antes
Entre abismos ondeantes
O al riego del surtidor ;

Sus vértigos de alas y ósculos,
Su pan en pico común
Y en camarín de oro y cielo ;
Y, polvo a polvo gemelo,
Búscanse y únense aún.

Despierta el amor prehistórico ;
Revive el pasado al fin ;
La rosa se ve, se admira,
Y aun su propia esencia aspira
De una boca en el carmín.

En la sonrisa, a relámpagos,
Pilla la perla su albor,
Y en un palpitante busto
Trémulo el mármol vetusto
Siente su esmalte y frescor.

Eco de su !ay! oyó el pájaro
Un arrullo, antiguo imán;
Toda asperidad se embota,
Y ya son, ignoto e ignota,
Mansa paloma y galán.

¡Oh tú ante quien ardo extático!
Dí ¿que frontón, surtidor,
Cúpula o abismo, un día
Ya nos vio en fiel compañía,
Ave o mármol, perla o flor?

1890.



MIS DIEZ Y OCHO ANOS

(Traducción de Emilio Deschamps).

Mis diez y ocho años queridos,
¿Quién me los devolverá?
¡Quién, ay, renacer pudiera
En esa bendita edad!

Cuán puro entonces el cielo
Se nos pinta en el cristal
Del lago azul do la vida
Bogando indolente va.

La familia está completa,
Y el alma es amor no más,
Y de un padre y una madre
Huye la sombra del mal.

Dormidos o no dormidos
Soñamos sin descansar,
En la cuna de Esperanza,
Bajo el ala de la Paz.

¡Dormimos....! pronto una Muerte
Nos viene, ¡ay! a despertar!
....

Resignado a eternas leyes
Todo el universo va;
Entre una red de armonías
Cada cosa en su lugar.

Las brisas para las flores,
Para el mar la tempestad,
Para el invierno las nieves
¿Y para el hombre?.... ¡el pesar!

Feliz quien pueda, en la hermosa
Que por suya Dios le da,
Cuando lo ha perdido todo,
Siquiera un lampo encontrar.

¡Un rayo de *aquellas* almas
Que con celeste mirar
Lucieron y se apagaron
Cual llamarada fugaz!

Costa Rica, junio 3: 1856



EL OLVIDO

(Heredia).

Sobre el peñón el templo derruído,
Y el mármol con el bronce allí mezclado,
De dioses y héroes que adoró el pasado
Y hoy esconde la zarza del olvido.

Sólo a veces, pastor que aridecido
Lleva al abrevadero su ganado
Con triste són de un caracol sacado,
Llena el éter azul que está dormido.

Y a los antiguos dioses fiel, con celo
La tierra en cada abril de nuevo acanto
Los capiteles mútilos decora.

Mas indolente el hombre, ni aun el duelo,
En medio de la noche y de su encanto,
Oye del mar, que sus sirenas llora.



BILLET DE FAIRE PART

(Jacques Normand).

Monólogo.

El cielo blando a mis súplicas
El domingo a la una y cuarto
Me hizo padre. Salgo a veros
A fin de participároslo.

¡Chito! ¡chito! El primer éxito
Duerme en el próximo cuarto
Entre encaje y muselina
Sabrosamente encunado.

¡Qué guerra intestina cuéstame!
Todos contra mí, jurando
Que era hembrita, y yo en mis trece:
«¡Nó! lo que nace es muchacho.»

Y ahí está y no así.... minúsculo,
Un muchachón que dejando
Toda vanidad de autor,
Me honra y me hace erguirme ufano.

Mi mujer, que en todo es óptima,
Mas no en físicos encantos,
Dice, y da por evidente
Que el niño es ella en retrato.

Yo no le niego una sílaba,
¡Guárdeme Dios!—En los cascos
Se le entró tal adefesio,
¿Y quién logrará sacárselo?

Si a mi heredero, a mi príncipe
Vierais un instante, un rasgo,
Suyo siquiera, su corte,
Su perfil, su cuerpo elástico;

Su frente noble, su intrépida
Nariz, sus ojos de záfiro,
Exclamarais a una voz:
«Su padre pintiparado.»

Los padrinos, punto crítico,
Están ya, y a gusto de ambos.
El nombre, a docenas llegan
En una riña de santos.



ESCRITO EN UNA CALAVERA

(Henry Clément).

Déja esa sonrisa vana,
Que no hay mucho de ti a mí.
Lo que hoy eres, ayer fui.
Lo que soy, serás mañana.

Junio 7: 1884.

JUNTO AL SEPULCRO DE BOLIVAR

(Del poema *Erostrate* de Mr. León Duplessis, 1882).

I

PRÓLOGO

De una gran vida, lo que a mí me encela,
Lo que para tormento de mi alma,
Con toda el alma envidio, no es por cierto
El vano lujo de laurel y honores
Que orna de los Sesostris la alta frente,
Ni es la fúlgida pompa de la gloria
Lo que me hace anhelar que en sus anales
Inscriba el mundo mi ignorado nombre.
¿Qué a mí leones a mi carro uncidos
Y cautivos monarcas? ¿Qué una turba
Que ebria de admiración triunfante Aquiles
Y sacra majestad me proclamase?
¿Qué me importara oír en torno mío
Estrepitosas músicas pagadas
Por gentes que mi ceño estremeciera,
Ni que del orbe en los remotos ámbitos
Mi nombre resonara?
Más profundo,
Más íntimo es lo que apetece mi alma.
El verdadero, el único incentivo
De su ambición, son esas sensaciones
Con que en sí, por sí mismo, su trabajo
A las almas potentes regocija.
¿Qué ama San Pablo? Acaso más que el Cielo,
Su ardua labor de abrirnos el camino.
Si de ejercer su vasto apostolado
Parece presumir, es por el duro
Aspero goce de la lid sublime,
Por nutrir en sí mismo el santo fuego
En que se siente arder, no por la suma
Voluntad que en sus éxtasis lo arrobe.
Nada es el triunfo, la batalla es todo.
Cuando, como Eviradno, el caballero
En pie se irgue en la arena, lanza en mano,
Listo a verter toda su sangre,—entonces
Ese hombre, aun ya vencido, es la Justicia;
E hinche su corazón gozo tan puro
De haber cumplido su deber, que el alma
Sin la gracia de Dios, no lo concibe.

¡Ocasiones de lucha, en que apurando
Su cáliz sacro el adalid divino
Pueda ofrecer en sacrificio al mundo!
Vosotros sois lo que ansio, lo que lloro
Porque no puedo hallar, porque sin duda
No me halláis digno de ponerme a prueba.

II

EL CANTO DE LA JUVENTUD

¡Quiérelo Dios! Son nuéstros,
Oh juventud, tus dones,
Tu magia de ilusiones,
Tu altiva abnegación.

En nuestro seno hierve
Noble embriaguez de vida,
Y en nuestro nervio anida
La fuerza del león,

Sonatas estruendosas
Anúnciennos doquiera,
Colmemos la ancha esfera
Con nuestra voz viril.

El porvenir, los farcs
Somos del mar del mundo
Que alumbra lo profundo
Desde la costa vil.

Llévenos en sus alas
El pasajero viento
Y en él irá el aliento
De la Divinidad;

Y alzándonos, de audacia
Y cólera inflamados,
Seremos tus soldados
¡Oh santa Libertad!

Los bravos que entre el polvo
Duermen de la batalla,
Al ver que igual en talla
Su descendencia hoy es;

Al ver que el oprimido
Aún tiene vengadores,
«¡Paso de vencedores!»
Murmurarán tal vez.

Verán cómo epopeyas
Se escriben todavía;
Que no anda en pos tardía
Del crimen la expiación,

Y que el antiguo acero
Por el honor legado
No yace avergonzado
En ocio de baldón.

Y al par verán que ardiendo
En acendradas llamas
Servimos a las damas
Con honra y lealtad,

Servimos a las reinas
De nuestros corazones
Cantando en puros sones
Su gracia, su beldad.

Que comprender sabemos
Lo bello, y cierto, y justo;
Y en puño asaz robusto
Hacer vibrar también

Las hojas de dos filos
De graves justicieros.
Constantes caballeros
De la verdad y el bien.

III

EL LIBERTADOR

Enamorada mi alma de la gloria
Interpretaba así lo que sentía
Sobre la tumba de uno que en la historia
Ganó imperecedera nombradía,
De quien fue a un tiempo Washington y César:
De *don Simón Bolívar*,
El gran *Libertador*.
No aquí se exhale
Flébil cantar. Sobre esta tumba augusta
No pide la emoción sino un ardiente
Canto de libertad, inmortal himno
De juventud y honor, que al hombre aliente
Y cordillera y firmamento escale.

Sí, al hollar en Caracas este suelo
Del sacro Panteón, do vuelto al polvo
Una urna guarda de *Simón Bolívar*

El corazón, de espiritual videncia
Siéntese poseído el peregrino
Y lánzase entusiasta al torbellino
De la lid de gigantes
Que al mundo de Colón dio independencia.

Aquí en paz resplandeces, ¡oh guerrero!
¡Oh sol de eterna luz! y te alzas, creces
Como un místico dios, y en torno tuyo
Tu heroico cielo resucita entero.

—

Surge a un golpe todo él, y corre, y gira
De tu fe arrebatado; en ti la patria
Se encarna toda; sopla en ti su genio
La audaz revolución; bajo tu raudo
Talón de fierro se retuerce y brama
La tiranía, de caimán y buitre
Híbrido monstruo; a tu soberbio empuje
Nadie y nada resiste, y nada puede
Triunfar de tu impertérrita energía.
Como se apura el vino a grandes tragos
En crespa bacanal, así de gloria
Te embriagas tú, y en tu perpetua fiebre
De actividad, devoras horizontes
Y toda inmensidad cabe en tus brazos.

Recorro con la mente este asombroso
Teatro de tu guerra: esos combates
En precipicios de estupendos montes,
De cráteres sulfúreos; esas luchas,
Duelos mortales cuerpo a cuerpo, al doble
Rugir de humanas furias, y del hondo
Volcán que encubre el retemblante suelo;
Aquellos caballeros, huracanes,
Húsares de Junín, que a fondo rompen
Las enemigas huestes a la orilla
De abismos pavorosos; estos Andes,
Que por más que se encumbren no consiguen
Cortarte, oh héroe de Colombia, el paso;
Esa marcha increíble que transporta
Del llano redentor de Carabobo
Hasta Ayacucho tu legión de rayos....

Mas ¿qué escucho?....Una voz cual la de Esténtor,
Que el tronar de la pólvora domina
En lo más recio del conflicto.... ¡Es Páez
Soltando sus llaneros a la carga!

Y allá está O'Higgins: falta en sus pertrechos
El plomo, y ¿qué le importa? Sus cañones
Carga sin vacilar con onzas de oro.
Acá el valiente Brión, que con su barco
Viene a dotar la libertad. Más lejos
Contemplo a tu Desaix, a Sucre insigne,
Grande en la paz como en la lid fue grande.
Córdoba, Santander.... y tántos otros
Ilustres jefes que aun al lado tuyo
Osan brillar, ¡espléndidas lumbreras!
Sí, vuelvo a ver a todos esos grandes
Hijos del nuevo mundo, a esos patriotas,
Pensadores, filántropos, soldados
Republicanos, que doquier se agrupan
En derredor de ti, no como en trono
De arbitrario sultán, mas como hermanos
En torno del mayor que el cielo impuso
Y siempre se mostró digno de serlo.

IV

EL JURAMENTO

¡Oh egregio *Libertador*
Del colombiano hemisferio!
Aquí, sobre el polvo tuyo,
Aquí, a la luz de tu cielo,
Hago en alta voz, que escuchen
Dios y los hombres a un tiempo,
El juramento de ser
Siempre, cual tú, caballero;
De no deslizarme a un acto
De ruindad, bajeza o miedo,
E idolatrar a la Patria
Hasta que rinda el aliento.
Jamás ni un hálito impuro
Manche mi propio respeto,
Y sea, del mundo antiguo,
Plutarco mi consejero.
Que se mantenga mi alma
Firme, indomable a tu ejemplo;
Y mi vida, llena y diáfana,
Muestre el honor por cimiento.
Que consagrado al deber
Se erija un templo en mi pecho,
Y mire en él, Dios piadoso
(Si aspirar a tánto puedo),
Una conciencia tranquila,
Vivo el magnánimo esfuerzo,
Y a los pies de la virtud
El vicio impotente y yerto.

¡Oh egregio *Simón Bolívar!*
Yo te escojo por modelo
Y seré fiel mientras viva
Al culto que te profeso:
Lo juro. Así como a un dios
Dirige el mortal sus ruegos,
A ti elevaré mis manos
Y a ti alzaré el pensamiento;
Y viendo de tu aureola
En mi noche el brillo excelso
Serás mi estrella infalible
En las ondas de los tiempos,
El polo a donde incesante,
Como al imán el acero,
Tornaré buscando gloria,
Y virtud, y fuerza, y genio.
Contemplaré noche y día
Tu noble rostro hechicero
Alumbrándome inspirado,
Alentándome risueño,
Y en ti, grande, infatigable,
Veré al hombre, veré al cielo,
En lo inmenso de tu obra,
En lo escaso de tus medios.

¡Ah, si Dios me deparara
Ese dón, en ti el primero,
Esa fe que vuela montes,
Seca mares, salva pueblos!
¿Y porqué no? Cualquier hombre,
El más humilde, en creyendo,
No se transforma en poder?
¿No es capaz de obrar portentos?
¡Oh fe! Sin ti ¿que era Pablo?
¿Qué fue sin ti Simón Pedro?
¡Ah, mas tú éres la invencible!
¡Obra por ti un Dios Eterno!

Bogotá, 1883.



SIMON BOLIVAR

(Soneto francés de Louis Ratisbonne).

Haberse visto en colmo de cuanto el hombre ansía,
Fortuna, honores, títulos, y a todo renunciar;
Dar todo, y genio, y vida, en pleno mediodía,
Por encender el magno fanal: la libertad;

Sin que trepide el brazo ni el corazón se abata
Luchar más de veinte años; morir Libertador
De un mundo esclavo; y Padre de la adorada Patria......
¡Ah! ¿quién más grande? ¿en dónde sublimidad mayor?

¡En *él!* Que al ver su mundo ya libre y satisfecho,
Y al verse ídolo y árbitro del pueblo que él ha hecho,
Temió el segundo Washington a César descender.

Su gloria amenazaba de libertad el templo;
Y se expatrió a sí mismo ¡destierro sin ejemplo!
Y entonce huyó *Bolívar* por la primera vez.

Bogotá: 1883.

POESIA ALEMANA

LA SERENATA

(De Uhland).

¿Qué dulce música, oh madre,
De mis sueños me despierta?
Ve quién tan tarde vendrá
A cantar a nuestra puerta.

Nada escucho, nada veo:
Sigue soñando, mi vida.
Ya no te dan serenatas,
Pobre enferma, hija querida.

Nó, no es del mundo esa música
Que me embarga de alegría.
¡Son los ángeles! ¡me llaman!
Buenas noches, madre mía.



TRES PALABRAS DE FORTALEZA

(de Schiller).

I

Hay tres lecciones que yo trazara
Con pluma ardiente que hondo quemara,
Dejando un rastro de luz bendita
Doquiera un pecho mortal palpita.

II

Ten *Esperanza*. Si hay nubarrones,
Si hay desengaños y no ilusiones,
Descoge el ceño, su sombra es vana,
Que a toda noche sigue un mañana.

III

Ten *Fe*. Doquiera tu barca empujen
Brisas que braman u ondas que rugen,
Dios (no lo olvides) gobierna el cielo,
Y tierra, y brisas, y barquichuelo.

IV

Ten *Amor*, y ama no a un sér tan sólo,
Que hermanos somos de polo a polo,
Y en bien de todos tu amor prodiga,
Como el sol vierte su lumbre amiga.

V

¡ Cree, áma, espéra! Grába en tu seno
Las tres, y aguárda firme y sereno
Fuerzas, donde otros tal vez naufraguen,
Luz, cuando muchos a oscuras vaguen.



¡LA ENCONTRE!

(De Goethe).

Era en un bosque: absorto
Pensando andaba
Sin saber ni qué cosa
Por él buscaba.

Vi una flor a la sombra,
Luciente y bella,
Cual dos ojos azules,
Cual blanca estrella.

Voy a arrancarla, y dulce
Diciendo la hallo:
«¿Para verme marchita
Rompes mi tallo?»

Cavé en torno y toméla
Con cepa y todo,
Y en mi casa la puse
Del mismo modo.

Allí volví a plantarla
Quieta y solita,
Y florece y no teme
Verse marchita.



CANCION DEL REY DE THULE

(De Goethe).

Erase en Thule un Rey tan fiel
Que hasta morir (tal es la historia)
De su beldad guardó en memoria
Una áurea cópa hecha a cincel....

Era su imán, su solo encanto;
Nada estimó de más valer,
Y allí bebía y al beber
Siempre en sus ojos brotó el llanto....

Sintiendo ya su hora fatal,
Y casi yerto como roca,
Para llevársela a la boca
Hizo un esfuerzo sin igual....

Bebió en silencio por su dama,
Y copa y mano al par soltó,
Y en ese instante su alma huyó
A do se encuentra lo que se ama.

BALADA DE MIGNON

(Goethe).

¿Conoces tú la tierra que el azahar perfuma
Do en verde oscuro brillan naranjas de oro y miel,
Donde no empaña el cielo caliginosa bruma
Y entrelazados crecen el mirto y el laurel?
¿No la conoces? dime. Es allí, es allí
Donde anhelo ir contigo
A vivir junto a ti.

¿Conoces tú el palacio que un rey pomposo habita,
Con pórtico y salones que alumbra tánta luz?
Y príncipes de mármol, que al verme: «¡Pobrecita!
Diránme; ¿qué te has hecho? ¿de dónde vienes tú?»
Es allí, es allí
Do quiero estar contigo
Y vivir junto a ti.

¿Conoces tú aquel monte que une al abismo un puente,
Que escalan las acémilas en lenta procesión,
Donde retumba el trueno e hidrópico el torrente
Se precipita altísimo con resonante són?
¿Conóceslo, oh maestro? Por ahí, por ahí
Anhelo irme contigo
A vivir junto a ti.

CANCION DE MAYO

(Goethe).

¡Qué esplendor de reina madre
Hoy realza la natura!
¡Cómo irradia el astro padre!
¡Cuál sonríe la llanura!

A una voz de cada rama
Brotan flores por encanto,
Toda brisa sa embalsama,
De todo árbol sale un canto.

Y respira cada seno
El deleite, la alegría,
Cual diciendo: ¡oh mundo lleno
De ventura y armonía!

¡Oh, tú amor, oh imán que brillas
Como el sol de la mañana,
Coro de áureas nubecillas
Sobre cúspide lejana!

Tú magnífico bendices
Fresca pampa y tersas lomas
Con tu aljófar y matices,
Con tus bálsamos y aromas.

¡Oh dulcísima doncella,
Cuánto te amo y cuánto me amas!
¡De tus ojos cuál destella
El amor en que me inflamas!

Cual la alondra flechadora
Ama el canto, el aire, el vuelo,
Y las flores en su aurora
El vivo hálito del cielo:

Así te amo, y me glorío
De sentir que son tus dones
El transporte, y fuego, y brío
De mis danzas y canciones,

Que al Señor piden fervientes
Que te guarde siempre así,
Tan feliz cual hoy te sientes,
Cual me siento yo por ti.

Marzo, 1899.

EL TROVADOR

(Goethe).

«¿Qué música oigo abajo, delante del castillo?
«Oid esos acordes que suben del rastrillo.
«Vé, paje, y traenos pronto al hombre de arpa y canto
«Y colme nuestra fiesta su peregrino encanto.»
Así habló el rey. El paje partió volando ufano,
Y el rey a su regreso gritó: «¡Paso al anciano!»

«—¡Salud, nobles señores! ¡Salud hermosas damas!
«¡Deslúmbrame este cielo! ¡Ascuas, estrellas, llamas!
«¿Quién logrará contarlas? ¡Cerraos, oh mis ojos!
«A los que vierten lágrimas tánto esplendor da enojos.
«No puede el desgraciado compartir lo que admira.
«Donde otros se alborozan, el trovador suspira.»

Veladas sus pupilas, dulcísimo preludio
Vibró en el arpa, triste más bien que de tripudio;
Los caballeros míranle con arrogante alteza
En tanto que las damas inclinan la cabeza.
Las trovas deleitaron al rey, y del tesoro
Mandó que le obsequiasen una cadena de oro.

«—Nó, rey, cadena de oro no admitirá el coplero.
«Hónra más bien con ella a un bravo caballero
«De éstos, a cuyo empuje, cual frágiles espigas,
«Despedazadas caen las lanzas enemigas.
«Cuélga el precioso fardo del canciller al pecho,
«Y este favor añadase a tántos que le has hecho.

«Yo voy cantando libre como el alado errante
«Que de cualquier rama cuelga se hogar flotante
«Y, con las mismas notas en que desata el alma,
«Se da su premio él mismo e invístese su palma.
«Mas si en pagar te empeñas al pájaro sus trinos,
«Venga en tu propio vaso el mejor de tus vinos.»

Alzándolo a los labios lo bebió todo entero:
«¡Oh saludable elíxir!» ¡oh néctar hechicero!
Prospere años y siglos la esplendida morada
Do es agua este oro líquido y regalarlo es nada;
Que al libarlo se acuerden del cantor vejezuelo
Y cuanto él lo agradece, agradézcanlo al Cielo.

EL SOLO

(Goethe).

¡Dichoso aquel que de aislamiento sabe
Y carga él solo su pesada cruz!
Su duelo en otro corazón no cabe,
Ya están colmadas de alborozo y luz.

Yo, y sólo yo, mi cáncer apaciente,
Yo, y sólo yo, mi voz escucharé.
Aprendí a ser mi propio confidente
Y a no estar solo cuando más lo esté.

Como el amigo que en mi alcoba encuentro,
El siempre fiel, el que entra sin tocar,
Tal viene a verme y se me sienta adentro
Y me acompaña mi íntimo: el pesar.

Si cuando caiga de dolor no he muerto,
Mientras yo aliente alentará también,
Y sólo al verme entre la tumba, yerto,
Decid que el solo ya está solo. ¡Amén!



MIGNON DE ANGEL

(Goethe).

Por Dios, dejadme parecer
Tal como anhelo pronto ser;
Dejadme aún, tenaz lo imploro
Este ropaje y alas de oro.

Pronto me iré del haz del mundo
A dormir sola en lo profundo
Y de esta misma traza hermosa
En el silencio de la fosa.

Con manos y ojos como cuando
Las junto y ciérrolos llorando,
Dormir espero dulce muerte
Hasta el gran día en que despierte.

Y ágil soltando adorno tanto,
Lazos, corona, y peto, y manto,
Con alas sólo tienda el vuelo,
Ave sedienta de mi cielo.

Allá no hay hombres ni mujeres,
No hay más que almas, pulcros seres
De Dios amados y entendidos
Que aquí tal vez vagan perdidos.

Y van allende las estrellas
Sin velos, ni ayes, ni querellas,
Rotos sus vínculos mortales
A unirse a ritmos celestiales.

Yo no he probado de esta vida
Afán acerbo ni honda herida;
Niña aún ignoro la aflicción,

Y siento empero el corazón
Envejecido en su alborada,
Cual hoja al viento desatada,

¡Oh muerte, ven, hazme por fin
Perpetua niña y serafín!



EL TEDIO

(Goethe).

Cuando en torno de ti sólo hay contento
¿Porqué ya en ti sólo aflicción se ve?
De mi suerte al rigor morir me siento;
Compadecedme aun sin saber porqué,
Harto os dicen mis lágrimas a fe.

Dejad que mis mejillas humedezcan
Y bajen a empaparme el corazón.
Acaso con su bálsamo adormezcan
Mal que no admite humana redención.

Cuando están tus amigas aguardándote,
¿Tu asiento en el festín despreciarás?
¡Ven! Escúcha la música llamándote
A embriagar tu dolor a su compás,
O en nuestro corazón lo verterás.

Cómo ir a perturbar la alegre mesa
Y de un festín hacer un funeral.
Soy del despecho adjudicada presa
Y no diviso término a mi mal.

La prueba del valor son los dolores,
Irgue más bien la frente al huracán.
No hay que doblarla al peso de las flores,
Nieves y hielo en su estación vendrán.
Días mejores aún te sonreirán.

¡Pobre de mí! ya mi valor naufraga
Arrastrando al abismo la razón.
El soplo de la noche el sol me apaga,
Y no asoma un lucero de ilusión.

¡Ven! déjales la noche a las estrellas,
Y éstas a los que sueñan a su luz.
Ven, huirán con el alba tus querellas
Y con la noche el funeral capuz.
La risa enjugue el llanto de tu cruz.

¡Oh, nó! Quiero apurarlo todavía
Cuando reinan doquier silencio y paz;
Y con su hiel, hasta que rompa el día,
Burlar del tedio el minador voraz.

POESIA ITALIANA

AVE MARIA

(Letra de Cornelio Errico, melodía de Paolo Tosti).

Por las radiosas cúpulas triunfales
El sacro són del órgano vibraba,
Lento expiraba el día en los cristales,
Una nube de incienso a Dios volaba
Y toda boca un nombre dulce abría:
Ave María.

En la blanda tristeza de esa hora,
Flor de serenidad del paraíso,
Vi al caballero que en mi pecho mora,
Y vernos, vernos mucho el alma quiso,
Y es vana entonces la plegaría mía,
Ave María.

Desde tu trono azul tiénde la mano
A esta criatura que el dolor quebranta,
Haz que no llore y no te invoque en vano,
Sonríe a mi oración, ¡oh Virgen Santa!
Ten compasión de mí, óyeme pía,
Virgen María.



TRAVIATA

(De Francesco María Piave).

ACTO PRIMERO

El brindis.

ALFREDO — Libad del cáliz diáfano
Que la belleza enflora;
Ebria en deleite la hora
Más lenta volará.

Libad del néctar férvido
El bálsamo al quebranto;
Más dulce fuego en tanto
Del alma al fondo va. (*Mirando a Violeta*).

TODOS — ¡Libemos! tras la crápula
Besos de fuego habrá.

VIOLETA

Así con vos divídanse
Mis horas de alborozo;
Todo lo que no es gozo
No es más que insensatez.
¡Gocemos! hé aquí el tósigo
Del mal que el alma hiere;
Y flor que nace y muere
No brillará otra vez.

TODOS

¡Gocemos....! Labios mágicos
Escancian la embriaguez.

¡Gocemos! que entre cántigas
La voz del tedio calle,
Y en este edén nos halle
El astro matinal.

VIOLETA

Esta es la vida, la única....

ALFREDO

Cuando de amor no es hora.

VIOLETA

No habléis a quien lo ignora.

ALFREDO

Tal es mi hado fatal.

TODOS

¡Gocemos! que entre cántigas
La voz del tedio calle,
Y en este edén nos halle
El astro matinal.

(*Pasan al baile. Violeta se accidenta*).

ANDANTINO DE ALFREDO

Un día feliz, etérea
Me heriste deslumbrante,
Y desde allí, temblante
Supe tan sólo amar,

Con ese amor que es árbitro
Del universo entero,
Misterioso, fiero,
Cruz y delicia al par.

VIOLETA

Si eso es de veras, húyeme....
Pura amistad te ofrezco.
Amar no sé; carezco
De tan heroico ardor.

Soy siempre franca, ingenua;
Búsca otra, que olvidarte
De mí no ha de costarte
Dificultad mayor.

ARIA FINAL DE VIOLETA

¡Es raro....! ¡es raro....! ¡En mi alma
Se grabó cuanto él dijo!

—

¿Será por mi desgracia un amor serio? ...
¿Qué resuelves, turbada ánima mía?....
Nadie hasta hoy logró inflamarte.... ¡Oh gozo
Para mí nuevo! ¡ser amada amando!
¿Y rehusarlo podría
Por esta baraúnda árida y fría?

¿No es éste el que mi espíritu,
Aislado entre el tumulto
Pintó soñando, el ídolo
De su santuario oculto?

¿El que modesto y próvido
Velando a la enfermiza
Su ardiente fiebre hechiza
Y cámbiala en amor?

¿En ese amor que es árbitro
Del universo entero,
Misterioso, fiero,
Delicia y torcedor?

Un vago anhelo cándido
Tentábame a fingir
Un generoso espíritu
Señor del porvenir.

Su sombra acariciábame
Como aromoso ambiente,
Y me cebaba ardiente
En mi divino error.

Que eres, ¡oh amor! el árbitro
Del universo entero,
Misterioso, fiero
Tormento encantador.

(*Reconcéntrase un momento*).

¡Loca ilusión, delirio vano es éste!
¡En qué sueño me pierdo!

Pobre muchacha, sola,
Abandonada en este
Populoso desierto
Que el gran París llamamos,
¿Qué espero yo ?.... ¿Qué debo hacer ?.... Gozar,
Y en voluptuoso vértigo acabar.

Siempre libre, sólo ansío
Revolar de goce en goce ;
Que no quede al vivir mío
Senda ignota de placer.
Siempre me halle el sol la misma,
En su oriente y en su ocaso :
Siempre nuevo al gusto el vaso,
Incitándome a beber.

POESIA PORTUGUESA

SONETOS

DE JOSÉ NATIVIDAD SALDANHA

Después que protesté, muy de buen grado,
No arrancar otro arpegio de mi lira,
Y a la divina Musa que me inspira
El plectro devolví de oro esmaltado.

Ya, por mis pies, el Pindo abandonado,
Do el pastor mora que flechando gira,
Ni el sagrado entusiasmo en mi alma expira
Ni el febeo calor se ha mitigado.

Un no sé qué me impele con frecuencia
Al verso tentador, por más que fuerte
Siempre le opongo humana resistencia.

¿Qué haré? No puedo contrariar la suerte,
Quiso hacerme poeta: pues, paciencia:
Soy poeta, y serélo hasta la muerte.



A JESUCRISTO

Cual de Abraham el tierno descendiente,
Cargando fue, bajo el paterno auspicio,
La leña de su propio sacrificio,
Y subió al monte, víctima inocente.

Doblado así del leño al peso ingente,
Dejando de sus pasos rojo indicio,
Al más atroz e infamador suplicio
Sube al Calvario un Dios Omnipotente.

Exhausta ya de fuerza en su quebranto
Toca esa mano la honda tierra impura
En vez de fulminar muerte y espanto.

¡Milagroso poder de la ternura!
Que ofendido el Creador padezca tánto
Para que no padezca la criatura.

SONETO

En vano intentas, monstruo sanguinario
Descargar sobre mí tu golpe injusto.
¿Fui condenado a muerte? . . . No me asusto,
No me acobarda el *dictum* arbitrario.

Perdí la patria, mas mi hogar precario
Cubre hoy la recta ley de un pueblo augusto,
Y el Rey de reyes, el excelso, el justo
A ti y a mí nos guarda su salario.

Júnta a cuantos esclavos nuestra tierra
Pisan ; lláma a las furias del averno ;
Tú mismo írguete en mil : nada me aterra.

El odio que te juro será eterno,
Y esté yo donde esté, te haré la guerra:
En tierra, en mar, en cielo, en el infierno.

1897.



AL SEÑOR CADETE SEBASTIAN DO REGO BARROS

Nací en septiembre, el mismo octavo día
Que nació del Eterno la Hija pura ;
Supe a los cinco hacer cualquier lectura,
Y a cinco más la música aprendía.

Andando en once ya un violín tañía
Y versos mil trovaba con dulzura,
Tomé en latín, de quince, una tintura ;
Y a diez y ocho estudié filosofía.

Me instruí con placer en Quintiliano,
Dibujé mozo, y mi alma osó sedienta
De teología al saludable arcano.

Ve, ¡ oh Rego ! y tú, posteridad atenta,
En qué gastó el cantor pernambucano,
Año por año, veintidós que hoy cuenta.

A DOÑA INES DE CASTRO

Yace bajo esta piedra inculta y dura
La consorte de Pedro, Inés hermosa ;
Con ella la inocencia en paz reposa,
Emula celestial de su hermosura.

Causa no fueron de esa muerte oscura
Crimen o culpa o viperina glosa ;
Fue su delito ser de un rey la esposa,
Ser amada y amar con fe tan pura,

Las hijas de Mondego el caso infando
«Lloraron largo tiempo sin consuelo,»
La suelta cabellera al viento dando ;

Gimió el Mondego, airado tronó el cielo,
Y Amor, negando al beso el rostro blando
Rompió sus flechas pálidas de duelo.

Febrero 12 : 1897.

POESIA SAGRADA

EL SERMON DEL MONTE

(Capítulo VI, de San Mateo).

Siguió el maestro desde el monte hablando:
—No hagáis vuestra justicia donde os vean,
Para que hacerla os vean ; de otro modo
No tendréis galardón de vuestro Padre
Que en los Cielos está. Y al dar limosna
No dispongáis que toquen la trompeta
Delante de vosotros, como en calles
Y sinagogas hacen los hipócritas
A fin de ser honrados de los hombres:
Pues os digo en verdad, que recibieron
Su galardón. Mas cuando hacéis limosna,
Que vuestra izquierda ignore lo que hizo
Vuestra derecha, porque sea en oculto,
Y vuestro Padre que ve *bien* lo oculto
Os dará el premio. Y cuando oráis vosotros
No haréis cual los hipócritas, que gustan
De orar en pie, y así en las sinagogas
Y en los cantones de las plazas rezan,
Para ser vistos. En verdad os digo
Que el galardón debido recibieron.
Mas cuando oréis, entrad en vuestro cuarto,
Y cerrada la puerta, a vuestro Padre
Orad secretamente, y vuestro Padre,
Que ve cuanto hay secreto, os dará el premio.
Y al orar no habléis mucho, cual gentiles
Que oídos piensan ser por hablar mucho;
Pues no queráis asemejaros a ellos,
Que vuestro Padre sabe lo que os falta
Antes que vos se lo pidáis. Por tanto
Habéis de orar diciendo: Padre nuestro
Que en los Cielos estás, santificado
Sea el tu nombre. Venga a nós tu reino.
Tu voluntad se haga, así en el cielo
Como en la tierra. Danos hoy el nuestro
Pan sobresustancial. Y nuestras deudas
Perdónanos, Señor, como nosotros
Así a nuestros deudores perdonamos,
Nunca en la tentación caer nos dejes.
Más líbranos de mal. Amén. Y *os digo*
Que si a los hombres perdonáis sus culpas
También el Padre celestial las vuestras
Perdonará. Mas si el perdón negareis
A los demás, tampoco vuestro Padre
Habrá de perdonar vuestros pecados.
Y siempre que ayunéis, no os pongáis tristes

Como hacen los hipócritas, pues ellos
Desfiguran *adrede* sus semblantes
Por hacer ver a los demás que ayunan.
Su premio hubieron, en verdad os digo.
Mas, *al contrario*, al ayunar vosotros
Lavaos la cara y la cabeza ungíos,
Para no parecer que hacéis ayuno
A los demás, sino tan sólo al Padre,
Quien está en lo escondido; y vuestro Padre
Que en lo escondido ve, daraos el premio.
Ni atesorar queráis para vosotros
Tesoros en la tierra, do hay polilla
Y orín que los consume, y los ladrones
Desenterrarlos y robarlos usan.
Atesorad tesoros en el Cielo,
Do ni orín ni polilla los consume
Ni ladrón hay que cave y se los robe.
El corazón está do está el tesoro.
Los ojos son de vuestro cuerpo antorcha,
Y si el ojo es sencillo, todo el cuerpo
Luminoso será. Pero si malo
El ojo vuestro fuere, el cuerpo todo
Tenebroso tendréis; que si es tinieblas
La lumbre que hay en vos, decidme cuánto
No serán grandes las tinieblas mismas.
Nadie puede servir a dos señores,
Pues aborrece al uno y ama al otro,
O despreciando al uno, al otro sufre.
Nunca podréis servir a Dios y al oro.
Y no andéis con afán, por tanto os digo,
Pensando ansiosos para el alma vuestra
Qué comeréis, o para vuestro cuerpo
Qué vestiréis. ¿No es más que la comida
El alma, y no es el cuerpo más que el traje?
Ved las aves del Cielo, que no siembran
Ni siegan mies, ni en trojes la amontonan,
Y vuestro Padre celestial las nutre.
Y vosotros ¿no sois mucho más que ellas?
¿Y quién de entre vosotros, discurriendo,
Puede añadir un codo a su estatura?
Y decid ¿porqué andáis acongojados
Por el vestir? Considerad cuál crecen
Lirios del campo, y no trabajan ni hilan.
Pues yo os diré que ni en su gloria toda
Se cubrió Salomón cual uno de éstos.
Pues si así viste Dios a heno del campo
Que hoy es, y al horno le echarán mañana,
¡Cuánto más *a sus hijos*, a vosotros
Hombres de poca fe! No pues cuitados

Digáis ¿qué comeremos este día,
O de beber, o de vestir, qué habremos?
Porque por tales cosas los gentiles
Muestran afán, y vuestro Padre sabe
Que habéis necesidad de todas ellas.
Primeramente, pues, buscad el reino
De Dios y su justicia, que añadidas
Os serán luégo *todas* estas cosas.
Y así no andéis cuidosos por mañana;
Porque asímismo el día de mañana
Se traerá su cuidado, y *en el mundo*
Su propio afán le basta a cada día.

Capítulo VII.

Y Jesús continuó:—Jamás vosotros
Queráis juzgar, para no ser juzgados.
Porque seréis juzgados con el *mismo*
Juicio con que juzguéis, y con la *misma*
Medida en que midáis seréis medidos.
¿Porqué, pues, en el ojo de tu hermano
Ves la pajita y no la viga en tu ojo?
O cómo dices a tu hermano: ¿Deja,
Sacaré de tus ojos la pajita,
Y una viga en el tuyo se está viendo?
Hipócritas, primero de tu ojo
Saca la viga, y ya verás entonces
Para sacar la mota al de tu hermano.
No deis lo santo a perros, ni ante puercos
Vuestras perlas hechéis, no sea que ellos
Las huellen con sus pies, y que *en seguida*
Contra vos revolviéndose os destrocen.
Pedid, y se os dará, buscad, y *os digo*
Que también hallaréis; llamad, y os abren.
Porque recibe todo aquel que pide,
Y halla el que busca, y se abrirá al que llame.
¿O quién de entre vosotros es el hombre
Que al pedir su hijo un pan, le da una piedra?
O si un pez le pidiere, ¿una serpiente
Acaso le dará? Pues si vosotros,
Malos cual sois, sabéis a vuestros hijos
Buenas dádivas dar, el Padre vuestro
Que está en los Cielos, ¿cuánto más a aquellos
Que le pidieren bienes, no ha de darles?
Y así cuanto queráis que hagan los hombres
Con vos, hacedlo vos también con ellos,
Que esta es la ley, y los profetas esto.
Entrad vosotros por la puerta estrecha,
Que ancha es la puerta y amplio es el camino
Que lleva a perdición, y *también* muchos
Son los que entran por él. Mientras qué angosta

La puerta y cuán estrecho es el camino
Que a la vida conduce; y los que atinan
Con él, pocos *por cierto.* Guardaos *mucho*
De los falsos profetas, que a vosotros
Con vestidos de ovejas se presentan
Y son por dentro robadores lobos:
Conoceréislos por sus frutos. ¿Quiénes
Cogen uvas de espino, higos de abrojos?
Todo árbol bueno, buenos frutos lleva,
Y el malo, malos frutos. Y ni el bueno
Puede mal fruto dar, ni bueno el malo.
Cuando árbol haya que no dé buen fruto
Será cortado y arrojado al fuego.
Así pues, por los frutos dellos *mismos*
Sabréis qué son. No todo el que me dice:
Señor, Señor, al reino de los Cielos
Habrá de entrar, sino el que de mi Padre,
Que mora en él, la voluntad practica,
Ese entrará en el reino de los Cielos.
Y muchos me dirán en aquel día:
¿Señor, Señor, pues no profetizamos
En nombre tuyo, y en tu nombre *mismo*,
No lanzamos demonios y en tu nombre
No hicimos muchos milagrosos hechos?
Y claramente les diré yo entonces:
Jamás os conocí, de mí apartaos
Los que de iniquidad obreros fuisteis.
Pues todo aquel que oye mis palabras
Y las cumplió compararélo al sabio
Que sobre peña edificó su casa.
Que descendieron lluvias, y vinieron
Crecidos ríos, y soplaron vientos,
Y dieron impetuosamente en ella.
Y no cayó porque fundada estaba
Sobre la peña. Y todo aquel que oye,
Pero no cumple, estas palabras mías
Semejanza será de un hombre loco
Que sobre arena edificó su casa,
Que descendieron lluvias, y vinieron
Crecidos ríos y soplaron vientos.
Y dieron impetuosamente en ella,
Y cayó, y fue muy grande su ruina.
Y sucedió que así que hubo acabado
Jesús, maravillábanse las gentes
De la doctrina *que escuchando estaban*;
Porque les enseñaba en sus discursos
No como *hacían* fariseos y escribas
Sino *de un modo* como aquel que tiene
Poder y autoridad en su palabra.

EL SERMON DEL MONTE

(Capítulos v, vi y vii del Evangelio de San Mateo) (1).

Y viendo aquella muchedumbre, a un monte
Subió Jesús, y habiéndose sentado
Llegáronsele en torno sus discípulos,
Y abrió su boca, y su enseñanza dioles
Así diciendo: Bienaventurados
Los de espíritu pobres, *desprendidos*
De los bienes de aquí, porque del Cielo
Suyo es el reino. Bienaventurados
Los mansos, *los que humildemente sufren*,
Porque ellos poseerán al fin la tierra
De vida y gloria. Bienaventurados
Los que en el mundo lloran, porque ellos
Habrán consuelo. Bienaventurados
Los que hambre y sed de la justicia tienen;
De ser justos y santos, porque ellos
Serán saciados. Bienaventurados
Los misericordiosos, porque ellos
Alcanzarán después misericordia
Para sí mismos. Bienaventurados
Los de corazón limpio, porque ellos
Verán a Dios. Y bienaventurados
Los pacíficos: *esos que en paz viven*
Consigo, y a los otros la procuran,
Porque de Dios serán llamados hijos.
Y bienaventurados *igualmente*
Los que por la justicia, por *derechos*
En la *virtud*, persecución padecen,
Porque suyo es el reino de los Cielos.
—Sois bienaventurados cuando *acaso*,
Por mi causa y mintiendo os maldijeren
Y os persiguieren, y cuanto hay de malo
Contra vosotros se dijere. *Entonces*
Gozaos y alegraos, porque es muy grande
El galardón que se os dará en los Cielos,
Pues persiguieron asímismo a *tántos*
Profetas que antes de vosotros fueron.
Sois la sal de la tierra, *antiguo símbolo*
De incorrupción; y si la sal, *decidme*,
Perdiere su sabor ¿con qué salarla?
Ya para nada sirve, solamente
Para arrojarla y que la pisen todos.

---

(1) Van en bastardilla las palabras añadidas al texto, inclusive algunas de exposición autorizada, especialmente en las *Bienaventuranzas*, que son tan ocasionadas a inteligencia errónea.

La luz del mundo sois, y puesta encima
De un monte una ciudad, no hay quien la esconda.
Ni se enciende la luz para ponerla
Bajo de un celemín, sino *al contrario*,
Sobre *su* candelero, donde a todos
Los que están en la casa los alumbre.
Brille así vuestra luz ante los hombres,
Para que vean vuestras buenas obras
Y a vuestro Padre en lo alto glorifiquen.
No a destruír la ley o los Profetas
Penséis que vine, no a abrogarlos vine
Sino *al contrario*, a darles cumplimiento.
Porque os digo en verdad que cielo y tierra
Primero pasarán que un punto, un tilde
De la ley, sin que todo sea cumplido.
Y así, por más pequeños que parezcan,
Quien uno de estos mandamientos viole
Y a violarlo a los hombres enseñare,
Ese el mínimo, *el nulo*, ha de llamarse
En el reino celeste; pero el hombre
Que lo cumpla y lo enseñe, éste llamado
Grande será en el reino de los Cielos,
Porque si no mayor vuestra justicia
Que la de fariseos y escribas fuere,
No entráis os digo al reino de los Cielos.
Oísteis que fue dicho a los antiguos:
No matarás, y que quien mate, *a muerte*
Condenado será. Pero yo os digo
Que todo el que se enoje con su hermano
Será obligado a juicio, y quien dijere
Raca a su hermano, a juicio del concilio
Obligado será, y aquel que fatuo
O impío lo llame, al fuego del infierno.
Si pues llevares al altar tu ofrenda
Y recuerdas allí que hay en tu hermano
Contra ti alguna cosa, déja al *punto*
Tu ofrenda ante el altar, y con tu hermano
Vete a reconciliar primeramente,
Y vendrás luégo a presentar tu ofrenda.
Con tu contrario avente sin demora
Mientras estás con él en el camino,
No sea que al juez te entregue, y que al corchete
Te entregue el juez, y te echen en la cárcel,
Y de allí no saldrás, te lo aseguro,
Mientras no pagues el postrer cuadrante.
Oísteis que se dijo a los antiguos:
Tú no adulterarás. Y más yo os digo:
Que todo aquel que a una mujer mirare
Mal deseoso de ella, ya con ella

Adulteró en su corazón. Y dado
Que te ocasione a escándalo *o caída*,
Tu ojo derecho sácalo y arrójalo
Fuéra de ti, pues uno de tus miembros
Te conviene perder, antes que vaya
Tu cuerpo todo al fuego del infierno.
Y si tu diestra mano te ocasiona
Escándalo *o caída, también* córtala
Y arrójala de ti, pues te conviene
Perder un miembro tuyo, antes que vaya
Tu cuerpo todo al fuego del infierno.
Cualquier *varón* que a su mujer despida,
Déle, se ha dicho, carta de repudio.
Mas yo os digo que aquel que despidiere
A su mujer, no siendo el adulterio
La causa, la hace adúltera: y *el hombre*
Que con la despedida se casare,
Adulterio comete. A los antiguos
Oísteis igualmente que se ha dicho
No jurarás en falso, y *si jurares*,
Cumplirás al Señor tus juramentos.
Pero que no juréis de ningún modo
Os digo yo, *si necesario y justo*
No fuere; no juréis ni por el Cielo
Porque es trono de Dios. Ni por la Tierra
Por cuanto de sus pies es la peana;
Ni por Jerusalén, por cuanto es *esta*
La ciudad del gran Rey. Ni lo harás nunca
Por tu cabeza, porque hacer no puedes
Que blanco o negro *ni* un cabello sea.
Vuestro modo de hablar sea, por lo tanto,
Sí, sí, nó, nó, pues cuanto de esto excede
Viene de cosa mala. Ojo por ojo,
Diente por diente oísteis que se dijo.
No resistáis al mal; yo empero os digo
Sino antes bien, si en la mejilla diestra
Te hiere alguno, vuélvele la otra.
Y al que contigo armar pendencia quiera
Y quitarte la túnica, la capa
Alárgale también. Y al que te obligue
A ir cargado mil pasos, dos mil pasos
Vé con él además. Da al que te pida,
Y al que te pida en préstamo, tampoco
Le volverás la espalda. Habéis oído
Que amarás a tu prójimo se dijo
Y tendrás odio a tu enemigo. Empero
Yo os digo más: a vuestros enemigos
Amadlos, y haced bien a los que os odian,
Y por los que os persiguen y calumnian

Orad *vosotros*, porque así seáis hijos
De vuestro Padre celestial, el que hace
Sobre buenos y malos *igualmente*
Nacer su sol, y llueve sobre justos
Y pecadores. Pues si amáis tan sólo
A los que os aman, ¿qué tendréis de premio?
¿No hacen los publicanos otro tanto?
Y si a vuestros hermanos solamente
Saludáis vos, ¿que hacéis de más con ello?
¿Pues esto mismo los gentiles no hacen?
Vosotros por lo tanto sed perfectos,
Como es perfecto vuestro excelso Padre.

Abril 10, 1884. Jueves santo.



EL SALMO 129

De profundis clamavi.

Del fondo de mi abismo
A ti clamé, Señor. Oye mi acento.
Da, ¡oh Dios! a mi plegaria oído atento.

Si en la maldad se fija
Tu vista, ¿quién resiste tu presencia?
Pero fuéra de ti, ¿dónde hay clemencia?

En ti, por las promesas
De tu ley, ha esperado el alma mía.
Tu palabra es su apoyo. En ti confía.

Que Israel, como mi alma,
En el Señor, y sólo en El, espere,
Desde que nace el sol hasta que muere.

Porque misericordia
Sólo hay en El, y verterán raudales
De redención sus manos paternales.

Y El mismo, el Señor solo,
Habrá de ser quien a Israel redima
De cuanta negra iniquidad le oprima.

1884.

POESIA GRIEGA

A LA TIERRA, MADRE DE TODOS

(Himno atribuído a Homero).

Voy a cantar la Tierra,
La madre universal,
Sentada en firmes bases,
Antiquísima ya, [illegible]
Que da sustento a todo
Cuanto existe en su faz.

Cuanto anda sobre el suelo,
Cuanto vive en el mar,
Y cuanto vuela ¡oh Tierra!
Se nutre en tu caudal.
De ti nacen los hombres
Que muchos hijos han,
Y tánto árbol frondoso
Que mucho fruto da;
Y a ti ¡oh venerable!
Toca dar o quitar
El preciso alimento
Al humano mortal.
¡Feliz el que en tu seno
Honras con tu bondad!
Para él todas las cosas
Abundan en su hogar;
Cargada está de mieses
Su posesión feraz,
E innúmeros ganados
Paciendo en ella están.
Los que tú ayudas, reinan
Con leyes de equidad
En ciudades hermosas,
Do en complacencia y paz
Cuantas riquezas quieran
Están a su mandar.
Sus hijos se glorían
En juegos de su edad,
Y sus vírgenes hijas,
En danzas y a compás,
Por sobre hierba y flores
Enguirnaldadas van.
Tal, venerable diosa,
Rica divinidad,
De aquellos que tú honras
El porvenir será.

¡Oh madre de los dioses!
¡Oh esposa muy leal
Del estrellado cielo!
Escucha mi cantar.
¡Yo te saludo! y pido
En premio a mi cantar
La vida y el contento
Que tu favor nos da.
Ni a ti, ni otros cantares,
Olvidaré jamás.



POESIA LATINA

EPISODIO DE LAOCONTE

(Virgilio).

En esto, otro espectáculo más pasmoso y tremendo
Ven nuestros ojos, y nuestro pecho impróvido turba.
Laocoon, ministro de Neptuno, electo a la suerte,
Inmolaba un toro robusto del gran dios en las aras,
Cuando—¡ horrorízame el contarlo !—de Ténedos vienen,
Oprimiendo con gruesos anillos el piélago manso,
Dos serpientes que avanzan, juntas y de frente, a la costa,
Erecto el pecho en medio del agua, sobre las ondas
Alzan sangrienta cresta ; su vientre va rasando el abismo,
Y agitan en anchas roscas las colas enormes.
Hervir se oye la onda espumosa ; ya alcanzan la playa ;
De sangre inyectos fulguran encendidos sus ojos,
Y lámense las sibilantes bocas con trémula lengua.
Al verlas, huímos exangües. Ellas van rectamente
Hacia Laocoon, y por sus tiernos hijos comienzan,
Cada una abraza un niño, y de su cuerpo entorno se envuelve,
Muérdelo, y los blandos miembros desgárrale vivos.
Armase el padre, lánzase a socorrerlos, y entonces
Su turno fue : los monstruos con espiral ingente lo ligan,
Danle al centro dos vueltas, y otras dos vueltas al cuello.
Y, la escamosa piel a lo largo ondulante rodando,
Cerviz y armada cresta encima de su víctima yerguen :
Mientras él a dos manos bregando por forzar esos ñudos,
Mancha de sangre y negra ponzoña las cándidas cintas,
Y alza hasta el cielo mismo rugidos horrendos.

ECL. VIII 37-41

Saepibus in nostris......

(Virgilio).

Yo te vi pequeñuela, ¡ oh amor mío !
Pillando con tu madre en nuestro huerto
Manzanas salpicadas de rocío,
Y os iba yo guïando, por más cierto.
Ya contaba once, y comenzaba otro año,
Y del suelo empinándome alcanzaba
A las frágiles ramas.... En mi daño
¡ Ay ! ¡ cómo te miraba !
¡ Cómo me consumía !
¡ Cómo me vino a enloquecer mi engaño !

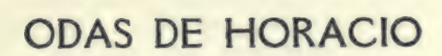
ECL. X 52-54

Certum est in silvis......

(Virgilio).

Agora ya del monte a la aspereza,
Y hasta las cuevas do las fieras viven,
Llevaré de mis ansias la memoria.
En la blanda corteza
De cada tronco grabaré gimiendo
Mi amor y mi tristeza ;
Y ellos irán creciendo,
¡ Y tú con ellos, lamentable historia !





ODAS DE HORACIO

A DON MARCELINO MENENDEZ Y PELAYO

ODA 3ª LIBRO I

A LA NAVE QUE LLEVANDO A VIRGILIO PARTÍA PARA ATENAS

Sic te Diva potens Cypri.

Así la que en Chipre mantiene
Su alado carro;
Así los hermanos de Helena,
Fúlgidos astros;
Y Eolo atento,
Cuidando que el Yápigo solo
Dé al mar su aliento:
¡Condúzcante blandos, oh nave,
Que llevar debes
A Grecia, y de Grecia a mis brazos
Salvo traerme
Al dueño mío,
Virgilio, mitad de mi alma,
Que a ti confío!

Un pecho de roble tenía,
De bronce, de triple bronce,
Aquel que afrontó en la primera
Nao frágil al monstruo salobre,
Impávido al choque violento
Del Africo audaz y Aquilones,
Y al mustio fulgor que las Híadas
Despiden, y al rábido azote
Del Noto, el señor más potente
Que al Adria su férula impone,
Que ahora sus ondas levanta
Y ahora no hay una que asome.
¡Qué trance, qué rostro de muerte
Dar pudo temores al hombre
Que vio con mirada serena
Bullir los nadantes dragones,
Y el mar esponjado, y en frente
Los acroceráunicos montes,
Escollos que tantos naufragios
Señala con triste renombre!
Fue en vano que Jove prudente,
Dejándolo todo en buen orden,
Pusiese apartadas las tierras,

Y mar entre bordes y bordes,
Si naves impías, burlándose
De Dios y retando sus golpes,
Caminan sobre agua, y la eterna
Barrera sacrílega rompen.
Audaz en tentar cuanto mira,
Y nunca en su dicha conforme,
No hay cosa vedada que no ansie
Ni ley que insolente no viole
La humana inquietud. Impelido
Por este maléfico móvil
El fuego inmortal Prometeo
Bajó a las mundanas regiones.
Y en pos de la prenda celeste
Hurtada con fraude a los dioses
Vinieron en justo castigo
Cual pálida, hambrienta cohorte,
Las fiebres, las plagas voraces
Que mudas los pueblos recorren;
Y si antes tardaba la Muerte,
Su paso avivó desde entonces.
Tal Dédalo el aire vacío
Con alas, negadas al hombre,
Lanzóse a probar; e incansable
Alcides forzó el Aqueronte.
¿Qué habrá que imposible parezca
Al ánimo nuestro, y a dónde
No haremos por ir, si hasta al Cielo,
¡Qué horror! atrevémonos torpes?
Y así nuestros crímenes mismos,
Turbando en su paz aun a Jove,
No dejan que un día, un momento
Su rayo iracundo repose.

Bogotá, octubre 5: 1882.



ODA 4ª LIBRO I

Solvitur acris hiems.

Fúndese el acre invierno al amor de Favonio y de Flora,
Y las enjutas naves arrastradas retornan al mar.
Ya no huelga el labriego al fogón, ni en su establo el ganado,
Ni con la nívea escarcha las praderas esmáltanse ya.

Ya al claror de la luna Citerea enhila sus danzas,
Y las púdicas Gracias, y las ágiles ninfas al par,
Con alternados pies baten leves la tierra, y Vulcano
Las ponderosas fraguas ciclópeas prende en su antro voraz.

Ahora es bien que con flores que la tierra entreabriéndose brinda
Ciñamos la untuosa cabeza, o de verde arrayán ;
Ahora es bien que en umbrío sacro bosque inmolemos a Fauno
Un cordero si él quiere, un cabrito si plácele más.

Con pie igual, sin humanos miramientos, la pálida muerte
Ya huella el regio alcázar, ya la choza del pobre gañán.
Una vida tan corta nutrir veda una larga esperanza,
Y pronto, oh feliz Sestio, sorda noche en tu sien pesará ;

Y allí tropel de sombras, y Plutón, y sus reinos vacíos,
Donde rey del festín ni una vez elegido saldrás,
Ni podrás recrearte en la tierna escondida hermosura
Por quien hoy ardes tú, y mañana otros mil arderán.

Bogotá, septiembre 27: 1882.



ODA 9ª LIBRO I

A TALIARCO

Vides ut alta stet nive candidum.

Ve cuál se yergue el Soracte
Con su albo casco de nieve,
Mientra al grave fardo el bosque
Se inclina desfalleciente.

Presos los ríos pararon
Del hielo agudo en las redes,
Y el cuerpo, como ellos, pide
Dulce calor que lo suelte.

¡Buen Taliarco, ea ! ¡Sin tasa
Leña al hogar ! y acométele
Más de firme al garrafón
De añejo néctar terrestre.

Lo demás quede a los dioses,
A cuya voz, como inermes,
Los vientos que contendían
Por el hondo campo hirviente,

Se apaciguaron, y al punto
Los olmos y los cipreses
Dejaron de ser ludibrio
De sus ásperos vaivenes....

Nunca indagues qué vendrá
Mañana, y ten, y agradece
Por ganancia cada día
Con que el destino te obsequie.

Ni es justo que, mozo aún
Como estás, ¡gloria harto breve!
Alegres danzas esquives,
Tiernos amores desdeñes.

Antes que las yertas canas
Marchiten tus años verdes
El Campo Marcio te aguarda,
Los paseos te conciernen.

Vé a disfrutar de esos blandos
Susurros intermitentes
De prima noche, a la hora
Que dos adivinan siempre ;

Cuando tal vez dulce risa
Descubre inocentemente
A la niña que a tus pasos
Agil volaba a esconderse,

Y asido por ti un anillo,
Símbolo de amor, la débil
Resistencia que ella opone
Los *nóes* que habla desmiente.

Bogotá, octubre 7: 1882.



ODA 10ª LIBRO I

A MERCURIO

Mercuri, facunde nepos Atlantis.

Mercurio, de Atlante nieto elocuente,
Que al hombre primero, salvaje intratable,
Volviste sociable, al divo ascendiente
Del habla, y al bello paléstrico afán.

Tú, de Jove y dioses mensajero activo,
Padre de la cítara, que inventaste diestro,
Insigne maestro del hurto festivo,
Escúcha: hoy tus glorias mis metros dirán.

Niño un día hurtaste las vacas de Apolo,
Y él, al reclamarlas de ti con voz brava,
Se halló sin aljaba, con el arco solo,
Y no pudo menos de echarse a reír.

¿Y Príamo? ¿Cómo de Troya saldría
Con todas sus arcas burlando a los griegos
Que no estaban ciegos? Tú fuiste su guía,
Y nadie lo pudo ni ver ni sentir.

Y así al blando Elisio o a eterno trabajo
Las almas piadosas o réprobas van,
Contigo, y por tanto, de arriba y de abajo,
A ti agradecidos los dioses están.

Bogotá, 29 de octubre: 1882.



ODA 11 LIBRO I

A LEUCONOE

Tu ne quaesieris.

No indagues Leucónoe (y es ocio vedado)
Qué fin a uno y otro nos guardan los dioses,
Ni los babilónicos números pruebes;
Venga lo que venga, sufrirlo es mejor.

Plazca inviernos muchos a Júpiter darnos,
Sea el último éste que quiebra en sus diques
Del mar de Toscana las férvidas ondas,—
Estoica resígnate y.... pasa el licor.

Quita al tiempo efímero su larga esperanza;
¡Ay, que ínvido oyéndonos, huyéndonos va!
Recóge el presente, y apúralo, y nunca
Le fíes ni un ápice al sol que vendrá.



ODA 14ª LIBRO I

A LA REPÚBLICA

O navis referet.

¡Vuélvente, oh nave, al mar las nuevas olas!
¿Qué haces, *incauta?* ¡Aferra al puerto, *aferra!*
¡Ve la banda sin remos! mira el árbol
Roto *al empuje* de áfrico violento.

¿Nó oyes gemir la entena? ¿Cómo arrostra
Las furias de la mar bajel sin cuerdas?
Ya no tienes vela íntegra, ni *aun* dioses
Que invocar al rigor de azares nuevos;
Y aunque te jactes tú de hija del Ponto,
Y de tu extirpe y fama, hoy ya no fía
Tímido nauta en *historiadas* popas,
Ni de irrisión del viento eso te salva.
¡Tú, ayer mi horror, hoy mi ansia y mi ternura!
Evita esas corrientes *insidiosas;*
Las deslumbrantes cícladas evita.

Septiembre 25: 1882.

—

LA MISMA REDUCIDA

¡Vuélvente, oh nave, al mar las nuevas olas!
¿Qué haces? ¡aferra al puerto! ve sin remos
La banda, y roto el mástil al violento
Africo, y gime cada entena, y ¿cómo
Lidiará el fiero mar nave sin cuerdas?
Ya no tienes vela íntegra, ni aun dioses
Que en nuevo azar te acudan, y aunque precies
Tu excelsa estirpe y fama, hija del Ponto,
Ya en historiadas popas no confía
Tímido el nauta, ni te impide seas
Mofa del huracán. Tú, ¡oh cara nave!
Mi tedio ayer, hoy mi anhelosa cuita,
Las deslumbrantes cícladas evita.

Septiembre 26: 1882.

Nota—No dejándome ya qué pretender con esta oda las magníficas traducciones e imitaciones del gran fray Luis, de Burgos, Bello, Olmedo, etc., se me antojó hacerla concisa y de estilo directo, duro y agitado como de tormenta; mientras que la de Bello tiene ritmo de bonanza, de borrasca. *El sollicitum tedium* lo volví para mayor distinción ; si exageré, léase arriba *afán*. Traté de acentuarle algún sentido al censurado pasaje de las cícladas; no sé si algún otro ha discurrido la misma moraleja ; pues mi librería horaciana no vale un ardite. Observando luégo que aunque menor en cinco versos que el original le sobraba todavía nueve palabras de afeite, la puse a mermas como agua al fuego, y la saqué con dos versos más de menos (o menos de más), como se ve en seguida. *Dulce est aliquando desipere.*

Bello la da en 58 versos, Olmedo, 29; fray Luis de León, 30; Burgos, 24; Horacio, 20; aquí, 15 y 13.

ODA 15, LIBRO 1º

Pastor cum traheret.

Cuando a su huéspeda Helena
El pérfido pastor bello
Ya, en naves de Ida, llevábase
Por los salados estrechos,
Nereo, las raudas brisas,
En ocio ingrato adurmiendo,
Así le anunció sus hados
Entre el pasmoso silencio:

«En malhora, seductor,
«Llevas a tu hogar paterno
«A esa que la Grecia toda
«Con muchedumbre de ejércitos
«Irá a buscar, conjurada,
«Para deshacer a un tiempo
«Tu himeneo, y el de Príamo
«Venerable antiguo reino.
«¡Cuánto afán! ¡Ay, cómo sudan
«Caballos y caballeros!
«¡Cuánto desastre preparas
«A tu nación! Ya su yelmo
«Palas apronta, y su escudo,
«Su carro y furor tremendo;
«Y en vano tú, fiero y fatuo
«Con la protección de Venus,
«Aderezarás tus rizos
«Y alternarás gratos versos
«A las damas, con los sones
«Del afeminado plectro.
«Y en vano evitarás lanzas,
«Terror de amorosos lechos;
«Y las saetas de Gnoso,
«Y de la lid el estrépito,
«Y los pies y el dardo de Ayax,
«Veloz en tu seguimiento.
«Tarde sí, pero algún día,
«Los adúlteros cabellos
«Manchará grosero el polvo.
«¿No ves allí al heredero
«De Laertes, al cuchillo
«De Troya? ¿No ves a Néstor,
«Rey de Pilos? Acosándote

«Van el Salamino Teucro
«Y Esténelo de hombre a hombre
«Diestro en lid y auriga experto;
«Conocerás asímismo
«A Merión.... Otro guerrero
«Que rabia por encontrarte:
«El, el hijo de Tideo,
«Valiente aun más que su padre,
«De quien, cual del lobo el ciervo
«Huye, la grama olvidando,
«Al punto que al frente opuesto
«Lo vio del valle, huirás
«Con cobarde, hondo resuello:
«Acción jamás ofrecida
«A tu amada en tus requiebros.

«El fiero enojo de Aquiles
«Alargará más o menos
«De Ilión y sus matronas
«Los días que marcó el cielo;
«Mas siempre el fuego de Acaya,
«Pasados ciertos inviernos,
«Sus casas y sus palacios
«Consumirá en vasto incendio.»

Octubre 2: 1879.

ODA 21, LIBRO I

HIMNO A DIANA Y APOLO

Dianam tenerae dicite virgines....

Cantad a Diana, ¡oh tiernas vírgenes!
¡A Cintio intonso cantad, oh jóvenes!
Y así a Latona, del sumo Júpiter
Siempre dilecta.

Cantad vosotras la que a las márgenes
De ríos plácese, y en selvas lóbregas
Del Erimanto y el Crago, y gélidas
Frondas de Algido.

Load donceles, en igual número
De Tempe el valle, y a Delos, célebre,
Cuna de Apolo; y su arco y cítara,
Dón de su hermano.

El, conmovido por vuestras súplicas,
Llevará, lejos del pueblo y Príncipe,
Peste, hambre, lágrimas, contra el indómito
Persa y Britano.

Bogotá, octubre 26: 18:2.

Nota—La de Burgos, en otros tantos sáficos adónicos, se lee quizá más corrientemente; pero la presente es más fiel, aunque en metro más corto. Burgos omitió tal cual pormenor y confundió otros.



ODA 22, LIBRO I

A ARISTIO FUSCO

Integer vitae.

Nó, Fusco; ni arco, ni morisca lanza,
Ni aljaba henchida de herboladas flechas,
Ni arma ninguna necesita el hombre
Integro y limpio,

Aunque las Sirtes abrasantes cruce
O el solitario Cáucaso medroso,
O esos lugares que remotos cuentan
Baña el Hidaspes.

Yo así, sin armas ni cuidado iba
Tierno cantando a Lálage en la selva
Sabina, lejos de mi quinta, cuando
Húyeme un lobo.

¡ Pero qué lobo ! un monstruo como nunca
Crió entre robles la guerrera Daunia,
Ni aun la región de Yuba, de leones
Arida madre.

Ponme en los yertos, perezosos campos
Do auras de amor los árboles no arrullan;
Lado del orbe donde peste y nieblas
Júpiter guarda;

Ponme del sol bajo el quemante carro,
Zona que él niega a la mansión del hombre ;
Y allí, cual siempre, a la mi siempre dulce
Lálage adoro.

Julio 27: 79.

ODA 24ª, LIBRO I

A VIRGILIO

Quis desiderio sit pudor.

Ante tan cara víctima no caben
Rubor ni freno al llanto.
Tú a quien cítara y voz dio el Padre un día
Ven y enseña, oh Melpómene, a la mía
El más lúgubre canto.

¡ Conque ya heló a Quintilio el sueño eterno !
¿ Cuándo, honor pudibundo,
Y hermanas fe y justicia, y tú, radiante
Invelable verdad, su semejante
Hallaréis en el mundo ?

Digno es del llanto de los buenos: digno
De tu llanto, oh Virgilio,
Cual de ninguno. ¿ Y para qué angustiado
Pides al Cielo un bien que fue prestado ?
No era tuyo Quintilio.

Aunque tu lira a la del tracio Orfeo
Venciera sobrehumana
Y árboles te escuchasen conmovidos,
No harás volver la sangre a los oídos
¡ Ay ! a una sombra vana.

No vuelven, nó, cuando una vez Mercurio
Cuya vara espantosa
Nunca reabre el libro del destino
Ni es blanda al ruego, la impelió al camino
De la grey silenciosa.

Ley dura; pero a un mal que nada espere,
Sólo hay resignación que lo aligere.

Bogotá, septiembre 17: 1882.

ODA 29ª, LIBRO I

A ICCIO

Icci, beatis....

¡ Hola ! ¿Conque ahora
Los tesoros ansias
Del arabe, y guerra
Tremenda preparas
A los no vencidos
Sabeos monarcas,
Y férreas cadenas
Al medo atroz fraguas?
¿Y cuál será, oh Iccio,
La virgen barbárica,
Del que hendió a su novio
Gemebunda esclava ?
¿ Y cuál el infante
Del rendido alcázar,
Gran flechero, alumno
Del sérico taita,
Que airoso y los rizos
Bañados en ámbar
A escanciar el vino
Esté siempre en guardia?

Ahora sí, quién duda
Que pueden las aguas
Correr monte arriba,
Y el Tibre a su infancia,
Cuando tú, a quien vimos
Tan férvido a caza
De obras de Panecio
Y escuela socrática,
Hoy las das en trueque
De iberas corazas,
En flor destruyendo
Tántas esperanzas.

Bogotá, octubre 23: 1882.

ODA 30, LIBRO 1º

A VENUS

O Venus, regina Gnidi Paphique.

Déja tu Chipre favorita, oh Venus,
Reina de Pafos y de Gnido, y tuya
Haz la mansión que para ti Glicera
Orna y perfuma.

Venga contigo el rapazuelo ardiente,
Vengan las Gracias, desceñido el talle,
Hermes, y Ninfas, y la edad preciosa,
Sin ti no amable.

ODA, 31 LIBRO 1º

A APOLO

Quid dedicatum poscit Apollinem.

¿Qué implora de Apolo el vate
Hoy que su templo dedican?
¿Qué será lo que yo en esta
Primer libación le pida?
No de la feraz Cerdeña
Ansio las mieses opimas;
Ni de la ardiente Calabria
Las greyes apetecidas;
Ni el marfil, ni el oro indiano,
Ni los campos que las linfas
Del Liris tan silencioso
Silenciosamente liman.

En buena hora ese a quien quiso
Fortuna dar anchas viñas,
Sus dulces uvas cortadas
Con hoz de Caleno, exprima.
Y el mercader (grato al cielo,
Pues tres y aun más veces gira
Del mar de Atlante en contorno
E impune vuelve a su orilla
Año tras año); en buen hora
Si en áureas tazas propina
Vinos tomados a trueque
De las riquezas de Siria.

En cuanto a mí, son mi pasto
Sólo chicorias, olivas
Y leves malvas; y ruégote
¡Oh Apolo! que me permitas
Disfrutar lo que ya tengo,
Con robustez y mente íntegra:
Dame una vejez sin mancha
Y no me quites la lira.

Julio 28 : 79.

ODA 32, LIBRO 1º

A SU LIRA

Poscimur .. si quid vacui.

Tú, a quien antes que otro alguno
El ciudadano de Lesbos (1)
Domó al imperio del canto
Disciplinándote al metro;
Aquel tan gallardo en lides
De ritmos como de aceros,
Y que, lo mismo lidiando
Que amarrando, suelto el remo,
En la sosegada orilla
Su barco medio deshecho,
Cantaba al Dios viñador,
Al sabio coro fraterno;
A Venus con el rapaz
Su retozón compañero,
Y a Lico el de hermosos ojos
Negros como sus cabellos:

¡Lira mía, hoy no lesbiana,
Latina ya por tu dueño!
Pues que una canción nos piden,
Dime, antes que te oigan ellos,
Si he logrado en nuestros ocios,
Allá en sombroso silencio,
Modular algo contigo
Merecedor de recuerdo,
Algo digno de vivir
Este año y cien venideros
Y de honrarte, oh lira a ti,
Honra y orgullo de Febo.

(1) Alceo.

Tú que aun a Júpiter sumo
En sus festines excelsos
Das alegría; ¡oh celeste
Lenitivo de mis duelos!
Pues te invoco agradecido,
Propicia escucha mi ruego
De responder siempre dócil
A mi ritual llamamiento.

Bogotá, septiembre 19 : 1882.



ODA 34, LIBRO 1º

Parcus Deorum.

Yo andaba errando por la ciencia impía,
Y en mi culto a los dioses negligente;
Mas vuelvo velas ya forzosamente
Y torno a usar la abandonada vía.

Que una y mil veces al autor del día
Vi las nubes partir con rayo ardiente,
Y en cielo azul, tronaba omnipotente,
Y aun la tierra insensible estremecía.

Los vagos ríos, la honda Estigia, el mismo
Ténaro horrendo, el Atlas, fin del mundo,
Temblaban al fragor de su carroza.

Que Dios puede trocar cumbre en abismo,
Menguar lo insigne, abrir lo más profundo:
Y la Fortuna en sus mundanzas goza.

Bogotá, septiembre 5 : 1879.



ODA 2ª, LIBRO 2º

Nullus argento.

Crispo Salustio, con razón desprecias
Lo que la tierra en su avaricia esconde.
Sólo al buen uso, a la templanza, debe
Lustre la plata.

Próvidos años Proculeyo espere,
Sí, porque fue con sus hermanos padre,
Y alto la fama sostendrá, y eterno
Su ínclito nombre.

Freno poniendo al insaciable impulso
Más rey serás que poderoso uniendo
Libia con Gades, y las dos Cartagos
Bajo tu cetro.

Cuanto más bebe, tanto más se aumenta
La hidropesía, su verdugo propio;
Ni huye la sed mientras la causa no huya
Que agua demanda.

Contra el dictamen general, dichoso
Hoy a Fraates la virtud no llama,
Sino infeliz, porque de Ciro al trono
Sube de nuevo.

Ella a los pueblos desenseña el uso
De falsas voces, más seguros dando
Reino y corona, al que impasible mira
Oro a montones.

Septiembre 5: 1879.



ODA 3ª, LIBRO 2º

A QUINTO DELIO

Aequam memento.

Delio, pues hemos de morir, recuerda
Guardar ánimo igual en todo caso,
En el adverso al par que en el dichoso,
Alegrías violentas evitando.

Ya nuble triste azar todos tus días,
Ya en los de fiesta busques tu regalo
Con el Falerno de señal más vieja
Sobre remoto césped recostado.

Donde un álamo blanco a un pino ingente
Amigo enlaza, y forman con sus ramos
Grato sombroso albergue, a los murmullos
De sesgo arroyo de afanado paso;

Allí manda traer vino y ungüentos
Y amenas rosas, pasto al aire blando,
Mientras la edad y hacienda lo permiten
Y de las Parcas el hilar tirano.

Has de dejar esos comprados bosques,
Y la casa, y la quinta que vasallo
El Tíber baña ; y luégo tu heredero
Cuanto acaudales tú, tirará ufano.

¿Qué te importa el ser rico y descendiente
De Inaco el fundador, o pobre vástago
De humilde cuna, y vida a la intemperie,
Si al orco inexorable todos vamos ?

Es ley sin excepción. Todos los nombres
En la urna están ya. Tarde o temprano,
Cuál antes, cuál después, saldrán los nuéstros
Y al eterno destierro iremos ambos.

Septiembre 5 : 1879.



ODA 6ª, LIBRO 2º

A SEPTIMIO

Septimi Gades.

Tú, que hoy a Cádiz con Horacio irías,
Y aun a Cantabria la rebelde al yugo,
Y a esas, do hierven mauretanas ondas,
Bárbaras sirtes:

Oye, por mí, cortara yo en los bosques
De Tíbur griega mi bordón de anciano
Y anclara allí de mis vaivenes de olas
Y arena y viajes.

Mas si las parcas védanlo crueles,
Iré al Galeso, do a la oveja cubre
Doblada piel, y do el lacón Falanto
Fue rey dichoso.
Aquellos campos para mí sonríen
Como ninguno ; de panal de Himeto
Su miel diría, y sus olivas, tuyas
Verde Venafro.

Jove allí brinda primaveras largas
E inviernos dulces, y dilecto a Baco
El rico Aulón, ni a las falernas uvas
Invido teme.

Aquel lugar, ese rincón bendito
A ambos nos llama, y es en él do esperan
Del vate hermano las cenizas tibias
Lágrimas tuyas.

Bogotá, octubre 3 : 1882.

ODA 8ª, LIBRO 2º

A BARINA

Ulla si juris tibi pejerati.

Creyera lo que me juras
Barina si alguna vez
Te penara el alto Juez
Por tus palabras perjuras;

Si Jove, al tú perjurar,
Te tornase negro un diente,
O en una uña la gente
Notase al punto un lunar.

Mas ¿cómo creerte yo,
Si a cada perjurio nuevo
Más bella te alumbra Febo
Y más te ama el que te amó?

Ya que no lo escrupulizas
Ni hay castigo para ti,
Sigue pues, y jura así
Por las maternas cenizas;

Por la honda noche glacial,
Por cada mudo lucero,
Por el firmamento entero,
Por cada dios inmortal.

Venus te oye y rompe en risa
Y las ninfas le hacen coro,
Y en tanto su aljaba de oro
Cupido atroz surte aprisa.

La juvenil muchedumbre
Para ti creciendo está;
Pronto a tus plantas será
Una nueva servidumbre.

Mas no porque nuevos lleguen
Los viejos dejan la plaza,
Por más que hagan la amenaza
Y de tu impiedad reniegen.

Las madres tiemblan por ti,
Por sus mimados retoños,
¿Qué será de los bisoños
Si haces lo que haces de mí?

Y jurándote concluyo
Que cada novia o casada
Teme que tu aura encantada
Le esté demorando el *suyo*.

Julio 29: 1879.

ODA 10, LIBRO 2

Rectius vives, Licini.

¿Quieres Licinio ser feliz? No lances
Siempre tu nave en alta mar; ni huyendo
Tímido el viento, únicamente sigas
La áspera costa.

De oro es, a fe, la condición mediana,
Do ni se envidia del palacio el lujo,
Ni hay techo viejo que criboso amague
Súbito hundirse.

Trábase más con el ingente pino
Rudo aquilón, y con mayor estruendo
Caen las torres, y en las altas cumbres
Cébase el rayo.

Siempre aguardar los prevenidos saben
Dicha en desgracia, contratiempo en dicha;
Júpiter manda el hosco invierno, y luégo
Quítalo él mismo.

Si hoy sopla el mal, con su violencia pasa.
Su arco no siempre está tendiendo Apolo,
Que en ocasiones despertó a la Musa
Cítara en mano.

Cuando te embista el huracán, resuelto
Muéstrate y firme; mas la henchida lona
Cuerdo recoge al advertir que abunda
Próspera brisa.

Agosto 11: 1879.



ODA 14, LIBRO 2.°

AD POSTUMUM

¡Eheu! fugaces, Postume, Postume.

¡Ay, cómo correu, Póstumo, Póstumo,
Años tras años! Ni el más piadoso
Detener logra vejez y arrugas
Ni a la implacable rígida muerte.
Nó, amigo. En vano para ablandarlo
Trescientos toros dieras por día
Al dios que al triple Gerión gigante
Y a Ticio enfrena con esas lúgubres
Ondas que todos, labriegos míseros
O ilustres príncipes, surcar debemos
Cuantos fruímos terrestres dones.

Vano es que huyamos trances de Marte,
O del ronco Adria los tumbos de olas,
O que en otoño de austro maléfico
Resguardo al cuerpo tímido busque.
De ver tenemos el negro río
Que sus meandros pesado rueda,
Y a la excecrable danaide prole,
Y en su arduo y largo tormento a Sísifo,
Fuerza es que al cabo tus campos dejes,
La grata casa, la amante esposa,
Y de esos árboles que cuidas tánto
No ha de seguirte, ¡oh amo de un día!
Sino el fatídico ciprés doliente.

Un tu heredero, de cuerdo espíritu,
Franqueará el cécubo que hoy tras cien llaves
Guardas, y el suelo regará espléndido
Cual ni en sus cenas hoy los pontífices.

Bogotá, octubre: 1879.

ODA 15, LIBRO 2º

Jam pauca aratro.

Pocas yugadas dejarán en breve
Las regias moles al humilde arado
Y se verán estanques por doquiera
Más espaciosos que el Lucrino Lago.

Cederá el olmo al plátano infecundo,
Y allí do el olivar es pan de su amo,
Su aroma esparcirán la viola, el mirto,
Todas las opulencias del olfato,
Mientra el laurel con su ramaje denso
Del vivo sol rechazará los rayos.

No de Rómulo es tal, ni del intonso
Catón severo el previsor mandato;
Ni fue costumbre antigua. En esos días
Era exiguo el caudal del ciudadano
Y grande el del común. Pórtico alguno
De medida decápoda, el privado
Hogar nunca ostentó, sombra y frescura
De Arctos opaco al resplandor gozando.
Las leyes mismas despreciar vedaban
La noble tierra, el césped siempre a mano;
Y ordenaban que al público decoro
El común fondo proveyese largo,
Y a embellecer los templos de los dioses,
Mas no de piedras cualesquier, de mármol.



ODA 16, LIBRO 2º

A GROSFO

Otium Divos.

Descanso, ¡oh Grosfo! pide el nauta al Cielo,
Del vasto Egeo al verse circuído,
Si un nubarrón la luna esconde, y no halla
Rumbo de estrellas.

Descanso Tracia la furiosa implora,
Descanso el medo de su aljaba ornado;
Descanso, un bién que no compraron perlas,
Púrpura ni oro.

Que no hay tesoros ni lictor que aparten
Del pensamiento los tumultos tristes,
Ni tanta cuita que revuela en torno
De áulicos techos.

Bien, y con poco, vive aquel en cuya
Mesa el salero de su padre brilla,
Y a quien ni miedo ni avaricia espantan
El dulce sueño.

¿Por qué ardor tánto para lid tan breve?
¿Porqué otras tierras y otro sol buscamos?
Acaso huye de sí mismo el que huye
Del patrio suelo?

También se embarca en las ferradas proras
Nuestra carcoma, y en bridón cabalga,
Y alcanza al ciervo, al Euro que las nubes
Barre imperioso.

Plácida el alma con su bien presente,
No la desviva el más allá. Con risas
Lo amargo temple; que feliz no hay cosa
Por todos lados.

Al claro Aquiles siega en flor la muerte,
Mientra a Titón la caduquez le abrevia,
Y acaso a mí me guarda el tiempo dones
Que a ti rehusa.

En torno a ti por centenares mugen
Sículas vacas y rebaños; tiran
Yeguas tu carro, y tu vestido el doble
Múrice ostenta.

Algo también, con mis pequeños campos,
La parca fiel me concedió, y un soplo
De aliento griego, y despreciar al vulgo
De alma dañina.

Bogotá, septiembre 5: 1879.



ODA 17, LIBRO 2º

A MECENAS ENFERMO

¿Cur me querelis exanimas tuis?

Mecenas, sostén mío, gloria mía,
¿Porqué con tus lamentos y aprensiones
Me acongojas así ?
Nó, no quieren los dioses, ni tampoco
Lo quiero yo, que antes que yo muera
Tú vengas a morir !

¡Ah, si orden más temprana te arrebata,
Mitad de mi alma, para qué detengo
Aquí la otra mitad !
¿ La que amo menos yo ? ¿ Cómo incompleto
Quedar podré ? Tal día si llegara,
Con ambos volará.

Juré, y no soy a mi águila perjuro,
Tú eres mi jefe, iremos adelante
Doquier avances tú,
Dispuestos a emprender al lado tuyo
La última jornada, la jornada
A la fosa común.

Nadie, ni de Quimera el ígneo aliento,
Ni el centímano Gías vuelto al mundo,
Me apartará de ti.
Tal es de la Justicia poderosa
La voluntad. Las Parcas igualmente
Lo han ordenado así.

Ora me mire Libra, ora me mire
Formidable Escorpión, la más funesta
Influencia natal,
Ya Capricornio, en fin, del mar tirano,
Tu horóscopo y el mío en increíble
Conformidad están.

La protección de Júpiter fulgente,
Del impío Saturno, bien recuerdo,
No ha mucho te libró;
Y del hado veloz paró las alas
Cuando aplaudió tres veces el teatro
Con alegre explosión.

Aplastárame un tronco el otro día
Si, guardián de poetas, no repara
Fauno el golpe mortal.
El templo y holocausto que ofreciste
No olvides. Por mi parte una cordera
Presentaré al altar.

Septiembre 11: 1879.

ODA 18, LIBRO 2º

CONTRA EL LUJO Y LA AVARICIA

Non ebur neque aurum.

Marfil no brilla en mi casa,
Ni artesonado áureo techo,
Ni frisos de ático mármol
Sobre númidas pies de jaspe negro.

No ocupo el alcázar de Atalo,
Yo, su incógnito heredero,
Ni arrastro laconia púrpura
Que enjambre matronil téjeme a sueldo.

Mas cuento con un laúd
Y un tal cual dichoso ingenio,
Y, aunque pobre, a mi estrechura
Viene a solicitarme el opulento.

Nada más pido a los dioses;
Ni de alto amigo pretendo
Gracia mayor que dejarme
Mi sabino rincón, que es cuanto tengo.

Huye un día de otro día,
Un mes de otro mes va huyendo;
Tú, en vísperas de marchar,
Ordenas tu palacio a un arquitecto.

Mármoles mandas pulir
(Y no para honrarte muerto),
Y que la mar se retire
Porque en la tierra ya, pujas de estrecho.

¡Tánto, que siempre le cambias
Al vecino sus linderos,
Y de tus clientes mismos
El breve campo usurpas avariento!

Y mujer y esposo arrojas,
Y huyen de su hogar, y al pecho
Llevan los paternos dioses,
Y vestidos de harapos sus hijuelos.

Con tánto afán ¿qué aseguras,
Si sólo un palacio, un feudo
Aguarda sin falta a su amo,
Y es aquel que Plutón le tiene presto?

¿Quieres más? Siempre la tierra
Abrió por igual su seno
Para el pobre o para el rico,
Para el hijo del príncipe o del siervo.

Ni a Prometeo, aunque astuto,
El fiel Carón ha devuelto,
Pese al oro; ni Plutón
A la raza de Tántalo soberbio.

Mientras que llame o no llame
El mísero al dios tremendo,
Siempre acudirá en su auxilio
Dando piadoso término a su duelo.

NOTA PARA DON MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO

Paréceme esta una de las más conceptuosas, enérgicas y geniales odas de Horacio, con la ventaja de que, a diferencia de otras, remata admirablemente, y de que carece casi en un todo de la geografía, mitología e historia, que constituyen el cuerpo de muchas, con detrimento de nuestra debida estimación. Aquí abundan toques cómicos y contrastes no rebuscados, unos y otros de grande efecto. Paréceme también una de las más desgraciadas en sus traducciones castellanas, bien que a la vista tengo sólo tres: la de fray Luis de León, paráfrasis que quizá por muy juvenil y sin buen estudio del original, lo altera y desnaturaliza a cada paso; la de Burgos, mucho más fiel, mas no cuanto pudo y debió serlo, y la de Moratín, que conceptuaba magnífica, hasta que la comparé con el texto latino. El también malogró, como todos, el estudiado juego del cornisamento de mármol ático con columnas númidas, boato de Marco Lápido, cuyo costo escandalizó a Roma (como lo apunta Burgos) y cuyo mal gusto quizá no se escapó del criterio de Horacio. *El heres ignotus* puede ser *intruso*, aludiendo a Aristónico; pero si Atalo III legó al pueblo romano cuanto poseía, podría también Horacio llamarse desconocido heredero suyo, con gracia y oportunidad. El jactancioso Fausto de las *honestae clientae* se pierde al llamarlas siervas. *Divesque petit me pauperem* es algo más que *el rico a mí* se inclina. *Dies truditur die* queda deshuesado en *una y otra después arrebatadas huyen las horas*. ¿Quién las arrebata? También se pudo traducir *húrtanse días a días* o *hurta un día a otro día;* o Echa, etc. más propio, pero bajo. Me hizo mejor verso la acción pasiva. Moratín omitio luégo la especie de preparar un anciano, material para su palacio, o mandarlo construír, que es más picante que la de estar ya edificándolo. *¡Qué mucho! si los términos vecinos alteras avariento*: aquí, como en el *Dies truditur die*, omitió el cuadro, el modus operandi: *Aque revellis terminos agri proximos*, que yo tampoco he trasladado con toda su energía. *Et uxor et vir pellitur :* aquí omitió el acto de expulsarlos. *Tellus recluditur aeque*, etc., malogró esta gran figura, vertiendo *igual prepara la tierra sepultura. Callidum Promethea :* traduce *audaz ;* debe ser errata, por sagaz. Pero todo eso por hacer estilo, salió débil. Después figura Carón, en vez de Plutón, y el último precioso rasgo naufraga. No parece de Moratín haber convertido el *vocatus atque non vocatus* en *invocado tal vez o aborrecido*, y mucho menos aquello de aliviar al pobre *acallando su llanto en el horror eterno*. La forma métrica, indecisa de toda la traducción, embarazada en los versos cortos y pobre en rimas, tampoco puede servir de modelo, ahora lo observo. Caro me informa que Gallego criticó severamente a Moratín ; mas no he leído dicha censura. Entretanto repito que de las traducciones de Horacio que conozco, sólo las dos de Pesado, las de usted y la supuesta de Góngora (A Leuconoe), me parecen inmejorables. En su *Horacio en España*, debe haber otras excelentes, pero no he vuelto a tomarlo de manos de Caro desde 1879, y mi memoria es la peor de todas las conocidas.

ODA 20, LIBRO 2º

A MECENAS

Non usitata.

Con desusada no débil pluma
Por la eterina bóveda suma,
Vate en dos formas, me encumbraré.

No ansío más tiempo tocar la tierra;
Aquí entre polvo la envidia encierra
Su ira; entre polvo la dejaré.

Sangre de pobres corre en mis venas;
Mas yo no muero, caro Mecenas,
Yo a quien tú llamas cerca de ti.

Ni estigias aguas mi cuerpo embotan,
Ya un cutis áspero mis piernas brotan;
Ya soy arriba pájaro blanco;
Ya en dedos y hombros, a cada flanco,
Ligeras plumas nacen de mí.

Pronto, y no de Icaro con las licuentes
Alas, ¡oh Bósforo! por tus mugientes
Márgenes, y abras de onda cerúlea,
Vogaré plácido, y ave canora,
Veré las Sirtes de la Getulia,
Y esos misterios que ojo no explora,
De la hiperbórea pampa glacial.

Y los colquenses, y el torvo Dacio
(Que de la marsa legión su espanto
Mal disimula), sabrán de Horacio;
Y aun los Gelonos últimos hombres
Oirán dos nombres que honro en mi canto;
Ni a los iberos, duchos guerreros,
Ni a los que beben linfas del Ródano
Quedaré ignoto cual vil mortal.

Que no acompañen mis funerales
Lúgubres coros, negros sayales,
Sollozos necios, pena baldía.

Retén, mi amigo, tu propia queja,
Y para otros, para otros deja
La inútil pompa de urna vacía.

Bogotá, septiembre 20: 1882.

ODA 2ª, LIBRO 3º

Angustam amici.

Quiero, amigos, que en los duros
Ejercicios de la guerra
Aprenda el robusto mozo
A soportar la pobreza;
Que al parto feroz su lanza
Agil acose y tremenda,
Y viviendo al raso busque
Peligros y afán por huelga;
Que siempre que a verlo alcancen
Desde enemigas almenas,
La tierna esposa del bárbaro
O la espigada doncella,
Exclamen dando un suspiro:
¡Ay! los dioses no consientan
Que mi novio, que mi esposo,
Bisoño en armas se atreva
A ese cerdoso león
«Que su ira en sangre revuelva.»

¡Dulce es morir por la patria!
¡Gloria al que caiga por ella!
Y ¡ah! también al que cobarde
Prófugo la espalda vuelva,
La muerte lo alcanzará
Con su infalible saeta.
A la virtud basta su honra,
No hay desdén que la envilezca,
Ni es dado al aura del vulgo
Quitársela o concedérsela.
La misma virtud al hombre
Que no ha venido a la tierra
Para morir, le abre el cielo
Por caminos que a otros niega,
Y sobre el fango y la chusma
En raudas alas lo eleva.

Ni menos premio los dioses
Al fiel silencio reservan.
No flote yo en frágil barca
Ni so el mismo techo duerma
Con quien los arcanos ritos
De la alma Ceres revela.
Jove ofendido acostumbra
Juntar maldad e inocencia:

Mas rara vez el castigo
Aunque cojea y tropieza,
Dejó de alcanzar al malo
Por más veloz que andar sepa.

Bogotá, julio 24: 1879.

ODA 3ª. LIBRO 6º

A AUGUSTO

Justum et tenacem.

(Dedicada especialmente al señor don Marcelino Menéndez Pelayo).

Al varón justo y de ánimo constante
No lo hace trepidar el pueblo alzado
Que iniquidad frenético le ordena,
Ni el ceño del tirano amenazante,
Ni el negro mar que el Autro desenfrena.
¡Oh Dios! hasta los rayos que fulminas
Alumbrarán su incontrastable intento,
Y si se desplomara el firmamento
Firme y en pie lo hirieran sus ruinas.

Gracias a esta virtud se encumbró Pólux,
Y Hércules errabundo, a los celestes
Alcázares de luz; y reclinado
Augusto entre los dos el néctar liba
Con sus labios purpúreos. Así, oh padre
Baco inmortal, la gloria mereciste
De que uncido a tu carro el cuello indócil,
En triunfal marcha tigres te llevaran.
Y así de Marte en los bridones ígneos
Rómulo se fugó del Aqueronte
Luégo que Juno en el Consejo excelso
Conciliadora dijo a sus iguales:
«¡Ilión! Ilión! un juez adúltero
«Funesto a su país, y una extranjera,
«Hecho ceniza y polvo te dejaron.
«A *eso*, a ti, y a tu pueblo y rey doloso
«Yo y la casta Minerva le trajimos;
«A eso te condenamos desde el día
«Que Laomedonte defraudó a los Dioses
«Del concertado precio.... ¡Vedlo ahora!
«Ya no alardea el huésped infamante
«Con su Lacona infiel; ni la de Príamo
«Perjura casa, a los tenaces griegos
«Con la pujanza de Héctor contrarresta;

«Y así esta lucha, que harto prolongamos
«Con nuestra disensión es concluída.
«De hoy más mi enojo ardiente a Marte inmolo,
«Y a su amor vuelvo aquel mi odioso nieto
«Que le nació de la vestal troyana.

«Suba, y siéntese dios entre los dioses,
«Saboreando el néctar y felices
«Reinen, no importa dónde, los proscritos
«De Ilión, con tal que entre Ilión y Roma
«Ruja intratable mar, y trisquen sueltos
«Rebaños sin señor sobre las tumbas
«De Príamo y de Paris; y tranquilas
«Cueven allí las fieras sus cachorros.
«Y así, que se alce el Capitolio fúlgido,
«Y al Parto dé su ley Roma altanera,
«Y temida de lejos, que su nombre
«Del mundo a los confines acreciente,
«Desde el mar interpuesto entre la Europa
«Y el africano, a la región que el Nilo
«Túmido riega; más viril, más grande
«El oro desdeñando que la tierra
«En buen hora escondió, que amontonando
«Para uso vil cuanto de templos y aras
«Con sacrílegas manos arrebate.
«Doquier divise Roma una barrera,
«Fin del mundo, allí toque; y rompa ansiosa
«Hasta do el sol jamás cede en su furia,
«Y a do perenne posa húmeda niebla.

«A los guerreros hijos de Quirino
«Tal hado anuncio yo, fijando empero
«Mi condición: que nunca en loco abuso
«De piedad o confianza en la fortuna
«Piensen a Ilión, ciudad de sus abuelos,
«Del polvo alzar. Resucitada Troya
«Bajo auspicios tan lúgubres, vería
«Repetirse el horror de su caída.
«Yo misma hermana y cónyuge de Júpiter
«Llevara allí mis huestes victoriosas,
«Y si tres veces con su brazo Apolo
«De altos muros de bronce la cercara,
«Tres veces la hundirían mis Argivos,
«Y a su esposo y sus párvulos tres veces
«La cautiva matrona lloraría.»

Mas esto excede a mi festivo aliento,
¿De dónde oh musa audaz me precipitas?
Pláticas de inmortales no repitas,
No amengüe flaca voz grande argumento.

ODA 4ª, LIBRO 3º

A CALIOPE

Descende Coelo.

¡Baja del Cielo, oh reina de la Musas!
Y alza en tu flauta un himno grande y nuevo,
Si a tu virgínea voz como lo usas,
No unes más bien la cítara de Febo....

¿La oís?.... ¿O jugará tal vez conmigo
Dulce ilusión?.... ¡Oh, nó! La escucho. Aún siento
Como que errando voy por la espesura
De sus amados bosque al concento
De auras que rondan y agua que murmura.

Allá en mi infancia, sobre el rudo estribo
Del Vúltur apulés, que se prolonga
Fuéra de Apulia mi nodriza, un día
Cansado de jugar rindióme el sueño,
Y vinieron de Venus las palomas
Y de hojas frescas pabellón me hicieron.
¡Qué asombro puso a todos los que habitan
Los picos de Aquerontia, y las florestas
De Bancia, y pingües campos de la humilde
Forenza, el verme así, durmiendo a salvo
De osos y negras víboras, cubierto
De entrelazado mirto y lauro sacro!
Niño sin miedo, allí no estaba solo:
Velabais mi dormir, Ninfas de Apolo.

Amigo vuestro, y todo vuestro, oh Musas,
Vosotras sois mi protección, ya escale
Las montañas sabinas, ya disfrute
De la fresca Preneste, o bien de Tíbur
Que en declive suavísimo reposa,
O de Bayas en aguas generosa.

Devoto fiel de vuestras sacras fuentes
Y coros armoniosos, ni la fuga
Hórrida de Filipos, ni aquel árbol
Que vino sobre mí, ni el Palinuro
Cabo funesto se atrevió a inmolarme.
Sed vosotras conmigo; y nauta osado,
Yo arrostraré del Bósforo la ira;
O caminante, el arenal reseco
De las asirias playas quemadoras;
Y veré inmpunemente a los Britanos

Feroces con el huésped, y al Gelono,
Gran flechador, y el Tanais, y al Concano
Que en sangre equina se regala ufano.

Cuando el gran César sus legiones trae,
Fatigadas de Marte, a nuestros muros,
Dar y tomar descanso apeteciendo,
¿Quién sino vos, oh Musas, lo distrae?
¿Quién sino vos, en la Pieria gruta,
En retorno al amor que él os tributa,
Consejos le insinúa de clemencia?
¿Y quién cual vos lo aplaude a competencia?

Bien recordamos cómo—aquel que a un tiempo
La inmóvil tierra y mar ventoso rige,
Y en equidad, y él solo, a hombres y dioses,
Tanto a las muchedumbres de los vivos
Como los tristes reinos de las sombras,—
Cuál, con lloviente rayo, a los titanes
Impíos hundió con sus monstruosas huestes.

Hermanos, prole horrenda de la tierra,
Fiados en sus brazos, puesto habían
A Jove en gran terror, montar probando
Sobre el Olimpo obnubilado el Pelion,
Pero Tifeo y Mimas, el robusto,
Y Porfirión, de porte amenazante,
Y Reto al par, y Encélado el que troncos
Rápido arranca y como flechas tira,
¿Qué podrían valer, precipitándose
De Palas contra la égide sonante?
De ésta a un lado Vulcano combatía
Ganoso de matar, y al otro, Juno,
Matrona excelsa, y el que siempre armado
De su carcaj, la cabellera suelta
Baña en las ondas de Castalia puras;
El que en su patria selva y Licia umbrosa
Mora, y a quien en Pátaro y en Delo
Inciensa y honra agradecido el suelo.

La fuerza sin cordura no va lejos;
Siempre a su propio empuje se derrumba;
Mientras que el cielo envía sus consejos
A la prudente, y veda que sucumba.
Cual ama al fuerte justo, así detesta
Al que a pensada iniquidad se apresta.

Testigo de mi dicho, álcese y hable
El centímano Gías; ved la suerte
Del que amando a Diana, Orión culpable,
Probó un flechazo de la virgen fuerte.

La tierra pesa con dolor, sentada
Sobre esos monstruos que brotara un día;
Llora su prole, a rayos abismada
Del Orco en la región triste y sombría.
Ni las llamas que Encélado vomita
Han consumido el Etna que lo abruma;
Ni Ticio, reo de liviandad maldita,
Puede esperar que su hígado consuma,
El centinela atroz que no dormita.
Y a Piritóo, su amor audaz condena
A su tres veces céntupla cadena.

Bogotá, octubre 15: 1882.



ODA 5.ª, LIBRO 3º

RÉGULO

Coelo tonantem credidimus Jovem.

El alto trueno asordador nos hace
Reconocer a Júpiter del cielo
Unico rey. Los formidables Partos,
Los Britanos feroces
Que al fin Roma en sus ámbitos encierra,
A Augusto anuncian, dios sobre la tierra.

¿Y el soldado de Craso vivir pudo
De extranjera mujer menguado esposo?
¡Y el Apulés encanecer, y el Marso,
Súbditos de un rey Medo,
De su propio baldón más que testigos,
Colonos, siervos, yernos de enemigos!

¡Oh Patria mía! ¡Oh cambio! Esos traidores
Olvidáronlo todo: las ancilas
Sacras, la toga, nuestro nombre, el fuego
De Vesta siempre vivo....
¡Y Roma estaba en pie! ¡y el dios patrono
Capitolino, incólume en su trono!

Hé aquí lo que previó y evitar quiso
Régulo al oponerse a infames pactos
Que al porvenir (dijo él) funesto ejemplo
Son, si no se abandona
Sin femenil piedad la prisionera
Juventud a la muerte que le espera.

«Yo vi (añadió), colgados adorando
«Los estandartes y águilas de Roma
«Los templos de Cartago; vi armas nuestras
«Sin sangre arrebatadas;
«Y hombres nacidos libres, ciudadanos,
«Marchando atadas por detrás las manos.

«Vi francas ya, de par en par, las puertas
«De sus ciudades; y ondear las mieses
«En campos que arrasó nuestra cuchilla.
«Vi.... Mas decidme ¿el oro
«Que rescate a un ruin lo hará valiente ?
«¿Qué pagáis? El baldón que arda en su frente.

«La lana, una vez tinta, no recobra
«Su perdida blancura; ni el coraje
«Vuelve jamás a un pecho envilecido.
«Si ciervas, escapadas
«De astuta red, transfórmanse en leones,
«No me escuchéis, son vanas mis razones.

«¿Héroe será quien a un falaz rindióse?
«Martillo de Cartago el que, de miedo,
«Ni osó mover los amarrados brazos;
¿El que hizo paz la guerra?....
«¡Oh infamia! ¡oh gran Cartago! Cuál te empinas
«¡Sobre el baldón de Italia y su ruinas!»

Dicen que como esclavo, cual cautivo,
No ciudadano ya, rehusóse al beso
De su casta mujer, y a las caricias
De sus alegres niños,
Tiernos aún, y torvo, como hielo,
El varonil semblante inclinó al suelo,

Y una vez firmes ya por su heroísmo,
Por un consejo tal, nunca antes dado
Los vacilantes padres, arrancóse
El egregio proscrito
Al duelo amigo, y no aplazó un momento
Lo que aguardaba en Africa: el tormento.

Apartando a sus deudos, que lo ansían
Con clamores y súplicas; y al pueblo,
Que como a un dios lo mira, abrióse paso
Y partió cual iría
Salvador de un cliente en buen derecho,
A espaciarse en Tarento satisfecho.

Bogotá, octubre 10: 1882.

NOTA A MENÉNDEZ PELAYO

Es faltarle al respeto a esta oda mandársela a usted apenas al otro día de traducida, cruda, tosca y desigual por consiguiente. Pero allá va con dos estrofas menos que la de Burgos, pero con menos rimas, bien que él no las escoge mucho. Caro cree que esta oda y la del *uats Belle* son de las que Burgos tradujo mejor. Yo no he leído todas las suyas, ni lo hago como para juzgarlas y soy juez impedido en el particular.

Aquí, en el arranque, por evitar el rimbombo y hacer el sobrio quizá fui al extremo opuesto del de Olmedo. *Britanos indómitos* o *remotos*: escoja usted: Horacio mismo les llama *intactos*, no recuerdo en dónde.

Que como a un dios lo mira (última estrofa). Más fiel al texto será *Resistido a perderlo, Resistido a la vuelta*, etc. (tal vez porque me parezca verso débil), me ocurre que es inverosímil que el pueblo osase cerrar el paso al que realmente debió parecerles un dios; el que acababa de rechazar a su vista a su mujer y pequeñuelos.

En beneficio de los lectores he abreviado o ampliado *ad libitum* con vista más atenta al drama y a la pintura que a copiar el original.

Dos de mis estrofas pecan de intimidad, son prosa.

ODA 6ª. LIBRO 3º

Delicta majorum.

Romanos, la maldad de vuestros padres
Aunque no vuestra, pagaréis vosotros.
Mientras los dioses reparar no vean
Sus templos, sus hogares ruinosos,
Sus ahumadas estatuas.... Por humildes
Al cielo, el cielo os ensalzó en retorno;
De allí el imperio; allí su alto principio;
Buscad también el éxito allí sólo,
Hartos males los dioses despreciados
Trajeron a la Hesperia, hoy vuelta en lloro;
Dos veces rechazaron nuestro embate
Maneses y Pacoro, porque sordos
Fuimos a los auspicios, y hoy sus cuellos
Brillan con nuestros fúnebres despojos.
Cuando a Roma embargaba interna lucha
Poco faltó para volverla escombros
El Dacio y el Etíope, temibles
Este con dardos, con su armada el otro.
Fecunda en culpas nuestra edad, primero
Manchó el ara nupcial, sembrando oprobio
En linajes y casas, fuente impura
Que a la patria y al pueblo inundó pronto.

La casadera virgen se recrea
Aprendiendo las danzas de los Jonios,
Y desde tierna instrúyenla en trapazas,
Y es torpe amor su pensamiento solo.

Ya esposa, nuevos cortejantes busca
En torno del banquete de su esposo;
Ni es exquisita en elegir al que haya
De obsequiar lejos de importunos ojos;

Sino que allí delante del marido,
Que en ello está, levántase al exhorto
Del mercader, o al del marino hispano,
De honras de damas pagador precioso.

Prole no fue de semejantes padres
La que en púnica sangre tiñó el Ponto,
La que a Pirro y Antíoco imponente
Postró, y al magno Aníbal pavoroso.

Esa nació de rústicos soldados;
Progenie varonil de padres doctos
En romper con azadas la honda tierra,
Y en traer al hogar leña en sus hombros,

De orden de austera madre, cuando mudan
Las sombras de los montes en contorno
Y desunciendo a los cansados bueyes
Llega el amigo tiempo del reposo.

¡Ah! ¿qué no mengua en esta edad? Nacimos
De padres no tan malos como somos,
Ni buenos cual sus padres; nuestros hijos
Ya irán sindo peores que nosotros.

Bogotá, agosto 12: 1879.



ODA 9ª, LIBRO 3º

Donec gratus eram tibi.

Diálogo entre Horacio y Lidia.

HORACIO

Cuando era yo tu agrado,
Y en prueba dello
Ningún otro enlazaba
Tu níveo cuello,
¡Tiempo dichoso!
Más que el rey de los persas
Fui venturoso.

LIDIA

Cuando era yo tu encanto,
Más que ninguna,
Y olvidada por Cloe
No era importuna,
Entonce ufana
Me sentí más ilustre
Que Ilia romana.

HORACIO

Pero la Tracia Cloe
Mándame ahora,
La que a la cítara une
Su voz canora.
No me intimida
La muerte si muriendo
Salvo su vida.

LIDIA

Mas Caláis el de Turio,
Hijo de Ornito,
Es por quien hoy me inflamo,
Por quien palpito.
Muero con gozo
Dos veces porque viva
Tan lindo mozo

HORACIO

Sí.... mas si se anudaran
Los rotos lazos,
Y otra vez nuestros cuellos,
Nuestros abrazos....
Si hoy mi puerta
Cierro a Cloe; ¿y a Lidia
La dejo abierta?

LIDIA

Aunque *él* al sol eclipsa,
Y eres ligero
Cual pluma, y ni en sus iras
Adria es más fiero,
Contigo sólo
Quiero vivir; ¡dichosa
Por ti me inmolo!

Agosto 19: 1879.

-ꕥ-

ODA 18, LIBRO 3º

A FAUNO

Faune Nympharum.

Fauno, ¡oh galán de las esquivas ninfas!
Tú mis linderos y abrigados campos
Cruza benigno, sin dañar mi tierna
Cría menuda.

Que al año justo un cabritillo siempre
Muere en tu honor, y abunda el vino en copa,
Socia de Venus, y en el ara antigua
Arde el incienso.

Cuando tus nonas de diciembre llegan,
Todo el ganado en su gramal retoza,
Y ocioso el pueblo, con sus bueyes hace
Fiesta en los prados.

Guapa la grey le soba el hombro al lobo,
Riégate de hojas la floresta al paso,
Y al cavador que quiere mal la tierra
Túndele a brincos.

Septiembre 6: 1879.

ODA 24, LIBRO 3º

Intactis opulentior.

Aunque más grande tu opulencia fuera
Que la intacta de Arabia o la del Indo,
Y cubrieran tus fábricas el seno
Del mar Pullo y Tirreno,
Siempre, al fijar la eterna ley severa
Su clavo adamantino en lo más alto
De tu mansión, no lograrás por fuerte
Librar tu corazón del sobresalto
Ni tu vida del lazo de la muerte.

El geta fiero, el scita campesino
Que su hogar vagabundo en carros lleva,
Viven mejor: fruto a placer les brindan
Campos que no deslindan.

Ara un año no más cada vecino,
Y otro reemplaza al que rindió su escote.
La inocente mujer en tanto cría
Dulce a su hijastro; y ni aun la rica en dote
Manda en su esposo, ni en galanes fía.

Que son allí el gran dote de la esposa
La virtud de sus padres, y la cierta
Jurada fe, que tiembla de hombre extraño.
No hay adúltero engaño,

O su precio es la muerte.... ¡ Oh ! si alguien osa
Querer que padre en bronces se le llame
Por librarnos de escándalos y horrores,
Audaz reprima la licencia infame,
Y otra, si no su edad, le alzará honores.

¡ Oh mengua ! odiamos la virtud presente,
La odiamos por envidia; mas tan pronto
Como despareció de nuestra vista,
Su ausencia nos contrista.

¿Qué vale el sandio querellar doliente
Si hiriendo a los malvados no se corta
Con el castigo el árbol del delito?
¿El sabio texto de la ley qué importa
Si vivo en las costumbres no anda escrito?

¿ A qué la ley si ni la térrea zona
Que férvidos calores siempre ciñen,
Ni la inmediata al Aquilón, ni el hielo
Que rígido arma el suelo

Tuercen al mercadante? ¿No blasona
De vencedor del piélago el marino?
La pobreza, tenida en grande afrenta
Urge a osar y hacer todo; y del camino
Arduo de la virtud al hombre ahuyenta.

Mas nó, no siempre así. Vamos al punto
Al Capitolio do instador nos llama
El popular aplauso al sacrificio;
O esta fuente del vicio,

Este de todo mal perenne asunto,
Inútil oro, y mármoles radiantes,
Y piedras que preciosas hizo el necio,
De una vez, a las olas no distantes
Del hondo mar, lancemos con desprecio.

Si hay por tanta maldad pesar sincero
Probémoslo, arrancando de raíces
La codicia perversa y corruptora;
Y eduque desde ahora

Más viril ejercicio y más severo
Nuestros endebles ánimos. ¿Qué extraño
Que el noble niño a cabalgar no acierte,
Y huya la caza, y sólo guste ogaño
Del *troco* y juego ilícito de suerte?

Su avaro genitor en tanto emplea
Deslealtad perjura en vil estafa
Contra el consocio, el huésped, el amigo,
Y cual triste mendigo

Viviendo acaso una fortuna crea
Que aventará más tarde el hijo loco.
Cuéntala el padre en incesante aumento,
Pero por más que apila, *esto es muy poco*
Murmura sin cesar su gesto hambriento.



ODA 25, LIBRO 3º

A BACO

Quo me, Bacche, rapis tui....

¡Oh Baco! ¿a dónde me llevas
Ardiendo en ti?
¿Qué bosque u ondas o cuevas
Templarán mi frenesí?
¿Qué intentos, qué audacias nuevas
Quieres de mí?

¿En qué grutas me oirán
Probando el vuelo
Para alzar a donde están
Los astros, a do en su celo
Júpiter consulta el plan
De tierra y cielo,

La imperecedera gloria
Del paternal
César, sol de nuestra historia?....
Y ¡ah! cantaré un himno tal
Que de otro mayor, o igual,
No habrá memoria.

No admiro ya que en la cima
De alta montaña
A insomne bacante oprima
Pasmo al ver cuál se sublima

Ródope al cielo, aunque imprima
Bárbaro en él planta extraña;

O al contemplar, mal despierta,
Su Hebro, su Tracia
De intactas nieves cubierta....
Yo así, al azar por no abierta
Senda rompo, y nada sacia
Mi vista cuando se espacia
Por costa y selva desierta.

¡Fuerte y feliz soberano
De náyades, de bacantes
Que aun a fresnos arrogantes
Pueden volcar con su mano!
No temas que hoy dé profano
Un tono humilde o trivial.
No hablaré cosa mortal.

¡Dulce peligro es seguirte,
Oh ardiente Dios, y ceñirte
De tu pámpano triunfal!

Bogotá, octubre 6: 1882.



ODA 29, LIBRO 3º

A MECENAS

Tyrrena regum progenies.

Tiempo há, caro Mecenas, descendiente
De etruscos reyes, que te guardo en casa,
En barril no inclinado hasta la fecha,
Vino suave, y rosas, y exprimido
Mirobalán que tus cabellos unja.
Húrtate a empeños y embarazos: vente.
No has de estar contemplando año tras año
El acuoso Tívoli, de Esula
Las pendientes campiñas, y las cumbres
Del parricida Telegón. Descansa
De la abundancia empalagosa, y de esa
Mole que hasta las nubes elevaste;
Ni admires más el oro, estruendo y humo
De la dichosa Roma. ¡Cuántas veces
Fue grato al rico el variar! y cuántas
La limpia cena del hogar del pobre,
Sin dignidad de púrpura y tapices,
No dilató la preocupada frente!

Su oculto fuego el genitor de Andrómeda
Ya descubrió; y el astro del insano
León, y el Antican rabioso, anuncian
Que el sol nos vuelve los quemantes días..
Pastor y grey, desfallecientes ambos,
Buscan la sombra, el agua, los retretes
Asperos de Silvano, y la ribera
Los vagos vientos silenciosa extraña.
Tú en tanto el bien de la ciudad discurres,
Con inquietud por lo que el Sera y Bactra,
De Ciro un tiempo, y el discorde Tanais
Urdiendo estén.

Un Dios prudente oculta
En negra noche lo futuro, y ríe
Si más de lo debido el hombre trata
De acelerarlo. Acuérdate Mecenas
De disponer, sereno y justo, aquello
Que hoy se presenta. Lo restante corre
Cual río que unas veces apacible
Al mar toscano por su cauce rueda;
Y otras, cuando irritó fiero diluvio
Las mansas ondas, yérguese violento,
Y zafas piedras, arrancados troncos,
Ganados, puentes, chozas arrebata
Por entre alto clamor de monte y selva.

Es dueño de sí mismo y satisfecho
Llámese aquel que al fin de cada día
Pueda decir «viví.» Que el sumo Padre
Vele mañana el cielo en negras nubes,
O ábralo al sol, no hará que no haya sido
Lo que ya fue, ni que volviendo quite
La hora fugaz lo que una vez nos trajo.

Regocijada en dar violentos golpes
Y pertinaz en su arrogante juego
Muda inciertos honores la fortuna,
Y es, ya conmigo, ya con otros blanda.
Mientras la tengo en casa la bendigo.
Así que bate sus ligeras plumas
Retórnole sus dones, y abrigándome
Con mi propia virtud, a la pobreza
Honrada aunque sin dote alegre vuelvo.

No es de mi genio cuando el mástil cruje
De la borrasca al ímpetu, acogerme
A vanos ruegos y pactar con votos
Que la carga venal de Chipre y Tiro

No haga más rico al piélago insaciable.
Por mí, que todo se hunda y venga un bote,
Que Pólux y su hermano y viento amigo
Por entre los tumultos del Egeo
Me pondrán en la orilla sano y salvo.

Bogotá, 7 de septiembre: 1879.

ODA 26, LIBRO 3º

A VENUS

Vixi puellis nuper idoneus.

Hice frente en otros días
A rapazuelas y amores,
Militando no sin brillo
Bajo esos gayos pendones.
Hoy tierna lira, arma mía,
Confórmate con tu nombre,
Concluíste tus campañas
Y es tiempo ya de que adornes
Los sacros muros del templo
De la doliente de Adonis.
¡Ella te acepte! y permita
Que a su izquierda te coloque,
Donde te acompañarán
Mis hachas de alegres noches,
Los arcos y las palancas
Que rebeldes puertas rompen.

¡Ah . . . ! Reina que en Chipre tienes
La más opulenta corte,
Y en Menfis anchos jardines
Sin nieves que ajarlos osen:
Una vez más, dulce Reina
Déja que tu gracia implore.
Con ese tu alzado látigo
Hiere a la arrogante Cloe.

Bogotá, octubre 30: 1882.

ODA 30, LIBRO 3º

A MELPÓMENE

Exegi monumentum.

Un monumento me alcé
Más duradero que el bronce,
Más alto que las pirámides
De regia, fúnebre mole.
Uno que ni el aquilón,
Ni aguaceros roedores
Vencerán, ni cuantos siglos
Rápido el tiempo amontone.

Yo entero no moriré.
Gran parte de mí a los golpes
Vedado está de la parca;
E irá creciendo mi nombre
Fresco entre coros de aplausos
De nuevas generaciones,
Mientras haya ojos que miren
Al augusto sacerdote
Y muda vestal subiendo
Al capitolio del orbe.

Yo, si bien de humilde cuna,
Seré proclamado noble
En el yermo donde al cabo
Dauno reinó entre pastores,
Y donde el violento Aufido
Al mar estruendoso corre.
Lo seré, porque el primero
Fui yo quien al duro albogue
Del latino, arrancar supe
Eolios líricos sones.
Préciate pues de tus méritos,
¡Oh inflamadora Melpómene,
Y mis cabellos tu mano
Con lauro délfico adorne!

Julio 24: 1879.

ODA 2ª, LIBRO 4º

A ANTONIO JULIO

Pindarum quisquis.

Todo el que en rapto emulador pretenda,
Píndaro nuevo, compartir su gloria,
Alas de cera, desastroso vuelo
De Icaro ensaya.

Río que a tumbos de los montes rueda,
Y alto de lluvias desbordado avanza,
Tal, sin medida, férvido, profundo,
Píndaro corre.

Y siempre Apolo su laurel le ciñe,
Ya en atrevidos ditirambos lance
Nuevas palabras, y discurra en sueltos
Números libres;

Ora a los dioses, o a los reyes cante,
Sangre de dioses, que condigna muerte
A los centauros y a quimera horrenda
Dieron heroicos;

Ora al que excelso con la palma Elea
Vuelve a su casa; ora al jinete, al pújil
Que él, con un dón mayor que cien estatuas,
Premia opulento.

Ya llore el joven que a su tierna esposa
Duros robaron; y ensalzando al cielo
Su ánimo y vida inmaculada, él mismo
Róbalo al Orco.

Cisne de Dirce: mucho y fuerte viento
Sopla bajo él, y a su placer lo encumbra.
Yo en tanto, abeja de Calabria, sigo
Modos de abeja.

Si ella, orillando el Tiburino bosque
Coge tomillo, y con trabajo sumo,
Yo, como ella laborioso y parvo,
Labro mis versos.

Tú, Antonio Julio, verdadero vate,
Con mayor plectro cantarás al César,
Cuando en triunfo por la sacra loma
Traiga al Sicambro.

Nunca mayor ni mejor dón al mundo
Hizo el destino; y otro igual los buenos
Dioses no harán ni devolviendo el de oro
Prístino tiempo.

Tú cantarás nuestros alegres días,
Foro sin litis, populares juegos,
Dicha de Roma, que impetró la vuelta
Del fuerte Augusto.

Si algo yo hablara de escucharse digno,
Nuestros acentos se unirán. Que al César
Roma recobre, y cantaré tan bello
Sol de ventura.

Mientra en el triunfo la ciudad recorras
¡Vítor! iremos aclamando, vítor
Y ondas de incienso a los benignos dioses
Ofreceremos.

Tú con diez toros y otras tantas vacas
Cumplirás. Yo le quitaré a la madre
Cierto becerro que en soberbio pasto
Guardo ofrecido.

Rojo es su cuerpo; mas el rostro imita
Luna creciente en su tercera noche,
Con sus dos puntas, y una mancha nívea
Sobre la frente.

Bogotá, octubre 1º: 1879.



ODA 3ª, LIBRO 4.º

Quem tu Melpomene semel.

I

Al mortal a quien tú con blandos ojos
Mirares, ¡oh! Melpómene, al nacer,
No le darán renombre la Istmia lucha,
Ni en carro ecaico el volador corcel.

Ni campos de ardua lid, do hundiera en polvo
La arrogante hinchazón de más de un rey,
Lo mostrarán del Capitolio al pueblo
Con corona triunfal cinta la sien.

La verde selva, las corrientes aguas
Que hacen del fresco Tívoli un vergel,
Eso hará insigne, en verso griego, al hombre
A quien miraste plácida al nacer.

II

Roma, la ciudad reina, entre su amable
Coro, cantor me nombra sin desdén;
Y ya la envidia un poco menos que antes
Me agasaja con ósculos de hiel.

¡Piéride! ¡oh tú que el dulce són gobiernas
Del áurea lira! tú cuyo poder,
Si te viniera en voluntad, soltara
En cántigas de cisne al mudo pez.

Es merced tuya si al pasar me enseñan
Unos a otros murmurando «¡ved!
«El lírico de Roma!» Y merced tuya
Que agrade mi canción, si grata fue.

Septiembre 22: 1879.



ODA 4ª, LIBRO 4º

ELOGIO DE DRUSO

Qualem ministrum fulminis alitem.

Como al ave de Júpiter,
Ministra de su rayo
Que por raptora fiel de Ganimedes
Hizo el rey dios emperatriz del viento,
Sacan del nido tierna todavía,
Juvenil osadía
Y el heredado instinto de su aliento ;

Y al principio las plácidas
Brisas de primavera,
Aunque asustada de su audacia misma
La enseñan a soltar vuelos no usados;
Luégo al redil más vivo ardor la lleva;
Y ora en dragones ceba
Su hambre de lucha y miembros destrozados,

O así como de súbito
Si triscando ágil cabra
Ve al cachorro león que destetado

Haciendo ensayo de sus dientes gira
Del campo en rededor, y ella inocente
Párase al verlo, y siente
Que al instrumento de su muerte mira.

Tal el Reto y Vindélico,
Nación audaz que ignoro
Quién enseñó a llevar, como amazonas,
Armada siempre de segur la diestra,
Flaco sintieron su ánimo y confuso
Al afrontarlos Druso
Al pie del Alpe en belicosa muestra.

Aquel ejército, árbitro
De victoria y conquista
Por tánto tiempo y dilatada zona,
A un joven sucumbió prudente y justo.
Vio a dónde alcanza un natural no esquivo
Al paterno cultivo;
Vio lo que de un Nerón hace un Augusto.

Los buenos, los magnánimos
Nacen del fuerte y bueno,
Y así como el bridón su estirpe anuncia,
Polluelo vil no es de águila guerrera.
Sanas doctrinas lo heredado exaltan,
Mas do costumbres faltan,
El natural más noble degenera.

¡Diga el Metauro, dígate
Asdrúbal destrozado,
Cuánto a los Claudios, Roma insigne debes!
Hable aquel día eterno en la memoria,
Que ahuyentó de tu cielo noche horrenda,
Postrer sol de contienda,
Primero de descanso y de victoria.

Después que Aníbal prófugo
Cruzó nuestras ciudades,
Cual la llama las selvas, cual las ondas
El huracán, creció tu poderío:
Que restauraste, con piadoso ejemplo,
Cuanta imagen y templo
Cayó al Cartaginés tumulto impío.

Y Aníbal mismo, el pérfido,
Diz que al fin exclamaba:
«¡Locos vinimos acosando adrede,
«Como a tropel cerval lobos feroces,

«A estos hombres ayer; hoy, grande hazaña
«Hará quienes los engaña
«Y elude su furor con pies veloces!

«Hé aquí la gente intrépida
«Que aunque asaz contrastada
«Del Tusco mar, sus dioses, padres e hijos
«A Italia transportó de Ilión ardiente.
«Mirad el mutilado álgido roble
«Que saca esfuerzo doble
«Del hierro mismo que lo hirió insolente.

«Menos feroz contra Hércules,
«Ya de triunfar dudoso,
«La Hidra los trozos de su cuerpo alzaba.
«¡Monstruo sin par hundido en el profundo,
«Surge de allí más válido y terrible
«Y vence al invencible,
«De aplauso y de irrisión llenando el mundo!

«No más nuncios de júbilo
«Dirigiré a Cartago.
«Ya, muerto Asdrúbal, la esperanza ha muerto:
«Murió de nuestro nombre la fortuna.
«No habrá labor que un Claudio no supere.
«Júpiter los prefiere:
«Adiéstranse a la lid desde la cuna.»

Bogotá, septiembre 10: 1879.



ODA 5ª, LIBRO IV

A AUGUSTO

Divis orte bonis.

¡Oh tú que por los dioses buenos fuiste
Al nacer señalado
Guardián sin par de la romúlea gente!
Mucho, mucho tiempo há que estás ausente.
Vuélve, ¡ay! que prometiste
Pronta vuelta al Consejo venerado.

A esta tu patria, oh generoso guía,
La alma luz restituye;
Pues cuando al pueblo, que ávido te espera,
Muestras tu faz, perenne primavera,
Más brilla el sol, y el día
Es raudal que apaciblemente fluye.

Cual con votos, con súplicas y agüeros
La madre al hijo llama
Que allende el mar Carpacio ínvido el Noto
Por más de un año demoró, remoto
De sus patrios linderos
Y del amor que sobre todos lo ama;

Y así como ella la tenaz mirada,
Que el vivo sol no ofusca
Ni en la sombra cegó, nunca desvía
Del curvo puerto, con igual porfía,
De ansia fiel traspasada,
La patria al César vigilante busca;

Porque merced a ti vagan seguros
Por la heredad los bueyes,
Ceres desborda, ríe la Abundancia,
Cruza el nauta a placer su franca estancia,
Y mejor que entre muros
Mora la Fe bajo las santas leyes.

Ya dolo vil no mancha hogar bendito:
Freno al atrevimiento
Ley y costumbre imponen. De la madre
Es gloria el hijo semejante al padre;
Y acosa hoy al delito
Su hermano inseparable: el escarmiento.

¿Quién hoy tiembla del Persa? ¿Quién del Scita?
¿Quién de la horrenda, extraña
Visión de monstruos que Germania aborta?
¿Quién, incólume el César? ¿Y qué importa,
Vivo él, si resucita
La ira feroz de la guerrera España?

Por sus collados hoy la luz del día
Consume en paz cualquiera,
A olmos viudos yuntando vid fecunda.
Vuelve alegre al hogar, y en la segunda
Mesa, en fiel compañía,
Te nombra como a dios, y te venera.

No hay donde estés que fervorosos ruegos
Allá su amor no mande;
Vierte en tu honor su más preciado vino,
Y entre su tutelar grupo divino
Te honra a ti, cual los griegos
A Cástor fulgoroso, a Hércules Grande.

«¡Buen Patrón! ¡largos días, días de fiesta
Dé a la Italia tu mano!»

Tal dice a el alba nuestro pecho enjuto,
Y tal, rendido a Baco su tributo,
En ancha mesa honesta,
Cuando sumerge al sol el Oceano.

Bogotá, septiembre 29: 1882.



ODA 6ª, LIBRO 4º

HIMNO A APOLO

Dive quem proles Niobea magnae....

¡Oh Dios cuya venganza, por su soberbia lengua,
Vio Níobe en su prole; como a su turno en sí
Ticio el raptor, y Aquiles, que a Troya casi él solo
Venció, fuerte ante todos, más débil para ti.

En vano, hijo de Tetis, con tremebunda lanza
Batió las torres dárdanas. Cual pino que mordió
Fierro tenaz, cual prócero ciprés que el Euro tumba
En teucro polvo, lejos la altiva frente hundió.

Jamás dentro un caballo, mentida ofrenda a Palas,
Burlar a los troyanos pensara este adalid
En medio de sus fiestas; ni en alegres danzas
A Príamo y su corte, ajenos de la lid.

El, tea en mano, hubiera quemado a pleno día
¡Que horror! al niño aún mudo y al niño por nacer,
Si no alcanzáis tú y Venus que permitiese Júpiter
A Eneas otra y próspera Ilión establecer.

¡Dios del laúd, maestro de la sagaz Talía,
Tú que las crenchas bañas del Janto en el cristal,
Guardián de las ciudades, Apolo siempre joven,
Sostén con honra el astro de mi región natal!....

El me dio el genio, el arte y el nombre de poeta.
¡Doncellas y donceles, de Roma ilustre flor!
Vos todos, protegidos por la nacida en Delos
Que el ciervo y lince alcanza con su arco matador:

Seguid el ritmo lésbico, a mi pulgar atentos,
Cantando ritualmente al Numen del laúd
Y a la deidad Noctíluca, de luz creciente, que hace
Pingüe la mies y aviva del tiempo la inquietud.

Y un día, ya casada «canté, dirá la joven
«Vuelto el solemne júbilo, el himno secular,
«Grato al Olimpo, y dócil mi lengua obedecía
«Al vate Horacio, que iba marcándome el compás.»

Bogotá, octubre 29: 1882.

ODA 7ª, LIBRO 4º

A TORCUATO

Diffugere nives.

Huyeron las nieves, retorna a los campos la grama,
La fronda a las selvas,
El suelo ya es otro, y mermando recobran los ríos
Sus márgenes ciertas.
Ya Gracias y Ninfas, vestidas del aire, su urdimbre
De danzas ordenan;
Y al par van las horas llevándose el año, y cantando:
«Aquí todo vuela.»
El céfiro ahuyenta la escarcha; y el férvido estío
Las flores ahuyenta;
Y Otoño al Estío, y a Otoño sabroso, el tirano
Que fúnebre reina.
Las rápidas lunas, empero, sus menguas reparan.
Del hombre ¡ay! ¿qué resta
Sino sombra y polvo, así que bajó a donde moran
Tulo, Anco y Eneas?
¿Quién sabe si al monto hoy vivido añadir el mañana
Los númenes quieran?
El tanto que hoy des a tus goces, es tanto salvado
Del que ansíe tu herencia.
Ya muerto, y por Minos la solemne sentencia dictada
De premio o de pena,
No esperes, Torcuato, ni piedad, ni elocuencia, ni estirpe
Que a vida te vuelva:
Ni a Hipólito casto logró Diana sacar de las hondas
Tartáreas tinieblas;
Ni al fiel Piritóo quebrantarle Teseo invencible
Las negras cadenas.

Bogotá, octubre 4: 1882.

ODA 8ª, LIBRO 4º

A MARCIO CENSORINO

Donarem pateras grataque commodus.

Yo, Censorino, grato a mis íntimos,
Tazas y bronces con gusto diérales,
Y griegas trípodes, premio al intrépido;
Ni dones ínfimos a ti tocárante
Si rico halláreme de obras que al público
Parrasio y Scopas mostraba célebres
Hombres y dioses fabricando hábiles
Ya en tosca piedra, ya en tintas líquidas.

Mas tal no puedo, ni extraña tu ánimo
Tales regalos para su júbilo.
Gustas de versos, versos ofrézcote,
Veamos cuánto valdrá esta dádiva.
Ni esos inscriptos parlantes mármoles
Por quien ya muertos grandes repúblicos
Tornan gozando vida y espíritu;
Ni el raudo paso de Aníbal prófugo
Tras de amenazas repulsas e írritas;
Ni el fuego en que arde la ciudad Púnica
Muestran, cual Ennio, qué encomios tócanle
Al que aun su nombre conquistó al Africa.

Si calla el libro, no hay premio al mérito.
¿De Ilia y de Marte qué fuera el párvulo
Si el silencio ínvido pusiese su óbice
A los de Rómulo sagrados títulos?
La creadora virtud, y el crédito
Y voz del vate, potente oráculo,
De Estigias ondas rescatada Eaco
En las dichosas islas conságranlo;
Así concurre solícito Hércules
Al deseado festín de Júpiter,
Y a rotas naves salva en el piélago
El grupo fúlgido, prole de Tíndaro;
Y ornado Baco de verdes pámpanos
Humanos votos trae a buen éxito.

Bogotá, agosto 16: 1879.

ODA 12, LIBRO 4º

A VIRGILIO

Iam veris comites.

Ya vientecillos de Tracia,
Cortejo primaveral.
Agitan los blancos lienzos,
Sosiegan la crespa mar.
Ya no están yertos los prados,
Ni hinchado bajo el dogal
De las nieves del invierno
Brama el río montaraz.
Flébil gimiendo por Itis
Ya el ave de hado fatal
Que de Cécrope y su trono
Oprobio eterno será,
Porque vengó malamente
Del rey la atroz liviandad.
Triste Progne, hoy golondrina,
Su nido labrando está;
Y de sus gordas ovejas
Va en zaga el joven guardián;
O juntos varios que oprimen
La tierna grama vivaz,
Cantan al són de su flauta
Y dan contento al dios Pan,
Que ama el ganado, y de Arcadia
La dulce escabrosidad.

Virgilio mío, este tiempo
Trae sed, y si por azar,
Como eres de nobles mozos
Predilecto comensal,
Se te antoja cierto vino
Que de Cales vino acá,
Sabe que sólo con nardo
Tu ración merecerás.
Un fragante botecillo
El listo hechizo será
Que el cántaro íntegro saque
Del Sulpiciano raudal,
A dar esperanzas nuevas
Con su largueza eficaz
Al ánimo, y en sus ondas
Agrias cuitas ahogar.

Si te tienta, si te urge
Este prospecto, ven ya,
Ven.... mas no olvides tu impuesto,
Imaginando quizás
Que a lo Lúculo voy gratis
A bañarte en mi lagar.
No tardes, da tregua un punto
Al avaricioso afán,
Y recordando del muerto
La negra llama voraz,
Ya que aún te es dado, une al seso
Tal cual ligero desmán,
Que hasta esto de hacer el loco
Tiene su oportunidad.

Bogotá, septiembre 21: 1882.



ODA 2ª, DEL EPODON

Beatus ille.

(Con algunas expresiones de la traducción de fray Luis de León).

Feliz quien lejos del bullicio y lejos
Del logrero sin leyes
Cultiva así como en los tiempos viejos
Su heredad con su bueyes;

Ni atroz bélico toque lo despierta,
Ni airado mar lo abate,
Y evita el foro y la soberbia puerta
Del protector magnate.

El se place ayuntando al olmo erguido
La vid de largo brazo;
Y poda el ramo inútil, e ingerido
Pone otro en su reemplazo.

O esparcida en el valle su vacada
De lo alto la vigila;
Y castra el limpio colmenar, y a cada
Oveja enferma esquila.

¡Con qué placer cuando alza de oro y rosa
Otoño su bandera,
No apaña la uva, púrpura, sabrosa,
O enjerta blanda pera!

Y a ti, Príapo, a ti, guardián Silvano,
Las primicias ofrece,
Y ya en la tenaz grama, o del anciano
Roble al pie, se embebece

Oyendo las querellas que se envían
Los pájaros sin dueño,
Y el murmurar de fuentes que extasían
En apacible sueño.

O cuando al són del trueno en valle y cerros
Helado invierno acampa,
Ya lanza al jabalí con tren de perros
En la parada trampa;

O con red clara que en horquillas tiende
Coge al *tordo goloso*,
Y al lebrato, a la grulla en lazos prende,
Gaje a su afán gustoso.

¡Quién las congojas del amor no olvida
Si así el tiempo acompasa!
Y cuán mejor si esposa fiel le cuida
Los hijos y la casa.

Si así, cual la sabina o la pullesa
De andar al sol tostada,
Colma en leña el hogar cuando él regresa
Cansado a su morada,

Y las cabras ordeña que en buen hora
Arrestó en su cercado,
Y saca vino fresco, y elabora
Un festín no comprado,

No me gustarán más ostras lucrinas,
Ni el rombo, ni el escaro,
Si huracán de levante a ondas latinas
Vuelve a echar dón tan raro;

Ni el gallipavo de Africa, ni el griego
Francolín más estimo,
Que las olivas que en mi huerta riego,
Do una rama es racimo;

O la romaza que ama el césped bello,
O la benigna malva,
O el cabrito que ya dentro del cuello
Del lobo audaz se salva;

O la oveja que a Término en su fiesta
Siempre se sacrifica:
Viandas a que la vista en tanto presta
Una sazón más rica.

Ver como a casa apacentada torna
La diligente oveja;
Los lasos bueyes, cuyo cuello adorna
Vuelta al revés la reja;

Y como enjambre que el fogón rodea,
La turba de criados ...
Alfio dijo esto, y ya dejar desea
La usura por los prados.

Recoge hacia los Idus su dinero,
Y a las calendas.... otra vez logrero.

Septiembre 23: 1879.

ODA 4ª. DEL EPODON

Lupis et agnis quanta sortito obtigit.

CONTRA SEXTO MENA

Si entre cordero y lobo hay pugna eterna,
La misma el hado entre los dos fundó:
Que abrazaron tus piernas férreos grillos
Y tus lomos el látigo español.

Cuando midiendo vas la Sacra Vía
Con seis varas de toga, oye la voz
De cuantos al parar, a un lado y otro
Vuelven la faz con franca indignación:
«A *ése*, a fuerza de azote lo sajaron,
«Hasta que el pregonero enronqueció;
«Y hoy, ese mismo, en el falerno campo
«Tiene unas mil yugadas en labor:
«Y se atreve a pisar con sus rocines
«El Apia vía, y despreciando a Otón,
«Como un gran caballero usa sentarse
«En primer banco, a par del Senador....»

¿A qué cargar tánta ferrada prora
Contra cualquier gavilla que se alzó
De ladrones y esclavos, cuando *éste*
Este es aquí tribuno de legión ?

Agosto 17: 1879.

EPODON VI

CONTRA CASIO SEVERO

Quid immerentes hospites.

¿Porqué a inofensivos huéspedes
Atarazas, perro vil,
Y eres con los lobos manso?
¿Porqué no vuelves aquí
Tus vanas roncas, la furia
De tus humos de mastín?
¿Porqué no a mí?.... Porque sabes
Que yo sí te prendo a ti;
Que como alano, o al uso
Del digno de su país
Perro lacón, fuerte aliado
Del celador del redil,
Sabré, con orejas altas,
Por la honda nieve afligir
A no importa qué alimaña
Que alce delante de mí.

Tú, después que el bosque aturdes
Con tremebundo latir,
Vienes a husmear tu pitanza
Cual falderillo ruin.
¡Cuénta! ¡Cuénta que ya aspérrimo
Enristro el cuerno sutil
Contra la infame caterva!
Ya embisto, como al malsín
De Oscípolo el fiero Hipónax,
O como en su frenesí
De yerno burlado, Arquíloco
Al suegro falso e incivil.
Si un quídam, de negro diente
Se atreve a morderme, dí,
¿Piensas que yo como un niño
He de sentarme a gemir?

Bogotá. septiembre 23: 1882.

ODA 7ª DEL EPODON

AL PUEBLO ROMANO

Quo, quo scelesti ruitis.

¿A dónde, a dónde os despeñáis, impíos?
¿Porqué asir otra vez las armas fieras?
¿Harta latina sangre, sangre a ríos
No corrió ya por ondas y praderas?

¡Ah! y no corrió para incendiar los muros
De la envidia soberbia de Cartago,
Ni para ver entre eslabones duros
Al intacto Bretón contar su estrago;

Sino para que Roma sucumbiera
Cual quiso el parto, a propios empellones.
Nunca, a no ser con brutos de otra esfera,
Hicieron tal ni lobos ni leones.

¿Qué os arrastra, decid, ciega locura?
¿Algo más fuerte, nuestra culpa grave?
Callan: tiñe su faz lívida albura,
Y estupefacta su razón no sabe.

Y así es, yo lo sé. Quiere el destino
Que pague Roma la fraterna muerte.
La sangre que vertió golpe asesino
Dios sin cesar sobre nosotros vierte.

Bogotá, septiembre 6: 1879.



ODA 15 DEL EPODON

A NEERA

Nox erat.

Era la noche, y en sereno cielo
Febe reinaba entre inferiores luces,
Cuando tú, de los dioses en presencia,
Prendida a mí, como la hiedra al roble,
Mirabas (ya perjura entre ti misma)
Lo que mi propia voz te iba dictando:
«Mientras ronde el rebaño el lobo hambriento,
«Mientras Orión, terror de los marinos,
«Les subleve la mar; mientras de Apolo
«La intonsa cabellera al viento flote,
«Pagaré tu constancia.»

¡Harto, oh Neera,
La mía te costará! Ten entendido
Que si un átomo de hombre a Horacio resta,
No sufrirá que noche tras de noche
Regales a otro más feliz....Alguna
Encontraré que me ame cual yo amo;
Y así que tu beldad se me haga odiosa
Y me penetre el ánimo este agravio,
No habrá poder que mi firmeza rinda.

En cuanto a ti, quienquiera que tú seas,
Afortunado que hoy tan alto marchas
Soberbio de mi mal, por opulento
Que en rebaños y tierra hayas nacido,
Y aunque sólo por ti corra el Pactolo;
Mas, si resucitado te infundiese
Pitágoras su ciencia, y eclipsaras
A Nireo sin par con tu hermosura,
¡Ah! los cielos harán que tus amores,
Mudados a otro, mísero lamentes,
Y que a mi vez te vuelva yo tu risa.

Bogotá, octubre 2: 1882.

NOTA—Observa Theodore Martin en su librito sobre Horacio (Blactwood & Sons, 1870, página 113) que el gran lírico no tiene una poesía erótica en que el verdadero sentimiento sea más perceptible que en ésta, pareciéndole las demás fruto de sensualidad, galantería o ficción. Martin la traduce y le resulta un tanto irónica, especialmente en el *Nec semel offensæ cedet constantantia formae,—Si certos intrarit dolor*, que vuelve en inglés.

The pang once felt, his love is past recall.



ODA 16, DEL EPODON

AL PUEBLO ROMANO

Altera jam teritur.

I

Una edad más en fratricidas luchas
Ya se está consumiendo ; y Roma, aquella
Que ni el vecino Marso, ni la etrusca
Multitud de Porsena amenazante,
Ni Capua, nuestra émula, ni el fiero
Espártaco cruel, ni el sedicioso
Alóbroge feroz que al viento cambia,

Ni Germania ojiazul, ni el mismo Aníbal,
Odio de nuestros padres consiguieron
Destruír, ni aun domar: la invicta Roma,
Hoy a su propio esfuerzo se desploma.

II

Nosotros, sí, generación impía,
Sangre al furor del cielo consagrada,
La destruiremos. Su desierto sitio
Ocuparán las fieras nuevamente.
Las cenizas de Roma, el sacro polvo
De nuestros padres, hollarán, ¡oh infamia!
Bárbaros vencedores. Sus corceles
Irán con resonante casco hiriendo
La ciudad, y aun los huesos de Quirino,
Que aire ni luz hoy toca irreverente,
Esparcirá, ¡qué horror! su pie insolente.

III

¿Qué alivio cabe en tanto mal? diréisme
Todos, o los mejores. Prevalezca
Mi opinión, y es la de los focios, cuando
En masa huyeron su ciudad maldita
Y por morada al jabalí y al lobo
Campos, casas y templos relegaron.
¡Irnos a cualquier parte, a dondequiera
Los pies nos lleven, o por agua el Noto,
O si no sopla el Noto, Abrego impío!
¿Os place? ¿Algo hay mejor....? Nadie lo sabe.
Buen agüero, y con él a henchir la nave.

IV

Pero antes de partir juremos todos
No regresar jamás mientras no floten
Sobre la mar las rocas descuajadas
Del fondo del abismo.... ¡Sí! juremos
Dar sin rubor la vela hacia estas costas
Cuando el Po anegue las nativas cumbres,
Y monte tras de monte el Apenino
Se lance al mar; y amor pasmoso enlace
La paloma al milano, el ciervo al tigre;
Cuando grata al león la grey se entregue
Y pez la cabra por las ondas juegue.

V

Jurado ya por todos cuanto pueda
Cortar la dulce vuelta y renegado
Cuanto se deje atrás, vámonos todos,

O los que al terco vulgo aventajemos.
Quédense por su mal, los que no saben
Probar ni aun esperar mejor fortuna,
Los de ánimos postrados, los medrosos
Hijos de la molicie, y que se aferren
A sus infaustos lechos. Vos en tanto,
Que habéis virtud, no así como a mujeres
Os apesaren pérfidos placeres.

VI

Allende la fatal toscana orilla
Volemos pues que nos aguarda inquieto,
Circundador del mundo, el Oceano.
Vamos en pos de aquellas pingües islas,
De aquellos campos, venturosos campos
Do al año hay trigo sin arar, do abunda
La uva sin poda y siempre fiel sus ramas
Brinda el olivo. Su árbol ennegrece
El higo tentador, la hueca encina
Destila miel, y de los montes altos
El sonoro raudal desciende a saltos.

VII

Allí las cabras sin llamarlas vienen
A la colodra y la vacada amiga
Trae tirantes las ubres. No hincha el suelo
El nido de las víboras ni brama
De tarde el oso en torno del aprisco.
¡ Cuántas más cosas gusto al par que asombro
No nos darán !.... Allí ni el Euro rae
Con sus turbiones los feraces campos,
Ni a la gorda simiente abrasa nunca
El árido terrón: que el Rey supremo
Templa benigno el uno y otro extremo.

VIII

Ni nautas de Sidón, ni el pino de Argos,
Ni la princesa impúdica de Colcos,
Ni el trabajado séquito de Ulises
Supieron de estas playas. Peste alguna
No cayó en sus ganados, ni astro hiriólos
Abrasador. Las segregó del mundo
Jove para morada de los buenos
Cuando a la edad del oro manchó el bronce.
Vino tras éste el hierro, edad más dura;
Pero creed al vate: allí os predigo
Que aún se reserva al justo un dulce abrigo.

Bogotá, agosto 20: 1879.

NOTAS puestas a veintiuna traducciones mías, de odas de Horacio, enviadas al señor Menéndez Pelayo—Septiembre 18 de 1879.

Originó estas traducciones el deseo de dar con ellas una prueba de aprecio y simpatía al señor Marcelino Menéndez Pelayo, autor de *Horacio en España*, aumentando así al mismo tiempo las versiones americanas de Horacio que comunicara a dicho ilustre literato, mi querido amigo y paisano don Miguel Antonio Caro, el traductor de Virgilio.

Mi designio no ha sido el de hacer traducciones de gusto clásico, ni de laboriosa y esmerada interpretación. No alcanzan allá mi estilo y fuerzas; ni trabajándolas de prisa, las más en cama, atormentado por agudísimos dolores, y para enviarlas *por el próximo correo*, pueden tener la elección de dicción y el asiento de estilo que no resultan sino de una revisión posterior, pasado el primer esfuerzo de vaciar en molde propio ideas ajenas y de lengua y tiempo extraños. Rogando pues al señor Menéndez que excuse su inevitable crudeza y las muchas inadvertencias que contendrán, diré que mi plan fue el de escoger algunas de las odas del Venusino que fuesen más a propósito para hacer comprender y sentir a los despreciadores de lo clásico, y en especial griego y latino (partido numerosísimo en América), que el *tal* Horacio era un gran poeta, un alma sensible, generosa, piadosa y delicada, un moralista capaz de avergonzar a muchos de nuestros días; y su país y su tiempo digna materia de estudio y aplicación para los nuéstros. Las formas, pues, debían ser populares en lo posible, como para popularizar al lírico latino e inducir a los lectores a estudiarlo en mejores y más completas fuentes. Creo, además, que cualquier forma es buena si agrada y no pugna con la gravedad o la ligereza del asunto original.

En punto a dicción traté de dar literalmente la *palabra* de Horacio, siempre que el castellano y el metro lo consintiesen; rompiendo con cierta etiqueta de lenguaje que viene de siglos atrás privándonos en ocasiones de expresarnos con la fuerza y verdad que admite nuestro idioma. Tengo para mí que de romper esa etiqueta puede resultar hoy, en manos más diestras que las mías, un buen recurso de frescura y efecto en la expresión. No sé si es a algún manejo de Shakespeare, o a mi natural anticeremonioso, a lo que debo, también en violación a dicha etiqueta, cierta afición a usar voces o modos vulgares cuando los aristocráticos no satisfacen por débiles o por ya trillados y rutineros. Ejemplo de lo primero: en la oda *Altera jam teritur*, traduje *ubera tenta*, *ubres tirantes*. Ejemplo de lo último: en la oda *Quo, quo scelesti ruitis*, verso 10, traduje *sua dextera*, *a propios empellones*, por la fuerza de esta palabra, que *agresiones* u otra rima semejante no reemplaza. Profeso el principio de que los poetas deben proponerse no sólo no dejar degradar el lenguaje usual e inocente, sino también ensancharlo todo lo posible, elevando con buena elección lo vulgar o llano que no tiene en lo culto correspondencia enérgica. ¡Qué golpes tan humanos, tan certeros y profundos no suele dar Shakespeare por este medio! Para ciertos momentos, haciéndose olvidar el literato, el hombre se hará sentir más.

Me permití abreviar tal cuál rasgo inoportuno o pesado del original (uno el de las *Amazonas* del *Elogio de Druso*), y dislocarlos anteponiéndolos a los más felices para remate de estrofa; y otras veces, como en la de *Cur me querelis*, aproveché el desahogo del metro para añadir breves incidentes explicativos.

Omití llamar *rojos* al león y al Tíber, porque nunca han sido rojos, sino leonado el uno, y color de adobe oscuro, u oro amarillo negruzco, el otro, según tengo entendido; como que en italiano lo llaman *biondo*. Parece, en fin, que Horacio tenía ciertas muletillas o voces favoritas, como la de *tumultos*. Se las he reproducido, y basten estas observaciones, que pueden ser triviales o erradas, como de quien

invade campo ajeno. Ustedes los filólogos tendrán eso analizado y fijo de mucho atrás.

Por inperfectas que sean estas bagatelas, siempre agradeceré al señor Menéndez la ocasión que él nos ha dado de *leer* a Horacio, pues traducir en verso a un poeta es el mejor método de leerlo; y agradezco especialmente la distracción que esto me ha proporcionado, alternando entre Horacio y la morfina para olvidarme de la vil materia y poder dormir en medio de dolores casi incesantes que me taladraban la cabeza. En gracia de esta obra de misericordia, perdóneme el gran resuscitador de Horacio si he tratado de contradecir la aserción de su libro, a la página 103, de que «una traducción poética de Horacio no es para hecha en ratos de ocio, ni como solaz de más graves tareas: requiere largo esfuerzo y aplicación constante»; así como mi amigo Caro, y yo, y el público español, pronto consumidor de su primera edición, desmentimos también sus modestas falsedades de que ese libro «no ha de ser leído por nadie» (página xv), y de que había sido escrito «no para solaz y recreación, sino para tormento de los lectores.» Por mi parte, Dios os bendiga, Horacio y Menéndez Pelayo, mis solazadores en estos tres meses de tormento.

Si la vida alcanza y esta muestra agrada, puede ser que yo complete, solo o acompañado, la producción de un «Horacio bogo tano.»

Odas 1ª y 2ª Angustam amici y *Exegi monumentum* En estas, y acaso en otras de mis traducciones, ocurren algunos finales agudos y esdrújulos que alguien censurará. Sobran autoridades que me disculpen; pero sobre todo, la energía y propiedad de la expresión deben preferirse a la observancia de esas reglas menudas, si reglas merecen llamarse.

5ª A Barina. Aquí cambié a mi antojo el *me senes.*

7ª Delicta majorum. Bello tiene en sus Silvas americanas lindas reminiscencias de aquí.

8ª Intactis opulenior. Aquí introduje algunas breves cuñas en obsequio de mis estrofas.

9ª Donarem pateras. Esta fue (enviada a usted) muy cruda. Aquella forma necesita especial pulimento para quitarle el efecto bufo que produce en castellano.

11ª Donec Gratus. No me ocurrió metro de más ligereza y coquetería que nuestra seguidilla. ¿La condena usted como antihoraciana?

12ª Altera jam teritur. Aquí Horacio hace una especie de profecía de América, y receta a los buenos de Europa que emigren para acá. Nuestro Libertador y martir el General Bolívar escribió que «lo único que se puede hacer en América es emigrar,» supongo que a Europa. Debemos pues inferir que la raza humana ha hecho inhabitable todo el globo y que es lástima que tan hermoso local esté tan mal ocupado. ¿Le gusta a usted ese metro? Me parece que combina lo suficiente de lírico con mucha libertad y ventaja para lo descriptivo.

13ª *Parcus Deorum*. La idea final me pareció que pedía soneto.

16ª *Otium Divos*. Byron recordó probablemento el *patriae quis exul se quoque fugit* en su canción a Inés del canto 1º del *Childe Harold:*

«¿What Exile from himself can flee?
«To zones, though more and more remote,
«Still, still pursues, where'er I be,
«The blight of life: the demon Thought.»

Que cuando muchacho traduje así:

«¿Puede huír de sí mismo el desterrado?
«Los más lejanos climas atravieso,
«Y aún me sigue este azote de mi vida,
«Este tenaz demonio: el Pensamiento.»

Ahí notará usted algunas variantes o correcciones. Puede usted escoger la que prefiera.

17ª *Faune Nympharum*. ¿Habré exagerado el buen humor, el espíritu báquico de mi última estrofa? *Túndele, cásquele, déle :* así usamos estos verbos en América. ¿No en España? ¿Es preciso *túndela?*

18ª *Tyrehena regum*. Esta oda me parece una exquisita epístola; de aquí mi elección del verso blanco.

20ª *Qualem ministrum*. De imitaciones del arranque, recomiendo a usted la de Olmedo con que empieza el canto *Al General Flores, vencedor en Miñarica:*

«Cual águila inexperta, que impelida
«Del regio instinto de su estirpe clara,
«Emprende el precoz vuelo
«En atrevido ensayo,
«Y elevándose ufana, envanecida
«Sobre las nubes que atormenta el rayo,
«No en el peligro de su ardor repara
«Y a su ambicioso anhelo
«Estrecha viene la mitad del cielo.

«Mas de improviso, deslumbrada, ciega,
«Sin saber dónde va, pierde el aliento,
«Y a la merced del viento
«Ya su destino y su salud entrega:
«O por su solo peso descendiendo
«Se encuentra por acaso
«En medio de su selva conocida,
«Y allí la luz huyendo, se guarece,
«Y de fatiga y de pavor vencida
«Renunciando al imperio, desfallece.»

En cuanto a vuelos de águila, es valiente el arranque de la oda de Zorrilla:

«Súbe pájaro audaz, súbe sediento
«A beber en el viento
«Del rojo sol la esplendorosa lumbre;
«Súbe batiendo las sonantes alas
«De las etéreas salas
«A sorprender la luminosa cumbre, etc.»

hasta que tropezamos con la palabra *inmundo*.

¿Cómo es que en el Tesoro de Quintana no he encontrado en la oda a las Artes el trozo de Meléndez a que usted alude? ¿Es de otra oda?

«Como el ave de Jove, que saliendo....»

No vacilé en añadir el *Reto* al *Vindélico* para no ser mezquino con Germánico. La *paloma* que no nace del águila me pareció un *truism* (una perogrullada) de efecto peligroso en español, y preferí *polluelo*. *El praelia conjugibus loquenda* traducido literalmente me pareció flojo; preferí rematar la estrofa combinando el aplauso y la parlería de alcoba en la idea de la gran figura de Aníbal herida, insultada a un tiempo por la risa del mundo para él y su aplauso para los romanos. ¿Entraría tal vez en Horacio algo de esa idea de rídiculo?

Si *dirigiré* suena peor que *enviaré* (última estrofa), puede usted sustituír lo segundo. Ni una ni otra voz me cuadran.

21ª *Cur me querelis*. Busqué para ésta un metro quejumbroso, quebrado, análogo al de *¿Qué se hizo el Rey don Juan?* No sé si acerté.

22ª Empecé a traducir el *Beatus ille* de este modo:

«Feliz el que apartado
«Del vano mundo, y libre de usureros,
«Con sus bueyes cultiva el heredado
«Paterno campo amado,
«Como en los tiempos cándidos primeros,
«Ni soldado a deshoras lo levanta
«Són de alarma y combate;
«Ni mercader la fiera mar lo espanta;
«Y evita igual su planta
«El foro y los umbrales del magnate.

«El se place ayuntando al olmo erguido
«La tierna vid por su mugrón crecido,
«Y poda con su hoz los ramos vanos,
«Y otros injerta en su lugar lozanos.»

Pero, además de los epítetos añadidos al principio, leí la jugosa y sabrosísima de fray Luis de León. y boté el lápiz. Convengo con usted en que no hay traductor como ése, porque lo más importante de una traducción poética no es dar la idea (cosa al alcance de cualquier latinista), sino el *sentimiento*, y nadie en lo clásico siente y hace sentir como aquel hombre privilegiado.

Bogotá, septiembre 18: 1897.

NOTA A LA ODA DE « DIFUGERE NIVES »

La exquisita belleza de tántas composiciones de Horacio, como ésta, entristece, y es para mí patente prueba de la divina e inmensa novedad del Cristianismo. ¿Porqué son siempre mariposas brillantísimas pero de vuelo corto, que tiran a la materia, al fango, y allí van siempre a hundirse? Son así porque les faltan las verdaderas alas, las eternas. Horacio busca la verdad, voltea a su rededor, la toca y no la advierte. ¿Qué habría sido él cristiano?

Fuéra de nuestros libros sagrados, paréceme que la herencia poética de la humanidad está, hasta ahora, repartida entre los antiguos y los modernos: de los antiguos es el arte, admirablemente adecuado a sus creencias y a su vida y necesidades ; de los modernos es el fondo infinito, la revelación que no fue sólo revelación de la verdad, sino también de poesía incomparable, divina: la unidad, el orden completo, la justa proporción entre las sombras y las realidades, entre lo que parece y lo que *es*; la seriedad, la solemnidad, la fe, la caridad, la esperanza; la clave moral y física de la creación ; la reducción del universo visible, del *todo* pagano ante la expansión sin límites de Dios, de sus obras, del hombre y de sus destinos. De los antiguos la lira, de los modernos el inmensurable espacio sonoro ; de aquéllos el esqueleto, de éstos el alma, el corazón. Pero por consiguiente me atrevo a creer que el poeta moderno no se ha levantado todavía a la altura de su parte de herencia, de su precioso privilegio y ventaja sobre los antiguos, como si nuestra fortuna nos abrumase y aturdiese. Muchos milagros de nuestra fe vemos en otros órdenes, pero está por verse en éste en lo humano, Muchos ordenados y aún sacerdotes, pero no aparece el pontífice. Ni Dante, ni Milton, ni Calderón (no aludo al dón dramático), ni Chateaubriand se han revestido de esa soberana dignidad. En Goethe hubo arte y ciencia, y buena vista de la naturaleza, pero faltó cristianismo. En Byron tuvimos un serafín *enfant gaté*, con su arrobadora belleza y sus caprichos y mala crianza. Lamartine trajo muchos y grandes dotes: no ha aparecido jamás para mi ligero criterio un poeta más espontáneo, más poeta nato que él; pero carecía de len-

gua (y con todo hizo poético el francés) y carecía del mundo que sobraba a Shakespeare; y la política, la idolatría y el *dandysmo* lo distrajeron. Víctor Hugo es un Góngora colosal, volcán en perpetua erupción, prodigio de corazón, de fantasía, de fuerza y de esfuerzo; pero lírico en lo teatral, y teatral trágico en lo lírico, profesa deliberadamente la fealdad y el exceso, no se conforma con ver la naturaleza, sino que casi siempre la muerde, la taladra, la desgarra y destroza; a fuerza de color suele echar a perder la línea y el modelado; agarra tanto que aprieta poco, y en fin, si no me equivoco, lo que le falta es la *medida* que, como en la medicina, es la luz pura y la eficacia del arte. Este (el arte) *outré* deslumbra y no alumbra; apunta y no da en el blanco.

Creo que, en general, en la poesía moderna falte el arte, amén de algo más, y ha sobrado al mismo tiempo la mala adaptación del arte antiguo. No somos suficientemente paganos para apreciar la poesía pagana, pero sí lo bastante para viciar la nuéstra y desnaturalizarla. En las demás artes la sociedad cristiana ha sido quizá más afortunada, ha madurado más fruto, y prueba de ello es, por ejemplo, lo que se empequeñece nuestra poesía ante nuestras catedrales, o leída a los ecos de la gran música del catolisismo. Nos falta arte sencillo, grande y solemne, y nos sobra artificio. Muchas imágenes, muchas labores, mucha enciclopedia, mucha *anécdota*, mucha superficie: ausencia de un corazón sólido, asentado, incontaminado, bueno, luminoso, suficiente, infinito: ausencia de la *historia*. ¿Y no es bochornoso que el cristianismo no haya producido aún nada humano que anule a Horacio?

Muy de otro modo pienso respecto del arte dramático. En lo antiguo fue más divino, a su manera, por lo vario y terrenal de sus dioses. Expresión de la patología social e individual, fruto propiamente humano, y artificial por esencia, ha estado y está en su terreno entre los modernos. Aun creo que la alta facultad, la potencia dramática y la lírica son incompatibles, porque el dramaturgo no puede ser universal, no puede ver todas las cosas en una, sino a costa de la individualidad; requiere una versatilidad de espíritu, una alma cósmica que no sé cómo coexistiría con la posesión de una sola voz, sincera, candorosa y dominante, ni cómo daría tánto salto desde una gran profundidad. De aquí dramas como los de Byron y Zorrilla, de aquí líricas como los sonetos de Shakespeare. El drama en España es la planta silvestre; no me canso de admirar la aptitud de todos sus poetas en este dificilísimo género; y como allí y acá somos unos mismos, y en la América que conozco nuestra esterilidad en él es absoluta, atribuyo el milagro peninsular a irresistible exigencia de aquel pueblo, mientras que el nuéstro no pide dramas ni los paga ni los lee, porque rara vez hay teatro adonde vaya a habituarse al teatro, y por ende no nos pone la cabeza en prensa para cebar su costumbre. Permita Dios que el teatro español se mantenga elevado, serio, puro y propio, se mantenga *verdadero*, aunque su atractivo, sus lauros y provechos, sigan desviando y absorbiendo la facultad lírica de sus ingenios. Esa absorción explica probablemente la comparativa escasez de su producción lírica; que pienso yo, debe ser allá más fuerte y más nacional que la dramática, por el carácter español; y en Francia lo contrario.

He dado demasiada soltura a la pluma en esta nota hidrópica, y quizá sean mis conceptos desconsiderados e injustos, como hijos de una lectura y estudio muy indolentes, y de un ideal tal vez muy ambicioso e irrealizable. No soy autor, soy impulsador.



APENDICE

HIMNO DE NERON

DURANTE EL INCENDIO DE ROMA

(De *¿Quo Vadis?*).

Bello Apolo, fulgente dios mío,
Rey de Crisa y de Ténedo y Quío,
Por cuya égida fuerte amparada,
Florecía Ilión la sagrada.

¡Ay! ¿porqué la entregaste, Esminteo,
Del Atrida al colérico azote?
¿Sufres tú que en tus aras fragantes,
De tu espléndida gloria humeantes,
Sangre teucra por bálsamo brote?

Tú que el dardo de plata fulguras,
Dí, ¿no viste hacia ti los ancianos
Cómo alzaban las trémulas manos?
¿Ni a las madres con tiernas criaturas
Que imploraban a gritos piedad?

¡Ah, las rocas no fueron más duras
Al humano dolor y orfandad!
¡Tú entretanto cantabas! ¡Tu canto
Era el trueno de tal tempestad!
De tu canto al divino gorjeo
Apagabas para hombres y dioses,
Gritos, preces, suspiros, adioses....
Mas hoy mismo insensible Esminteo
Ojos hay que el escándalo impío
Con dolor profundísimo asalta
Y de líquidas perlas esmalta
Como a flor virginal el rocío.

Cuando al haz del sangriento sudario
Que cubrió el venerable escenario,
Surgió súbito, al són de aquel himno,
El incendio... el poniente más digno
De aquel sol de exterminio y espanto
¿Qué soñaba Esminteo, el profeta,
Dios poeta que a Ilión amó tanto?

A UNA ESCOCESA

(De Wordsworth).

¡Dulce niña escocesa! No una gracia,
Una lluvia de gracias fue tu dote.
Catorce iguales cariñosos años
La copa de sus dones han vertido
Sobre tu frente! y estas pardas rocas,
Este llano casero, este arbolado
Que un ancho velo a medio alzar nos finge,
Esta cascada que sin fin murmura
Cerca del siempre silencioso lago,
Este rincón, pacífica bahía
Que algo de encanto a tu mirada presta;
Todo esto unido, y tú, su flor mimada,
Me parecéis la fábrica de un sueño,
Formas de aquellas que en el alma flotan
Cuando la ingrata vida al fondo duerme,
Pero oh linda criatura que aun de día
Y al esplendor del cielo resplandeces.
Visión como eres tú, yo te bendigo,
Y el corazón de un hombre es el que te habla,
El te bendice y del Eterno implora
Que mientras vivas, con su amor te escude.
Ni aún sé tu nombre; a ti como a los tuyos
Extraño soy, y sin embargo mira
Cómo llenas de lágrimas mis ojos.

Una vez lejos de todo esto, sabe
Que por tu bién, con emoción sincera,
Rogaré al cielo. Porque nunca un rostro
Ni una figura vi donde más claros
El juicio ingenuo y la bondan refuljan
Madurándose al sol de la inocencia,
Brotada aquí cual generoso grano
Que trajo el viento, lejos de los hombres.
No se concibe en ti la baja y triste
Mirada del mendigo, ni el alarma
Que el rostro a las doncellas arrebola.
Traes en la frente, a toda luz el sello
De libertad del montañés; expande
Tu rostro la alegría; en tu sonrisa
Piedad humana irradia dulcemente,
Y un decoro perfecto, ambiente noble
De cuanto dices y haces, te circunda.
Nada te coarta o enmudece: sólo
El raudo hervor de tu pensar, que agota

Tu escasa provisión de inglesas voces;
Mas tal contrariedad, mordaza leve,
La gracia y vida de tu gesto exalta.
Así también yo he visto, y no por cierto
Sin conmoverme, pájaros de aquellos
Que aman la tempestad y que afanados
Las alas contra el viento rebatían.

¿Qué mano habrá que para ti no anhele
Tejer una guirnalda? ¡oh preciosura!
¡Y qué dicha no fuera en este campo,
Entre el rudo brezal de una hondonada,
Vivir cerca de ti como tú vives,
Vistiendo como tú, siguiendo en todo
Tu sencillez, pastor de tal pastora!
Mas si de mí te ríes, bien pudiera
Algo más serio imaginar contigo.
Tú no eres para mí más que una ola
Del mar inagotable, y me encantara
Tener algún derecho en tu existencia,
Siquiera el de un vecino como tantos.
¡Oh qué júbilo oírte, qué delicia
El sólo verte! ¡Ser de tus hermanos
El mayor; ser tu padre, el que te cuide;
Ser cualquier cosa tuya, pero tuyo!

¡Ahora, gracias, oh Dios, que en tus mercedes
Llegar a este rincón me permitiste!
Hallé el contento aquí, y al alejarme
Llevo en el corazón la recompensa.
En parajes como éste es donde damos
Su precio a la memoria, y donde vemos
Que ella tiene ojos.... Por lo tanto, ¡basta!
¿Porqué a partir entonces resistirme?
Siento que adrede tal conjunto ha sido
Hecho para el recuerdo, para darme
Perpetuamente este placer, y nunca
Perderlo mientras viva. Así no temo,
Oh dulce montañesa, adiós decirte,
Irme de aquí donde me ves dichoso;
Porque bien sé que hasta que Dios me llame
Tal cual hora los veo, he de estar viendo
Esta cabaña, y este puertecillo,
Y esta cascada, y este lago mudo,
Y a ti, ¡oh alma bendita de todo esto!

LIBERTAD Y AMOR

(María Juana Christie de Serrano).

Toque mi ávida boca el sacro fuego,
Y surja el himno, y corra volador
La gran palabra, excelso botafuego,
Por la fibra infinita del amor;

Y ésta, obediente al *¡Salve!* sobrehumano
Que proclamó la ansiada libertad,
Estremeciendo al mundo expanda ufano
Tu inmenso corazón, ¡oh humanidad!

¡Libertad! ¡Santo amor! ¡las más divinas
Gracias del cielo que hasta el cielo alzó
Mágico amor las almas peregrinas
Donde una vez la libertad prendió!

Pero aquel que a su soplo en torpe calma
Resista inerte, sentenciado está.
Nunca llama de amor fundirá su alma,
Que a su tacto no más se apagará.

¿Será nuestro destino innoble, infando
De nuestros siervos déspotas hacer,
Y las aguas del cielo despreciando
En turbias charcas mitigar la sed?

Romped, ¡oh hermanos! y húndase al abismo
Cada eslabón de esclavitud tan vil;
Y más nunca, hecho dios el Egoísmo,
El trono del Amor usurpe aquí.

Que el grito abrazador del hombre al hombre
Truene doquier. La Libertad ya entró
De la Luz hija y del Eterno en nombre,
En lid mortal con el voraz dragón.

Tornará la Justicia. El nuevo imperio
La paz, gaje de Amor, coronará;
¡Y roto el degradante cautiverio,
No la Fuerza, el Derecho reinará!

EL SECRETO DE LA NATURALEZA

(María Juana Christie de Serrano).

Llena de anhelo está mi alma
Tratando en vaga inquietud
De asir una sombra, un duende
Que huye a su solicitud.

Bien sé que al mortal no es dado
El puro néctar probar
De los dioses, ni el sentido
Misterioso penetrar

De esas cifras siempre idénticas
Y cambiantes a la vez,
En que el pulso de la vida
Late en férvida mudez;

O habla quizá en hondo canto
En cada botón de flor,
Hoja de árbol, gota de agua,
Rayo de luz temblador.

¡Ah, si pudiese dormido
Al Proteo sorprender
Y robarle su secreto
Con astucia de mujer!

Parece a veces que flota
En el claro azul vacío,
Luégo anida en una rosa,
Luégo en perla de rocío.

A menudo mi alma un tono
Pilló en onda musical,
Que a poder interpretarlo,
Ya era mío el duende tal.

Ora en caracteres fúlgidos
Corta la esfera veloz
Y de la magna tormenta
Vibra en estruendosa voz;

Ora a las flores murmúralo
El viento meridional
Rico en fragancia, y las flores
A la obrera del panal.

El ave soñando hallólo
En el misterioso albor,
Y embelesó la alta noche
Con trinos de ruiseñor.

Siempre la luna al oceano
Con su magia hechizará,
Y preso en red invisible
Al viejo monstruo tendrá.

Y éste hará, en susurros blandos
U hondos truenos, entreoír
El secreto que sus sueños
No cesa de perseguir.

Colma con él en verano
El aire tranquilo el sol,
Y doquier bulle al asombro
Del vespertino arrebol.

En la hojarasca, mortaja
Del aquel esplendor fugaz,
Cruje, y cual fantasma asoma
En negras noches la faz.

Cae silencioso de lo alto
Con el nevado vellón,
Pero se me escapa hundiéndose
Entre la tierra el bribón.

Y al tornar la primavera
De la juventud el brío,
A natura, con elíxires
Mixtos de fuego y rocío,

El corazón siento alado
Y álzase ebrio de placer,
Tras de aquello que en todo háblanos
De un regocijado ser.

Mas, ¡ah! canto de sirena
Que a ir me indujo a otra región
Con embusteras promesas
Turbándome la razón.

Es el plácido escarceo
Que al pozo el céfiro da,
Con chispas de oro halagándonos
Y murmurando: «¡Aquí está!»

¡Ah! lograse yo el encanto
De natura arrebatar,
Quieta al fin pudiera mi alma
En perpetua luz morar;

Mas de lo alto, do el espíritu
Siempre es libre para el bien,
Las estrellas en silencio
Nos están diciendo: «¡Ven!»



LOS DOS HEROES

(Fragmentos del canto I del poema *Destiny*, de María Christie de Serrano).

«¡Nó, Ernesto!—Clarens prorrumpió impetuoso—
«No atentes a ese *más allá* que forma
«La gloria de la vida y su alegría.
«¡Qué miserable dón nuestro sér fuera!
«Sufrir las amarguras, las congojas,
«La lucha de la tierra, con la muerte
«Por desenlace, si otro fin más alto
«No tuviese el vivir que horas y días
«Ir aguardando y consumiendo en ansias
«Que con su hora fugaz desaparecen.
«¡Nó! Más noble heredad tiene aquí el hombre
«Que estos terrenos intereses, frutos
«De tronco vil, que donde nacen mueren.
«Intérprete de Dios, Naturaleza
«Nos habla en sus secretos santuarios,
«Que hollar no es dado, y desde allí nos insta
«A ir más arriba, y escalar las cumbres
«Donde entre lo visible y lo invisible
«Erigió el tiempo divisorias vallas.
«Ella nos manda ver, en flor o estrella,
«Símbolos del Poder Omnipotente,
«Que no por ruin desprecia objeto alguno
«En su cuidado, y cuya ciencia suma
«Concebir pudo el plan maravilloso
«Que por corona y fin al hombre ostenta.»

«¡Qué!—dijo Ernesto—y osa el hombre el título
«Tomar de la más noble obra divina,
«Cuando en ciega demencia excede al bruto
«Que sangra en su servicio. Cuando el odio,
«El orgullo y la envidia en su alma el cetro
«Blanden que la virtud reclama en vano.

«¿Sueña él rasgar el velo misterioso
«A la mano tremenda que alta empuña
«De vida y muerte la pensil balanza,
«La que vertiendo soles y planetas,
«Con fuerza igual mantiénelos volteando
«Desde que los creó? ¿Y asir pretende
«Con vista espiritual el fuego vivo
«Que inflama las estrellas, él, que apenas
«Si abrazar puede, en su visión más amplia,
«Algún rayo de luz, mezquina gota
«Del refulgente piélago del día?

«¡Oh Ernesto! aquellos que sus claros nombres
«En los siglos que fueron nos dejaron
«Pirámides de luz que en todo tiempo
«Mostrando están el rumbo a las alturas
«Donde la fama entronizada impera,
«Esos héroes, y santos, y gigantes,
«No de músculos, de alma, que domaron
«Cual bestias de labor los elementos,
«Respóndente por mí que en nuestra arcilla
«Alguna chispa divinal ha entrado,
«Que querámoslo o nó, su fuente acusa.
«Con todo, harto lo sé, proscrita el alma
«De su esfera nativa olvidar suele
«Armarse de sus alas entre el polvo
«De baratijas que en su jaula encuentra,
«Y se contenta con ociar tranquila
«Y parear con transitoria hermana
«De un breve cautiverio, distraída
«De su estirpe celícola entretanto.
«Y sé también que sólo al alma seria
«La ciencia instala en su estrellado trono
«A regir a los hombres, con su cetro
«En viva luz bañado y por derecho
«De la sabiduría soberana.
«Y al alma seria únicamente el arte
«Franco abrirá su portentoso mundo,
«Y roto el sello al ánfora sagrada,
«Con el licor de inspiración divina
«La obsequiará; como al sincero y serio,
«Y sólo a él, la libertad excelsa
«Desplegará su pabellón radiante
«De eterna luz, a consumir llamada
«Las sombras del error, y a nuestros ojos
«Abrir de la virtud la fuente pura.»

....

«¡Fruición preciosa! más que cuantas otras
«Juntas brindara el mundo,—Ernesto dijo.

«Verlo así convertido en paraíso
«De nuestra humanidad regenerada . . .
«Pero es vano esperar que en este suelo
«Se desarraigue el mal. Quizá en alguna
«Remota estrella, cuyas puertas abra
«La mano de la muerte, ensueños tales
«Cumplidos hallaremos. Entretanto
«Cada hombre de por sí que romper tiene
«Los hierros que lo ciñen y abaldonan,
«Y no hay fuerza exterior que alce vivientes
«Gérmenes que por dentro inertes yacen;
«Ni soplo que antes de llegarle su hora
«La gaya flor despierte en la semilla.
«¿Dejó en el bién acaso confirmada
«La humanidad el Redentor Divino
«Cuando quiso en la cruz por nuestras culpas
«Su sangre dar? ¿Los doce que entre todos
«Los hombres escogió y elevó El mismo
«A su alto ministerio, los que oyeron
«Su propia voz y su apacible rostro
«Lograron contemplar, y cuyas huellas
«En su fuente alumbró la luz bendita
«De amor supremo y ciencia inalterable,
«Siguieron esos doce por ventura
«Sin un traspié por el camino estrecho?
«¿Y cómo en su poder vivificante
«Nuestras humanas débiles palabras
«Podrán exceder nunca a la del mismo
«Creador y Redentor? Son nuestra dote
«El bien y el mal: dos fuerzas contrapuestas
«De donde esnos preciso nuestra propia
«Fuerza sacar, en libre y larga lucha
«Por someter el mal, nuncio de muerte,
«Al bien, eterno código de vida.
«Estriba aquí nuestra única esperanza
«De alcanzar la virtud. Cada hombre tiene
«Que lidiar solo, mas no cuente el triunfo
«Unicamente a su favor, que es vida
«El esfuerzo también firme y sincero.»

. . . .

Hubo una pausa. En exaltado tono
De desdén Clarens la rompió exclamando:
«¡Mi alma no te conoce, oh infecunda
«Doctrina ruin que en los humanos pechos
«Secas los manantiales de la dulce
«Y afable caridad que *espera todo!*
«Doctrina que a encontrar al alma enseñas
«Su más alta y mejor sabiduría

«En el triste rigor de un egoísmo
«Que hiela y mata cuanta flor pudiera
«Suave agraciar nuestro áspero destino.
«¡Nó! ¡Déjame más bien que espere en vano
«Una y mil veces, antes que una sola
«Mostrarme frío al mal que aliviar pueda,
«O perezoso en ministrar mi ayuda!
«¡Las amarguras sufra, una y mil veces,
«De la confianza traicionada y torpe,
«Antes que un caviloso titubeo
«De honda prudencia en esta fe que abrigo
«En la virtud cual nuestro bién más alto
«Y universal bendito patrimonio!
«Y si la edad del desengaño un día
«Con su saber tan caro ha de traerme
«Esta amarga lección ¡oh, que su aliento
«No llegue a helar las candorosas flores
«De la embriagante juventud ! ¡que esconda
«Antes la muerte, en noche prematura,
«Junto con sus aromas las promesas
«Del iris tentador de la esperanza!»

STABAT MATER

¡Vedla al pie del leño santo,
Madre fiel, deshecha en llanto,
Y a Jesús colgado en él!
Gime su alma desolada
Por el hierro traspasada,
Y sus ojos brotan hiel.

¡Oh, cuán triste y afligida
La bendita, la escogida
Virgen Madre del Señor!
¡Con qué angustia y duelo infando
Ve temblando y sollozando
El suplicio de su amor!

¡Quién es hombre y no llorara
Si a esa Madre contemplara
Abrazada de la Cruz!
¡En qué ojos no habrá llanto
A la vista del quebranto
De la Madre de Jesús!

Por los crímenes del mundo
En suplicio, y moribundo
Y azotado contempló
A aquel Hijo dulce y caro
Que en completo desamparo
El espíritu rindió.

Haz ¡oh Madre! de amor fuente,
Que tu acíbar me alimente
Y esa hiel que lloras tú;
Y que ardiendo en santa llama
Ame a Aquél que tánto me ama
Y que puse en una cruz.

¡Madre! ruégote que hagas
Que me selle con sus llagas
Tu Jesús mi corazón.
El penó por mis pecados
Y yo quiero tus cuidados
Compartir y tu aflicción.

Hasta el día en que yo expire
Haz ¡oh Madre! que El me mire
Sollozando junto a ti;
Porque al pie de aquel madero
Quiero ser tu compañero
Y morir gimiendo allí.

No me apartes, Virgen pura;
Que tu cáliz de amargura
Como néctar beberé.
Por ganar la santa palma
Siempre abiertas en mi alma
Esas llagas mantendré.

Con sus hierros traspasado,
En su cruz extasiado,
Es tu amor mi solo amor;
E inflamado en llama intensa
Sé tú ¡oh Virgen! mi defensa
Ante el Hijo juzgador.

Que su santa cruz me ampare
Y su muerte me prepare
Con su gracia por sostén,
Y al morir ¡oh Madre pía!
Haz que llegue el alma mía
A la gloria del Edén.

CARTAS

DE LONGFELLOW A DON RAFAEL POMBO

Cambridge, march 30, 1871

My dear sir.

I have had the pleasure of receiving your long and interesting letter, and should have send you a more speedy reply, but for numberless occupations and interruptions.

Your translations are excellent. They are at once faithful and glowing. In particular I like that of The Salm of Life. I beg you to accept my most cordial thanks.

In regard to the other metrical specimens, I am not sufficiently skilled in the subject of Spanish versification to venture any opinion.. I am sorry to say that I am not acquainted with the «Sistema Musical» of De Mas; and thank you for bringing it to my notice. As soon as I have leisure I shall endeavor to find it in some library or at some bookseller's.

Thanks also for the other poems, which are original and striking. I do not believe that the Caiman has ever had the honor before of being celebrated in song.

With regards and good wishes, your truly,

Henry W. Longfellow

—

Cambridge, february 6, 1872

My dear sir.

I have read with great interest and pleasure your vigorous poem of «Cadena,» and have carefully compared the translation with the original, making here and there a suggestion in pencil on the margin.

The version in english seems to me very faithful and well done; and for your purpose is much better than any freer translation would be. I do not see that in any stanza it adds or omits anything, or in any way perverts your meaning.

«La cuestión penal» I take the liberty of keeping, as I have not yet had time to read it with care.

I thank you for the notice of «Evangeline». I am glad to see Mr. Morla's labor so well appreciated. The notice in the *Evening Post* I have not seen.

Excuse me for not sending a more speedy answer to your letter, and believe me, my dear sir,

Your faithfully

Henry W. Longfellow

Cambridge, february 14, 1872

My dear sir.

I think the stanza would read better as follows:

«Among my reprobate seven
«Chiefs, of old
«I portioned out the world;
«Pride reings supreme;
«Four brutalize, despoil it,
«And destroy,
«With Sloth and Envy seething
«Ar their feet.»

In the others stanzas,

«A Virtue militant is
«each reverse.»
and
«Thou didst succeed
«in quenching, but' twas saved.»

«Substituting» 'twas for «was;» the «it» referring to the «llama celeste.»

I have read the original over again, and like it much. It is a very striking lyric.

Many thanks for the information you give me touching the authorship of «Las ruinas de Itálica» I had not before heard of the Commission of the Academy. I took the poem from Mr. Bryant's volume, without questioning its authenticity.

With great regards

Your truly

HENRY W. LONGFELLOW

—

Cambridge, february 14 1871

My dear sir.

I was so busy this morning with those stanzas of the «Cadena,» that I quite forgot in my letter to thank you for the «Fonda Libre.» Accept my thanks now. It is a charming poem; very melodious, and as good as any thing in Montemayor or Gil Polo. I have read it with very great pleasure.

Excuse my neglect of this morning, and believe me

Your truly

HENRY W. LONGFELLOW

Cambridge, mass. november 27, 1880

My dear sir:

Long absence from home has prevented me from sooner writing to thank you for your friendly letter of june 18, and for the beautiful translations of poems of mine, which you were kind enough to send me.

Please accept now my very sincere, though tardy, thanks for these marks of your esteem and consideration, and be assured that I duly appreciate and value them.

As I cannot write to all who, with yourself, have done me this honor, I must beg you to thank them for me. More especially let me thank you for the very graceful and generous lines you have addressed to me in reply to «The Arrow and the Song.»

«Fausto,» «El Niágara» and the poem to General Payan reached me safely. The «Niágara» is a very fervid and striking ode; and « El Hombre de Ley » is full of true and noble sentiments.

Should you ever resume your intention of writing a lecture on my productions you will find all your questions answered, and all the information you need in «Allibone's Dictionary of Authors,» published by Lippincott in Philadelphia. I hope you have this work in some library at Bogotá. It is very valuable, in fact, one might almost say, indispensable as a book of reference on the subject of english and american literature.

With renewed thanks for all your kindness, I am, my dear sir,

Faithfully yours

Henry W. Longfellow

TRADUCCIONES POETICAS DE RAFAEL POMBO

Hemos creído conveniente reunir en un volumen aparte las traducciones de Rafael Pombo, para que los lectores puedan apreciar mejor la importancia de esta porción de su obra poética.

No sólo fue Pombo un lírico de «extraordinaria originalidad,» como dijo Menéndez y Pelayo, sino que como intérprete de ajenas inspiraciones, mereció que Enrique Pineyro le otorgara el honrosísimo título de «rey de traductores.»

No es frecuente que un poeta de personalidad tan poderosa y de tan fecunda inspiración, como Pombo, se dedique con entusiasmo y cariño a desempeñar las funciones más modestas de traductor. Los poetas de inspiración refleja son los más aficionados a esta difícil tarea, pues hallan en la creación ajena un estímulo para la propia actividad, y aprovechan el dominio que alcanzan sobre la forma poética para preparar un nuevo y digno molde al pensamiento extraño. Así existen en todas las literaturas modernas traducciones en verso, que han tomado puesto entre las obras clásicas y representativas de ciertos períodos literarios: como la *Ilíada* de Monti y la *Eneida* de Aníbal Caro; como las versiones que de Homero y Virgilio hicieron Pope y Delille en el estilo seudoclásico del siglo XVIII. Por lo que se refiere a poesía castellana, ahí están en la edad de oro la *Tebaida* de Estacio, del licenciado Juan de Arjona, y en la época moderna el *Virgilio* de Miguel Antonio Caro, que se yergue como indestructible monumento en el campo de nuestra literatura.

Cuando lee uno los poemas de Monti y admira la majestuosa perfección de los tercetos de la *Mascheroniana*, o de los versos sueltos de *Il bardo de la Selva Nera*, no sin advertir al propio tiempo la relativa escasez del jugo poético que por tales maravillas de arte circula, comprende que un escritor de ese género estaba predestinado a hacer la más bella de las traducciones en verso, el día en que tropezara—como le ocurrió,—con un original digno de tan regia vestimenta. La *Ilíada* de Monti es obra de arte insuperable, y al paso que sus poemas y tragedias están bastante envejecidos, su versión sigue gozando de no marchita frescura. Cierto es que algunos grandes y originales poetas modernos han hecho traducciones, pero se han ocupado en esto

como labor ocasional, como acontece con la fragmentaria versión de Virgilio hecha por Schiller, y con los pasajes calderonianos puestos en verso inglés por Shelley. También ocurre que un poeta, después de haber realizado, en una época de vigorosa producción, una obra original que encierra lo mejor de su genio, prefiere, a ensayar nuevos caminos, dedicar su talento a enriquecer la patria literatura con ejemplares traídos de otras lenguas. Don Andrés Bello —cuyo nombre no es posible omitir cuando de traducciones se trata,—después de haber cumplido su anhelo de ser el « Maron americano,» cantor de la agricultura de la zona tórrida y de los héroes de la Independencia, entretuvo los años de su fresca madurez dando forma imperecedera a las inspiraciones románticas de Víctor Hugo, y traduciendo en desenfadadas octavas reales los cantos del *Orlando enamorado* de Berni. Por obra del maestro venezolano, *La Oración por Todos* es la más popular de las poesías de Víctor Hugo entre los pueblos de la América Española ; y tan admirable es esa pieza, que sin dejar de contener lo más puro de la inspiración de Víctor Hugo, ha venido a ser una de las obras típicas de Bello, cuyo tesoro poético enriqueció con nuevas galas y preseas. Al recordar *La Oración por Todos*, *El Moisés*, *Los Fantasmas*, *A Olimpio*, piezas que tienen el más auténtico sabor castellano, se explica uno la razón que tuvo el sutil pensador italiano Benedetto Croce, para estampar en su *Estética* estas palabras: « La traducción que se llama buena es una aproximación que tiene valor original de obra de arte y que puede vivir independientemente.»

En Colombia se reparten el lauro como traductores los dos más fecundos entre nuestros grandes poetas: Miguel Antonio Caro y Rafael Pombo. La labor del primero es incomparablemente más extensa, pues comprende la traducción completa de Virgilio, una vasta antología de poetas latinos, un tomo de Sully Prudhomme y numerosas versiones de poetas modernos. Pombo tradujo menos, pero imprimió en sus interpretaciones en verso un sello tal de originalidad, que dio a esa porción de su obra una trascendencia que rara vez alcanza este género de labores.

Caro, talento educado en la contemplación de las obras maestras de la antigüedad latina, espíritu verdaderamente romano, ejemplar del perfecto humanista, tal como se concebía en la Europa del Renacimiento, se sentía en su elemento cuando se entregaba a la tarea de poner en verso castellano los exámetros de Virgilio, las estrofas líricas de Horacio y los *élegos* de Tibulo. El verso clásico castellano, con reminiscencias de Garcilaso, de León y de Herrera, se pliega maravillosamente en manos de Caro a la expresión del pensamiento latino; las estrofas adquieren grandeza

escultural; el torrente de los exámetros entra espumante en el preciso molde de las octavas reales, y los dísticos se acomodan sin esfuerzo en la ceñida forma de los tercetos. Cuando Caro interpreta grandes poetas modernos, como Byron, Lamartine, Víctor Hugo, Longfellow, sabe realizar la fusión del espíritu romántico y de la forma clásica, y así resultan piezas como las *Memorias de los Muertos*, donde la poesía musical, vaga y penetrante de Lamartine, llegó a grado excelso de inspiración melancólica y soñadora, que Caro supo encerrar en una forma de lapidaria perfección.

Pombo, poeta que nació y murió romántico, se sintió atraído desde su juventud por los grandes maestros de la escuela, y siguiendo su genialidad tradujo a Byron, a Víctor Hugo, a Lamartine, a Musset. Las versiones de Byron son sus primeros ensayos; de aquí que la expresión poética no tenga siempre la concentración y energía que requieren los versos del cantor de *Child Harold*. Más adelante, cuando ya estaba en la plena posesión de su estilo poético, interpretó magistralmente algunas inmortales elegías francesas, entre ellas *El Poeta Moribundo* de Lamartine, que en su dulcísima versión española es digna del original. El estado de alma del cantor de *El Lago Helado* coincidía con el de los grandes poetas a quienes traducía; de aquí la facilidad con que supo apropiarse melodías que interpretaban a maravilla sus propios íntimos sentimientos. El grupo de versiones de Longfellow y de Bryant, es de gran novedad y belleza. Nada diremos del *Puente de los Suspiros* de Hood, obra maestra de un poeta de posición secundaria, que por esa inspiración ocupa y seguirá ocupando puesto de honor en las antologías de joyas literarias inglesas. Pombo hizo un nuevo *Puente de los Suspiros* tan bello como el de Hood, y en que puso tanto de su propia alma que parece obra original, pues nada revela allí el esfuezo de adaptación del traductor. Ya en su madurez, Pombo, impulsado por el movimiento horaciano que promovió en España, con su avasalladora influencia, Menéndez Pelayo, volvió a sus nunca olvidados estudios clásicos, y dedicó los ocios que le dejaba una larga dolencia, para poner en verso las mejores odas del poeta de Venusa. Halagado por la admirable acogida que dio Menéndez a las muestras de esta versión, Pombo continuó traduciendo nuevas odas, y penetrando cada vez más en la intimidad de Horacio, que llegó a tener para su edad madura y reflexiva un encanto como el que había tenido Byron para su ardiente juventud. Pero así como Caro no dejó de ser clásico ni traduciendo a Lamartine, Pombo no perdió su genialidad romántica ni interpretando a Horacio, pues sus versiones son atrevidas, audaces, voluntariosas, y mezclan un sabor fresco al añejo aroma de las ánforas latinas. Comparando las traducciones de Pombo con las

de poetas clásicos, como Moratín y Burgos, se advierte inmediatamente la diferencia de interpretación y de estilo. Pero lejos de ser infiel Pombo al poeta a quien traducía, le bebió tanto los alientos que Menéndez Pelayo, juez irrecusable en la materia e implacable con las falsificaciones del arte antiguo, dijo de las traducciones del poeta bogotano: «No las hay más valientes ni atrevidas en nuestra lengua,» y declaraba con noble ingenuidad que aun cuando su *Horacio en España* no hubiera tenido otro resultado que el de dar ocasión a que esas versiones se escribiesen, daba por bien empleado el trabajo que puso en él, y por bien aprovechadas sus «investigaciones, al parecer áridas e infecundas.»

Para apreciar prácticamente los distintos procedimientos de nuestros dos grandes traductores, nada mejor que cotejar con el original la respectiva versión de un pasaje de alguna poesía célebre, verbigracia, las siguientes estrode *El Lago*:

Tu mugissais ainsi sous ces roches profondes,
Ainsi tu te brisais sur les flancs dechirés,
Ainsi le vent jetait l'écume de tes ondes
Sur ses pieds adorés.

Un soir ¿t'en souvient-il? nous voguions en silence;
On n'entendait au loin, sur l'onde et sous les cieux
Que le bruit des rameurs qui frappaient en silence
Tes flots harmonieux;

Tout a coup, des accents inconnus a la terre
Du rivage charmé frapperent les échos,
Le flot fut attentive et la voix qui mest chére
Laissa tomber ces mots.

Dice Caro:

Así cual hoy entonces resonabas:
Mugiendo estás como en aquellos días;
Contra estas peñas tu furor desbravas,
Y con la blanca espuma el musgo lavas
Donde sus pies lamías.

Era una tarde, en éxtasis supremo
Ibamos ella y yo bogando a solas,
Y bajo el cielo azul, de extremo a extremo,
Más no se oía que el batir del remo
Sobre las blandas olas.

Y al piélago dormido, al mudo viento
Cautivó de repente voz divina,
Jamás hombre escuchó tan dulce acento
Como el que oyó arrobada en tal momento
La esfera cristalina.

Dice Pombo:

Así bramabas tú bajo de esos peñascos profundos,
Y con rudo furor sus costados golpeabas así;
Y este viento también con acentos de amor gemebundos
Sus adorados pies salpicaba de espumas aquí.

Una noche feliz, ella y yo silenciosos bogando
Sobre tu espejo azul, era paz por doquier la extensión,
Sólo el golpe a compás de los remos tus aguas cortando,
Se dejaba escuchar con dulcísimo, armónico són.

De súbito una voz, nunca oída otra vez bajo el cielo,
Con timbre de un dulzor desgarrante los ecos hirió,
Enmudeciste tú, quedó estático el aire en su vuelo,
Y *Ella*, esa cara voz, estas notas pausada entonó.

Pombo, según escribió a Menéndez, se proponía publicar un *Horacio bogotano*. No llegó a cumplir su propósito, ni a traducir todas las odas del lírico latino. En este punto le ganó de mano el célebre historiador y literato argentino don Bartolomé Mitre, quien ya en la ancianidad publicó bajo el seudónimo de un *árcade romano*, una versión completa en verso de Horacio (1). No satisficieron a Mitre los apasionados elogios de Menéndez a Pombo, y en sus notas no puede ocultar el empeño de presentar como deficientes muchos de los pasajes de nuestro poeta. Es verdad que los dos seguían diversos sistemas de interpretación. Mitre buscaba la traducción literal, el calco del texto latino; cosa en que nunca pensó Pombo, atento más que todo a conservar en sus versos el espíritu, *el sentimiento* del original, a dar con los recursos propios de la lengua y de la versificación castellanas una impresión análoga a la que dan a un moderno las odas de Horacio. Procuraba especialmente conservar el rasgo gráfico, la expresión pintoresca, en lo cual procedió con acierto indudable, pues ésta es una de las notas características del lirismo horaciano, como explicó sabiamente el señor Caro, anticipándose a modernos humanistas, verbigracia, a Reinach, el cual ha dicho que Horacio, en sus odas es «el Theophile Gautier de los romanos» (2).

La obra de Mitre es un ejemplo de que puede hacerse una traducción con pretensiones de literal y que sea infiel en lo más sustancial, en lo que constituye el alma de la poesía, la cual se ha escapado como un perfume sutil de un pomo entreabierto. Mitre sigue la letra y procura imitar los metros horacianos, hasta donde lo permite la diversa prosodia de las dos lenguas, pero lo que no acierta a darnos nunca es la expresión artística, la frase concisa y nueva

---

(1) *Horacianas ad litteram versae por un árcade de Roma.* Tomo I, La Plata, 1895; tomo II, Buenos Aires, 1896. El latinista colombiano, don Francisco Vergara Barros, ha traducido también todas las odas de Horacio, y hace algún tiempo publicó el tomo I de su meritísimo trabajo.

(2) Sobre este tema dio el escritor boliviano Franz Tamayo una conferencia en que hay puntos de vista nuevos e interesantes. Titúlase *Horacio y el arte lírico*. La Paz, 1915.

con que Horacio sabía remozar temas comunes. La *callida junctura*, a que tánta atención prestaba el Venusino, es casi desconocida para el traductor argentino, descuidado poeta romántico en su juventud. Mitre, parecido en esto a Burgos, revela en sus notas una delicada apreciación de los primores artísticos del texto; pero puesto a traducir, la forma se le escapa de las manos y queda la escueta armazón de las graciosas y aladas estrofas latinas. Véase una muestra de la oda *Intactis opulentior*, que Mitre debió traducir con particular atención, por tratarse de una de las más celebradas piezas de Horacio:

El campesino Escita
Es más feliz en su vagante carro,
Como el rígido Geta
Con los productos de indivisos campos.

Que a todos pertenecen
Y que cultivan alternando un año;
Concluída la tarea
Vienen otros y siguen el trabajo.

Allí dulce madrastra
Da de mamar al huérfano sin madre,
Y la mujer dotada
No gobierna al marido con su amante.

Y su más rico dote
Es la virtud materna que por siempre
Guarda la fe jurada,
Y si la viola, crimen es de muerte.

¡Oh! tú, quienquier que fueres
Que pongas fin a la matanza impía,
Si Padre de la patria
Quieres que de tu estatua al pie se inscriba,

La indomable licencia
Refréna, y serás grande en el futuro,
Ya que la gloria viva
Tan sólo amamos cuando muere al mundo.

Pombo traduce así este mismo pasaje:

El Geta fiero, el Scita campesino
Que su hogar vagabundo en carros lleva,
Viven mejor: fruto a placer les brindan
Campos que no deslindan;
Ara un año no más cada vecino
Y otro reemplaza al que rindió su escote;
La inocente mujer en tanto cría
Dulce a su hijastro; y ni aun la rica en dote
Manda en su esposo, ni en galanes fía.

Que allí son el gran dote de la esposa
La virtud de sus padres, y la cierta
Jurada fe, que tiembla de hombre extraño,
No hay adúltero engaño

O su precio es la muerte ... ¡Oh! si alguien osa
Querer que Padre en bronces se le llame,
Por librarnos de escándalos y horrores,
Audaz reprima la licencia infame,
Y otra, si no su edad, le alzará honores.

¡Oh mengua! odiamos la virtud presente,
La odiamos por envidia; mas tan pronto
Como despareció de nuestra vista
Su ausencia nos contrista ...

No creemos que nos engañe el amor patrio, si proclamamos la superioridad del traductor colombiano en este pasaje que indica bien la diferencia de procedimientos de interpretación en los dos poetas americanos. Hasta en la letra nos parece más fiel a su original Pombo, que cuida, además, de las rápidas transiciones líricas, tan propias del arte horaciano (1).

No hay para qué ocultar que en estas odas de Horacio y en otras traducciones de su última época, verbigracia en algunos sonetos de Shakespeare, hizo Pombo ostentación de ciertas genialidades que un gusto severo no puede aplaudir; y usó expresiones exóticas y prosaicas por huír del gastado dialecto poético. Hasta en la parte métrica demostró su nativo desenfado, pues tradujo una oda horaciana en seguidillas, metro de índole tan popular, y a decir verdad, salió airo-

(1) Campestres melius Scythæ
Quorum plaustra vagas rite trahunt domos,
Vivunt. et rigidi Gethæ,
Immetata quibus jugera liberas
Fruges et cererem ferunt;
Nec cultura placet longior annua,
Defunctumque laboribus
Aequali recreat sorte vicarius.
Illic matre carentibus
Privignis mulier temperat innocens,
Nec dotata regit virum
Conjux nec nitido fidit adultero.
Dos est magna parentium
Virtus, et metuens alterius viri
Certo fædere castitas,
Et pecare nefas, ant pretium est mori.
O quisquis volet impias
Cædes aut rabium tollere civicam
Si quæret pater urbium,
Subscribi statuis, indomitam audeat
Refrænare licentiam,
Clarus post genitus: quatenus, heu nefas!
Virtutem incolumen odimus
Sublatam ex oculis quærimus invidi.

Estos últimos, célebres versos, de eterna aplicación en todo el mundo y que Pombo interpreta rectamente. reciben, en la traducción de Mitre, una traducción un poco extraña. Esa gloria *viva* que amamos cuando *muere*, es cosa un tanto paradógica y poco horaciana.

so del empeño. También acomodó en un romance octosílabo los épicos alejandrinos del *Matrimonio de Orlando*, de Víctor Hugo, bien que con respecto de esta última pieza, puede alegarse que al escoger ese molde típico de la poesía nacional española, no hizo Pombo otra cosa que revestir de su vieja forma un asunto que había dado ya materia a un largo romance del ciclo caballeresco (1).

Cuanto a la parte métrica se refiere, tiene singular importancia en una traducción poética, y a veces constituye obstáculo casi insuperable para conservar su fisonomía original a ciertas composiciones célebres, en las cuales la forma externa es tan característica, que si se modifica o altera, la obra cambia de aspecto. Ejemplo clásico de esto nos ofrece *El Cinco de Mayo* de Manzoni, poesía tal vez la más célebre del siglo pasado; pues no comprendemos a qué puedan sonar esas ágiles estrofas diluídas en otra clase de versos. Pero como el artificio métrico de esa oda es tan espontáneo en italiano como difícil en otro idioma cualquiera que no tenga tan proporcionada equivalencia de rimas esdrújulas y agudas, resulta que al reproducir en castellano las estrofas manzonianas, tienen cierto aspecto exótico y jamás alcanzan la plenitud armónica del original.

El señor Caro, que había estudiado profundamente el arte de traducir y había comprobado sus observaciones con los resultados de una larga práctica, con ocasión de hacer un ensayo de versión de *Child Harold*, observó que la estrofa elegida por Byron para su poema daba a éste una fisonomía especial, y que si se alteraba el metro, se desnaturalizaba el aspecto arquitectónico de la obra. De acuerdo con esta teoría hizo su traducción, imitando la estrofa spenseriana, con buen éxito, por tratarse de un corto fragmento, pues en una obra extensa, tan complicada combinación, ajena a nuestra métrica, acabaría por fatigar al poeta y a sus lectores. Cuando la adaptación del metro extraño es imposible, hay que buscar una aproximación, una equivalencia; y así lo hizo felizmente el señor Caro en no pocas de sus versiones.

---

(1) Véase en el *Romancero General* de don Agustín Durán el romance titulado *Desafío de Montesinos y Oliveros por amores de Aliarda*, que empieza así:

«En las salas de París,
«En el palacio sagrado,
«Donde está el Emperador
«Con su imperial estado,
«También estaban los doce
«Que a una mesa se han sentado....»

Claro es que no hay otra analogía que la del asunto entre este descuidado romance y el admirable cuadro de *La Leyenda de los Siglos:* Víctor Hugo debió hallar el tema en antiguos poemas franceses.

Un ensayo atrevido hizo también Pombo con la traducción del episodio de Laoconte en versos que imitan los hexámetros de la *Eneida:* en tan escogido fragmento, que se prestaba a una enérgica interpretación, el resultado fue satisfactorio. En cambio, la *Eneida* toda entera, traducida en esta metrificación por D. Sinibaldo de Mas, como explicación de su *sistema musical de la lengua castellana*, es de difícil e ingrata lectura. En otros idiomas se han hecho ensayos de este género, que, según los eruditos, han dado mejor resultado, verbigracia, la *Ilíada* alemana de Voss; en castellano el hexámetro puede ser de agradable efecto en una corta inspiración lírica, como los versos *En alta mar*, de José Eusebio Caro, y el canto *A Popayán*, de Guillermo Valencia, y también en algún fragmento narrativo como el de Pombo, o uno u otro que se encuentra en la versión de Mas; pero nunca se aclimatará suficientemente para que suene como verso propio del idioma castellano, por obstáculos prosódicos bien conocidos (1).

A quien finja mirar con poco aprecio las traducciones poéticas, bastaría recordarle, cómo por medio de ellas se ha enriquecido nuestra literatura con joyas que, de otro modo, serían desconocidas, como el *Anhelo de Patria*, de Boscowich, traducido por Caro. ¿Quién, fuera de algún erudito, habría oído aquí el nombre de aquel religioso poeta autor de una elegía latina que es modelo de poesía de sentimiento? El señor Caro quiso sacar piadosamente esa obra del profundo olvido que la envolvía; y la tradujo en hermosísimos versos, con toda fidelidad, conservándole esa curiosa mezcla de sentimiento ingenuo y de erudición clásica, que le da tan especial sabor y la coloca a tánta altura sobre las poesías latinas de colegio o de academia. No se olvidarán fácilmente aquellas suaves estrofas:

¡Ilíricas montañas! ¡de Ragusa
Altos muros queridos!
¡Aire que recibiste de mi infancia
Los primeros vagidos!

Cuándo ¡ah! cuándo será que torne a veros,
Yo, que en extraño clima
Envejecí, y en las amadas puertas,
¡Mis ósculos imprima!
....

(1) *Sistema musical de la lengua castellana*, por D. Simbaldo de Mas. Madrid, 1856. El error capital de este sistema radica en la creencia de que en castellano hay sílabas largas y breves, y que, combinándolas, se pueden obtener formas métricas como las latinas. Hermosilla también creyó en las sílabas largas *por posición*, etc.; pero nunca aconsejó que se hiciesen hexámetros ni pentámetros castellanos. Ese error ha sido sostenido varias veces, y no sería imposible que volviera a aparecer, aun cuando está en oposición con los hechos y con el testimonio del oído de cuantos hablan castellano.

Ya siete veces se ostentó ceñido
De espigas el verano,
Y siete veces con su bruma y hielos
Pasó el invierno cano,

Desde que Roma, la ciudad de Marte
En su cerco me encierra,
Desposeído del materno halago
De la ilírica tierra.

¡Ay! si del techo que abrigó mi cuna
Pude espacio tan luengo
Permanecer ausente; ¡desdichado!
De bronce el alma tengo.
....

También, climas buscando más geniales
De aquí la golondrina
Se aleja y nuevo derrotero emprende,
Alada peregrina.

Más cuando vuelve el céfiro, y las flores
Brotan, su dulce nido
Torna ella a visitar, de algún añoso
Madero suspendido.
....

En tanto, a do risueña se aparece
La ilírica ribera,
Allá declinaré, raudo volando
En dirección certera.

Y alzando yo a mirar, y al ver que subes,
Más y más en tu vuelo,
Diré: prefiero los paternos lares
Al estrellado cielo (1).

---

(1) Illyrici colles, atque alta antiqua Ragusæ
Mænia, vagitus conscia terra mei;
Quando erit, ut vestras redeam vetus exsul ad oras
Flensque feram patris oscula liminibus?

Septima jam gravidum spiciis caput extulit æstas,
Et peragit cursus septima bruma suos,
Ex quo me terris Mavortia Roma latinis
Abstractum a dulci distinet Illyria.
Hei mihi! si tectis potui procul esse paternis
Tempore tan longe, ferreus ipse fui.

Ipsa etiam ut terras procul hinc scrutetur apricas
Trans freta longinquam carpit hirundo viam,
Vere novo tamen usque redit sua tecta revisens
Pendula ab antiqua qualiacumque trabe.

Illyris Adriatico ridet qua littore tellus,
Indeclinata me feret aura vía,
Teque alta aspiciens superantem sedem, dicam,
Dulcis est ipsis Patria sideribus.

(*Selecta Patrum Societatis Jesu Carmina*, Genuæ, 1747, página 78).

No está el *Puente de los Suspiros* en el mismo caso en que se encontraba el *Anhelo de Patria* antes de la traducción de Caro; esta poesía era una rareza literaria: la obra maestra de Hood ha sido siempre popularísima en lengua inglesa, pero sin la imitación de Pombo, jamás se habría hecho familiar en países de habla española. Y con ella dio Pombo una nota de poesía patética, compasiva y humana, muy digna de enriquecer el tesoro de sentimiento de la lírica española. Don Juan Valera, tan profundo conocedor de la literatura inglesa, creyó que el *Puente de los Suspiros* era original de Pombo: de tal manera se alían en sus estrofas la intensidad afectiva con la fácil y perfecta expresión; ¡como si ellas hubieran brotado hechas del alma del cantor y fueran eco armonioso de su íntima y dolorosa emoción! Y cuenta que el original de Hood es de tan formidable sencillez e intensidad, que habría arredrado a cualquier poeta que no hubiera tenido en sus manos un instrumento capaz de entonar melodías como éstas:

Otra, otra infortunada
Ya cansada de vivir:
Importuna despechada
Que por fin logró morir.

Recogedla con blandura,
Con gentil solicitud,
¡Cuán delgada! su figura
Cuenta aún su desventura,
Su belleza y juventud.

Como al niño los pañales,
Como lienzos funerales
Se le adhiere el casto traje
Do aun gotea el oleaje
Del naufragio del dolor:
Recogedla sin ultraje,
Recogedla con amor.

No hagáis honda, cruel pesquisa
Del conflicto que insumisa
La encontró con el deber;
Ya la muerte en su corriente
Llevó el fango, y solamente
Queda el oro de su sér (1).

---

(1) Once more imfortunnate
Weary of breath,
Rashly importunate,
Gone to her death!

Take her up tenderly,
Lift her with care;
Fashion'd so stenderly,
Young, and so fair.

Look at her garments,
Clinging like cerements,
Whilst the wave constantly
Drips froom her clothing,
Take her up instantly
Loving, not loathing.

Make no deep scrutiny
Into her mutiny
Rash and undutiful:
Past all deshonour,
Death has beft on her
Only the beatiful.

No murió con Caro y Pombo el arte de las traducciones poéticas en Colombia. Guillermo Valencia, Víctor M. Londoño y José Joaquín Casas tienen, al lado de sus magníficas poesías originales, soberbias traducciones. Carlos Arturo Torres e Ismael Enrique Arciniegas, después de haber realizado una obra poética original, que ocupa puesto de honor en la moderna literatura americana, ejercitaron su actividad, el primero, en traducir cantos líricos de Francia y del Norte; el segundo, en interpretar piezas modernas, dando la preferencia a aquellas que encierran un breve episodio o pequeño drama familiar; género tan admirablemente cultivado en Francia y tan escasamente explotado en nuestra lengua. Arciniegas ha sabido reunir el mayor grado de fidelidad, con la más envidiable elegancia de la forma. Eduardo Castillo, uno de los pocos verdaderos poetas que produjo el movimiento modernista, ha interpretado, con la exquisita delicadeza que caracteriza su estilo, piezas selectas de poetas franceses, portugueses e italianos. Comparando estos trabajos con otros similares de España y América, podemos asegurar que sostienen la competencia con los mejores de estos últimos tiempos y aun que aventajan a colecciones muy renombradas.

En este importante departamento literario no está Colombia en decadencia.

ANTONIO GÓMEZ RESTREPO

CORONACION DE POMBO

Mucho ha trabajado la Junta organizadora de la coronación de Pombo desde la sesión del día 9; me limitaré hoy a anotar los resultados.

Lo primero era obtener el teatro para la fiesta, cosa que no fue difícil, dado que el alma de ella era el Excelentísimo señor Presidente de la República, como que obsequió la corona de oro que se ha de ofrecer al poeta, y dado también que el doctor Garcés, Ministro de Obras Públicas, es entusiasta admirador de Pombo, y tan pronto como la Junta le manifestó sus deseos, contestó muy amablemente poniéndole a sus órdenes el teatro con todos sus accesorios.

Primer paso serio en el honroso cargo, y ya no tuvo la Junta sino que dirigirse al poeta, lo cual hizo en los siguientes términos:

«Señor don Rafael Pombo.

«Señor: La prensa de la capital, que de años atrás ha deseado llevar a cabo el acto de más alta justicia que las sociedades cultas deben a sus miembros más distinguidos, nos hizo el honor de designarnos para constituír la Junta encargada de ofreceros la corona de oro con que el orgullo nacional quiere adornar la frente del primer poeta colombiano, y que el señor Presidente de la República se ha dignado obsequiar como gala de admiración a vuestra labor poética, prez y honra de nuestras letras.

«La ceremonia de vuestra coronación tendrá lugar, señor, en la gran sala del Teatro de Colón el domingo 20 de agosto en curso a las dos de la tarde, y a vuestra casa irán a buscaros ese día, junto con algunos miembros de esta Junta, los Delegados de los Departamentos, de la Prensa y de muchas sociedades del país que quieren hacer constar su presencia en el solemne acto de vuestra coronación.

«Creednos, señor, entusiastas admiradores.

«Bogotá, agosto 10 de 1905.

«*Teresa Tanco de Herrera—Rosa Ponce de Portocarrero—Nina Reyes Angulo—Diego Uribe—Manuel Aya. Rafael Espinosa Guzmán.*»

En manos del poeta puso esta comunicación uno de los miembros de la Junta, que horas después recibió la siguiente noble y sentida respuesta:

«Bogotá, agosto 16 de 1905

«Señora doña Teresa Tanco de Herrera y demás miembros de cierta generosa Junta.

«Muy señores míos:

«Hoy he tenido el honor de recibir vuestra nota de fecha 10 del corriente, por la cual me participáis la constitución de esa respetable Junta, por designación de la Prensa de esta capital, y que el próximo domingo 20 se verificará en el Teatro de Colón la ceremonia de coronar a este anciano versificador.

«De años atrás he rechazado yo honor tan alto e inmerecido, y ahora lo hice a la voz, y últimamente la muerte de mi querido amigo y eminente cofrade Diego Fallon viene a afligirme sobremanera. Pero comprendo que ya no tengo el derecho de desairar tánta generosidad y chasquear los esmerados preparativos que se han hecho para el acto. Estaré pues a vuestra disposición para él en el día designado, si el cielo se digna conservarme en pie, aunque lisiado como estoy de los bronquios.

«Vuestro servidor, inválido pero vivamente reconocido,

«Rafael Pombo»

Leída esta carta, que como es de suponerse, la Junta recibió con respetuoso agradecimiento, se procedió a acordar la manera como la familia Pombo ha de rodear al poeta en el acto solemnísimo y en extremo honroso para ella, de coronarlo; y después de ligera discusión se convino en que lo mejor era nombrar una Comisión de la misma familia para que dispusiera lo convenienнte, y por unanimidad fueron nombrados los señores Leopoldo Pombo, Lino de Pombo, Ricardo Portocarrero, Sam Koppel y Agustín A. Jiménez, quienes de seguro atenderán los deseos de la Junta y obtendrán que concurran a la fiesta del poeta todos los miembros presentes en la ciudad de su numerosa y distinguida familia.

Regia, verdaderamente regia, la fiesta de la coronación del poeta Pombo, el primer colombiano que a tánto honor alcanza y que de seguro llenará con el recuerdo de su triunfo los fastos literarios del siglo xx entre nosotros.

Desde las doce del día—era el 20 de agosto de 1905—el pueblo de Bogotá, noble e inteligente si los hay, comenzó a llenar la Plaza de Bolívar, y ya era inmenso el concurso cuando a eso de la una comenzaron a desfilar los coches hacia la casa del poeta, luciendo cada cual las coronas de quienes los ocupaban. Un batallón del Ejército rompía la marcha, y seguía tras de los coches toda la masa de ciudadanos que querían saludar a Pombo como al gran vencedor con la pluma y con la inspiración, por encima de todos los otros triunfos festejados en esta noble y gran ciudad de las granadas de oro.

Al són de músicas marciales pasó toda la comitiva por la casa del poeta en la carrera 7ª, siguió al Parque del Centenario, lo rodeó subiendo por su Avenida norte y volvió al lugar de su destino, en donde estaba ya formada la tropa que debía abrir la marcha hasta el Teatro de Colón. La Comisión de poetas, formada por los señores Aquilino Villegas, Javier Acosta, Francisco Valencia y Ricardo Tirado Macías, se adelantó a la puerta de la casa de Pombo, que se presentó abrigado en grueso capote para defenderse de las inclemencias del tiempo, y saludó emocionado a la multitud que lo aclamaba.

Los jóvenes poetas lo condujeron al coche de honor, que lucía en su pescante elegantísima lira, símbolo y armas de la inspiración, y allí tomó asiento con los miembros de la Comisión, señores Rafael Espinosa Guzmán, a su izquierda, al frente Diego Uribe y Manuel Aya. Entonces, lenta y majestuosamente comenzó el desfile al són de alegres músicas por la Avenida de la República, que ese día fue en verdad la avenida de la poesía, y el poeta, como queriendo ocultarse en su modestia inviolada antes, sonreía con cariño a todas las gentes que a su paso lo saludaban. Vibraba en la atmósfera un escalofrío de apoteosis que contagiaba a cuantos iba tocando y levantaba en alto los sombreros y las aclamaciones, como en el balcón del *Gun Club*, en donde un grupo de verdaderos intelectuales se descubrió al paso de Pombo y lo aclamó con generoso entusiasmo.

De ovación en ovación llegó la comitiva hasta el Palacio presidencial; allí las alegres notas del himno nacional llenaron el aire, y desde el gran gabinete de frente al Teatro, el señor Presidente de la República saludó al poeta.

Unos pasos más y el coche se detuvo en la puerta del Teatro de Colón: descendió el poeta, y en el vestíbulo le hizo los honores la Comisión de recepción, formada por los distinguidos jóvenes, todos allegados suyos, Alberto Pombo Arroyo, Alberto Rebolledo, Ricardo Castello Pombo, y Andrés, Carlos, Sergio, Daniel, Eduardo, Manuel, Enrique, Gabriel, Hernando, Manuel A. y Miguel Pombo.

Luégo, apoyado en el brazo de Rafael Espinosa Guz-

mán y seguido por Diego Uribe y Manuel Aya, hizo su entrada en la gran sala del Teatro de Colón. Todo el mundo se puso de pie; la orquesta repitió los acordes del himno nacional, y el poeta ascendió al escenario, atravesó el cerco de bellísimas muchachas que rodeaban su silla de honor y la ocupó entre una salva de entusiastas aplausos. La orquesta rompió con la obertura de la ópera *Ester*, música del maestro Ponce de León, y para la cual escribió la letra el insigne poeta. La música también venía a saludarlo con el eco de las notas de su gran amigo Ponce de León, en el día feliz de su coronación.

En ese momento el golpe de vista en el Teatro, así en su sala de espectadores como en el escenario, convertido en salón de coronación, fue verdaderamente de hadas: jamás se ha visto en Bogotá nada más hermoso ni más imponente y que mejor justifique su título legendario de Atenas suramericana, que de hoy más merece en justicia por su cultura, por su inteligencia y por su elegancia.

En el centro, a la sombra de banderas colombianas entrecruzadas para sostener una bellísima lira de flores, el sitio del poeta sobre un estrado de poca elevación; a uno y otro lado, su extensa y distinguida familia, verdadera gala de la sociedad; detrás numerosos miembros de la Prensa y delegados de los Departamentos, y al frente, la Comisión de señoritas, verdadera comisión de la Belleza, que debían coronarlo en nombre de la República, de sus quince Departamentos y del Distrito Capital, y las Juntas y Jurados de la fiesta: la de la Prensa, que promovió la coronación, representada por su Presidente, don Jesús del Corral, y su Secretario, don Alfredo Gómez Jaime; la organizadora, formada por las señoras Teresa Tanco de Herrera, que la presidió; la señora Rosa Ponce de Portocarrero, y la señorita Nina Reyes Angulo, y por los señores ya nombrados, Aya, Uribe y Espinosa Guzmán, que fue Secretario de ella, y por último el Jurado de calificación del concurso abierto en honor del poeta, compuesto por los conocidos literatos Rafael Tamayo, Roberto Mac Dowell y Eduardo Posada.

Aún vibraban en el aire las últimas notas de *Ester* y los aplausos del público a la orquesta, luégo que Aya le ofreció una corona a su director, cuando avanzó lenta y solemnemente el señor General Juan C. Ramírez, un rollo de papel en la mano, se colocó bajo el arco armónico, y antes de la esperada recitación de la *Eva del Aire*, dijo muy bien dichas, como suyas, con esa su voz fuerte y sonora, como rumor de rítmica cascada, unas pocas palabras en honor de Pombo. El público aplaudió con entusiasmo a Ramírez, así sus propias palabras como la recitación, y luégo fue a recibir de manos de Pombo la medalla conmemorativa de la coronación.

Después, y siguiendo el orden de la recitación de poesías de Pombo, tomó la palabra el señor don Jesús del Corral, uno de los Directores de *El Escudo*, y recitó *El 6 de octubre*. Luégo Marianito Herrera Tanco, en traje de carácter, y de carácter de gato primoroso, recitó maravillosamente *El Gato bandido*, y por último, la señora Reyesde Valenzuela, con ese encanto insuperable que le presta a la poesía el alma femenina, recitó una composición inédita de Pombo, que fue muy aplaudida, y luégo el gran soneto *De Noche*, cuya vigorosa intensidad la sintió el público letra a letra, colmando de aplausos y de flores a la bella dama que así lo hacía sentir y gozar.

Pombo, absorto, como enajenado, como cosa de otro mundo, oía fluír de aquellos labios de diosa su propia resignación para ver sin desasosiego las mágicas visiones de sus tiempos idos, los gajos del pomar que ya su mano no alcanza, y hallaría allí oráculos más altos a su duelo, como certera guía de la vejez en su viaje de la noche.

La música alternó con la poesía: la señora Gutiérrez de Ancízar cantó *Pensée d'Automne* de Massenet, con letra de Armando Silvestre; luégo *Melodía*, de la señora Tanco de Herrera, con letra de Santiago Pérez Triana, y por último, *Edda*, de Jorge Pombo, sobre la letra inmortal del poeta coronado.... Tres canciones distintas y un sólo éxito verdadero, intenso, como de agradecimiento del alma, por el creador de la armonía y de la belleza.

El señor Jesús Alvarez Salas tocó en el piano, con admirable maestría, acompañado por la orquesta, la dificilísima *Tarantella* de Gottschalck, que el público aplaudió con verdadero entusiasmo, apreciando en cuanto vale el mérito artístico del joven pianista, que se retiró de la escena agobiado bajo el peso de sus coronas.

Un trozo más hubo de música en la suntuosa fiesta de la coronación, y nadie que lo oyera podrá olvidar el raudal de lágrimas que le arrancó al poeta y la emoción con que bajó tembloroso las gradas de su estrado para estrechar entre sus brazos a la señora María Ester Ponce de Schlessinger, su ahijada, al acabar de cantar con exquisita dulzura y corrección de perfecto artista, la cavatina de *Florinda*, la otra ópera de su padre el inspirado compositor Ponce de León, cuya letra también escribió Pombo. El público, suspenso, mudo ante las lágrimas del poeta y la justa emoción de la hija del Maestro, comprendió el poema de cariño que había despertado la admirable interpretación de *Florinda* y la aplaudió estrepitosamente, cubriendo de flores a la señora Ponce de Schlessinger.

Después llegó el turno al Concurso de la Poesía. El señor Gómez Jaime leyó el dictamen del Jurado, y luégo abrió el sobre que contenía el nombre del autor del soneto pre-

miado con medalla de oro: Federico Martínez Rivas; después el del segundo premio, que correspondió a Luis María Rovira, y por último, el del tercero, también con medalla de plata, que correspondió a Julio César Arce. La gloria acarició la frente de los jóvenes poetas que recitaron sus composiciones entre entusiastas aclamaciones del público, que se las hizo repetir; y luégo recibieron de manos del poeta laureado las medallas que de hoy más testifican su triunfo en este torneo de la inteligencia. Ungidos quedaron por el poeta y de modo que su vigorosa inspiración no vibrará sin que alguna de sus notas golpee el laurel de oro de la corona de Pombo y le arranque ecos de aplauso y gratitud.

El momento fue solemne: Gómez Restrepo leyó un magistral discurso que a grandes rasgos traza la obra del poeta, su vida y sus virtudes, y muestra cuán merecida es la corona de oro que la Patria va a poner sobre sus sienes por mano de la señora Reyes de Valenzuela, quien se adelanta al encuentro del poeta, que galantemente quiere evitarle camino, y trata de coronarlo a la vez que le dice:

«En nombre del Presidente de la República y como representación de la Patria, presento esta corona a su eximio poeta.»

Pombo irguió modestamente la frente, recibió la corona en la mano y volvió a su estrado verdaderamente agobiado bajo el peso de la gloria, por primera vez entre nosotros fundida en oro puro, y bajo el fragor de los aplausos de un público inteligente que gozaba con la merecida apoteosis del cantor del heroísmo, del amor y de la desolación: *El Preludio de Primavera* se unía a *La Hora de Tinieblas* para venir a saludar a su progenitor con la voz de nuestros héroes que él siempre supo glorificar.

Volvió a sonar el himno nacional, y a sus acordes le fueron ofrecidas al poeta las coronas que significaban la adhesión de los Departamentos a su apoteosis, y manos de hadas las colocaron respetuosamente a sus pies, después de saludarlo con una elegancia digna de la Corte del Rey Sol, en este orden: María Teresa Pombo, la del Distrito Capital, y Antonia Angulo, la de Bolívar; María Iregui, la de Galán, y Pepita Pombo, la de Nariño; Adelaida Angulo, la del Cauca, y María Teresa Sáenz, la de Boyacá: Elena de Mier, la del Magdalena, y Carmen Herrera, la de Cundinamarca; Isabel Tanco y Dolores de Herrera, las del Tolima y Huila; Eugenia Mutis, la de Santander; Pepita Botero, la de Antioquia; Alicia Gutiérrez, la de Caldas, y María Elena Díaz, la del Atlántico; Amalia Reyes, la de Tundama, e Isabel Malo, la de Quesada; además la señorita Adelaida Angulo le presentó otra en nombre de Popayán,

su ciudad natal; María Teresa Pombo y María Teresa Sáenz, sendas coronas en nombre del *Jockey Club* y del *Gun Club;* Antonia Angulo, una primorosa medalla en recuerdo de Bolívar, su Departamento; los señores Juan C. Ramírez y Ricardo Tirado Macías, las del Círculo del Comercio y de la Gruta Simbólica, con los colores respectivos de estos centros, social el uno y literario el otro; y por último, Diego Uribe le entregó una bellísima medalla de oro en nombre del Distrito Capital, y le dijo emocionado cortas y expresivas frases para significarle la honra de la ciudad de Bogotá, representada por la Gobernación y el Distrito Capital, en la coronación de uno de sus más preclaros hijos.

En este instante el entusiasmo llegó a su colmo: los representantes de la Prensa y los delegados de los Departamentos se adelantaron a presentar sus coronas, y pronto el escenario al pie del poeta fue un bosque de laurel, un jardín de cintas, con el nombre de la entidad que enviaba la corona, dorada ésta, plateada la otra, tricolor la de más allá, y todas frescas de hermosura, llevando un matiz alegre y variado al gran cuadro de esa apoteosis jamás vista entre nosotros y seguramente nunca superada, al menos en entusiasmo y en justicia, en cultura y en sencillez. Entre los nombres de los períodicos que surgían de las coronas, recordamos los siguientes de Bogotá: *El Correo Nacional, El Sumapaz, El Porvenir, Germinal, Sur América, El Nuevo Tiempo, La Fusión, Revista Postal y Telegráfica, Revista Pecuaria y Agrícola, El Artista, Bogotá, La Idea, El Patriota;* de Medellín: *La Organización, Croquis y Esbozos, La Miscelánea, Lectura y Arte;* Manizales: *El Ruiz, La Revista Nueva;* Popayán: *El Trabajo, La Paz;* de Sonsón: *El Estudio;* de Ríonegro: *El Siglo Nuevo* y *Golondrina;* de Cartagena: *El Porvenir;* de Cali: *El Teléfono; El Cauca, El Correo del Cauca, El Correo del Valle, Lilí;* De Bucaramanga: *La Prensa;* de Barranquilla: *Rigoletto, El Siglo;* de Cartago: *El Norte;* de Pasto: *El Erebo, El Panorama;* de Santa Marta: *Ensayos;* de La Mesa: *El Zapador;* de Cúcuta: *El Trabajo;* de Ocaña: *La Espiga;* de Ibagué: *El Renacimiento* y *El Tolima;* de Facatativá: *El Cundinamarqués;* de Palmira: *La Espiga;* de Santander (Cauca): *El Muriche;* de Tunja: *El Popular;* de Pamplona: *Revista Azul.*

De entre las coronas de entidades públicas, fuéra de las ofrecidas por las señoritas nombradas, recordamos la de la ciudad de Buga, ofrecida por la señora Montes del Valle, la del Municipio de Madrid, las de las Provincias de Marmato, de Arboleda y de Buenaventura, y las de los Departamentos de Tundama, Santander, Boyacá, Cundinamarca, Caldas, Magdalena, Galán, Atlántico, Quesada,

Cauca, Bolívar, Huila, Antioquia, Nariño y Tolima. De las coronas de Sociedades recordamos éstas: Academia de Historia, Sociedad de Socorros Mutuos, Instituto Homeopático, Academia Nacional de Música y Sociedad Tipográfica de Bogotá; El Instituto Literario de Cali, el Club Unión, el Tandem Club, el Centro Artístico, el Club Unión de Medellín y la Tertulia Literaria de Salamina. Después una bellísima de los artesanos de Bogotá y las de los señores Carlos José Espinosa, Clímaco Silva, Pablo Pombo, Miguel Díaz, Soledad Acosta de Samper, viuda e hijos de José María Ponce de León, familia del Valle, Joaquín Arciniégas, Eustaquio Sarabia, y la Casa de Appleton de Nueva York, la que editó los *Cuentos morales para niños formales.*

La montaña de coronas crecía y crecía, y hubo que suspenderla cuando ya casi cubría toda la parte libre del escenario; entonces el señor Manuel María Madero le ofreció al poeta una bellísima copa de plata, el cual recibió, además, una medalla de plata del Reverendo Padre Teódulo Vargas, S. J., y émulo de Pombo en el altar de las musas. Luégo avanzó bajo el arco armónico el señor Jesús del Corral, y con voz clara y sonora, en frases breves y elocuentes, le ofreció al poeta una bella medalla, en nombre de toda la distinguida familia Pombo y como recuerdo de ese día grandioso para ella, y luégo una edición de *Edda*, manuscrita, ejemplar único, que le ofrecía su sobrino Jorge Pombo, con una dedicatoria que se le hizo leer y que fue calurosamente aplaudida por el público.

Después avanzó el poeta lentamente al centro del escenario, y con voz pausada y ya algo débil, si bien clara y perfectamente inteligible, pronunció breves palabras de agradecimiento. Los aplausos llenaron la gran sala, nutridos y estruendosos; la orquesta tocó una marcha final, y el público abrió paso para que nuestro poeta laureado, el primero en Colombia, se retirara renovado con su gloria y con el cariño de sus contemporáneos.

Al salir el poeta a su coche en vía para su casa, seguido por la misma comitiva que lo llevó al Teatro, lo saludó la Fama por medio de la imprenta y a profusión se ofreció *El Jardín Sonoro*, primorosa obrita con el retrato del poeta y seis de sus más hermosas composiciones.

Después el público dejó el amplio Teatro llevando la más grata impresión de la grandiosa fiesta.

Sonetos que fueron premiados en el concurso de Pombo, en el siguiente orden:

BIENVENIDA

Vienes peregrinando con plantas vigorosas
desde la Tierra Santa del ideal, viajero,
del coturno sin tacha que has marcado el sendero
con una perfumada constelación de rosas.

No vienes fatigado. Llegas a las gloriosas
playas con el arribo de un bravo caballero:
en la sien, el fastuoso penacho de trovero
y en las manos, la lira de cuerdas milagrosas.

¡ Sublime tú, maestro, que después de las bregas
heroicas, al descanso de tu poniente llegas
como el sol, sin que sientas la fatiga cobarde,

glorificando el mismo descenso con tu lumbre,
y viendo que—tributo de amor—sobre la cumbre
te desgrana un racimo de luceros la tarde!

F. Martínez Rivas

OCASO

¡ El sol se desvanece ! Con tu mano
casi tocas las aguas de lo ignoto.
No hallarás, al tocarlas, ni un piloto
que te enseñe las playas del Arcano.

¡ El sol se desvanece.... viejo hermano !
mas el fin de tu vida está remoto.
Nada importa que caigas y que roto
quede el timbre del estro soberano.

Como nívea bandada de gaviotas
volarán a las luces siderales
los armónicos ritmos de tus notas.

Y al cerrar las pupilas ideales
del llanto de la muerte entre las gotas
brillarán tus postreros madrigales.

Luis M. Rovira

A POMBO POETA

Contra la furia del destino adverso
no se dobló tu frente en el estrago,
por eso prendo ante tus pies, ¡ oh mago !
el cirio vacilante de mi verso....

Amaste con pasión el Universo:
la noche, el cielo, el mar oscuro y vago,
y en tu alma cristalina como un lago
no proyectó sus sombras lo perverso.

Hoy la gloria a tus pórticos te llama
para ensalzar tu victoriosa fama,
bajo un palio de regios brocateles....

¡ Salve ! Poeta egregio que en la vida
vas en pos de la Tierra prometida
coronado de rosas y laureles....

Julio César Arce

Reg.

Bogotá, agosto de 1905.

LA CAIDA DE WOLSEY

(De *El Rey Enrique VIII*, de Shakespeare).

WOLSEY ¡Adiós, por siempre adiós, grandeza mía!
¡Condición la del hombre! hoy echa al viento
El temprano botón de la esperanza;
Mañana hay flor, y sus alegres tintas
Llueven gratas sobre él; al tercer día
Viene una helada, helada matadora,
Y cuando ya el buen hombre su grandeza
Da por madura, el hielo clava el diente
Y seca su raíz, y entonces cae
Como he caído yo. Muchos veranos
Me he dejado ir, cual niño con vejigas,
Por sobre un mar de gloria, y tan adentro
Que perdí fondo. Al fin mi inflado orgullo
Reventó con mi peso, y me ha dejado,
Tras de tanto servir, cansado y viejo,
A la merced de una corriente ruda,
Donde otra vez no es dado alzar cabeza.
¡Vanas pompas y glorias de este mundo,
Os aborrezco, y siento a nueva vida
Abrirse el corazón! ¡Desventurado
Quien del favor de príncipes dependa!
Hay entre su sonrisa y el naufragio
Del que la obtuvo, afanes y dolores,
Mil veces más que en guerras y mujeres,
Y luégo cuando cae, cae lo mismo
Que Lucifer, para esperar más nunca.

Entra CROMWELL *como atónito.*

¡Hola! ¿y qué dices Cromwell?

CROMWELL Que me falta
Voz para hablar, señor.

WOLSEY ¿Y qué? ¿te asombran
Mis infortunios? ¿Puedes por ventura
Maravillarte tú de que un grande hombre
Caiga por fin? Nó, Cromwell, si tú lloras
Estoy caído a la verdad.

CROMWELL ¿Y cómo
Se siente Su Eminencia?

WOLSEY Bien. Yo nunca
Tan de veras dichoso me he sentido.
Ahora vengo a conocerme, y llevo
Dentro de mí una paz, una conciencia
Sana y tranquila, superior a todos
Los postizos honores de la tierra.
Nuestro rey me ha curado, humildemente
Le agradezco el favor; de estos mis hombros,
Columnas ya vencidas, al fin tuvo
Misericordia, y los libró de un peso
Que hundiera hasta una escuadra, el peso enorme
Del demasiado honor; que es una carga,
Carga excesiva, oh Cromwell, para un hombre
Que al cielo espera ir.

CROMWELL ¡Cuánto me alegro
De ver a Su Eminencia tan buen uso
Haciendo de este azar!

WOLSEY Tengo a lo menos
Esperanza de hacerlo, y me figuro,
Pues aunque viejo, siento el alma fuerte,
Que soy capaz de resistir más golpes,
Y más fuerte también que cuantos osen
Mis flacos enemigos descargarme.
¿Y qué noticias corren?

CROMWELL La más grave,
Y la peor sin duda, es la de vuestra
Desgracia con el rey.

WLOSEY ¡Dios lo bendiga!

CROMWELL Después, es la de haber sido escogido
Para lord Canciller Sir Tomas Moro
En lugar vuestro.

WOLSEY Eso es un tanto súbito;
Pero es hombre instruído. Ojalá pueda
Continuar largos años disfrutando
De Su Alteza el favor y hacer justicia
En verdad y conciencia, y que a sus huesos,
Cuando él termine su mortal jornada
Y duerma en bendición, depare el cielo
El llanto de los huérfanos por tumba (1).
¿Qué más?

CROMWELL A Cránmer con aplauso vuelto,
Y de lord Arzobispo de Cantérbury
Inaugurado.

WOLSEY ¡Tóma! esa sí es nueva.

---

(1) El Canciller era en Inglaterra el guardián de los huérfanos

CROMWELL Y en fin, que a lady Ana Bolena, há tiempo
Casada a ocultas con el rey, hoy mismo
La han visto a plena luz cual reina suya
Yendo a la iglesia, y todos aguardamos
Ver su coronación.

WOLSEY Allí está el peso
Que me hizo sucumbir. El rey, oh Cromwell,
Más lejos va que cuanto yo he tenido.
¡Por esa mujercilla se han deshecho
Todas mis glorias! Ya no hay sol que enseñe
Mis honores al mundo, ni que dore
El lujoso cortejo que colgaba
De mis sonrisas. Vete, Cromwell, vete
Lejos de mí; ya soy un pobre hombre
Caído y pobre, indigno de llamarme
Tu amo y señor. Búsca al monarca, el cielo
Permita que ese sol no tenga ocaso.
Yo le he dicho quién eres y a qué punto
Eres leal; él cuidará que medres;
Conozco su noble índole, y por poco
Que me recuerde bastará, confío,
Para que tánto que dé ti se espera
No se pierda también. Sé, mi buen Cromwell,
Diligente con él, no desperdicies
Tu hora de fortuna, y provee en tiempo
A asegurar tus venideros días.

CROMWELL ¿Y tengo, señor mío, que dejaros?
¿Que renunciar a un amo tan benévolo,
Tan consecuente y noble? ¡Sed testigos
Cuantos no hayáis el corazón de hierro!
Ved con qué angustia Cromwell abandona
A su señor. El rey con mis servicios
Podrá contar, pero desde hoy, por siempre,
Vuéstras, señor, serán mis oraciones.

WOLSEY Nunca llegué a pensar que mis desgracias
Costaran una lágrima a mis ojos;
Mas tú me has obligado con la fuerza
De tu ingenuo dolor a hacer el triste
Papel de una mujer. ¡Vamos! sequemos
Las húmedas mejillas y no me oigas
Una palabra más. Cuando olvidado,
Como he de serlo yo, duerma en mi frío
Lecho de mármol, donde nunca llegue
Un eco de mi nombre, cuenta, amigo,
Lo que yo te enseñé. Di entonces: «Wolsey,
«Aquél que holló las sendas de la gloria,
«Y todas las honduras y bajíos

«Sondeó del honor, del fondo mismo
«De su naufragio me mostró el camino
«Para mi elevación, cierto y seguro,
«Aunque él mismo lo erró.» Ten muy presente,
Oh Cromwell, mi caída y en su causa
Fíjate bien, y te encarezco, amigo,
Que huyas de la ambición. Si este pecado
Precipitó a los ángeles ¿qué puede
Ganar por él el hombre miserable?
Amate a ti el último de todos.
Quiére y míma al que te odie. No aprovecha
La corrupción, ni gana corazones,
Mejor que la honradez. Siempre en tus manos
Vaya la mansa paz, porque con ella
Se acallarán las lenguas envidiosas.
Sé justo y nada temas; nunca tengas
Otro fin ni otra míra que tu patria,
Tu Dios y la verdad; y si así, oh Cromwell,
Llegares a caer, caerás entonces
Como el mártir bendito. Honradamente
Sírvele al rey, y.... míra, entra un momento,
Y forma un inventario escrupuloso
De mi haber. Hasta el último penique,
Todo es del rey. La ropa con que cubro
Mi cuerpo y la dichosa paz, de mi alma,
Esto, y no más, me atrevo a llamar mío.
¡Ah, Cromwell! si le hubiera yo servido
A mi buen Dios con la mitad del celo
Con que he servido al rey, él no me hubiera
Abandonado así, viejo y desnudo,
En manos de mis fieros enemigos (1).

CROMWELL Señor mío, paciencia.

WOLSEY No me falta.
¡Adiós pues esperanzas de la corte!
Cuantas hoy guarda mi alma, son del cielo.

---

(1) Frase histórica.

WOOMAN, SPARE THAT TREE

POR JORGE P. MORRIS

Traducción improvisada.

I

¡Leñador, perdóna ese árbol!
Ni una rama toques de él;
El me amparó cuando joven,
Y ora yo lo ampararé.

Mi abuelo con propia mano
Lo plantó donde lo ves,
Déjalo allí, no lo dañe
Tu hacha bárbara y cruel.

II

¿A ese viejo árbol patriota,
Cuya fama y gloria están
Por mar y tierra esparcidas,
Derribarlo intentarás?

¡Leñador, suspénde el golpe!
Respéta en su ancianidad
Al que al cielo hospitalaria
La umbrosa frente alza en paz.

III

Siempre en mis huelgos de niño
Su grata sombra busqué,
Y hechas risa mis hermanas
Jugaban aquí también.

Aquí me besó mi madre;
Y mi padre en la niñez....
¡Ah! perdóname esta lágrima,
Y déja este árbol en pie.

VI

Como tu corteza ¡oh roble!
Mi alma se abraza de ti.
Siga el pájaro en sus ramas
Posando libre y feliz,

Y sigue tú desafiando
Tormentas ... ¡Y húye de aquí,
Leñador, o ante este brazo
Al polvo irá tu hacha vil!

297

INDICE

POESÍA FRANCESA

APÉNDICE